



cartas de escorpión



**Una obra maestra
de acción,
violencia e intriga**

VICTOR CANN

Lectulandia

Ser golpeado y morir a corta distancia de la propia casa, en Londres, es igual que morir en un país desconocido. Eso fue lo que le ocurrió a Luigi, un ex-camarero, cuyo fin no habría importado a nadie si no se hubieran hallado en su poder unas cartas, rematadas todas por la misma firma: un escorpión.

Aquellas cartas podían significar para sus destinatarios la felicidad o la peor de las calamidades...

Lectulandia

Victor Canning

Cartas de escorpión

ePub r1.0

Titivillus 10.11.2018

Victor Canning, 1964
Traducción: Jaime Piñeiro

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0



más libros en lectulandia.com

Índice de contenido

Cubierta

Cartas de escorpión

Prólogo

Capítulo primero

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Capítulo VIII

Capítulo IX

Capítulo X

Capítulo XI

Capítulo XII

Capítulo XIII

Capítulo XIV

Epílogo

Sobre el autor

Notas

PRÓLOGO

Antonio Bardi salió de su dormitorio y entró en un pequeño estudio cuyas ventanas estaban orientadas al Mediterráneo y a un distante y largo istmo de tierra en el que se alzaban los blancos muros de los edificios pertenecientes al servicio de guardacostas y un faro. En la estancia había una mesa de despacho tapizada de cuero en color amarillo pálido, y una silla tapizada con el mismo material; tras la mesa, y junto a ésta y en la pared, una caja de caudales. A un lado de la puerta colgaba una buena copia de Bosschaert en la que aparecían tulipanes, rosas y lirios.

Bardi presionó sobre un botón de su mesa de despacho, se volvió, abrió la caja de caudales y sacó de ésta una abultada cartera de mano muy desgastada por el uso. La puerta se abrió y entró Lodel. Era un hombre alto, de cabellos negros, que podría tener unos cuarenta años de edad, y mostraba unas facciones agrisadas y frías. Cruzó la estancia hasta acercarse a la mesa de despacho y colocó sobre ésta una bella garrafa de cristal, un sifón y un vaso. Sin pronunciar una sola palabra, le sirvió whisky en el vaso y luego añadió un poco de soda.

El hombre llamado Bardi sacó de la cartera tres o cuatro archivadores y, sin alzar para nada la cabeza, dijo:

—Cuando María haya terminado podéis disponer los dos de toda la tarde. Llévate a Gian contigo.

Hablaba inglés con ligerísimo acento, y sus palabras surgían con extraña resonancia de lo más profundo de la garganta, con tanta intensidad, que cada una de ellas parecía latir un poco al hender el aire.

Lodel asintió con un movimiento de cabeza, y, por un momento, sus ojos se fijaron con curiosidad en los archivadores que había sobre la mesa, antes de clavarlos a continuación en el rostro que había más allá de ellos.

—Envíamela ahora mismo... Que pase —dijo Bardi.

Y antes de que Lodel saliera de la habitación tomó el primer archivador que mostraba un número escrito con lápiz rojo, y lo abrió. Contenía recortes de Prensa, y aproximadamente una docena de hojas tamaño folio. En la primera de éstas, en solitario, como si fuese un título, aparecía el nombre... Ronald P. Dean.

El hombre comenzó a volver las páginas lentamente. Casi al final del archivador había un folio cubierto de columnas con fechas y cantidades en libras esterlinas. Estudió las cifras cuidadosamente con ojos muy azules, llenos de una frialdad glacial, que destacaban notablemente en su rostro inexpresivo.

Sonó una ligera llamada sobre la puerta, y una mujer vestida de seda verde entró, sosteniendo en la mano un bloc de notas y lápiz. Tendría unos treinta años, era

atractiva, y sus cabellos, muy negros, estaban peinados hacia atrás, dejando al descubierto las orejas.

Bardi, ahora sonriendo, dijo:

—Hay algunas cartas, María. Muy cortas. Quiero hacerlas antes de que te vayas.

La mujer asintió con un movimiento de cabeza. En el exterior, el sol comenzaba a teñir de oro viejo el mar, y más lejos, hacia el Este, el crepúsculo se iniciaba con delicados tonos color malva y gris.

—La primera —añadió Bardi, tras ligera pausa— es para el profesor Ronald P. Dean, D.Sc., F.R.S.^[1], Lower Lodge, Godstow, Oxon.

Bardi comenzó a dictar, al hacer lo cual se puso en pie y comenzó a caminar muy lentamente alrededor de su mesa de despacho, deteniéndose de vez en cuando para sorber un poco de whisky.

La carta decía:

«Mi querido Dean:

»Me retraso un poco en escribirte este año, pero ten la seguridad de que no se debe a que te haya olvidado, sino a que en estos últimos meses estuve muy ocupado.

»Sin embargo, de vez en cuando, tengo noticias tuyas. He leído también tu artículo sobre la reciente recogida de plantas de Madagascar que se publicó en el *Journal of the Royal Horticultural Society*. Es muy interesante.

»Quizá te decepcione un poco saber que me propongo aumentar mis honorarios de este año en un veinticinco por ciento. No tengo que decirte por qué. Te ruego hagas la transferencia de costumbre con el nuevo aumento a Valores Escorpión a finales de este mes.

»Con un sincero saludo de...».

Una vez terminada la primera carta; Bardi recogió de encima de la mesa el segundo archivador. Lo abrió y permaneció en pie a espaldas de María, hojeándolo lentamente, sin la menor prisa.

—La segunda —dijo— es para sir Alexander Synat, Lawton House, Curzon Street, London, W.1...

Bardi se detuvo y sonrió, añadiendo tras ligera pausa de silencio:

—Esto fue hace ya mucho tiempo, mucho antes de llegar tú, María. El hombre tenía una rara prisa en hacer su primer millón.

No esperó a que la mujer hiciera algún comentario, y ella tampoco se molestó en hacerlo así. Bardi continuó dictando sus cartas, tomando para ello los archivadores que necesitaba. Hubo un momento en que, sin interrumpir el dictado, se colocó detrás de María y apoyó la mano sobre la nuca de la mujer, suavemente, dejándola quieta por unos instantes. Luego, los morenos dedos se deslizaron por un lado de la garganta

en ocasional caricia. Por un instante, la sombra de una sonrisa brilló en los labios de María, y luego desapareció, al ser su respuesta tan distante y serena como el pasado que ambos una vez compartieran.

Cuando él hubo terminado dijo:

—Deja esas cartas en tu cuarto con los sobres correspondientes. Ya me cuidaré de ellas más tarde. Que pases una buena noche. Y no permitas a Gian beber mucho. No sé..., algo raro se está apoderando de él.

María, ya a medio camino de la puerta, se detuvo, y entonces sus palabras surgieron de los labios con sorprendente ternura:

—Es joven. La vida es un gigantesco cohete que siempre estalla y las chispas están en su cabello. ¿No lo recuerdas?

Bardi sorbió un poco de whisky pensativamente, clavando los ojos en la mujer y luego dijo:

—¿Es así...?

Ella asintió con un movimiento de cabeza.

—Así es. No puedo detenerle. No hay necesidad de ello. Se le pasará el capricho.

—Pues mientras se le pasa, enséñale a tener cuidado, o, de lo contrario, uno de sus cohetes puede explotarle en pleno rostro. Hay un punto hasta en el que incluso Lodel puede sentirse celoso.

Ella se encogió de hombros y abandonó la estancia.

Una hora más tarde, cuando Bardi se hallaba sentado en la habitación principal leyendo la edición aérea del *Daily Telegraph*, oyó cómo el coche pasaba por delante de la villa, alejándose de ésta. Uno de los hombres estaba cantando, pero sabía que no se trataba de Lodel. Se puso en pie y se acercó hasta el cuarto de María. Las cartas que había pasado a máquina se hallaban cuidadosamente colocadas sobre la mesa de despacho. Bardi tomó un par de ligeros guantes de algodón que había, sobre la máquina de escribir de María y se los puso. Luego tomó asiento, y tras leer detenidamente cada una de las cartas, las firmó. Las firmas llevaban todas el mismo nombre... «Escorpión».

La sala de estar daba a un diminuto jardín rodeado por una verja de hierro que se alzaba sobre una baja pared de ladrillo. Parte de los finos barrotes de hierro estaban rotos. Más allá de los coches aparcados a ambos lados del camino había una asfaltada cancha de tenis pública, donde bajo el sol de aquellos primeros días del mes de junio dos hombres jóvenes se hallaban sentados en un banco cambiándose los zapatos.

La señora de Luigi Fettoni recogió su bolso del sofá y dijo:

—Bien, me voy. Seguramente te las podrás arreglar unos días, ¿no?

—Sí.

El hombre que estaba sentado en el sofá leyendo el *Daily Mail* con ayuda de una lupa, agitó un momento los dedos de los pies cubiertos con calcetines de seda y que

apoyaba sobre una cercana silla.

—Sí..., ¿qué...?

Sin alzar la cabeza, Luigi Fettoni replicó:

—Que sí, amor. Gracias.

Pero en su expresión o en el tono de su voz no había nada que indicara resentimiento o aceptación.

La señora Fettoni le miró como si pensara debía sacar alguna conclusión de aquellas lacónicas palabras, y luego decidió que no disponía de tiempo para hacerlo. Se acercó hasta un espejo de pared y se ajustó el sombrero, tocándolo levemente con las yemas de los dedos de la misma forma en que una paloma torcaz asearía un nido que nunca pasaría de ser más que un verdadero revoltijo.

—Entonces, hasta luego.

La mujer se apartó del espejo y apoyó una mano en la manilla de la puerta.

—*Chao...*

Luigi Fettoni se detuvo, y añadió con gesto que trataba de ser una sonrisa:

—... *Cara.*

La mujer aún pareció querer cambiar de idea y no irse.

Luigi, viéndola dudar, la miró con inesperada firmeza, y añadió:

—Vete ya... Aún puedo manejar un banquete de seis platos para seiscientas personas. ¿Qué es lo que hay aquí? Nada más que yo y el gato. ¿Por qué tanto dudar?

—Está bien; entonces me voy, hasta luego...

La mujer salió, y apenas se oyeron sus últimas palabras. Luigi oyó cómo se cerraba la puerta principal, y un poco más tarde el rechinar del portillo de hierro del exterior.

Era un hombre de avanzada edad, casi calvo, con rostro ascético, que mostraba dos profundos surcos a ambos lados de la barbilla, lo cual le producía considerables molestias cada vez que se afeitaba. En el lado derecho del rostro tenía un pequeño lunar cubierto por pelusilla rosada. Vestía una americana de sport barata, demasiado grande para su endeble cuerpo, camisa azul deslucida y sin cuello y pantalones negros muy arrugados. Uno de sus calcetines lo llevaba puesto del revés, y el cuello rodeado por una bufanda de seda negra.

Al cabo de media hora, y una vez leído el periódico, lo dejó a un lado, sobre el sofá, junto a la lupa. Luego se miró los pies. Movi6 la cabeza y, tras esbozar una ligera sonrisa, se inclinó y dio la vuelta al calcetín. A continuación extendió un brazo y tomó las botas de debajo de una mesa. Eran negras, y dotadas de enganches metálicos para los cordones. Podrían haberse comprado en cualquier zapatería del año 1918, pero ahora se habían convertido en piezas de museo. Tardó un poco en hallar su sombrero, un fieltro de color marrón muy usado, y que estaba medio oculto en un rincón del alféizar de la ventana bajo uno de los lazos de las cortinas. De encima del aparador tomó un sobre grande que había llegado en el correo de la mañana. Lo abrió y extrajo de su interior cuatro sobres más pequeños. De un pequeño

cacharro de porcelana que había bajo el espejo sacó unos cuantos sellos, eligió cuatro de tres peniques y los pegó cuidadosamente en los sobres. La última carta —todas ellas mostraban señas escritas a máquina— estaba dirigida al profesor Ronald P. Dean, D.Sc., F.R.S. Lower Lodge, Godstow, Oxon, y llevaba esta nota en una esquina: «Privada y confidencial».

Guardó las cartas en un bolsillo de la americana y a continuación volvió a coger el sobre grande. Encendió una cerilla y le prendió fuego. Después atravesó la estancia para arrojar el llameante sobre en la chimenea.

Luigi Fettoni salió a Fentiman Road, se detuvo un momento para ver cómo jugaban al tenis dos hombres jóvenes en Vauxhall Park, y, sin darse mucha prisa, penetró en South Lambeth Road, que se hallaba a unas cuantas yardas de distancia. Cuando volvió la esquina tomó un cigarrillo que llevaba detrás de la oreja y lo encendió. Fumando, anduvo lentamente hacia Albert Enbankment, pensando en si debía cruzar el río por el puente de Vauxhall o el de Lambeth. Al final decidió hacerlo por el de Lambeth y tomar allí un autobús. No importaba dónde echara las cartas al correo mientras fuera un punto bien alejado de su casa. Aquéllas eran las instrucciones que Luigi venía siguiendo y obedeciendo meticulosamente desde hacía años.

Continuó caminando con calma, disfrutando del sol de la mañana, sin escuchar apenas el ruido del tráfico que tenía lugar junto al río y manteniendo los ojos clavados en el pavimento a una yarda delante de él.

Anduvo casi una milla, llegó a la entrada de Lambeth Bridge. Esperó ante un cruce de peatones, para a continuación seguir avanzando hacia la orilla del Enbankment, mirando a derecha e izquierda, y estaba a punto de cruzar cuando dejó de mirar al tráfico para contemplar el súbito vuelo de una pareja de palomas sobre el río. Con cierto placer le recordaron el raudo vuelo de un pichón que siempre sobrevolaba el patio trasero de una casa de Brighton hacía ya muchos años, y no separó los ojos de las palomas, sonriendo, y recordando vívidamente aquellos años. Luego comenzó a cruzar la calzada, apartando los ojos del raudo vuelo de las palomas. Y, cuando ya era demasiado tarde, advirtió la masa roja de un autobús que se le echaba encima y el arqueado lomo de un enorme guardabarros.

Murió una hora más tarde, a consecuencia de múltiples fracturas de cráneo, en el Hospital de Santo Tomás, situado un poco más abajo siguiendo el curso del río, sin haber recuperado el conocimiento. No llevaba encima ningún documento que pudiese identificarle. Nadie le conocía. Ser derribado y muerto a una milla de distancia de la casa de uno en la ciudad de Londres es como morir en tierra extranjera. Pueden pasar días antes de que la noticia llegue a casa. Todo cuanto Luigi Fettoni llevaba encima era un paquete medio vacío de cigarrillos «Player's», una caja de cerillas de «Bryant y May's», dos libras en billetes, y tres chelines con siete peniques y medio, un pañuelo sucio sin marca de lavandería, una pequeña navaja barata, una sucia tarjeta de visita en la que aparecía impresa la palabra «Bianeri» con el número 6 escrito con

tinta, y cuatro cartas. De las dos que tenían direcciones londinenses, una llevaba el nombre de una persona que se merecía la visita de un jefe de policía de distrito.

Y así fue como murió Luigi Fettoni, mientras su esposa se hallaba fuera de casa haciendo una visita a su hermana que vivía en Reading; murió porque sus ojos habían quedado prendidos en el vuelo de dos palomas londinenses, y el recuerdo le hizo perder durante breves segundos el sentido del tiempo.

CAPÍTULO PRIMERO

George Constantine descendió por el sendero del jardín cargado con un viejo palo de golf en una mano, y sosteniendo en la otra una bolsa de lona llena de pelotas. Había encontrado el palo y las pelotas en el pequeño trastero destinado a los zapatos. El sol comenzaba a desaparecer tras los álamos que flanqueaban el huerto y, desde lejos, llegó hasta él el rumor sordo del tráfico de verano en el camino de Oxford. Tenía treinta años, era corpulento, formado físicamente como un buen defensa de un equipo de rugby, cabellos rubios, tostados por el sol, y rostro cuadrado, casi de aspecto belicoso.

Cuándo llegó a la puerta del jardín un coche de la Policía se detuvo al borde de la acera exterior. Era un vehículo de carrocería tan reluciente, que casi hería los ojos al mirarlo. El conductor llevaba la gorra un tanto echada hacia atrás, contraviniendo posiblemente las ordenanzas del Cuerpo, aun cuando aquello era un tanto comprensivo dado el calor de aquella tarde del mes de junio.

Un oficial de la Policía se apeó del coche y se acercó hasta la puerta. Luego dijo:

—Perdóneme, señor, ¿es usted el profesor Dean?

George movió la cabeza negativamente al mismo tiempo que replicaba:

—Necesitaría tener unos veinte años más, y también poseer un cerebro de primera clase. Está en casa.

El oficial pasó a su lado, dirigiéndose hacia el edificio, y adoptando un gesto que no indicaba muy buen humor.

George se dirigió al conductor para preguntar:

—¿Qué es lo que ha hecho el viejo? ¿Robar la cubertería de plata del colegio?

—No lo sé, señor —contestó el conductor con sequedad.

—No le dicen a usted nada, ¿eh?

El conductor le lanzó una fría mirada, como correspondía a su uniforme y al coche que conducía, y George, sonriendo, atravesó la calzada hasta llegar al huerto. Una muchacha bajaba por la carretera montada en bicicleta. Era una chica morena, con su falda de verano flotando al viento. George la miró. Muchachas con vestidos de verano y montando en bicicleta. Bien, aquélla era una de las ventajas de haber regresado a Inglaterra. Echó una ojeada al coche de la Policía y se fijó en que también el conductor contemplaba a la muchacha.

George movió la cabeza, haciendo un gesto de condescendencia, y entró en el huerto. Encontró un camino abierto entre dos filas de manzanos y comenzó a practicar con las pelotas. No estaba muy complacido con su ejecución, y después de unos minutos de juego encendió un cigarrillo y apoyó la espalda contra el tronco de

un árbol mientras fumaba calmosamente. Un día perfecto. Recordaba que cuando era niño se había puesto terriblemente enfermo a consecuencia de una indigestión de manzanas verdes de aquel mismo huerto. Y también recordó aquella gorda trucha que solía nadar bajo el puente, más abajo, en el río. Perfecto. Todo era perfecto. Y siempre lo era así durante las dos primeras semanas que seguían a su regreso.

Aquella noche no vio al profesor hasta la hora de cenar. La señora Dean estaba fuera y cenaron solos. Durante toda la cena tuvo la impresión de que algo había sucedido. Los indicios no eran muchos. Nada más que un leve aumento de vivacidad en los modales del viejo. El profesor tenía sesenta años, estaba casi calvo, y era uno de esos hombres delgados, de modales suaves, que parecía que jamás habían enderezado el cuerpo en toda su vida. Si no hubiese sido por su esposa, posiblemente habría dado de codos entre el tropel de la vida para perderse, luego en Cualquier apartado rincón. George apreciaba mucho a ambos. Después de la muerte de su padre ellos le cuidaron y le trataron como a un hijo. «Era una lástima —pensó—, verles tan poco».

Cuando la doncella se retiró, el profesor se acercó al aparador y luego llevó a la mesa la pequeña garrafa de vino de Oporto. Al primer sorbo, George alzó las cejas. Era un Warre del año 1927, y solamente quedaban media docena de botellas.

Luego preguntó:

—¿Qué estamos celebrando?

El profesor se quitó las gafas y las pulió cuidadosamente con el borde del mantel. Se las puso y luego, lanzando un sordo gruñido, dijo:

—Espero encontrarme bien. Estuve pensando en ello toda la tarde. De todas formas, nada podía decirle a Lucy.

George, que estaba perfectamente familiarizado con aquella forma de ser del profesor cuando hablaba consigo mismo ante alguien, se apresuró a comentar antes de que el profesor siguiese hablando:

—Todo está clarísimo para mí, señor.

El profesor sonrió.

—¡Vaya, George! Iremos al grano directamente. Y, sin embargo, hay una virtud en todo eso...

Se detuvo sin terminar su confusa frase y extendió el brazo para tomar la pequeña garrafa del vino. Luego continuó diciendo:

—Verás, George..., acabo de ser puesto en libertad después de cumplir una larga sentencia.

—Me parece interesante. ¿Por qué le encerraron, profesor?

El profesor llenó su vaso, sosteniendo la garrafa con una mano larga y fina, que más bien parecía de frágil porcelana.

—¿Por qué? ¡Oh, sí...! —replicó echándose a reír—. Por inocencia; por ser un inocente romántico impulsivo. Y en gran parte, supongo, por ser joven.

George no dijo nada. Jugeteaba con el vaso entre los dedos.

El profesor suspiró hondo, y luego extrajo un sobre del bolsillo. Colocándolo sobre la mesa, lo empujó hacia George.

—Lee eso. De todas las personas que conozco, creo que tú eres la única a quien podría confiarme. También podrías disipar la última y pequeña preocupación que ocupa mi mente.

George extrajo la carta del sobre y la leyó.

—¿Qué significa todo esto? ¿Por qué tiene usted que hacer un pago anual a alguien llamado Escorpión?

—Ya se acabó. Ese es el asunto. Pero lo hice durante bastantes años, cosa en la que no quiero ni pensar. Ya ves, George, durante muchos años he sido víctima de un chantaje.

—¡Chantaje! ¡Usted!

George oyó cómo se alzaba su propia voz, impulsada por la tremenda sorpresa que acababa de recibir.

El profesor dijo:

—Procura hablar bajo, George. La doncella puede estar ahí todavía.

—¡Pero si no puedo creerlo! ¿Para qué diablos querría alguien hacerle a usted un chantaje? ¿Es por eso por lo que la Policía estuvo aquí esta tarde?

—Sí. Verás, me trajeron esa carta. La habían encontrado en el cuerpo de un hombre al que aplastó un autobús en Londres. Creo que han dicho que de eso hacía dos días. Murió sin recuperar el conocimiento en el Hospital de Santo Tomás. Deseaban identificarle, y pensaron que si yo abría la carta eso podría ayudarles. Bien; reconocí el sobre y la escritura a máquina inmediatamente, e imaginé lo que contendría.

—Así, pues, ¿qué les dijo usted?

—Me temo que no la verdad. Dije que era una carta anónima, sin firma, sin dirección, acerca de un artículo que yo había escrito en una revista.

—Pero..., ¿no quiso la policía ver la carta?

—Sí; pero dije que la carta era mía y que no les ayudaría en nada. De forma que no insistieron.

—¿Le dijeron algo acerca de ese hombre? —preguntó de nuevo George, poniéndose en pie y acercándose a la ventana.

—Dijeron que se trataba de un individuo de aproximadamente sesenta años de edad. En su bolsillo había otras tres cartas, pero la policía no dijo a quiénes estaban dirigidas. El oficial que estuvo aquí me dijo que la única cosa personal que llevaba el hombre encima era una tarjeta de visita con el nombre de Bianeri y un número seis escrito con tinta.

—¿Significa eso algo para usted?

—No. Pero ése no es el asunto, George, No me hagas tantas preguntas, porque estoy tratando de explicarte el verdadero significado de todo esto. Este hombre me

tenía sometido a chantaje. Y ahora estoy libre. No tienes ni la menor idea de lo feliz que me siento.

—Y tampoco usted tiene la menor idea de lo mucho que me hubiese gustado haber sabido todo esto antes y poner las manos sobre ese bastardo. Un autobús ha sido una cosa demasiado buena para él.

—George, siéntate. Y escucha... como un buen chico. Quiero contártelo todo, y quiero también que hagas algo por mí.

George tomó asiento lentamente y murmuró:

—Está bien, señor. Adelante. Trataré de mantener baja la tensión.

—Cuando yo era muy joven, muy joven, recién salido de la Facultad —dijo el profesor—, estuve bastante enfermo y me fui a Brighton para quedarme allí con una tía mía. Conocí a una camarera de un restaurante llamada Morelli. Su nombre allí era Jane Barnes. Fue mi primera aventura amorosa y no la viví muy prudentemente. Quedó embarazada y, por supuesto, me ofrecí a casarme con ella. Pero Jane era una muchacha que tenía bastante sentido común, y creo que también cierto sentido práctico. Sabía que semejante matrimonio estaría condenado al fracaso. Mi padre le entregó una suma de dinero y se casó con un mecánico de su pueblo que se mostró dispuesto a aceptar el bebé como suyo. Jane, su marido y yo somos los únicos que conocíamos al verdadero padre..., aparte de mi tía y mi padre, por supuesto. Algunos años más tarde, me casé con Lucy. Ya conoces a Lucy; ya sabes lo dulce que es. Nunca se lo dije. Quizá debí hacerlo, pero no fue así. En el año 1939, dos años después de nuestro matrimonio, recibí la primera carta de Escorpión. Tuve que pagarle doscientas libras, o, de lo contrario, diría a Lucy lo que había, y la historia se extendería por todo Oxford.

—Así que usted pagó.

—Sí. Quizá fue una debilidad. Pero Lucy acababa de perder a su bebé... Bueno, eso ya lo sabes tú, desde luego. Y nunca podríamos tener otro. No podía disgustarla..., y así fueron transcurriendo las cosas y los años, uno tras otro. Durante los últimos cinco años he estado pagando cuatrocientas libras.

—¡Cuatrocientas libras! ¿Pero cómo se las arregló usted?

—De una u otra forma. Eso fue lo peor. Significó no poder dar a Lucy algunas cosas que yo hubiese querido darle. Y trabajé mucho en mis artículos, en mis libros... Siempre me las arreglé como pude para salir adelante. Este Escorpión era persona avispada. Nunca me presionó hasta llegar a un límite desesperado. Esta carta era para que los pagos aumentaran porque acabo de recibir un pequeño legado de mi tía.

—El bastardo estaba muy bien informado, ¿verdad? Bien, de todas formas ya se acabó todo.

—Excepto una pequeña cosa, George. Y aquí es donde necesito tu ayuda. Verás: este hombre tiene algunas cartas de las que yo escribí a Jane Barnes. Para quedarme completamente tranquilo, me gustaría recuperarlas. Antes o después ese hombre será

identificado y se conocerá su dirección, y me pregunto... Bien; quizá te estoy pidiendo demasiado.

—Nada de eso. Usted quiero recuperar esas cartas y las tendrá. De eso me ocuparé yo.

—Sé que lo harás, George. Pero, por favor, haz las cosas..., trata de hacerlas diplomáticamente.

—Lo intentaré. Pero, dígame, este Escorpión... ¿nunca tuvo usted idea de quién era?

—No.

—¿Y qué hay de Jane Barnes? ¿Cómo llegó ese tipo a poseer las cartas?

—Eso ha sido siempre un misterio. Ella creyó que había destruido todas las cartas..., pero, evidentemente, algunas fueron robadas.

—¿Y qué hay de su marido?

—Murió en la guerra. Ella volvió a casarse, y en la actualidad vive en el Canadá.

—¿Cómo pagaba usted a Escorpión?

—Hacía una transferencia a una cuenta en un banco de la City... Valores Escorpión.

—¿Y nunca intentó usted seguir una pista mediante esa cuenta?

—Escribí una vez al Banco pidiendo información, pero me enviaron una carta muy cortés diciéndome que no podían revelar ningún detalle acerca de las cuentas.

—Pero pudo usted recurrir a la policía para eso. Habrían hecho hablar al banco sin duda alguna.

—La última cosa que desea todo aquel que está siendo chantajeado, George, es recurrir a la policía y luego terminar compareciendo ante un tribunal, cómo el señor X. ¿Cómo lo habría ocultado a Lucy? Ahora, todo cuanto me preocupa son esas cartas. Escorpión ya ha muerto.

George se puso en pie y se acercó a la ventana, abriéndola calmosamente. Un zorzal cantaba desde uno de los álamos. Pensando en el profesor como ahora lo hacía, resultaba difícil imaginarle como un hombre joven complicándose la vida con una camarera de Brighton. Probablemente le habría dado a leer a Shelley y Keats, e incluso era muy posible que cuando se dio cuenta de que la poesía clásica no hacía efecto, en aquellos momentos se encontrara con la muchacha en la oscuridad de la playa mientras las luces del puerto brillaban en la distancia. Lo demás habría llegado con toda naturalidad. Pero si todo aquello era ya cosa muy remota y difícil de imaginar, el resto no lo era tanto. Año tras año, aquel Escorpión le había estado chupando la sangre al viejo..., ¡maldita sea! Incluso cuando él vivía allí, en la misma casa, y el matrimonio le cuidaba como a un hijo. Y, mientras tanto, Lucy pasándose sin muchas cosas que él viejo hubiese deseado darle...

Detrás de él el profesor dijo:

—Terminemos este Oporto, George. Por la postura de tus hombros puedo averiguar lo que estás pensando en estos momentos. Olvídalo por ahora, y

celebrems la ocasi3n.

George se levant3 temprano a la ma1ana siguiente y se acerc3 hasta la ciudad conduciendo su «Mini-Cooper». Posea un peque1o 1tico en Montpellier Street, cerca de Harrods, que nunca abandonaba aun cuando estuviera en el extranjero. Algunas veces haba pensado en alquilarlo mientras se hallara fuera, pero saba que esto implicaba muchas molestias, y no deseaba tener preocupaciones en tal terreno. El piso tena una gran habitaci3n que daba a la plaza, un peque1o dormitorio, una cocina tambi3n muy peque1a, y un cuarto de ba1o en 3l que poda volverse con dificultad siempre y cuando mantuviese baja la cabeza.

Dej3 caer su malet3n sobre el lecho y luego llam3 a un cirujano a quien 3l conoca y que vivia en Harley Street. El cirujano dijo que para 3l era un placer volver a oír su voz, que ignoraba hubiese regresado a Inglaterra, y que en cualquier momento deban jugar una partida de golf. Aparte de esto, ¿qu3 m1s poda hacer por 3l? George replic3 que le gustar3a ser presentado a alguien del Hospital de Santo Tom1s para poder acercarse hasta all3 aquella misma ma1ana y hacer ciertas indagaciones en relaci3n con un hombre que haba muerto en aquel establecimiento hac3a unos d3as.

Quince minutos m1s tarde el cirujano le llam3 por tel3fono. Un amigo suyo era secretario adjunto del hospital y se sentir3a muy complacido en conocerle.

Eran las once menos cinco cuando cruzaba el Lambeth Bridge y luego se vio obligado a seguir una calle de una sola direcci3n que le apart3 un tanto de su objetivo. Era curioso: le daba uno la espalda a Londres por tres o cuatro meses, y cuando se regresaba, toda la ciudad haba cambiado. Finalmente pudo encontrar su camino hacia Lambeth Palace Road. Hab3a una larga fila de coches aparcados en el exterior del hospital. Cuando cruzaba por delante de los veh3culos, uno de ellos abandon3 su aparcamiento. George se detuvo un poco m1s adelante y dio marcha atr1s para ocupar el espacio que quedaba ahora vac3o. Al hacerlo as3, un «M.G.A.» de color azul toc3 el claxon tras 3l y se desliz3 h1bilmente en el aparcamiento que ya George consideraba como suyo. Fue un perfecto hurto de caza en vedado.

George, indignado, se puso a la altura del «M.G.A.» y se ape3 de su «Mini». Luego se acerc3 hasta el otro veh3culo. Una muchacha se hallaba sentada ante el volante. En aquel momento no se le vea el rostro por hallarse inclinada cambi1ndose los zapatos.

George dijo con c3lera:

—Supongo que usted creer1 que esa maniobra ha sido muy inteligente, ¿no?

La muchacha le mir3. Ten3a cabellos rubios, ojos azules, nariz peque1a, y una boca perfectamente dibujada, que en aquellos momentos sonre3a exteriorizando el placer que sent3a su due1a.

—Bien, creo que s3... que en realidad ha sido inteligente —replic3.

—Comprendo —añadió George—. Supongo que usted será una de esas malditas feministas que creen en los derechos extra para las mujeres.

—Bien podría ser. Y usted, ¿siempre habla de esa forma con las personas extrañas?

—Sólo cuando estoy enfadado. Ese lugar me correspondía antes que a usted.

La muchacha se echó hacia atrás en su asiento y sacó las piernas al exterior para salir del coche, acción que siempre pone de relieve la belleza o fealdad de unas extremidades femeninas, y que en aquel momento George contempló con ojos de entendido en la materia.

—Hoy día no se sobrevive si una se sujeta a las reglas —dijo la muchacha sonriendo y alisándose la falda una vez fuera de su vehículo.

—Bien, debo decir que... —murmuró George.

—No me diga nada, porque probablemente ya lo habré oído antes de ahora —añadió ella—. ¿Pero qué les ocurre a ustedes, los hombres? Nada más que porque las mujeres somos mejores conductoras, y yo me he metido en este aparcamiento de frente, cuando usted tuvo que dar marcha atrás aun siendo el suyo un coche más pequeño, se enfada como si hubiese ocurrido una catástrofe... Bien; de todas formas, créame que lo siento mucho.

George, que muchas veces en su vida había oído a la gente disculparse con mucha más sinceridad y convicción, replicó sarcásticamente:

—Bien; eso hace que me sienta mejor, no lo dude.

La muchacha, comenzando a alejarse, exclamó:

—¡Mire! Ahí hay un coche que deja un espacio libre. Si se da prisa aún podrá ocuparlo. Quizá tenga más suerte esta vez.

Luego se volvió y caminó graciosamente sobre el pavimento asfaltado dirigiéndose hacia la entrada principal del hospital. George la contempló con el mismo interés que hubiese podido mostrar hacia ella cualquier hombre. Le gustaba la forma en que sus cabellos caían sobre su cuello, los fáciles movimientos de su cuerpo cubierto por un vestido de hilo azul claro, y el perfecto movimiento de sus largas piernas que obligaban a que sus tacones en forma de estilete entonaran sobre el pavimento un grácil código Morse. Tendría unos veintitrés años, y la muchacha no ignoraba que su soberbio aspecto le ayudaba a salir con facilidad de incidentes como aquél..., y también sabía que él continuaría mirándola en aquellos instantes. Manejado el asunto en forma diferente, quizá hubiese acabado con una cita para cenar, cosa que no era para tomar muy a la ligera cuando uno regresaba a Londres para encontrarse con que todas las chicas conocidas habían contraído, matrimonio en su inmensa mayoría, y que, si no se habían casado, al menos estaban comprometidas. George dio media vuelta para comprobar que también acababa de perder el nuevo aparcamiento.

Un cuarto de hora más tarde estaba sentado en el despacho del secretario del hospital. Le explicó lo que deseaba saber. El hombre se mostró muy servicial. Habló

por teléfono con alguien durante largo rato y luego empujó hacia George una cuartilla llena con las notas que acababa de tomar.

George dijo:

—¿No podría ver el cadáver?

El hombre movió la cabeza negativamente y respondió:

—No, sin contar con un permiso de la autoridad competente. El cadáver irá al depósito. Todavía queda por efectuar la encuesta del forense. Pero creo que, si tiene mucho interés en ello, podía lograrlo fácilmente. Me refiero a hablar con su viuda o con la policía.

—¿Su viuda? Entonces..., ¿ha sido ya identificado?

—Por su esposa, ayer noche. Su nombre y dirección están en esa cuartilla.

—No creo que tenga necesidad de molestarle más. Y muchas gracias.

George regresó a su coche. Se dio cuenta inmediatamente de que el «M.G.A.» había desaparecido. Tomó asiento en su «Mini» y estudió la hoja de papel que tenía en la mano. Había seis nombres y cinco direcciones en ella.

Profesor Ronald P. Dean,
Lower Lodge, Godstow, Oxon.

Sir Alexander Synat,
Lawton House, Curzon Street,
London, W.1.

Rt. Hon. John Hope Barney.
1074b Queen's Gate, London, S.W.7.

Miss Nadia Temple, Catwell Manor,
Horsmonden, Kent.

Fallecido en accidente: Luigi Fettoni.
Viuda: Señora de L. Fettoni, Rix Villa,
Fentiman Road, London, S.W.8.

Dos de los nombres tenían significado para él. Y también lo tendrían para muchísimas personas en el país: Barney y Temple. El nombre de Synat también le sonaba a algo conocido, pero por el momento no pudo relacionarlo con nada. Sin embargo, una cosa estaba clara: si aquellas personas también habían recibido cartas de Escorpión, entonces el hombre sin duda alguna disponía de una clientela muy distinguida.

De la guantera del coche extrajo la «Geographia Greater London Atlas» y buscó Fentiman Road. No estaba muy lejos, un poco más allá del río y del Vauxhall Bridge.

Condujo el coche por el Enbankment, y más allá del puente tomó South Lambeth Road. Luego penetró en Fentiman Road unas doscientas yardas y aparcó. No tenía una idea muy clara de lo que iba hacer. Pensó que lo mejor sería dejarlo todo al azar.

Un hombre de color, ataviado con la gorra y pantalones de conductor de autobús, estaba lavando un «Ford Anglia» al otro lado de la calle, y una mujer, también de color, con delantal y turbante del mismo tejido, se apoyaba contra el quicio de una puerta, fumando y mirando hacia George. Ambas personas parecían felices y contentas en aquella Tierra Prometida. Un niño gordo, y desnudo, a no ser por un par de bragas de plástico amarillo que vestía, se hallaba cavando en el jardín con una cuchara.

George se acercó a la casa, encendió un cigarrillo y preguntó al hombre:

—¿Sabe usted dónde está Rix Villa?

El hombre se enderezó. El agua se deslizaba por sus desnudos antebrazos.

—Esta es una calle larga, señor. Las casas están casi todas numeradas...

Luego se volvió hacia la mujer y preguntó:

—Rix Villa..., ¿sabes dónde es eso, querida?

La mujer interrogó a su vez:

—¿Quién vive allí?

—Fettoni —dijo George—. Una tal señora de Luigi Fettoni.

La mujer asintió con un movimiento de cabeza.

—A unos doce números de aquí. La verja está rota. La verá en seguida.

George volvió a la calle. Y, efectivamente, en seguida vio lo que acababa de decirle la negra. Se acercó hasta la puerta principal de la casa e hizo sonar la campanilla. En el interior de la casa sonó un par de veces la llamada, que más bien parecía una protesta de la cascada y vieja campana. Muy cerca de la entrada de la casa había un par de cubos de basura, uno de ellos cubierto con un trozo de vieja arpillera.

Se abrió la puerta y la señora Fettoni apareció en el ángulo donde daba el sol. Llevaba puesto un guardapolvo y una especie de turbante del que escapaban unos cuantos rizos de cabellos grises como si se le saliera el relleno de la cabeza. Unos ojos pequeños y negros miraron con curiosidad a George.

—¿Qué desea? —preguntó ella.

—¿Es usted la señora Fettoni?

—Sí.

Y acto seguido se inclinó para recoger un plegado ejemplar del *Daily Mail* que yacía a sus pies ante la puerta, y que sin duda había sido echado en el buzón por el repartidor. La mujer lanzó una ojeada a los epígrafes de la primera plana y luego colocó el periódico bajo un brazo.

—¿Está su marido en casa?

—No, no está. Y es más..., nunca volverá a estar.

No hubo el menor cambio de expresión en sus facciones.

—Lo siento..., no la comprendo.

—Hace unos días murió bajo las ruedas de un autobús.

—¿Muerto...?

El tono de sorpresa que había en la exclamación de George pareció tranquilizar a la mujer. Una chispa de vivacidad brilló en sus ojos. Luego añadió:

—Todo fue una sorpresa. Aunque realmente era cosa de esperar. Siempre andaba por ahí con la cabeza en las nubes. La noche anterior lo pasé bastante mal, pero ahora todo ha terminado. Esta tarde me voy otra vez a casa de mi hermana. No podría seguir viviendo aquí, ¿lo entiende? La última noche ya fue bastante. ¿Es usted de alguna compañía de seguros?

—No. Quería hablar con él sobre una carta que envió a un amigo mío que vive en Oxfordshire. ¿No sabe usted nada de eso?

—No sé nada. Ni él lo sabría tampoco aunque estuviera aquí.

—¿Por qué no?

—Porque nunca escribía cartas. Todo cuanto él hacía eran recados por encargo de otras personas. Era un pequeño negocio. Y no es que ganara mucho con ello, no. De todas formas, a mí nunca me gustó.

Momentáneamente, George recordó al profesor bebiendo oporto para celebrar la ocasión. Y en el fondo de su cerebro comenzó a formarse una nube que trazaba, el nombre de Escorpión. «No, aquello no podía ser», se dijo a sí mismo, «la vida no podía ser, tan canalla».

—¿Quiere usted decir que esta casa se usaba como..., digamos, como casa de servicio?

—Así era. La gente solía venir a recoger cartas. Gente gorda se entiende. Nunca llegaron hasta aquí con sus brillantes coches. Venían a pie. Pero se podía averiguar que eran personas de buena posición económica, de ésas que poseen maravillosos coches. Algunas eran mujeres.

—Pero su marido de usted echaba también cartas al correo, ¿no?

—No muy a menudo... ¿Es usted detective?

—No. ¿Por qué pregunta eso?

—Tuvimos uno aquí hace ya años. Era un hombre pequeñito, calvo, al que recuerdo muy bien. Quería mucho a mi gato. Y, ahora que hablo del gato, tendré que encontrarlo para llevármelo también a casa de mi hermana. No puedo dejarlo aquí hasta después de la encuesta y el funeral. ¡Pobre Luigi!

—¿Llevaban ustedes muchos años casados?

—Cinco años.

Los ojos de la mujer le contemplaron durante un momento con expresión de inteligencia, pero sin cólera. Luego, tras una leve pausa de silencio, añadió:

—Sé también lo que piensa usted en este momento: que no parezco muy afectada por su muerte. Bien, pues no, no lo estoy. Me gustaba y yo le gustaba a él. Era un simple arreglo: dos personas de cierta edad que necesitaban compañía. A veces se

mostraba como hombre que podía irritar a cualquiera. Y no me gustaba nada ese oficio de recadero. ¿Es eso lo que deseaba usted saber? Todavía tengo que empaquetar todas mis cosas y encontrar al gato...

Durante un momento, George pensó en si debía presionar un poco más a la mujer. Luego decidió que sería mucho más prudente no hacerlo. Lo que mejor podía hacer era esperar y tener confianza en que la mujer encontrara a su gato y llegara sana y salva a casa de su hermana.

—No. No deseó saber nada más. Gracias, señora Fettoni. Ha sido usted muy amable conmigo, teniendo en cuenta las circunstancias. De todas formas, este asunto de la carta de mi amigo no es muy importante.

—Bien. Debo confesar que por un momento creí que venía usted a recoger alguna carta. Hay unas pocas ahí. Pero no parece usted pertenecer al tipo de tales personas.

George regresó a su coche y tomó asiento ante el volante. Definitivamente, no pertenecía al tipo de personas que poseían lujosos coches. Puso en marcha al pequeño «Mini» y repentinamente se dio cuenta de la terrible soledad de Londres. En cuanto uno se alejaba un par de calles de cualquier punto conocido, se encontraba repentinamente en tierras extranjeras, en donde nadie se preocupaba tres cominos por lo que uno pudiese hacer. De nuevo pensó en el profesor. Cada vez estaba más convencido de que el viejo había celebrado el acontecimiento demasiado pronto. Luigi Fettoni estaba muerto, pero Fettoni, que dirigía una dirección postal de «componenda» no tenía aspecto de ser Escorpión..., a menos que el profesor fuera su única víctima. Ahora George se interesaba sumamente por las otras tres cartas que habían sido descubiertas en el hombre muerto. Esperaba equivocarse en sus sospechas... ¡Por Dios!, sí que lo esperaba, de veras. Casi no se atrevía decir al profesor que la cosa aún no había terminado del todo.

Cruzó el río, encontró un aparcamiento de pago en el exterior del Atheneaeum, y, caminando, dio la vuelta a la esquina de la calle hasta llegar al Travellers Club. Allí tomó asiento ante una mesa para examinar el «Who's Who», volumen-guía de la gente «gorda» de la ciudad.

Sobre John Berney decía:

BERNEY, Rt. Hon. John Hope, P. C. 1960;

C.B.E. 1960 (O.B.E. 1958); M. P. (6)

Llangwll División de Cardiganshire desde 1949; ministro de Desarrollo Industrial desde enero de 1961; nacido: 28 de junio de 1919; hijo del fallecido G. V. H. Berney M. A. Educ.: Uppingham Exeter College, Oxford. Abogado de Gray's Inn y del Circuito del Norte. Servicio en guerra como segundo teniente (T. A.), junio de 1941; capitán en febrero de 1943; comandante en abril de 1944. Oficial de Estado Mayor en el cuartel general del Segundo Ejército en

la capitulación de Alemania. Dirección: The Manse, Llangwll, Cardigan; 1074b Queen's Gate. S. W. 7. Clubs: Carlton, Turf.

Era todo un cuadro. Berney todavía andaba por sus cuarenta y tantos años de edad y caminaba rápidamente hacia la cima..., al menos con más rapidez que solía hacerlo el resto de la gente. Allí estaba otro lagarto galés. Un brillante y joven abogado que no cedía una pulgada de terreno ni perdía un solo segundo de tiempo. No se precisaba disponer de una esfera de cristal para saber dónde tenía colocados sus ojos.

En cuanto hacía referencia a sir Alexander Synat, el libro decía:

SYNAT, sir James Alexander, K. B. E. cr. 1950. Contratista de Obras Públicas; Partner Lince, Synat Ltd; nacido el 7 de setiembre de 1910; hijo de James Synat y Katherine Agnes Hall. Educ: The Academy, Ayr. Recreos: Golf, deportes náuticos. Dirección: Corbels, Falmouth, Cornwall. Clubs: Riggs, Royal Automobile, Royal Thames Yatch.

George recordaba ahora por qué aquel nombre le resultaba familiar. Uno veía muy a menudo los anuncios en blanco y azul de los nuevos rascacielos que se construían en Londres. El espectáculo de tales anuncios era cosa familiar para todo el mundo, pero también lo era el nombre de la empresa constructora: Lince-Synat. Escorpión quizá tuvo..., tal vez continuaba teniendo..., parte en aquel cambio de estructura de Londres.

Buscó el nombre de Nadia Temple y no lo encontró o en la guía. No había duda de que debía figurar allí como una celebridad, pero era posible, que ella hubiese hecho objeciones. En cierta forma, suponía George, se llegaba a un momento en la vida pública en que era más distinguido no figurar en el «¿Who's Who?».

George se acercó hasta el salón de fumar, pidió un Travellers Joy —iguales cantidades de ginebra, jerez y jugo de limón natural— y luego se puso a leer el *Evening Standard*. Hubo un momento en que su lectura quedó súbitamente interrumpida por el saludo de un agente literario que se detuvo el tiempo justo para decirle: «¡Hola! No sabía que estuvieses de vuelta», y que luego se fue, de bastante mala gana, tras los talones de un conocido actor que anunciaba en voz alta sus deseos de tomarse una botella entera de whisky, y que si no lo hacía así se moriría..., importándole tres cominos que el público se enterara o no.

Eran las tres en punto cuando George regresó a su piso. Tomó asiento en el sofá del pequeño tresillo y extrajo de un bolsillo el sobre y la carta del profesor que se había llevado consigo. Durante largo rato permaneció contemplándola, fijamente, a la vez que fruncía el ceño. Odiaba terriblemente la idea que cruzaba por su cerebro. Escorpión tenía que ser L. Fettoni. Tenía que serlo forzosamente.

El teléfono sonó. Se trataba de un hombre de la B.B.C. Los estudios de televisión le llamaban para hacerle numerosas preguntas innecesarias acerca de su último fragmento de película. «¿Estaría bien si...?». «¿Creía él que...?». George tuvo en aquel momento la suficiente fuerza de voluntad como para contenerse.

Después encendió un cigarrillo y se acercó hasta la ventana para ver como iban progresando los tulipanes de la plaza. Un «Aston Martin» pasó por la calle a toda velocidad, violando a todas luces el límite de velocidad que imponían las leyes. En su matrícula mostraba las letras C. D. orgullosamente, y quizá como excusa de semejante libertad. El profesor creía que su chantajista estaba muerto. Podría ser. Pero aquello era una especie de juego, y con los hechos concretos que George tenía ahora ante sí no ignoraba la apuesta que podría hacer sobre el éxito cualquier profesional del tapete verde. Ninguna, por supuesto. Aunque todavía era muy temprano, se sirvió whisky y soda para eliminar el mal gusto de boca que estaba notando. «Fentiman Road», se dijo a sí mismo, «tendría que revelarle más cosas si aquel gusto de boca iba a desaparecer para siempre». Lo menos que podía encontrar era una máquina de escribir cuyos tipos coincidieran con los impresos en la carta de Escorpión.

A las diez en punto tomó un taxi hasta el extremo sur del Vauxhall Bridge, y continuó a pie el resto del camino. Pasó por delante de Rix Villa. Estaban corridas las cortinas de la estancia delantera. En la casa no parecía haber luz alguna. El coche de la familia negra estaba ahora cubierto por una sucia sábana. Al cabo de unos momentos volvió a Rix Villa. Frente a la puerta de entrada encendió un cigarrillo. Un olor veraniego, cálido y un tanto ácido, parecía ascender de la tierra donde languidecían unos laureles. Atravesó el portillo de hierro y luego caminó hacia la entrada lateral de la casa. Alguien había derribado a tierra el trozo de vieja arpillera que cubría uno de los cubos de basura y George trató de contener la respiración. En la parte posterior de la casa había un patio de cemento y una vieja calandria apoyada contra la pared. La puerta trasera se destacaba en un extremo del muro de la casa. Brillaba la luz en una ventana situada más allá del muro divisorio del patio, y un aparato de radio dejaba oír una música de discos que destrozaba los nervios.

George probó a abrir la puerta girando la manija, y la puerta se abrió. Entró y la cerró rápidamente a su espalda. Encendió una linterna tipo lápiz de bolsillo y vio que se encontraba en una estancia que servía de almacén de leña y trastero. Media docena de cucarachas aparecían sobre el borde de un montón de madera, como si desearan tener algún lugar a donde ir. La puerta del fondo era de cristal y mostraba una cerradura. Yale. Si la señora Fettoni había corrido el cerrojo por la parte interior sería necesario romper el cristal, pero la señora Fettoni no le había parecido persona muy meticulosa, excepto en lo que se refería al gato. George extrajo de un bolsillo una gruesa tira de Perspex y la deslizó entre la puerta y la cerradura. Una ligera presión

fue suficiente para abrir la puerta. Llegó inmediatamente hasta él el olor a franela húmeda y a leche quemada. Encendió de nuevo la linterna y comprobó que se hallaba en la cocina. El lugar hubiese merecido «especial atención» en cualquier parte sanitario debido a su falta de limpieza. Otra puerta le llevó hasta el vestíbulo que se extendía hasta la puerta principal. Había dos puertas más a su derecha y un tramo de escaleras a la izquierda. La primera de las puertas daba a un pequeño comedor. Parecía hallarse un poco más limpio que la cocina, debido a que en la estancia había menos trastos que en la anterior. La segunda de las puertas se abría a una sala de estar. La inspeccionó brevemente y decidió dejarla así hasta que comprobase, lo que había arriba. No quería que la señora Fettoni apareciese en bata y chancletas, dispuesta a lanzar alaridos. Arriba había dos dormitorios y un cuarto de baño. En todas las estancias aparecía la huella de la mano sucia de la señora Fettoni. En el pequeño dormitorio no había cama, pero sí una bicicleta apoyada contra la pared, y el suelo estaba cubierto de montones de viejas revistas y periódicos. George regresó a la sala de estar y encendió la luz. En ella había una mesa, un sofá, un aparador, tres sillas, un aparato de televisión, y una chimenea con su correspondiente repisa que sostenía un jarrón con flores de plástico flanqueado a ambos lados por una serie de diferentes objetos que George hubiese tardado una hora en clasificar.

Durante unos momentos permaneció en pie en el centro de la estancia, tratando de decidirse a hacer algo. No había por ninguna parte indicios de la existencia de una máquina de escribir. Esto, por el momento, no le producía ninguna sorpresa. Aplastó el cigarrillo en un gran cenicero que parecía no haber sido vaciado en una semana y luego decidió probar con los cajones del aparador. El primero estaba abierto y contenía unos cuantos paquetes de naipes muy usados, un calzador de asta cuyo mango llevaba la marca de fábrica de Margate Corporation, unos ejemplares muy atrasados de un semanario titulado *Caterer and Hotel Keeper* y unos pantalones de niño de punto a medio hacer. Las agujas atravesaban una gruesa bola de lana. El otro cajón estaba cerrado. Le costó unos cuantos minutos encontrar la llave, que estaba guardada en un bote vacío de tabaco colocado sobre la repisa de la chimenea.

Dentro del cajón había tres divisiones hechas con trozos de cartón. Los compartimentos se dividían lateralmente con más tiras de cartón, en las que aparecían, de tres en tres, las letras del abecedario, excepto el último grupo, que estaba formado por cinco letras: V W X Y Z. Era un trabajo limpio y concienzudo, que, evidentemente, no se debía a la mano de la señora Fettoni. Había allí una carta franqueada a nombre de la señora Valeria Apps y a la dirección de Fentiman Road. Asimismo había otras cuatro cartas más, bajo varias secciones. Todas ellas mostraban matasellos ingleses.

George, examinó las cartas y luego las puso en su sitio, preguntándose si algún día llegarían a poder de los destinatarios. Finalmente colocó en su lugar la última —la de Valeria Apps—, y cerró el cajón. Al hacerlo así algo le llamó la atención en el vacío hogar de la chimenea. Se inclinó y lo recogió. Era parte de un gran sobre

blanco quemado en su tercera parte. Tanto el sello como el matasellos estaban intactos. El sello era francés, y en el matasellos se leía «St. Tropez». Lo que quedaba de la dirección escrita a máquina decía:

Mr. L. Fett
Rix Villa
Fentiman Roa
London S. W. 8
Anglete

George Comparó aquella escritura con la de la carta del profesor. El sobre estaba escrito con la misma máquina. Al darse cuenta de esto, también supo que el profesor había estado celebrando la ocasión, como él decía, demasiado pronto. Por un momento, George permaneció frente a la chimenea golpeando suavemente la palma de una mano con el puño de la otra.

Buscó cigarrillos en el bolsillo, preguntándose si valdría la pena continuar vagando por la casa en busca de algo más, cuando sus ojos, súbitamente, se clavaron en el ligero movimiento hecho por la gruesa cortina que cubría la ventana principal. Al pie del cortinón vio como asomaba la punta de un zapato negro.

Dudó un momento, y luego comenzó a avanzar hacia la cortina. Al hacerlo así, fue apartado rápida y violentamente. Una muchacha dio un ligero salto de costado y quedó frente a él, colocándose al otro lado de la mesa. Con la mano izquierda sostenía un bolso casi bajo el sobaco, y en la derecha una pistola con la que ahora le amenazaba.

Con tono agudo, la muchacha ordenó:

—¡No se mueva! Quédese donde está...

Los ojos de George fueron desde el cañón del arma hasta el rostro de la muchacha y luego volvió a bajarlos lentamente, mirando a la pistola. Él no era un loco. Una mujer armada, y acorralada en un rincón, era cosa peligrosa. El bolso era perfectamente femenino..., pero no la pistola.

Con enorme calma dijo:

—¡Por amor de Dios..., tenga cuidado con esa pistola!

Después que hubo hablado, se fijó en que la mano de la muchacha temblaba ligeramente. Era una mujer nerviosa, pero podía ser un nerviosismo evidentemente peligroso para él.

—Entonces haga lo que le digo —replicó ella—. Acaba usted de coger algo de la chimenea. Déjelo encima de la mesa.

Muy lentamente, George buscó en su bolsillo lo que ella deseaba. La había reconocido al momento, pero no tenía la menor fe en que su breve relación pudiese servirle de ayuda. La primera entrevista en verdad que no había sido muy afable. No era posible equivocarse ante aquellos cabellos rubios, la pequeña nariz y los grandes

ojos azules, así como ante aquel vestido de lino, color azul pálido, que ahora casi ocultaba bajo un ligero abrigo de verano. Lentamente, George colocó sobre la mesa el chamuscado sobre.

Luego dijo:

—Parece que tiene usted el hábito de arrebatarle las cosas, ¿no? ¿Quién es usted y qué hace aquí?

Ella replicó secamente:

—Seré yo quien haga preguntas, y no usted.

La muchacha acababa de hablar con el tono de una alumna que estaba recitando una lección, aun cuando hacía un gran esfuerzo para aparentar firmeza. Sin embargo, George se dijo a sí mismo que una aficionada con una pistola en la mano no deja de ser un peligro.

También, lentamente, la muchacha colocó su bolso sobre la mesa y tomó el sobre que George acababa de dejar sobre ella. George vio como le lanzaba una rápida ojeada y luego lo guardaba en el bolsillo izquierdo del abrigo. Fue un movimiento que la traicionó. Su hombro izquierdo se alzó momentáneamente un tanto ante el pequeño esfuerzo y la mano derecha se movió un par de pulgadas, de forma que ya no le apuntaba el cañón del arma. George, con la velocidad del relámpago, tomó el bolso de encima de la mesa y golpeó con él la muñeca derecha de la muchacha. La pistola saltó por el aire y fue a dar contra una de las cortinas parcialmente corridas.

Llegó antes que ella al lugar donde había caído la pistola. Ella trató de asirle por una muñeca, pero George se incorporó y la rechazó sin mucha fuerza, aunque sí con la suficiente para que retrocediese tambaleándose, y al tocar sus pantorrillas con el borde del sofá, se sentara en éste sin desearlo.

—¡Quédese donde está! —casi gritó George.

Ella le miró, pareció querer decir algo, y luego sus labios se oprimieron esbozando un gesto de terquedad.

George dio la vuelta a la mesa, quitó el cargador a la pistola y vio que no contenía ni una sola bala. Era una bonita arma, una «22 Walther Manurhin». Volvió a deslizar en el arma el cargador y se guardó la pistola en un bolsillo.

—Está bien —dijo—, acabemos pronto con esto. ¿Sabía usted que el arma estaba descargada?

—Sí.

—Bien; eso ya es un detalle a su favor. El único detalle hasta ahora... Las mujeres y las pistolas cargadas no hacen mucho juego.

—Solamente quería...

—Lo sé. Simplemente atemorizar a alguien, ¿verdad? Bien; pues lo consiguió plenamente.

Extrajo de un bolsillo un paquete de cigarrillos y una caja de cerillas; arrojando ambas cosas sobre el sofá, junto a la muchacha. Ella lo ignoró deliberadamente.

—¿Posee usted algún derecho sobre esta casa? —preguntó George.

—No.

—Ni yo tampoco. ¿Cuánto tiempo hace que está aquí?

En aquel momento la muchacha extendió una mano para tomar el paquete de cigarrillos y encendió uno. Luego contempló a George a través de su primera bocanada de humo.

—Llegué unos minutos antes que usted. Le oí llegar por la puerta trasera y me escondí.

—¿Cómo entró en la casa?

—Por la puerta principal.

—¿Con una llave?

—Sí.

—Lista muchacha.

Calmosamente, ella replicó:

—La dueña de la casa siempre la guarda en un pequeño recodo de la pared, cerca de la lámpara de la entrada. Vi como la dueña se iba de aquí. Por eso lo sé.

—Sí, es una bruja un tanto descuidada. ¿Cómo se llama usted?

La muchacha dudó un momento y luego respondió:

—Mi nombre es Meade. Nicola Meade.

—El mío es Constantine. George. ¿Cuál pensó que era? ¿Escorpión, quizá?

Estas palabras la sorprendieron. George vio cómo en sus ojos se reflejaba la sorpresa, y también cómo su barbilla temblaba un poco. Sin embargo, ella no pronunció una sola palabra. George cambió de positura a un lado de la mesa y la miró en silencio.

Al cabo de un rato dijo:

—Bien; alguno de los dos tiene que continuar a partir de este momento. Supongo que habré de hacerlo yo. Tengo la impresión de que nos interesamos por la misma cosa...

George se detuvo y luego añadió calmosamente:

—¿Chantaje...?

En la pronunciada V que formaba su abotonada chaqueta azul pálido aparecía también una pechera de seda ribeteada por una estrecha y delicada puntilla que tembló cuando la muchacha respiró agitadamente.

George sonrió y dijo:

—No tiene usted por qué responder, desde luego. Pero ahí está..., esa es la razón por la que los dos hemos visitado a la simpática señora de Fettoni.

Entonces la muchacha habló incisivamente, con tono lleno de desprecio:

—¡No creo que haya nada de simpático relacionado con un caso de chantaje!

George dijo:

—Tampoco yo lo creo. Pero de la misma manera, tampoco creo que ella sepa nada. Lo que sí creo es que usted y yo debemos irnos a alguna parte a tomar algo y charlar tranquilamente de todo esto. ¿De acuerdo?

La muchacha volvió a dudar de nuevo, pero no por mucho tiempo. Asintió con un movimiento de cabeza, y luego dijo casi en un susurro:

—Sí. Creo que sí.

Se puso en pie, rodeando la mesa por el lado opuesto a George, y, cuando se acercaba a la puerta, se detuvo para decir:

—Mi coche está aparcado más abajo, en esta misma calle. Aunque mi nombre es Nicola Meade, el de mi madre es Nadia Temple. Temple solamente es su nombre artístico.

—No me sorprende usted en absoluto.

George le hizo una seña con la cabeza para que saliera antes que él, y la siguió hasta la puerta. Allí, una vez a su lado, llegó hasta él el delicado perfume que usaba la muchacha, perfume que aspiró profundamente. Le gustó y se preguntó cuál sería su nombre.

CAPÍTULO II

Nicola Meade le llevó en su coche hasta su piso. En la sala de estar echó una ojeada a su alrededor y dijo:

—¿Cómo diablos puede usted vivir en medio de esta confusión?

—¿Qué hay de malo en esto? Sé dónde está cada cosa y, cuando quiero trabajar, despejo una esquina de la mesa.

—Pero, ¿dónde adquirió todas estas cosas tan extrañas? —volvió a interrogar la muchacha al mismo tiempo que tomaba entre sus manos una máscara tribal africana y se la colocaba sobre el rostro, volviéndose hacia George.

—¡Oh!, aquí y allá..., en muchos sitios. Tiene usted muy buen aspecto con eso.

—Gracias.

—Todo cuanto usted necesita ahora mismo es vestir una laida de hierbas.

—Lo que realmente necesito es un trago de algo.

George preparó un par de vasos con licor, y la muchacha se dejó caer en un mullido sillón, apartando antes una pila de libros que se lo impedía; luego, cruzó las piernas y alzó el vaso hacia George. La luz de la lámpara de mesa que había tras ella trazaba una bella aureola alrededor de su cabeza. George estaba entusiasmado con la muchacha, y si su mente no hubiera estado tan ocupada con el profesor u Escorpión, seguramente habría tratado de sacar partido de aquella situación. En lugar de hacerlo así, y sin mencionar para nada el nombre del profesor, contó a la muchacha cómo había encontrado Fentiman Road. Cuando terminó de hablar, ella se mostró con él igualmente sincera. La carta de Escorpión había sido llevada a su casa de Horsmonden. Su madre había dicho que la carta era de un admirador, sin que tampoco mencionara su nombre o dirección. Tras el intercambio de relatos, ambos se dieron cuenta de que eran casi iguales. Nicola manifestó que su madre se había sentido muy emocionada y feliz, y que ella, Nicola, por vez primera se había enterado de lo del chantaje. Pero, en lugar de cartas, en posesión de Escorpión obraba una fotografía que Nadia Temple deseaba recuperar. Nicola había conseguido el nombre de Fettoni y su dirección mediante el departamento de recepción del hospital. Había ido a visitar a la señora Fettoni, haciéndose pasar por una periodista de la localidad, y entonces se enteró de que iba a casa de su hermana. Luego esperó hasta que la señora Fettoni ocultó la llave sobre el umbral de la puerta y se fue. Solamente llevaba en la casa unos minutos cuando George llegó.

Este último dijo:

—Cuando dejó la casa, ¿no se llevaría una máquina de escribir?

—No. Sólo llevaba una bolsa de ir de compras y una cesta.

—¿Sabía usted que encima de Fettoni fueron encontradas cuatro cartas cuando murió?

—No.

—Una dirigida a su madre de usted, otra a mi amigo y dos más a otras tantas personas de Londres. Tengo la sospecha de que también se trataban de cartas de chantaje. ¿Puedo preguntar cuánto pagaba su madre anualmente?

—Mil libras.

—¿Qué...?

—Originalmente fueron trescientas, pero la cantidad fue en aumento a medida que pasaron los años.

—Mil libras de su madre, cuatrocientas de mi amigo..., y me pregunto qué cantidades sacaría a esas otras dos personas a quienes no conozco. Ese dinero constituía un buen ingreso. ¿Le sugiere a usted alguna cosa todo esto?

—Sí. Pobre Nadia..., va a ser un peo difícil decírselo.

—Estoy de acuerdo con usted. Pero habrá que enfrentarse con esa papeleta. Todo ese dinero no señala a alguien que viva en Fentiman Road. Estoy endiabladamente seguro de que Fettoni no era más que una especie de buzón de correos. Ese bastardo de Escorpión todavía vive.

George colocó su vaso sobre la mesa y miró a la muchacha, sonriendo repentinamente. Luego añadió:

—¿Sabe usted? En cierta forma me alegro de que haya sucedido esto. Nos da la oportunidad de ponerle la mano encima. Eso es algo en lo que hay que ir pensando ya.

—Pero..., ¿qué puede usted hacer?

—Encontrar la forma de hacer algo. Cuando le pongamos las manos encima podremos dar otro paso hacia delante, ¡y no sabe usted las ganas que tengo de ponerle las manos en el cuello!

George se apartó de la mesa con gesto de cólera, y permaneció durante un momento inmóvil, contemplando una fotografía en color que colgaba sobre la pared. La fotografía estaba hecha por él. Era una vista de Zaskar Range, del Paso de Kuari; al fondo se veía una gran cadena de montañas con sus nevadas crestas, y en un primer plano una extensión de terreno salpicado de flores rojas y rosa. Recordó las veces que había traído plantas y semillas al profesor, y en el placer que el viejo experimentaba en su trabajo, y luego se le ocurrió pensar en aquella sombra que había nublado muchos años de su vida, una sombra que aún se cernía sobre su cabeza. «¡Oh, maldito Escorpión, amigo mío!», se dijo a sí mismo; «sigue viviendo y espera a que yo te ponga las manos encima».

Luego se volvió hacia Nicola.

—¿Vive usted en Londres? —preguntó.

—Sí. En un piso de mi madre. En Kensington.

—Entonces déjeme disfrutar de éste durante mi rato. Puede que la llame mañana por teléfono. Mientras tanto, no le diga a su madre que Fettoni ha sido identificado. Le gustaría cazar a Escorpión, ¿verdad?

La muchacha se puso en pie, y a George le gustó como lo hizo. Con agilidad y soltura. Nicola asintió con un movimiento de cabeza y dijo:

—Cuando le encontremos me contentaré con estar al lado de usted sosteniéndole el abrigo...

Se detuvo un momento, y luego añadió, mirándole fijamente:

—Debe usted apreciar mucho a ese amigo suyo, ¿verdad?

—Así es. Él y su esposa me criaron y educaron cuando mi padre murió en la guerra. ¿Otro trago antes de irse?

—No, gracias.

La acompañó hasta el coche, sonriendo para sí ante el pensamiento de que se requerían circunstancias excepcionales para que una muchacha saliera de su piso sin que él le hubiese dado una «pasada». Junto al coche le entregó la pistola automática.

—¿Dónde consiguió usted esa... cosa? —preguntó.

—Nadia la trajo de Francia en uno de sus viajes.

En el interior del coche la muchacha se inclinó para quitarse los zapatos de tacón alto y calzarse unas sandalias. Luego miró a George y preguntó:

—Usted es el George Constantine de «Amazon Aspect», ¿verdad?

—Sí.

—Me lo figuraba. A mi madre le gustan mucho sus libros.

—¿A usted no?

—No. No soy partidaria de todo eso: selva, animales salvajes, plantas...

—¿Ni siquiera de las orquídeas...? En una caja de celofán, por supuesto.

Ella sonrió y contestó:

—Haga la prueba conmigo.

Puso en marcha el coche y se alejó alzando una mano hacia George a guisa de despedida. Los faros del vehículo brillaron por un momento en la distancia y luego desaparecieron.

Se levantó muy temprano a la mañana siguiente, con una línea de acción ya muy clara en su mente. Si había que hacer algo, no valía la pena andar olisqueando por aquí y por allá, luchando consigo mismo para dar un salto hacia delante. Sir Alexander Synat era un hombre de negocios, y él, George Constantine, hallaría dificultades para llegar hasta el jefe de empresa en su despacho. Condujo el pequeño coche a lo largo de Curzon Street, y a las ocho y media de la mañana estaba pulsando el timbre de la casa. Un alto y corpulento mayordomo abrió la puerta y le miró con cara de pocos amigos. Probablemente jamás había pensado en abrir puertas de entrada antes de las diez.

George dijo:

—¿Se ha ido ya sir Alexander?

—Sir Alexander está desayunando, señor —contestó el mayordomo—. ¿Desea verle?

—Pregúntele primero si él desea ver a George Constantine..., y si comienza a decir... «¿Quién diablos es ese Constantine?», conteste usted que quiero verlo para hablarle de un hombre llamado Escorpión. Verá como en seguida me recibe.

—Muy bien, señor.

El mayordomo le condujo a través de un vestíbulo maravillosamente decorado con tulipanes y azucenas, y a continuación pasó a una estancia cuyo suelo estaba cubierto por una gruesa alfombra blanca. El mobiliario también era de color claro y respiraba dinero por todos los rincones. George se preguntó cuál sería la nómina de Synat en Moyses Stevens. El mayordomo se alejó, y por la puerta que había quedado entreabierta se introdujo un negro perro de lanas con collar de brillantes piedras que inmediatamente comenzó a mordisquear los tobillos de George. Este aguantó el juego durante unos momentos y luego —los perros de lana no figuraban entre las diez razas de perros favoritos suyos— introdujo un pie por debajo el estómago del animal y lo lanzó suavemente sobre el sofá.

En aquel momento sir Alexander Synat penetró en la estancia portando en la mano una taza de café.

—¡Milligan! —casi gritó—. ¡Saque de aquí a este maldito perro!

Apareció el mayordomo, extendió un largo brazo y, apoderándose del chuchó, abandonó de nuevo la bella sala de estar.

—Asqueroso perro —comentó Synat—. Produce daños que se elevan a unas cincuenta libras al mes. ¿Y quién diablos es usted, y qué es eso de un tal Escorpión y demás zarandajas?

—Bien; no es que me gusten mucho los perros de esa clase —replicó George con retraso—, pero probablemente ese bicho no hace suficiente ejercicio. Y Escorpión..., si es que no tengo más remedio que decírselo..., es un tipo que está chantajeando a un amigo mío, y tengo la impresión de que usted navega en la misma lancha. Si no es así, estoy dispuesto a disculparme y abandonar esta casa inmediatamente.

Sir Alexander Synat colocó la taza de café sobre la mesa y miró a George. George decidió que Synat pertenecía a la clase de hombres que en algún rincón guardaba un inventario completo de aquella habitación con fines de seguro, pero prefería ignorar lo que veía. En alguna habitación de la planta superior, probablemente haciéndose las uñas y tendida perezosamente en el lecho, estaría la dueña del perro de aguas, que sin duda alguna no sería lady Synat. No, pero sir Alexander tenía toda la apariencia, asimismo, de un patrón que constantemente está a punto de estallar con terrible violencia si su buque se retrasaba más de un día en puerto para la carga del mismo. No necesitaba más que una gorra galoneada para que así fuera. Era un individuo de baja estatura, fuerte, con cabellos negros peinados hacia atrás, y vestía lo que los

londinenses llamaban «traje de faena», es decir pantalones rayados, americana negra, chaleco gris con gruesa cadena de oro y una corbata que más bien parecía un merengue. Las líneas de su boca eran agresivas y sus morenas facciones estaban cruzadas por una tupida red de finas venas.

—Usted es de los que creen que es mucho mejor ir al grano directamente, ¿verdad? —interrogó.

—Estoy mucho más interesado en llegar hasta ese Escorpión. En las últimas veinticuatro horas esto se convirtió en ansiedad, y creo que con un poco más de tiempo llegará a ser una auténtica obsesión... Eso espero.

Synat se echó a reír, sonando su carcajada en la estancia como si la carga de una grúa hubiese caído a la bodega de su buque.

—Siéntese... siéntese —dijo—. No le ofreceré café porque en esta casa nadie sabe hacerlo bien.

Sir Alexander extrajo de un bolsillo del chaleco una pitillera de oro, y abriéndola ofreció tabaco a George. Este tomó un cigarrillo, e instantáneamente vio como bajo su nariz aparecía un encendedor, también de oro, dispuesto a servirle.

George dijo:

—Creo que ese Escorpión también significa algo para usted...

Se detuvo y sacó de un bolsillo el sobre dirigido al profesor, añadiendo:

—Un pobre diablo llamado Fettoni cayó bajo las ruedas de un autobús. Encima llevaba cuatro cartas. La pasada noche estuve inspeccionando Rix Villa en Fentiman Road.

—¿Detective privado?

—No; todo esto lo hago por un amigo.

Synat se puso en pie y caminó lentamente hasta la ventana. Miró hacia el exterior durante un momento y en silencio. Luego giró sobre sus talones rápidamente y preguntó en tono seco.

—¿Qué desea usted de mí?

—Información. ¿Desde cuándo le tiene Escorpión enganchado en el anzuelo?

Tras una larga pausa de silencio, Synat replicó calmamente:

—Demasiado tiempo.

—¿Cree usted que está muerto? ¿Atropellado por un autobús?

—Por un momento fui lo suficientemente estúpido como para esperar así. ¡Oh, sí, ya tuve aquí a la policía agitando una carta ante mis narices! Pero una ojeada a la casa de Fettoni me convenció de que Escorpión estaría allí fuera de lugar solamente con lo que yo pago. Fettoni no era más que un peón.

—¿Nunca trató usted de buscar a Escorpión?

—Naturalmente. Cuando me atacan siempre hago algo. Lo intenté hace algunos años. De eso se encargó un detective privado, un profesional de categoría. ¿Sabe usted lo que le sucedió? Tomó una cama en el tren París-Berna. No me pregunte por qué iba a Berna; en sus informes no se explica nada de esto. Se le encontró vestido

con su pijama junto a la vía del tren, al otro lado de una frontera, creo. Y aquel hombre no era de los que repentinamente se vuelven sonámbulos en un tren. Después de eso abandoné el asunto y continué pagando.

—Trataré de recordar que no debo tomar somníferos —comentó George.

Synat volvió a reír explosivamente. Luego dijo:

—Si encuentra usted a Escorpión yo trataré con él. Le pagaré a usted todos los gastos; gastos de primer orden. Más tarde le haré un espléndido regalo.

—Estamos apurando un poco las cosas —dijo George—, pero recordaré esas palabras. ¿Conoce usted a las cuatro personas complicadas en todo esto?

Y al pronunciar estas palabras agitó suavemente en el aire la carta del profesor.

—Sí. Si no me equivoco, usted está al lado del profesor Dean, ¿verdad?

—Sí.

—Luego está esa mujer..., Temple..., y Berney. ¡Dios mío! ¿Por qué no interrumpió usted el desayuno de esa gente?

—No puedo llegar hasta los políticos muy temprano por la mañana. Ahora escuche, sir Alexander, ya he, hablado con la hija de Nadia Temple. Sólo queda Berney. Cuatro personas, cuatro conjuntos de hechos acerca del pasado. Eso podría conducirnos directamente hacia Escorpión. Estoy totalmente seguro de que las cartas fueron enviadas a Fettoni desde algún lugar cercano a St. Tropez.

—¿De veras? Comprendo. Bien, ¿qué hay que hacer?

—Tengo la historia del profesor Dean. Quisiera que usted, Nadia Temple y Berney también estuvieran dispuestos a contar las suyas. En todo ello puede haber algo en común, algo que sea interesante para todos. ¿Está usted dispuesto a hacerlo así?

Synat guardó silencio durante unos instantes, y luego asintió con un movimiento de cabeza.

—¿Lo haría ahora mismo?

—Cuanto antes mejor. Es más, lograré que usted se presente a Berney. ¿Por dónde empiezo?

—Primero he de hacerle algunas preguntas. ¿Siempre ha hecho usted esas transferencias de dinero a Valores Escorpión en la City?

—Sí. Tengo más relaciones con la Banca que la mayoría de la gente. Pero, aun así, por ese lado nunca podría llegar a ninguna parte. Tengo una idea sobre ese terreno, por supuesto, pero es posible que Berney la tenga aún mejor. Pruebe con él.

—El nombre de Bianeri, ¿significa algo para usted?

—No.

—¿Y Fettoni?

—Sí. Hace años. Era camarero en un restaurante al que yo acudía frecuentemente. El local se llamaba El Drago. Fue destruido por un bombardeo durante la guerra. Allí fue donde comenzaron mis dificultades. Pero juraría que Fettoni no sabía una palabra sobre ello. No era más que un lacayo.

—¿Y el asunto del chantaje?

—Sí..., eso... Bien; fue de la siguiente forma. Mi padre vino al Sur con su hermano poco antes de estallar la Primera Guerra Mundial, e iniciaron en Londres el negocio de la construcción. Mi tío era el cerebro, la dirección, y el negocio marchó bien. Entonces mi tío murió y la cosa comenzó a desmoronarse. En el año 1930, cuando yo sólo tenía veinte años, entré en el negocio y tuve que apuntalarlo firmemente.

Sir Alexander continuó explicando cómo había hecho esto. En sociedad con un hombre llamado Vinescu, que dirigía un restaurante llamado El Drago, en Soho, había adquirido viejos terrenos en Soho y en las cercanías de este distrito, que más tarde convirtieron en pisos. Vinescu llevaba la administración de estos últimos. Los dos hombres prosperaron. En el año 1937, cuando su padre murió, Synat ya había comenzado a trabajar para el Gobierno en obras públicas. Mediante Vinescu aprendió la forma de influenciar sobre las contrataciones con su firma, y el negocio comenzó a desarrollarse fabulosamente. Sin embargo, poco antes de la guerra, Synat, entonces ya lo suficientemente poderoso como para trabajar por su cuenta, se separó amistosamente de Vinescu. Principalmente, y esto pudo leerlo George entre líneas, porque ya no necesitaba emplear los métodos que Vinescu podía proporcionarle. Se asoció con otro individuo llamado Lince, y, al final de la guerra, Synat ya era hombre muy rico y con ambiciones superiores. Durante la guerra, Vinescu y su esposa murieron durante un bombardeo que destruyó totalmente El Drago. Synat no lamentó mucho el accidente, por lo menos así lo sospechó George. Por entonces estaba a punto de convertirse en el auténtico dueño de la empresa, y ya era miembro del Common Council de Londres. Tenía dinero y disponía de tiempo; muy pronto sería concejal, y al amparo de este cargo siempre habría oportunidad de llegar a ser el muy honorable alcalde de Londres. Grandes perspectivas para un hombre ambicioso. Pero en 1946 recibió la primera carta de Escorpión. Acompañaban a la carta fotocopias de cartas cruzadas entre él y Vinescu, de cheques y extractos de la contabilidad de alquileres y demás documentos privados..., suficientes pruebas, dijo Synat, como para dar al traste con todas sus ambiciones en el caso de que todas aquellas cosas llegaran a oídos de ciertas personas. Pagó, puso un detective tras la pista de Escorpión y, cuando esta maniobra fracasó, siguió pagando.

Luego sir Alexander concluyó:

—Cierto, no estoy muy orgulloso de lo que sucedió en aquellos tiempos. Pero si uno está dispuesto a subir... Bien; a veces no se puede ser excesivamente remilgado con los métodos a emplear.

George preguntó:

—¿Qué es lo que averiguó su detective acerca de Vinescu?

—Sus padres procedían de Rumania. Él se casó con una muchacha llamada Carla Samuels, de Hackney. Murió con él en el año 1943. Y supuse que el bombardeo también habría destruido todos sus archivos.

—¿Tenían hijos?

—No. La señora Vinescu fue rescatada de entre los escombros y vivió un par de horas más. Su testamento dejaba todo a su hermana, una tal señora Grace Pinnock. Mi detective fue a verla... Vive en un hotel de Tunbridge Wells. Pero no sacó nada en limpio, a no ser que en su poder no obraban documentos pertenecientes a Vinescu.

—¿En qué medida conocía usted a Vinescu?

—Muy bien en aquellos tiempos. Era mucho mayor que yo, pero éramos buenos amigos. Yo acudía mucho a las fiestas y reuniones que celebraba en su piso, encima del restaurante.

—¿Y la gente que le conocía? ¿Sus otros amigos? ¿Había acaso personas cercanas a él que pudiesen haberse hecho cargo de sus papeles?

—Vinescu era un pez de boca muy dura. Fettoni era el jefe de los camareros, pero jamás estuvo presente en una de aquellas fiestas o reuniones. Había también una muchacha muy joven por la que Vinescu sentía gran predilección; se llamaba Elsie o algo por el estilo. Pero su esposa, que también apreciaba mucho a la muchacha, le armaba unos jaleos terribles a causa de ello, y no creo que la cosa llegara a convertirse en nada serio. Y ahora que hablo de esto, recuerdo algo que le voy a contar; algo curioso. Yo estaba en Venecia; creo que fue en el año 1949..., en el hotel Danielli, y un día, en el muelle, en el exterior del hotel, creí ver a esta misma muchacha que embarcaba en una góndola en compañía de un hombre, un tipo alto y de cabellos rubios. Pero se fueron antes de que yo pudiese llegar hasta ellos. No voy a jurar que fuera ella, pero siempre he recordado el incidente. ¿Tiene esto algo que ver con la historia de Dean?

—Me temo que no. Aun cuando todavía no le he interrogado detenidamente.

—¿Quiere usted seguir adelante con estos?

—Por supuesto que sí.

—¿Y está dispuesto a charlar con Berney?

—Sí.

—Espere un momento.

Synat salió de la estancia y cerró la puerta. Al cabo de unos segundos George oyó como el perro de aguas la arañaba por la parte exterior aullando lastimeramente. Diez minutos más tarde, Synat regresó, siendo anunciada su presencia por un alegre ladrido del chucho.

—Berney le recibirá a las once. En Queen's Gate. Le dije que era importante y confidencial, y que contaba usted con todo mi apoyo en cualquier sugerencia que pudiese hacer. ¿Le parece bien?

—Gracias, sir Alexander. Mantendré el contacto con usted.

Synat hizo sonar una campanilla de plata y apareció el mayordomo.

—Acompañe al señor Constantine, Milligan —ordenó.

Estrechó la mano de George, y cuando éste estaba a punto de abandonar la estancia, Synat advirtió en voz alta:

—¡Cuidado con ese sanguinario chucho!

En aquel mismo momento el mayordomo se inclinaba para coger del suelo al perro de lanas y ponérselo bajo un brazo.

Al acompañar a George hasta la puerta, el mayordomo abandonó un tanto su profesional rigidez como para decir:

—Mis disculpas por el perro, señor. Con todo el debido respeto, la verdad es que se trata de una verdadera molestia.

—No se preocupe —replicó George—. Pero si quiere usted disfrutar de sosiego, siga mi consejo: un largo paseo con más largas carreras por el parque todas las mañanas será excelente medicina que hará maravillas para ustedes dos.

El secretario de Berney le condujo al piso de arriba ascendiendo por unos bien alfombrados escalones hasta llegar a la puerta de una sala de estar, una puerta blanca con molduras doradas. En el interior había una maravillosa alfombra negra con una gran estrella dorada en su centro, una estrella de ocho puntas. El muy honorable John Hope Berney se hallaba en pie sobre el cuadrante oeste.

El ministro era un hombre alto y bien constituido. Vestía un traje de ligero «tweed», una corbata M.C.C. y zapatos de color marrón muy brillantes. Sus facciones no eran perfectas, pero sugerían fuerza de carácter, lealtad y resolución. Sus cabellos castaños blanqueaban un tanto en sus sienes, y los ojos oscuros mostraban una chispa afectuosa, casi de fidelidad, expresión que, en unión de los músculos un tanto caídos de las mejillas proporcionaban al hombre un aspecto que podría fijarse entre el de un sabueso y un «spaniel». Consideración que, de acuerdo con las ideas de George, posiblemente habría ganado para él muchos votos de sus lectores.

El secretario les dejó, y George tomó mentalmente nota para mostrarse cortés y vigilar un tanto su lenguaje. Aquel hombre no era Synat.

Berney dijo:

—Siéntese, Constantine...

Y a continuación extrajo de un bolsillo un reloj, añadiendo:

—Puedo concederle media hora. Parto inmediatamente para el campo.

El ministro habló como si en algún rincón del país, el campo fuera alguien que le estuviese esperando impacientemente. No cabía equivocarse con aquella voz ni con aquel ligero acento galés, una voz... George recordaba que cierto comentarista político, durante la crisis del canal de Suez le había calificado como «la voz que respiraba sobre Eden».

George dijo:

—Señor ministro, es muy amable de su parte el haber accedido a recibirme. Trataré de ser tan breve como me sea posible.

—Hágalo así —rogó Berney sonriendo—. Para mí será una novedad bien recibida, tras las elaboradas y largas frases que me dedican muchos de mis colegas, a

veces para hablar de cosas sin la menor trascendencia.

—En ese caso le hablaré francamente, señor ministro —dijo George sin poderse contener—. Un amigo mío está siendo víctima de un chantaje; también lo está siendo Synat, y me gustaría saber si a usted le ocurre lo mismo. Escorpión es el nombre del que recibe el dinero.

No se movió ni un solo músculo en el rostro de Berney, quien continuó mirando fijamente a George, aún sonriente. Luego, muy lentamente, caminó hacia un antiguo aparador cubierto por una piedra de mármol blanco, y, cuando extendía la mano para tomar una pequeña garrafa de licor, dijo:

—Usualmente no bebo antes del mediodía, Constantine. Pero la verdad es que jamás oigo hablar tan francamente ni antes ni después del mediodía. ¿Quiere tomar un coñac en mi compañía?

—No, gracias, señor. Y pido perdón por mi brusquedad. Si me he salido de la vía bien puedo volver a ella... con facilidad.

Berney se volvió y se sirvió una generosa cantidad de coñac. Luego repuso:

—Por el contrario, Constantine, continúe siendo sincero. A pesar de lo que algunas personas puedan decir de mí, le aseguro que soy un buen oyente.

George le explicó los hechos igual que lo había hecho con Synat. Le contó cómo Synat había admitido que estaba siendo víctima de un chantaje y que deseaba hacer algo si las demás personas comprometidas estaban dispuestas a cooperar. No relató la historia de Vinescu, pero señaló el hecho de que reuniendo cuatro grupos de información algo podría sacarse en limpio sin duda alguna. Algo que al menos condujera a encontrar a Escorpión. A medida que fue hablando y el ministro le escuchaba atentamente, George se dio cuenta de que tras aquellos oscuros ojos había un poderoso, cerebro que en aquellos momentos trabajaba a toda presión. Fuese cual fuere la imagen que de sí mismo Berney gustara presentar ante el público con propósitos políticos, lo cierto era que allí había un hombre que fue capaz de llegar rápido y lejos por sí mismo, y que no deseaba que nadie frenase su carrera.

Cuando George terminó, Berney se detuvo sobre el extremo noroeste de la estrella y dijo:

—Interesante. Y no he de tratar ahora de adoptar una falsa actitud. Recibí la visita de un inspector de policía, y además hice mis propias investigaciones. Debo decir que muy pronto comprendí que Luigi Fettoni, de Fentiman Road, no podía ser Escorpión...

El ministro se detuvo, sorbió un poco de coñac, alzó una ceja, y, con tono indiferente, continuó diciendo:

—Mi secretario, Maurice, es muy eficiente...

Y al pronunciar estas últimas palabras el ministro volvió a detenerse, señalando con un movimiento de cabeza a unas cuartillas escritas que aparecían sobre el aparador. Luego añadió:

—Desde que Synat me telefoneó, Maurice escribió una biografía bastante completa de George Constantine. Por ella deduzco que está usted decidido a seguir adelante con este asunto, obtenga o no mi cooperación, ¿es así?

—Así es, señor.

—Entonces creo que no vale la pena ni hay porque poner obstáculos en su camino —dijo el ministro, al mismo tiempo que consultaba su reloj—; el campo tendrá que esperar un poco mientras le cuento a usted cosas que jamás esperaba haber dicho a nadie.

Y así lo hizo, con toda claridad, no como un político que buscaba afectos, sino como el abogado que había sido en otros tiempos, y que sólo se interesaba por los hechos.

Su padre nunca había llegado a tener mucho dinero. Cuando él, Berney consiguió llegar de Oxford para ganarse la vida con las leyes que había aprendido, en cierta medida se vio obligado a abrirse paso por sí solo. Se hizo periodista político, si bien a lo largo de toda su carrera jamás había dedicado a la política ni un solo pensamiento. El dinero siempre había sido su gran problema, porque tenía tendencia a gastar más de lo que ingresaba, tendencia que evidentemente era estimulada en alto grado a causa de que sus amigos estaban considerados como hombres mucho más ricos que él. En el año 1946, un editor de Londres le presentó a un financiero suizo de categoría internacional llamado Gustav Aboler. Aboler disponía de corresponsales confidenciales en la mayoría de los países donde él tenía intereses en los terrenos de la política, las finanzas y la industria. Berney se convirtió inmediatamente en su corresponsal político londinense, disfrutando de un apreciable salario. Interpretaba las tendencias políticas, proporcionaba toda clase de información que caía en sus manos, y, lo que aún era más importante..., escribía informes detallados de su opinión acerca de los políticos de ambos partidos. A cambio de todo esto, Aboler le pagaba y le aconsejaba sobre la mejor forma de invertir su dinero. Berney comenzó a disfrutar de una fortuna razonable. En el año 1949, Berney decidió entrar en el campo político. Sus cartas a Aboler siempre habían sido agudas, sinceras y terriblemente punitivas. Sabía que estas cartas..., si llegaban a ser leídas por ciertos hombres interesados, serían pura dinamita política. En 1949 visitó a Aboler —por primera y única vez— en su villa del lago Ginebra en Suiza, y le pidió que al decidirse a presentarse para el Parlamento, aquellas cartas fueran destruidas. Aboler dijo que así lo haría. Berney ganó las elecciones en 1949, y desde entonces su carrera fue del dominio público. En 1955, Aboler murió. Un mes después de su muerte, Berney recibió la primera carta de Escorpión acompañada por copias de sus cartas más peligrosas y mordaces. Escorpión señalaba que aquellas cartas, si llegaban a poder de ciertos interesados y si eran leídas por los hombres que eran sus compañeros en el partido, pondrían fin automáticamente a su carrera política. Berney pagó. En aquel momento estaban a punto de celebrarse las elecciones de otoño. Si su partido perdía fuerza, Berney disfrutaría de un importante puesto en el Gabinete y, sin duda alguna, le estaba

esperando asimismo la manzana más gorda de todas en la rama más alta del árbol. Comenzó pagando mil libras al año. Ahora estaba pagando dos mil.

Concluyó diciendo:

—Quizá no tenga necesidad de especificarle los celos que siempre se originan en el terreno político... Son peores que los que puedan imperar en cualquier escuela de niñas. Lo que escribí a Aboler hace muchos años podría crearme infinidad de enemigos, que terminarían por destruirme. Y, sinceramente, Constantine, no deseo que nadie me destruya. Más bien prefiero pagar. Escorpión, quien quiera que sea, se lleva su libra de carne fresca, pero al menos tiene sumo cuidado en que su víctima no se desangre hasta morir.

—Cuénteme más cosas acerca de ese Aboler. ¿Con qué frecuencia solía verle usted?

—Solamente le vi dos veces. En Londres, cuando nos pusimos de acuerdo. Y en Suiza, cuando le pedí que destruyera aquellas cartas. Me encontré con su viuda en Londres en el año 1956, y le pregunté por las cartas. Me dijo que no sabía nada de ellas, excepto el hecho de que Aboler —sabiendo que estaba consumiéndole un cáncer—, las habría destruido todas, ya que había destruido toda su correspondencia personal dos meses antes de fallecer. Solamente él tenía acceso a la cámara acorazada y particular de su casa donde guardaba sus archivos personales.

—Entonces alguien debió obtener copias de esas cartas antes de que él falleciera. ¿Qué ocurrió cuando usted le visitó en Suiza? ¿Quién estaba allí? Quiero decir: ¿pudo alguien haber oído que usted deseaba destruir esas cartas?

—No... no, a menos que hubiese algún micrófono en su estudio. En cuanto se refiere a otras personas..., se celebraba entonces una pequeña reunión de carácter privado, una fiesta casera. No recuerdo bien a ninguna de aquellas personas.

—¿A quién recuerda usted?

—Veamos: había un italiano, alto y rubio, de edad mediana, que siempre creía sería uno de los corresponsales de Aboler en Milán o en alguna ciudad italiana. Le recuerdo bien a causa de sus cabellos muy rubios. No recuerdo su nombre. Pero había una mujer con él..., su querida, creo yo. Al menos así me lo dijo Aboler. Era una muchacha de tipo latino y con magnífico aspecto. Recuerdo bien su nombre porque se llamaba igual que mi madre, María.

—¿Y su apellido?

—Eso no lo recuerdo. Pero con ellos había otro hombre, un judío de mediana edad, que estaba metido en una aventura de teatro que, al parecer, respaldaba Aboler. Sí, era un judío ya medio calvo.

—¿Y el resto del grupo?

—Tengo un recuerdo un tanto vago sobre las demás personas. En su mayor parte eran jóvenes. Suizos y quizá franceses. Al financiero Aboler le agradaba mucho la gente joven.

—¿No había ninguna muchacha inglesa?

—No lo creo. Yo debí haber insistido en que las cartas se destruyeran en mi presencia. Pero confiaba mucho en Aboler. Todavía creo que hizo lo que le pedí.

El ministro caminó sobre la espesa alfombra y depositó sobre el aparador su vaso vacío.

George dijo:

—Usted hace los pagos a la cuenta de Valores Escorpión en la City, ¿verdad?

—Sí.

—¿No tiene usted nada más que decirme sobre eso?

Berney se volvió y sonrió.

—Hice investigaciones de tipo bancario, pero no me condujeron a ninguna parte. Aun cuando llegara a los niveles más altos de seguridad —lo que quizá significaría exponerme bastante—, todavía creo que nada lograría en ese sentido. Escorpión debe disponer de otros medios además del chantaje. ¿Le sirve esto de alguna ayuda?

—Podría ser... más tarde.

—¿Está usted decidido a seguir adelante con este espinoso asunto?

—Sí.-

—Muy bien. Estoy dispuesto a proporcionarle cualquier otra ayuda que pudiera necesitar.

Durante un momento el tono de voz del ministro fue débil, de tremendo agotamiento, como si el recuerdo del pasado hubiese dejado a Berney cargado de fastidio y aburrimiento hacia la vida.

George dijo:

—Usted ha estado recibiendo durante años cartas de Escorpión. Dígame, ¿qué idea se ha formado usted de ese hombre?

Se alzaron los hombros de Berney al liberarse de su fatiga. Los oscuros ojos brillaron nuevamente, y otra vez volvió a hablar el Berney público.

—Yo más bien diría que se trata de un hombre de mundo, inteligente, educado, quizá áspero y cruel dentro de ciertos límites que se impone a sí mismo. Siempre tuve la impresión de que mi caso no era el único, que había más; y con esto quiero decir que habrá alguno más que los cuatro casos que conocemos. Es hombre que dirige todo esto como un negocio, y me parece que no hay nada que él no conozca sobre la debilidad y ambición humanas. Si para él fuera mucho más provechoso destruirme que desangrarme, creo que no dudaría en hacerlo ni un solo segundo.

* * *

De regreso en su piso, George descolgó el teléfono para hablar con el profesor Dean. Fue una conversación breve y que le hizo sentir mucho más odio hacia Escorpión que antes. Solamente la voz del viejo al otro extremo del hilo telefónico, cuando empezó a leer su historial una vez más, hizo que George oprimiese en su mano con terrible fuerza el receptor. Aquella tarde se esperaba la llegada de la esposa del profesor. George dispuso las cosas para reunirse con el profesor alrededor de las

seis de la tarde en el Trout de Godstow. Aconsejó que dijera a Lucy que iba a acercarse un momento al colegio.

Después telefoneó a Nicola y le dijo que en aquel momento iba a verla. La muchacha replicó que estaba lavándose la cabeza, y George añadió que aquello le importaba tres cominos. De todas maneras siempre le hablan gustado las muchachas con los cabellos húmedos.

CAPÍTULO III

Detrás de la villa, y al mismo nivel de los dormitorios del primer piso donde había sido cortada la falda de la colina para dar cabida al edificio, había una larga terraza de baldosines rojos. En el extremo más lejano se alzaba una pequeña balaustrada, y más allá de ésta se podía observar parte de la inclinada falda de la colina cubierta de pinos y diferentes arbustos, y algo más abajo destacaba un pequeño trozo de mar muy azul. Este extremo de la terraza estaba cubierta por un rayado toldo que partía desde las ventanas del dormitorio hasta dos postes de hierro empotrados en los baldosines. Tres colchones de brillantes colores se hallaban esparcidos bajo la sombra del toldo.

María estaba tendida sobre uno de ellos, ataviada con bikini amarillo. Se hallaba echada boca abajo, leyendo, con la mitad posterior del cuerpo expuesta al sol. Alzando un poco la cabeza, podía ver perfectamente el interior de su dormitorio y la pequeña mesa donde descansaba un teléfono rojo. Leía calmamente, doblando sus largas piernas. Los dedos de un pie acariciaban suavemente la planta del otro pie, y en la falda de la colina que se alzaba sobre la casa, las cigarras entonaban su extraño canto entre los pinos. Desde algún lugar situado más abajo de la terraza llegaba el ruido de una manguera, y, de vez en cuando, la alegre nota de alguna canción que silbaba un hombre. Era Gian, que estaba lavando el coche. Después de cierto tiempo cesó el sonido de la manguera. Minutos después María oyó cómo se abría la puerta de su dormitorio. Alzó la cabeza, abandonando la lectura, vio a Gian salir de la oscuridad del cuarto para permanecer en pie ante las ventanas de estilo francés. Llevaba puesto solamente unos «shorts» color caqui. Había manchas de humedad en los «shorts», sin duda alguna consecuencia del lavado del coche, y sus cabellos de profundo color cobrizo goteaban agua, sin duda también por haber puesto la cabeza bajo la manguera para refrescarse. El agua brillaba sobre la morena piel de su cuello y hombros. Él la miró sonriendo; era un hombre joven, de cintura estrecha y anchos hombros que, además, tenía un agradable rostro.

Gian sostenía una toalla en la mano; saltó por la ventana del dormitorio y se acercó hasta donde se hallaba María, al mismo tiempo que con la toalla se frotaba la espalda y el cuello vigorosamente. Algunas gotas de agua cayeron sobre las páginas del libro que ella leía.

—¿A dónde han ido? —preguntó él.

—A Cannes, creo.

Ambos hablaban en francés.

—¿Vendrán tarde?

—Podría ser.

Gian dejó caer la toalla y extendió una mano para tomar los cigarrillos y el encendedor de María. Encendió uno y echó ligeramente hacia atrás la cabeza para inhalar profundamente la primera bocanada de humo. Fue un movimiento que puso en tensión la línea de su garganta, tan familiar para María, movimiento que la llenó de un extraño placer físico.

—Algún día —dijo él— me gustaría largarme. Para siempre.

Ella sonrió.

—¿A dónde?

—A cualquier parte. No lo sé.

Gian volvió a extender una mano y apoyó la yema del dedo índice sobre el estrecho canal de la espalda de María. Luego, poco a poco, fue deslizando el dedo hasta detenerlo justamente sobre el borde del ligero bikini.

—No hagas eso, Gian.

—¿Por qué no?

—Sabes bien por qué. Lodel te mataría.

—¡Lodel!

La exclamación estaba llena de desprecio. Luego, tras apartar la mano, se tendió todo a lo largo junto a María, descansando sobre los codos, y mirando muy de cerca al rostro de la mujer. Sonriendo, preguntó:

—¿Amas a Lodel?

—No.

—¿Y a Bardi?

—No.

—¿Has querido a alguien en tu vida?

—Ya lo olvidé.

Gian expulsó por entre sus labios un fino chorro de humo sobre el rostro de María, y ambos se echaron a reír.

Él dijo:

—¿Sabes por qué bebo demasiado algunas veces?

—No.

—Porque te quiero. Cuando bebo, las cosas se me hacen más fáciles de tragar.

Gian se detuvo y acarició suavemente uno de los hombros de la mujer, añadiendo a continuación:

—Podríamos irnos juntos. Yo conseguiría algún dinero.

Y al pronunciar estas palabras besó un lado del cuello de María.

—No, Gian.

María se apartó de él, y luego se puso en pie.

Calmosamente, Gian añadió:

—¿Tienes miedo?

—Sí, por ti.

En aquel momento el teléfono del dormitorio comenzó a sonar. María se apresuró a ir hacia el cuarto caminando con felina gracia —alta, bronceada por el sol— y tomó el auricular.

Gian la oyó decir:

—Sí..., habla María.

Vio luego como cogía papel y lápiz, tomando asiento a continuación sobre la pequeña mesa, sostuvo el auricular entre el cuello y el hombro para tener las manos libres. Comenzó a escribir rápidamente. El movimiento de su mano, la postura de su cuerpo, y la concentración que se advertía en el rostro de la mujer, aumentaron en Gian el terrible anhelo de ser libre.

Se puso en pie y entró en la habitación cuando María colgaba el teléfono. Luego colocó el papel y el lápiz junto al aparato. Cuando se volvió, él la rodeó con sus brazos y la besó en la boca.

En el exterior las cigarras seguían cantando como si el sol las hubiese vuelto locas. Una suave brisa soplaba alzando los bordes del toldo. El ligero viento del mar movió la hoja de papel que María acababa de colocar junto al teléfono. En ella, y escrito en francés, con bonita letra, se podía leer lo siguiente:

«Bianeri 12 hizo una visita a Fettoni ayer. La casa está cerrada. Los vecinos confirmaron que Fettoni murió bajo las ruedas de un autobús hace cinco días. Inspeccionada la casa, no existe la menor huella de las cartas de Escorpión. Todo limpio de pistas con respecto a alguna conexión de Fettoni con Bianeri».

Cuando George llegó al piso de Temple se encontró con que no sólo estaba allí Nicola, sino también su madre.

Nadia Temple era una mujer alta y elegante, de cabellos negros, que gustó inmediatamente a George. Pero éste pronto se dio cuenta de que bajo unos modales un tanto caprichosos, se ocultaba una mujer que sabía dominarse a sí misma perfectamente, que calibraba a las personas al primer golpe de vista y que, por lo tanto, sabía cómo presentarse ante ellas. Y, para empezar, ante George decidió mostrarse como mujer desamparada. Cuando Nicola explicó a George que ella por fin le había dicho a su madre que Escorpión probablemente no había muerto, Nadia Temple dijo:

—Eso es terrible, ¿verdad, señor Constantine? Ese monstruo todavía vivo..., todavía pendiente sobre mi vida como una oscura nube... Durante un momento me sentí deliciosamente feliz, al imaginarme libre. Ahora, ¿cómo podré soportarlo? ¿Cómo podré...?

Nicola la interrumpió diciendo:

—Vamos, mamá..., lo has soportado durante años. De todas maneras, George ya está haciendo algo sobre ello. ¿No es verdad, George?

—Pero, ¿qué puede uno hacer? El hombre es tan... tan tortuoso...

Nadia Temple se llevó las manos a las sienes, y luego se dejó caer sobre una silla, al igual que podría hacerlo una mariposa aterrizando sobre una flor.

Nicola elijo:

—No siempre se comporta así. Vamos..., deja de actuar como si estuvieses en escena, mamá...

Se detuvo y volvió a mirar a George para añadir:

—La verdad es que, cuando quiere, es más dura que el pedernal. Lo único que ahora desea es su simpatía de usted.

—Espero lograr para ella algo más que simpatía —replicó George.

Luego contó a ambas mujeres lo sucedido en sus dos entrevistas con Synat y Berney. Después añadió:

—Señora Temple, ¿tendría usted inconveniente en contarme cómo Escorpión entró a formar parte de su vida? Podría servirme de gran ayuda.

—¡Cómo! ¿Relatar todos esos horribles detalles? Realmente no sé...

—Desde luego que puedes contárselos —dijo Nicola nuevamente—. Y además los cuentas muy bien.

Nadia Temple miró a George, apelando a su simpatía contra la ruda sinceridad, de su hija. George le concedió una amplia sonrisa tranquilizadora.

—Me gustaría escuchar todo eso —dijo él—. Aun cuando no hay necesidad de que me cuente detalles que le desagraden.

—¡Pero si me desagrada todo, señor Constantine!

—Entonces no te dejes en el saco ningún detalle, mamá —dijo Nicola—. Cuéntaselo todo a George. Yo, mientras tanto, me iré a secar la cabeza.

A solas con George, Nadia abandonó su actitud de mujer desamparada.

En el año 1932, cuando tenía diecisiete años, Nadia había dejado la Real Academia de Arte Dramático y consiguió un pequeño papel en una comedia que se representaba en Haymarket Theatre. Dos años más tarde..., después de una serie de papeles sin importancia, contrajo matrimonio con un hombre llamado Desmond Keefe. El marido tenía tres objetivos en la vida: beber, jugar y las mujeres, y Nadia no tardó en saber que vivía de los dos últimos. Le dejó en el año 1935, y pasó a compartir un pequeño piso con otra muchacha en Hampstead. De vez en cuando aparecía Keefe, casi siempre bebido y exigiendo dinero. Una tarde del año 1937, Keefe llegó al piso sobre las cinco de la tarde y encontró sola a Nadia. Entonces ella tenía un buen papel en una obra del West End y estaba a punto de partir para el teatro. Keefe estaba borracho, pidió dinero, y, cuando ella se negó a dárselo, surgió la violencia y Keefe comenzó a golpearla. Terriblemente atemorizada por la amenaza de ser señalada en el rostro, Nadia asió un pesado espejo con mango de plata y se lo arrojó a su marido. El espejo le golpeó en la frente y Keefe cayó hacia atrás, hiriéndose en la cabeza al chocar ésta contra el borde de la chimenea. Nadia se acercó

a él, e inmediatamente se dio cuenta de que había muerto. En aquellos momentos llegó la muchacha que compartía el piso con Nadia. Venía en compañía de un joven.

—Comprenda, señor Constantine. En aquel instante yo estaba medio muerta de miedo. No era más que una muchacha histérica con veintidós años de edad. Gracias a Dios, Elsie fue mucho más capaz que yo.

—¿Elsie?

—Sí, la chica con la que yo compartía el piso. Me apreciaba mucho y sabía lo terrible que era Keefe. Ella y el joven se encargaron de todo..., y yo se lo agradecí sinceramente.

Al parecer, habían calmado a Nadia diciéndole que se fuera al teatro y que lo demás se lo dejara arreglar a ellos. A la mañana siguiente el cadáver de Keefe fue descubierto en el fondo de un tramo de escalera, a unas cuantas casas de distancia más arriba, en la misma calle. En la encuesta se puso de relieve que había estado bebiendo todo el día y que había anunciado su intención de ir a ver a su mujer. Aquella tarde del mes de enero había sido oscura y muy lluviosa y se suponía que estando bebido se había equivocado de casa, subiendo a un piso mucho más alto que el de Nadia; que había resbalado y encontrado la muerte en el fondo de las escaleras. Nadie testificó que su marido no la había visitado, y, en vista del comportamiento del esposo, no hubo ninguna sospecha de que ella pudiese ocultar algo. Al verano siguiente, la amiga de Nadia, Elsie, partió para el extranjero y perdieron totalmente el contacto.

Por el año 1940, Nadia ya era una estrella, y en aquel año contrajo matrimonio con un piloto militar llamado Francis Meade. Dos meses después de su matrimonio, Nadia recibió la primera carta de chantaje de Escorpión. En el sobre venía una fotografía de Desmond Keefe muerto en el suelo del cuarto de Nadia. A su lado había un espejo y un ejemplar plegado del *Evening Standard* que Keefe había llevado consigo..., y en el que se distinguía perfectamente la fecha en que acababa de morir accidentalmente. Nadia confesó todo el asunto a su esposo y éste convino en que debían ocultárselo a la policía y pagar el dinero que se le exigía. Al mismo tiempo contrató a un detective privado para que intentara seguir el rastro de aquella amiga de Nadia y del joven que la acompañara aquella fatal tarde. Un mes más tarde, Francis Meade fue derribado con un aparato en un combate aéreo sostenido sobre Dover, muriendo en el acto. Al cabo de otro mes, el detective informó que no podía averiguar el paradero del joven ni de la muchacha. En febrero de 1941 nació Nicola, y cada año, a partir de entonces, Nadia Temple pagaba su dinero anualmente, dinero que iba aumentando a medida que también aumentaban sus éxitos artísticos.

George dijo:

—¿Cuál era el apellido de su amiga?

—O'Neil... Al menos ese era su nombre de escena. Elsie O'Neil.

—¿Qué aspecto tenía?

—Alta, rubia, muy vivaz. Era bailarina y trabajaba principalmente en compañías que hacían «tournées» por todo el país. Era maravillosa... y muy buena amiga para mí. Nunca creí, ni creo, que tuviese nada que ver con el chantaje.

—¿Y el joven?

—Se llamaba Rick. Richard, creo. No recuerdo su apellido. Elsie tenía siempre muchos amigos. Este era un joven muy serio..., mayor que Elsie, desde luego. Moreno, y siempre impecablemente vestido. Creo que también pertenecía al mundo de los negocios del espectáculo.

—Las fotografías fueron tomadas en la habitación de usted, evidentemente después de que usted partiera para el teatro y antes de sacar el cadáver del cuarto. Elsie, por lo tanto, tuvo algo que ver con eso.

—No; ella me acompañó hasta el autobús porque me vio muy alterada. Rick pudo haber tomado esas fotografías a solas y no decir nada después a Elsie; mi amiga era muy habilidosa en el arte fotográfico. Tenía una cámara en el piso y un flash para hacer fotos de noche.

—¿Habló alguna vez de su familia?

—No; que yo recuerde, nunca lo hizo..., pero créame que todo fue una verdadera pesadilla para mí. No; creo que no sabía nada de su familia.

Más tarde, cuando George abandonaba ya el piso, Nicola le acompañó hasta el ascensor y le dijo:

—Gracias por ser tan amable con Nadia. Le gusta usted también. Trata de no demostrarlo, pero lo cierto es que lo está pasando muy mal con todo este maldito asunto. Usted se va hoy a Oxford, ¿verdad?

—Sí. Creo que todo esto está comenzando a tomar forma. Charlaremos cuando regrese. A menos que me quiera acompañar ahora mismo.

—No puedo. Lo siento. Tengo una cita para cenar.

—Lástima. ¿Le quiere usted mucho?

—No estoy muy segura. Tiene unos siete pies de estatura, montones de dinero, y después de cenar me voy a su piso, donde escuchamos discos de Benjamín Britten.

—Todo eso suena maravillosamente bien.

—Bueno, así parece. Pero tiene un título. Y una muchacha haría cualquier cosa por alcanzar un título.

—¿De verdad? Bien, pues yo soy hermano de sangre de un rey. Posee un pequeño territorio en Río Negro. Y estoy autorizado para compartir por igual todas sus esposas y todo su ganado.

* * *

Tomaron asiento en la larga terraza que daba al río. Dos pavos reales pasaron majestuosamente a su lado arrastrando sus colas como, respetables matronas que se retiraran a su casa al oscurecer y lo hicieran caminando por carecer de dinero para pagar un taxi. Desde el interior del bar llegó hasta ellos el eco de las carcajadas sin

duda lanzadas por los alumnos de alguna Universidad. Los coches se deslizaban lentamente sobre el puente, al mismo tiempo que sus faros teñían con pálido color amarillo el follaje de los árboles.

George y el profesor bebían whisky y fumaban reposadamente. El profesor no exteriorizaba nada de lo que George creía debía sentir.

Este último dijo:

—Me quedan aún dos meses antes de volver a irme. Será bueno hacer algo. Algo que a mí me agrada hacer, por supuesto. Y aunque haya de costar dinero, no importa. Synat prometió cuidarse de eso. La cuestión ahora es organizarlo todo bien.

—Vas a inclinar la cabeza dispuesto a cargar hacia delante, ¿eh?

—Primero quiero estar seguro de la dirección. Ya ha oído usted lo que han dicho los demás. Me gustaría saber si algo ha despertado sus recuerdos.

Un rápido vencejo pasó por encima de ellos en raudo vuelo, perdiéndose casi inmediatamente en la otra orilla del río.

El profesor se quitó las gafas y mordisqueó pensativamente una de las patillas.

—Fettoni —murmuró— bien pudo ser camarero de Morelli's en Brighton. Me parece recordar a alguien parecido a él.

—¿Y esta Elsie? ¿Nunca llegó usted a conocerla? ¿No la recuerda?

—Jane tenía una amiga que vino con nosotros al cine una o dos veces. La muchacha tendría entonces quince o dieciséis años. Creo que su nombre era Maisy o Daisy. Sin embargo, la descripción que tú haces parece que se ajusta bien. Rubia, vivaz... También me pregunto si no trabajaría en Morelli's.

—¿Vinescu?

—No.

—¿Y ese joven llamado Rick, o algo parecido?

—No.

—¿Grace Samuels? ¿Señora Pollock?

—No. Lo siento, George. ¡Hace ya tanto tiempo!

—No importa. ¿Cree usted realmente que esta Jane Barnes era capaz de guardar un secreto?

—En aquellos tiempos sí que lo creía. Pero ahora no sería capaz de jurarlo. Desde hace años he aprendido que si tienes algo en la cabeza que te preocupa es un alivio charlar con alguien. Puede que Jane hubiera hablado de nuestro problema con esa Maisy o Daisy...

—Que bien podría haber sido Elsie, ¿no?

—Posiblemente.

—Parece figurar en todo este episodio..., excepto en el caso de Aboler. ¿No conoció usted a un italiano muy rubio? Digamos que tendría por aquellas fechas diecinueve o veinte años, si usted llegó a verle en Brighton.

—No, no le recuerdo.

Detrás de ellos, un grupo de alumnos de la Universidad salieron del bar y comenzaron a pasarse unos a otros el cojín de una silla como si fuera un balón de rugby. Y terminó como tenía que terminar: el cojín trazó una gran parábola y luego cayó al río.

George y el profesor dejaron al grupo de estudiantes cuando entre ellos se decidía quién iba a desnudarse para lanzarse a las aguas en rescate del cojín.

—Nada cambia —dijo el profesor sonriendo cuando se dirigían a sus coches—. ¿Estás seguro de que quieres conducir tú solo esta noche?

—Sí. De esa forma tendré mucho tiempo para pensar las cosas.

El profesor le miró como si estuviese a punto de decir algo. Luego cambió de idea. Asintió lentamente con un movimiento de cabeza, mirando fijamente a George, y a continuación se metió en su coche y partió.

Aquel movimiento de cabeza y la forma en que le miró el viejo tuvieron la virtud de apretar otro poco más los tornillos que impulsaban a George a seguir adelante.

A la mañana siguiente, mientras se freían los huevos del desayuno, llamó a Synat por teléfono y consiguió la dirección del hotel donde vivía la señora Grace Pinnock, en Tunbridge Wells. Mientras bebía café y fumaba un cigarrillo llamó al hotel y habló con la señora Pinnock. Esta le dijo que le recibiría antes del almuerzo, pero no después, ya que entonces estaría jugando su acostumbrada partida de *bridge*. George le aseguró que estaría allí antes de la hora de almorzar. A juzgar por el tono de voz de la mujer, George dedujo que aquella partida de *bridge* debía ser lo más interesante del mundo para la señora Pinnock.

Antes de que terminara su café sonó una llamada en la puerta y entró Nicola, quien dijo:

—He oído que necesitaba usted una mujer para las faenas caseras. Y mientras las realizo puede usted empezar a contarme cómo le han ido las cosas con el profesor.

—¿Un poco de café, primero?

—No, gracias.

—Yo hago un buen café, y puede que lo necesite. Voy a llevarla hasta Tunbridge Wells.

—¿A las aguas minerales?

—A ver a la señora Pinnock. Le pondré al corriente de todo por el camino.

Cuando Nicola comenzó a recoger las cosas del desayuno, George preguntó:

—¿Qué tal esos discos Britten?

—Maravillosos. Me gustaron tanto, que mi adorado me regaló uno de Ella Fitzgerald para que me lo llevara a casa.

El Farley Hotel se hallaba situado casi enfrente del Ayuntamiento. Era un edificio de piedra, sólido, con soportales de granito, y un tranquilo vestíbulo que, en cuanto se penetraba en él, inmediatamente anunciaba que allí no se podría residir por menos de veinticinco guineas a la semana. Era un verdadero paraíso para ancianas ricas que sabían exactamente lo que deseaban y lo obtenían.

Constantine y Nicola fueron introducidos en el salón de estar de la señora Pinnock. Era una estancia amplia y cómoda, en cuya chimenea ardía el fuego aunque fuese el mes de junio; Había un cómodo sofá y dos grandes sillones, un aparato de televisión y una mesa de juego «Sheraton» en un rincón de la sala. Sobre una baja mesita, junto al fuego, descansaba un ejemplar del *The Times* doblado por la página del crucigrama, y un ejemplar del *Oxford Dictionary of Quotations*. En pie, junto a la chimenea, se hallaba la señora Pinnock. Parecía no tener más de cincuenta años de edad, pero, más tarde, Nicola y George supieron que tenía setenta. Era una mujer de ojos brillantes, vivaz, con los cabellos grises teñidos en color morado y magníficamente peinados. Poseía unas piernas perfectamente formadas, una figura esbelta, y sin duda la habrían envidiado muchas mujeres de cuarenta años. Les invitó a tomar asiento y a continuación les ofreció martinis que la pareja rehusó. Ella se sirvió una generosa ración de Dambrue, mientras Constantine presentaba a Nicola como su secretaria, la señorita Nicholls, y a sí mismo como George Conway, detective privado, que —como ya le había dicho por teléfono— deseaba hacer algunas indagaciones acerca del fallecido Antón Vinescu.

A excepción de sus nombres, George decidió mostrarse franco con la señora Pinnock.

Dijo:

—Un cliente mío está siendo víctima de un chantaje. Hay razones para creer que el material del chantaje se obtuvo de Vinescu. No sugiero, por supuesto, que mientras viviera Vinescu tuviese algo que ver con el chantaje. Esto ha sucedido después de su muerte.

La señora Pinnock encendió un cigarrillo y replicó amablemente:

—No necesita usted mostrarse excesivamente cortés en este caso, señor Conway. Solamente hablé con Vinescu una o dos veces, pero no me sorprendería que el hombre estuviera relacionado con un caso de chantaje. En su época el hombre era muchas cosas. Nunca llegué a entender por qué mi hermana Carla se casó con él. Pero lo hizo. Y, francamente, ahora me alegro de que lo hiciera. Heredé mediante mi hermana una considerable fortuna, la fortuna de Vinescu. Sin embargo, nada puedo decirle de él. Vinescu era hombre que jamás permitía a su mano izquierda saber lo que hacía la derecha.

George decidió que con la señora Pinnock era precisa emplear una máxima sinceridad, y dijo:

—Tengo entendido que se destruyeron todos los papeles de Vinescu.

—Lo fueron. A mis abogados les costó dos años seleccionar y ordenar todas sus pertenencias, y debo confesar que todo quedó convertido en diferentes valores que yo heredé, por supuesto, cuando a su vez también murió mi hermana.

—Aunque usted dice que habló con él raras veces, ¿recuerda a alguna de las personas que le trataban? ¿Por ejemplo... un hombre moreno llamado Rick? ¿O a un joven de cabellos muy rubios que podría haber sido italiano?

—Esa es una combinación muy poco corriente. ¿El nombre del último joven?

—No lo sé. Luego había una muchacha llamada Elsie, a la que su hermana de usted apreciaba mucho. El apellido de esta muchacha pudo ser O'Neil.

La señora Pinnock asintió con un movimiento de cabeza y se puso en pie.

—Esa Elsie O'Neil, como usted la llama, tenía todas las razones del mundo para contar con el afecto de Carla. Porque Carla era su tía. Elsie era una de mis hijas. Elsie Pinnock. También conozco a los dos hombres que acaba usted de mencionar.

La señora Pinnock habló sin poner el menor énfasis en sus palabras, pero éstas explotaron en la estancia como una bomba. La señora Pinnock vio la sorpresa que se reflejaba en los rostros de sus dos visitantes y, sonriendo, añadió:

—Quizá cambien ustedes de idea acerca de tomar un trago de algo, ¿verdad? ¡Ah, me alegro tanto de haberles conocido!

Se acercó hasta el aparador y preparó un martini para George. Luego miró a Nicola y ésta dijo:

—Yo nada, gracias.

La señora Pinnock regresó a su asiento y añadió:

—Parece que les he sorprendido a los dos. Si hay algo que deseen saber acerca de Elsie, no tengo ningún inconveniente en decírselo. Nunca estuvimos muy unidas, pero sí estoy segura de que ella jamás hizo nada malo en toda su vida. Cosa que no puedo decir de su marido. Creo que él debe ser el rubio italiano del que usted acaba de hablar. En realidad era inglés, aunque de ascendencia italiana.

George colocó su vaso sobre la mesa. Era un buen martini, justamente la clase de bebida que mejor le iba después de una sorpresa. Elsie era un personaje muy interesante.

—Dígame, señora Pinnock, su hija..., ¿trabajó alguna vez como camarera en un restaurante de Brighton llamado Morelli's?

—Sí. Allí fue donde conoció a Tony Longo..., su marido... El padre de éste era el dueño del restaurante. Elsie trabajaba allí cuando mi marido y yo actuábamos en Brighton. Dirigíamos una compañía de canto y baile. Era buena, pero no para llegar a un contrato con el Palladium. Y ahora, dígame usted, ¿qué es lo que, específicamente, desean saber?

—Quizá sea usted lo suficientemente amable como para darnos una breve información sobre la vida de Elsie, así como decirnos dónde se encuentra ahora.

—Puedo decirle cosas sobre ella, pero no dónde está en estos momentos. Me gustaría saberlo. El otro hombre, el moreno, era Ricardo Cadim. Elsie trabajó con él

durante muchos años.

La señora Pinnock volvió a empezar la historia de Elsie Pinnock. Ella y su marido pertenecían al teatro; más concretamente, al «vaudeville», y siempre estaban viajando. Elsie había nacido en el año 1915 y Brighton era el lugar adonde siempre acudían en el verano. Elsie —incluso cuando era una colegiala— solía trabajar en varios empleos para llenar algo las largas vacaciones. El restaurante Morelli's era uno de tales lugares. Tony Longo era el hijo del propietario y Elsie le había conocido por primera vez en el año 1931, cuando ella tenía dieciséis años y él veinte. Siempre se vieron ocasionalmente, hasta que Elsie se dedicó a la escena. Debieron estar siempre en contacto, porque, como decía la señora Pinnock, en el año 1939, Elsie, que por entonces hacía una «tourné» por Francia, escribió y dijo a su madre que se había encontrado con Longo en París, que se habían casado y que pensaba irse a vivir a Suiza, donde Longo tenía un empleo. En tal carta no se especificaba la clase de empleo, y la única dirección que tenía la señora Pinnock era la de un hotel de Berna. A continuación perdió el contacto con su hija durante toda la guerra, y no volvió a saber nada de ella hasta principios del año 1947.

Entonces Elsie le había escrito desde una villa situada en la costa, cerca de St. Tropez, donde ella y Longo vivían. En la carta, Elsie incluía algunas fotografías suyas, pero tampoco daba su dirección ni decía si la Villa era suya o alquilada. En 1950 había escrito desde un hotel de Milán diciendo que acababa de tener un bebé... un niño, y que, debido a las infidelidades de Longo, estaba pensando en dejarle y volver al teatro. La señora Pinnock contestó ofreciéndole a ella y al niño un hogar, pero su carta nunca fue contestada. La señora Pinnock no volvió a saber nada más ni de su hija ni de Longo. Explicó que, a causa de su profesión, la familia solía estar separada durante largos períodos de tiempo, y que de igual modo se espaciaban las cartas. Pero que más tarde había comenzado a sentir cierta preocupación por su hija, y que, en consecuencia, escribió al antiguo agente artístico de Elsie, en París..., sí, en el año 1954..., para preguntarle si sabía dónde se encontraba Elsie. El agente había replicado que Elsie no figuraba en sus libros desde el final de la guerra, y que nada sabía de la muchacha.

George preguntó:

—¿Cómo era Elsie? Me refiero a su aspecto físico...

—Muy bella —contestó la señora Pinnock—. Era alta y rubia natural..., aunque a menudo cambiaba el color del cabello. Cantaba y era una artista considerablemente buena. A mí nunca me gustó Longo, y cuando supe que pensaba dejarle me alegré. Elsie podía lograr trabajo fácilmente, y era una muchacha que sabía cuidar de sí misma...

La señora Pinnock se detuvo y, acercándose a un pequeño escritorio, comenzó a extraer de un cajón unas cuantas fotografías, al mismo tiempo que añadía:

—Ya puede usted imaginar..., soy abuela y jamás he conocido a mi nieto.

Regresó con unas fotos, que entregó a George, diciendo:

—Estas son de Elsie, y hay una de ellas en la que aparece en la villa de St. Tropez. Puede quedárselas unos días si lo desea, pero me gustaría recuperarlas. Aquí hay otra fotografía en la que aparece en compañía de Ricardo Cadim.

La señora Pinnock encendió otro cigarrillo mientras George examinaba las fotos rápidamente, y luego la señora Pinnock añadió con tono de firmeza:

—Hay una cosa absolutamente segura, señor Conway. Estoy convencida de que Elsie jamás tuvo nada que ver con el chantaje. Longo, Vinescu, o Cadim, puede ser..., pero no Elsie.

—¿Qué hay acerca de Ricardo Cadim? ¿Le conocía usted bien?

—No mucho. Era un hombre alto, moreno, con aspecto de judío, y mayor que Elsie. La apreciaba mucho, pero fraternalmente, por supuesto. Trabajaron juntos en escena durante algún tiempo, y en el extranjero creo que tenía el mismo agente artístico que Elsie..., un tal François Laborde, que tiene su despacho en la avenue Marceau. Cuando pregunté a este agente por Elsie también pregunté por Cadim, pero Laborde dijo que tampoco sabía nada de él.

—¿En qué espectáculo tomaba él parte?

—Procedía de una familia circense, creo yo. Originalmente, me parece recordar que era acróbata. Bueno..., ya sabe usted de lo que se trata, el alambre, saltos y demás. Elsie fue su ayudante durante cierto tiempo. No recuerdo muchas cosas sobre él..., a no ser que odiaba los gatos. Elsie le trajo a casa un par de veces, y mi marido y yo tuvimos que encerrar a nuestros gatos. Le producían a Cadim un asma terrible.

—¿Conocía usted bien a Longo? —interrogó nuevamente George.

—No muy bien.

—¿Era un hombre inteligente?

—Como una navaja de afeitar. Inteligente, lleno de encanto personal y muy pagado de sí mismo. Era sumamente atractivo para las mujeres.

—¿Algo más?

—No..., excepto que le agradaba sobremanera la caza y la pesca. Era un tirador de primera clase.

—Elsie estará ahora por los cincuenta años de edad, y Longo tendrá unos cuatro años más que ella. ¿Cree usted que Elsie aún vive?

—Sabe Dios...

Por un momento se ensombrecieron las facciones de la señora Pinnock, y, tras una leve pausa, añadió:

—Sí, creo que sí. Solamente lo digo quizá guiada por el instinto. Ahora su hijo debe tener catorce años... y nunca lo he visto.

—Puede que nosotros le encontremos a él y a ella —dijo George.

—Así lo espero... Ojalá..., sí, así lo espero.

La señora atravesó de nuevo la estancia para servirse un poco más de Drambuie y, sin volverse, preguntó:

—¿Hay algo más que quiera usted saber? Créame que estoy ansiosa de ayudarle.

George se puso en pie y se guardó las fotografías. Nicola también se puso en pie y dijo:

—Queda Aboler.

George asintió con un movimiento de cabeza e interrogó dirigiéndose a la señora Pinnock:

—¿Recuerda usted si Elsie o Longo conocieron alguna vez a un hombre llamado Aboler... en Suiza?

—No recuerdo ese nombre en absoluto.

—¿Significa algo para usted el nombre de Fettoni?

—Sí. Era un camarero de Morelli's. Mi marido y yo íbamos allí muy a menudo. Fettoni era un hombre muy agradable...

La señora Pinnock se detuvo al ver la expresión que aparecía en el rostro de George, y luego preguntó:

—¿Acaso me equivoqué en mi juicio?

—Podría ser. De todas formas, ya ha muerto. Pero gracias por su amabilidad por habernos recibido y hablar con nosotros. Sus explicaciones nos han sido muy útiles, y se lo agradecemos sinceramente. Le devolveré muy pronto las fotografías. Y, a propósito..., ¿cuál fue su impresión acerca de un tal señor Wheeler que vino a verla a usted hace ya tiempo? Un hombre que tenía mi profesión...

La señora Pinnock miró fijamente a George, y luego sacudió con elegante gesto un poco de ceniza que había caído en la parte delantera de su vestido.

—Era un hombre pequeño y horrible. No hizo preguntas nada más que acerca de Vinescu.

—Le asesinaron un poco después arrojándole desde un tren en Francia.

—No me extraña —replicó ella sonriendo—. Posiblemente comenzaría a hostigar a alguien en ese tren y se encontraría con un tipo parecido a él. No, señor Conway, le aseguro que ese Wheeler no hacía ningún honor a la profesión de usted...

La señora Pinnock se echó a reír y luego añadió:

—No se preocupe, señor Constantine. Ya ve usted..., soy una gran lectora y los Pinnock hemos sido dotados por la Naturaleza con una formidable memoria. En mi pequeña biblioteca tengo un ejemplar de «Amazon Aspects» con una fotografía de usted, bastante mala por cierto, en la cubierta. Quizá quiera usted dedicarme ese ejemplar antes de irse, ¿no?

CAPÍTULO IV

Regresando de Tunbridge Wells, George sostuvo su primera discusión con Nicola. Acordándose de Wheeler, se dio cuenta de que su búsqueda de Escorpión podría ser empresa peligrosa, y no deseaba que Nicola le acompañara a París.

Pero ella insistió en ir..., y, si era necesario, incluso iría sola. Manifestó que en todo aquel asunto se jugaba tantas cosas como él. ¿Acaso George creía que era una niña que no sabía cuidar de sí misma?

George no pudo hacer nada contra aquella tenaz insistencia. Nicola iría a París, y no había más que hablar del asunto. Observando el brillo de decisión que aparecía en sus ojos azules, y la firmeza con que se expresaba, George decidió que no había esperanza de hacerle cambiar de idea.

A la mañana siguiente tomaron el avión para París. Synat les reservó plazas mediante su sistema. Y Synat también les ofreció el uso de un coche que constantemente mantenía en París para su empleo en el continente. Les dijo a ambos que si se molestaban en comunicarle sus progresos él los comunicaría a los otros tres interesados. Synat también puso a disposición de George una gran cuenta corriente en el Banco de Francia. En realidad, Synat les estaba apoyando en un cien por cien.

Como detalle de precaución, se había decidido que las cuatro personas, Synat, Berney, el profesor y Nadia Temple abonasen sus cantidades anuales a Escorpión. Esto era desagradable, pero esencial. Si Escorpión no obtenía su dinero y George comenzaba a pisarle los talones, el hombre sabría inmediatamente para quién estaba trabajando George. Era vital, pues, que Escorpión no tuviese la menor idea de que alguien le seguía los pasos de cerca, o qué, si sospechaba esto, no supiese nunca la fuente principal de aquellas indagaciones. Una vez supiese Escorpión que George estaba apoyado por los cuatro, trataría sin duda de amenazar a sus cuatro víctimas en forma más seria aún cuando aquella maniobra representara para él una pérdida de sus ingresos. Esto conducía al problema de la identidad de George y Nicola. Escorpión podría llegar a saber que George Constantine había sido criado y educado por el profesor Dean. De la misma forma llegaría a saber que el verdadero nombre de Nadia Temple era Meade, y podría relacionar a Nicola con su madre. Y fue aquí a donde Synat acudió una vez más con su valiosa ayuda. Les dio el nombre y dirección de un hombre que vivía en París y que podría entregarles falsos pasaportes británicos que serían adecuados a los propósitos de alojarse en cualquier hotel en Francia. Explicó Synat que los hombres de negocios a menudo viajaban al extranjero de incógnito, y que eso no se podía hacer cuando uno se inscribía en el hotel con su verdadero

nombre. Los pasaportes falsos no soportarían el examen de un experto, pero eran perfectos para satisfacer a un recepcionista de hotel y a la policía local.

Poco antes del mediodía llegaron al lugar al que se dirigían, que justamente estaba muy cerca de la avenue des Temes, y George penetró en la casa con sus verdaderos pasaportes, una carta de presentación de Synat y unas cuantas fotografías de carnet.

Allí se le dijo que volviera a las tres y media de la tarde, y a las tres y treinta y cinco minutos ya tenía en el bolsillo los pasaportes falsos a nombre de George Conway y Nancy Marden... Sobre esto último había pensado largo rato Nicola en el avión, debido a las iniciales que se destacaban en algunas piezas de su equipaje. No había que pagar nada por los pasaportes. La cuenta la abonaría Synat.

A las cuatro se registraron en el hotel Sainte-Anne, cerca de la Bibliothèque Nationale. A las cuatro y media, George se encontraba en la avenue Marceau. El señor François Laborde dirigía una agencia teatral en el tercer piso, del edificio, compuesto por dos habitaciones. En la sala de recepción había una muchacha tras una máquina de escribir colocada encima de una mesa de despacho. La muchacha usaba gafas de cristales tan gruesos que sus ojos parecían ágatas veteadas. En sus muñecas mostraba unos puños protectores hecho de gruesa cartulina verde: algo que George nunca había visto antes. La muchacha comprendió su francés, detalle que constituía un punto a su favor; le rogó que esperase un momento con voz en la que George creyó adivinar cierto acento alemán, y luego desapareció por una puerta que había junto a su mesa de despacho.

George paseó un momento por la estancia. Aparte de la mesa de despacho, había tres sillas arrimadas a la pared y un largo sofá de cuero arrimado al muro opuesto. Todas las paredes estaban llenas de fotografías de clientes. La mayoría de ellas tenían un aspecto que denotaba que sus dueños eran clientes desde hacía mucho tiempo. George recorrió rápidamente la galería de retratos. Estaba buscando a Elsie. Entre las fotos más recientes había algunas en las que aparecían unas cuantas chicas de buen aspecto. Pero ninguna de ellas podía ser Elsie.

La «señorita Gafas» regresó en aquel momento y manifestó que monsieur Laborde tendría sumo gusto en recibir a monsieur Conway. George inmediatamente penetró en la otra habitación.

François Laborde era un hombre con aspecto de barrica y rostro de bebé, bajo un ligero mechón de cabellos castaños. En una comisura de su boca había un cigarro apagado. Brillaba el oro en cierta parte de su dentadura y en su mano derecha.

George explicó que era un detective privado actuando en nombre de una tal señora Pinnock, de Inglaterra, que estaba muy ansiosa de averiguar el paradero de su hija Elsie.

—Entiendo —añadió George— que hace muchos años usted fue el agente artístico de esta Elsie Pinnock, y que hace algunos años la señora Pinnock escribió a usted sobre su hija y sobre un hombre llamado Ricardo Cadim.

Y tras pronunciar estas palabras arrojó sobre la mesa, ante Laborde, una fotografía de Elsie.

Laborde asintió con un movimiento de cabeza, tomó la fotografía y la estudió pensativamente.

—Buenas piernas. Buena figura...

Asintió una vez más, y, tras una pausa de silencio, añadió:

—Sí, la recuerdo..., y recuerdo cuando me escribió su madre. Pero ahora no sé nada de ella. Figuró en mis libros antes de la guerra y un par de años después de ésta, pero luego..., ¡puffff!..., desapareció.

Y al lanzar su extraña exclamación devolvió la fotografía a George.

—¿Sabía usted que se había casado? —interrogó George.

—Algo he oído de eso.

—¿Conocía usted al hombre?

—No, monsieur.

—¿Y no tendría usted por ahí algo registrado sobre esta Elsie, su dirección quizá?

—No, monsieur. Cuando un cliente abandona mis libros... —replicó el agente, palmeando suavemente sobre un grueso libro encuadernado en negro que descansaba sobre la mesa— se arrancan las páginas y van al cesto de los papeles. De no ser así hubiera necesitado yo disponer de unos archivos tan grandes como los de la Sûreté.

—¿Y sobre este Ricardo Cadim? Creo que trabajó con ella algunas veces.

—Sí. Le recuerdo..., pero eso también fue antes de la guerra. Cuando yo era nuevo en el negocio; pero hace muchos años que no sé nada de él. Lo siento, monsieur, pero en este negocio la gente llega y se va, y cuando se van ya nunca mantienen más contacto conmigo. ¿Ha visitado usted a otros agentes en París?

—No.

—Dígame usted dónde se aloja. Haré algunas indagaciones para usted.

—Es usted muy amable. Estoy en el hotel Sainte-Anne. ¿Lo conoce?

Laborde se encogió de hombros y replicó:

—Está bien, pero no tiene restaurante.

Empujó su silla hacia atrás y se puso en pie trabajosamente. Luego añadió:

—Siento mucho haberle servido de tan poca ayuda, pero quizá averigüé algo y le llame por teléfono. ¿Sabe usted?... —dijo el hombre, esbozando un gesto que trataba de ser una sonrisa—, siempre he sentido gran admiración por los detectives. Es una tendencia romántica. No leo nada más que novelas policíacas. Hasta creo que yo habría sido bueno en esa profesión...

Laborde avanzó hacia la puerta mientras continuaba hablando:

—... Al menos hubiese sido algo más emocionante que ésta —añadió, extendiendo una mano para indicar toda la habitación—, siempre entre cómicos, entre coristas, acróbatas, todos ellos y ellas muy pesados, monsieur, ¿y sabe por qué?, porque son egocéntricos. La gente egocéntrica es muy insípida, incluso en la cama.

El agente artístico abrió la puerta.

George le dio las gracias y la puerta se cerró tras él. La «señorita Gafas» contempló su marcha y asintió para sí con un movimiento de cabeza aprobatorio cuando comprobó que George cerraba la puerta de salida suavemente, sin dar un violento portazo.

Desde la ventana de su despacho, segundos más tarde, François Laborde vio cómo George salía a la acera de la calle y comenzaba a buscar un taxi.

Laborde volvió a sentarse ante su mesa e hizo sonar un timbre. La «señorita Gafas» hizo su aparición con un bloc en la mano.

—Dorothee —dijo Laborde—, ¿dónde está Cadim esta semana?

Dorothee alzó los ojos hacia el techo de la estancia pensativamente, y al cabo de unos segundos dijo:

—Está todavía en Cannes. Le retuvieron allí por otra semana.

—Telefonéale y envíale este mensaje...

Laborde se echó hacia atrás en su sillón, unió las yemas de los dedos de ambas manos y clavó los ojos en el cenicero de propaganda Cinzano que había sobre su mesa de despacho. Dorothee tomó asiento en la silla que había junto a la mesa y apoyó el bloc de notas sobre una rodilla.

Laborde comenzó a dictar. Su mensaje decía:

«Visitado en el día de hoy por George Conway, británico, supuesto detective privado. Indaga acerca del paradero de Elsie Pinnock. Vino aquí tras haber visitado a la madre. Comprobaré credenciales lo más pronto posible».

Cuando terminó dijo:

—Estaré en casa toda la tarde.

Dorothee asintió con un movimiento de cabeza y se retiró.

Laborde arrastró el teléfono hacia sí y marcó un número de Pigalle. Cuando, tras esperar un rato, le contestaron, dijo:

—¿Es Ernst...? Aquí François...

Desde el otro extremo del hilo algo le dijeron que le hizo sonreír y luego continuó:

—Siempre ocurre lo mismo. De una u otra forma nos molestan en el peor momento. Escucha. Hay un tal monsieur Conway parando en el Sainte-Anne. Consigue lo que puedas. Y quédate con él. Informa a Dorothee.

Laborde colgó el receptor, hizo girar media vuelta a su sillón, y pesadamente levantó los pies del suelo, colocándolos sobre la mesa, mirando fijamente a la puerta de la sala de recepción. Fue una larga y profunda mirada tras de la cual se ocultaban diferentes pensamientos.

En contra de ciertos argumentos expuestos por George, aquella noche fueron a cenar al Tour d'Argent.

Nicola dijo:

—No me explico por qué usted arma tanto alboroto por eso. ¿No es suficiente con que yo quiera ir allí? Synat paga. Seguramente él no soñaría con ir a lugar mejor que ése. Y, de todas formas, es parte del convenio.

—¿De qué convenio?

—El que concierne a todo este asunto. Haré exactamente lo que usted ordene en las horas de trabajo. Fuera de tales horas las decisiones se tomarán en forma normal.

—¿En qué consiste esa normalidad?

—Que siempre decidiré yo.

—No se me ocurre pensar en nada más justo.

Cenando Nicola preguntó a George:

—Usted no espera conseguir nada a través de Laborde, ¿verdad?

—No.

—¿Por qué no intentó sacarle otras cosas... hablándole, por ejemplo, de Escorpión, de Longo, o quizá de ese nombre de Bianeri?

—Estuve a punto de hacerlo. Pero pensé que si lo hacía en el caso de que él estuviera relacionado con Escorpión en alguna forma, entonces podrían haberse echado a rodar muchas cosas.

—Y si nada logramos mediante Laborde, ¿qué haremos?

—Seguir adelante con lo que habíamos planeado. Ir a St. Tropez. Allí fue donde esas cartas de chantaje se echaron al correo. Elsie solía ir allí con su marido, alojándose en una villa particular. Tenemos una fotografía que nos muestra a esa villa por su parte frontal. Cualquier agente de St. Tropez nos podrá decir en qué lugar se encuentra. Luego le echaremos una ojeada, y espero que podamos hacer otro tanto con la gente que la habita. Y, ¿por qué no?, también espero que una de tales personas sea Escorpión.

—¿Y cuándo nos vamos?

—Mañana a mediodía. Daremos tiempo hasta entonces a Laborde para que nos pueda telefonar.

George miró detenidamente a Nicola, y momentáneamente olvidó a Escorpión. La muchacha llevaba puesto un vestido negro que hacía tales cosas con su figura que resultaban verdaderamente difíciles de olvidar para George. Lucía una orquídea que él le había regalado en una caja de celofán, y cuyo importe no cargaría a la cuenta de Synat.

—¿Sabe usted? —interrogó—. Los segundos pensamientos de uno a veces son los mejores. Después de haberme enfadado con usted aquel día por arrebatarme el aparcamiento, y mía vez que usted se hubo ido, me dije a mí mismo que en aquel

momento debí invitarla a cenar en cualquier parte en lugar de reñir. Nunca supuse entonces que lo haríamos en París. Romántico, ¿verdad?

—El sueño de toda muchacha.

—Y además nos alojamos en el mismo hotel.

—No tema. Cerraré mi puerta con llave.

—Chica sensata. Y no olvide poner la orquídea en agua. No puedo permitirme el lujo de comprarle una cada vez que cenemos juntos.

Nicola sonrió.

—Fue un gesto simpático y conmovedor ése de la orquídea. ¿Esa es siempre su forma de actuar?

—Depende. Hay chicas a las que agrada un..., diríamos, un ataque directo; les gustan las cosas rápidas. Naturalmente, supuse que usted era diferente.

—Lo soy. Pero se me ocurre pensar que usted también es bastante eficiente en eso de las «cosas rápidas». Supongo que habrá sido un hábito adquirido en el Orinoco.

—Naturalmente. Allí no vale la pena probar suerte con las orquídeas. Abundan tanto como aquí las margaritas.

Más tarde, los acontecimientos se precipitaron en forma que no esperaba George. Después de cenar fueron a un club nocturno en el que permanecieron durante una hora; pero descubrieron que se aburrían y decidieron dar la jornada por acabada. Faltaba poco para la medianoche cuando subieron a sus habitaciones. La de Nicola estaba al lado de la de George, y éste se detuvo en el exterior para darle las buenas noches. Ella le respondió con una sonrisa de afecto, asintiendo ligeramente con un movimiento de cabeza, a la vez que él deseaba prolongar misteriosamente aquel instante. Luego Nicola se retiró definitivamente.

George se acercó hasta la puerta de su cuarto, la abrió con llave y entró. La luz estaba encendida e inmediatamente, vio a un hombre inclinado sobre su abierta maleta, junto a la ventana. George lanzó una rápida ojeada al armario abierto y a los revueltos cajones de la cómoda.

El hombre trató de correr hacia la puerta de la habitación, intentado apartar a George de su camino. No le salió bien. George le asió por la parte posterior de la americana, le hizo dar media vuelta, y cuando el hombre intentó aplicarle un puntapié, lo alzó del suelo como si fuese un muñeco y lo lanzó por el aire a través de la habitación. El hombre chocó violentamente contra los pies de la cama, y cayó al suelo. George le recogió como a un trapo y le obligó a tomar asiento en una silla, hundiéndole la cabeza entre ambas rodillas, único remedio que él conocía para quien se estaba ahogando.

George dijo:

—Procure recuperar la respiración y empiece a pensar en cualquier historia.

Apartó la mano que hacía presión sobre la nuca del hombre, y, cuando éste enderezó un tanto su cuerpo, George palpó sus bolsillos con rapidez, añadiendo:

—Mantenga en todo momento las manos bien libres, amigo. De lo contrario le arrojaré de cabeza por la ventana. ¿Comprende usted inglés?

—Perfectamente, monsieur.

El hombre tenía poca voz, y rostro pálido, un tanto conejil, aparte de un tic nervioso en el labio superior. Vestía un traje gris casi nuevo, corbata roja y calcetines grises con rayas también rojas.

—Está bien. Veamos qué historia me cuenta...

El hombre se encogió ligeramente de hombros, recuperando su compostura con súbita rapidez.

—No hay mucho que decir, monsieur, sino que regresó usted demasiado pronto...

Se detuvo, y con un movimiento de mano abrazó toda la habitación, añadiendo:

—No he tomado nada. Desde hace algún tiempo tengo bastante mala suerte.

—Usted habla inglés endiabladamente bien. ¿Quién es usted?

—Me llamo Ernst. En otros tiempos trabajé en Inglaterra en una agencia de viajes.

—Ernst... ¿qué más?

—Fragonard.

—No me diga que también es pintor.

Ernst sonrió sin el menor entusiasmo.

—Monsieur —dijo—, ése es un chiste bastante corriente en Francia. No, no soy pintor; soy lo que podríamos llamar... un oportunista. Trabajo en los hoteles. ¿Piensa usted entregarme a la policía?

George pensó en esto durante un momento. Creer la historia que le estaba contando Ernst era una cosa, pero entregarle a la policía era otra. Esto implicaría dos dificultades: una pérdida de tiempo en París, y hasta podría ser que surgieran preguntas comprometedoras sobre su registro en el hotel bajo nombre supuesto.

Al cabo de un momento, dijo:

—Levántese.

Ernst obedeció. Parpadeó violentamente y se tocó las doloridas costillas.

—Es usted muy fuerte, monsieur —dijo.

—Quiero que saque de sus bolsillos todo cuanto tenga y lo deposite encima de la cama. Vamos..., ¡de prisa!

Ernst se acercó hasta el borde del lecho, dudó un poco, y luego comenzó a vaciar sus bolsillos. Al hacerlo así, quizá porque albergaba ligeras esperanzas de quedar en libertad, dijo:

—Si hubiera sido usted francés esta habitación ya estaría llena de gente. El gerente del hotel, el personal de servicio... Siempre admiré mucho la flema inglesa.

Colocó sobre la cama una cartera de bolsillo, una pluma estilográfica barata, un sobre sucio, un pañuelo de seda limpio, un paquete de cigarrillos «Weekend», algunas

monedas, una caja de cerillas, un pequeño destornillador con mango de plástico, un cortaplumas, una diminuta linterna y un abultado manojito de llaves.

George examinó detenidamente el interior de la cartera, observando a Ernst por el rabillo del ojo mientras lo hacía. La cartera contenía algunos billetes y una tarjeta de identidad a nombre de Ernst Fragonard. George devolvió la cartera a Ernst y éste le correspondió con una ligera inclinación de cabeza. Ahora ya no temblaba tanto su labio superior y en sus ojos parecía brillar la esperanza.

George abrió el sobre y extrajo dos manoseadas fotografías. En ambas aparecía la misma muchacha, una morena entrada en carnes que no ocultaba ninguno de sus encantos. George devolvió a Ernst las fotos, y este último manifestó en tono de disculpa:

—Es mi novia, monsieur. Una muchacha muy inteligente.

George asintió con un movimiento de cabeza y replicó:

—Es la única cosa que no sale bien en las fotografías.

Luego fue devolviendo a Ernst todo lo demás, excepto el grueso manojito de llaves.

—Me quedaré con esto —dijo—. Quizá me dé por dedicarme al mismo negocio que usted.

—¡Pero, monsieur..., es mi medio de vida!

—No sabe cuánto lo siento. Pero es parte del trato. Usted se larga, libre..., y yo me quedo con las llaves.

Ernst consideró la proposición durante un momento. Luego se encogió de hombros y aceptó.

—Muy bien, monsieur. Pero, ¿podría quedarme la llave de mi apartamento? De lo contrario, aunque esté libre, me encontraré sin casa.

George le entregó el manojito de llaves y vio cómo Ernst elegía una. Cuando de nuevo recuperó el montón de llaves, George preguntó:

—¿Ha pertenecido usted alguna vez al teatro?

Ernst movió la cabeza negativamente.

—No, monsieur.

George dio un salto hacia delante, asió a Ernst por las solapas de la americana y le alzó del suelo unas pulgadas. Luego le agitó en el aire como si fuera un muñeco, al mismo tiempo que le preguntaba:

—¿Significa algo para usted el nombre de François Laborde?

Ernst agitó la cabeza a la vez que el pánico se reflejaba en sus ojos.

—No, monsieur...

—Podría hacerle saltar por toda esta habitación de tal forma que su novia no sería capaz de reconocerle más tarde. Piense un poco... ¿François Laborde?

—Monsieur..., por favor.

Fue una especie de lamento que no ablandó en absoluto el corazón de George.

—François Laborde... ¡Piénselo!

Ernst movió de nuevo la cabeza negativamente.

—No, monsieur... Lo juro... Soy quien le acabo de decir... Por favor, monsieur. George le soltó. Se acercó hasta la puerta y la abrió.

—¡Fuera! —exclamó, esperando.

Ernst dudó un momento. Probablemente tenía más inteligencia que su novia, y además no estaba tan bien protegido como ella en cierta parte de su anatomía. Pudo leer en el gesto de George cuáles eran sus intenciones.

Súbitamente se dirigió apresuradamente hacia la puerta con la velocidad del rayo, pero estaba tratando con un hombre habituado a lanzar el pie con tremenda rapidez desde sus días de colegio. George acertó con el pie plenamente en su objetivo cuando el hombre cruzaba la puerta. Hubo un prolongado lamento que partió de la garganta de Ernst cuando su acelerado movimiento aumentó.

George examinó cuidadosamente todas sus pertenencias. Todo estaba allí. Tomó los verdaderos pasaportes del bolsillo interior de su americana y los ocultó bajo la almohada. Ernst podría ser un auténtico rata de hotel, o podría no serlo. Si no lo era, en tal caso el incidente estaba muy lejos de ser divertido.

A continuación se acercó hasta la habitación de Nicola. Un tanto desconfiadamente, ella le dejó entrar. Cuando George le contó lo que acababa de ocurrir, añadió:

—Y ahora..., ¿ve usted por qué no quería yo que viniese usted a París? Esto puede que sólo sea el comienzo de mayores dificultades.

Sentada sobre el borde del lecho y cubierta por una bata, Nicola dijo firmemente:

—No empecemos a discutir otra vez. No soy la chica victoriana que usted se figura. Si ese Ernst hubiese estado aquí dentro, habría, tenido que someterse a ciertas presas de judo. De forma que no se altere usted tanto.

—¿Judo...?

—Eso es lo que acabo de decir. ¿Quiere que le haga una demostración?

—No, gracias —replicó George, dirigiéndose hacia la puerta—. Pero todavía sigo creyendo...

—Váyase a la cama, querido George. Es muy amable por su parte preocuparse tanto..., pero no hay necesidad. Buenas noches.

Nicola le obsequió con una amplia sonrisa y luego cerró la puerta. George oyó cómo la llave giraba en la cerradura.

A las diez en punto de la mañana siguiente, François Laborde entró en su despacho a través de la puerta privada, colgó en un perchero su fieltro marrón, se acercó hasta la abierta ventana, puso un cigarro en su boca, y admiró la mañana con auténtica apreciación. Era una mañana de sol, llena de aromas de «croissants» y de café; una de esas mañanas que alzaban las colas de todos los gorriones de París y arrancaban un esplendente destello marfileño a las blancas cachiporras de los

guardias de tráfico. Vio cómo un perro levantaba una pata para desahogarse contra un quiosco de venta de periódicos y revistas; vio asimismo cómo una mujer se asomaba a una ventana para sacudir el trapo de polvo, y cómo un «Facel Vega» bajaba por la avenida haciendo parecer a los demás coches algo que acababa de salir arrastrándose de las cloacas parisienses.

Hizo sonar el timbre llamando a Dorothee, quien inmediatamente se presentó y colocó ante él dos mensajes. Luego, tras el saludo normal, la muchacha añadió:

—Hay fres personas esperándole. Otra vez ese hombre del Bal Tabarin. Una tal señorita Liepe, que al parecer está citada por usted, la que fue miss Tractor Queen en Clermont-Ferrand el año pasado. Y el ilusionista holandés.

Laborde recogió los mensajes y murmuró:

—Bien..., ya avisaré cuando esté libre.

El primer mensaje era de Cannes, y decía:

«Conway. Métodos normales. Que Bianeri 12 compruebe su licencia policíaca británica».

El segundo mensaje era de Fragonard, y Laborde no necesitó recibir seguridades, de que Dorothee, al tomarlo al dictado, hubiera suprimido algo. Decía:

«Hotel Sainte-Anne. George Conway, pasaporte británico 3967. Comprobado. Detalles. Detective privado. Nacido en Plymouth el 16-6-1934. Dirección: Woodbridge, Suffolk. Estatura 6 pies. Cabellos castaños. Ojos azules. Cicatriz sobre costillas de la izquierda. Pasaporte extendido en Londres, 1960. Visado y sellos de entrada... Italia, Francia, España; sorprendido a medianoche. Fui retenido. Me fingí rata de hotel. Conway es tipo agradable, pero duro y difícil. Equipaje normal. Podría ser detective de categoría, pero lo dudo. Se quedó con mis llaves. Me hizo preguntas sobre usted. Todo negado. Dudo que lo haya creído. Gastos y honorarios: 70 francos nuevos».

Laborde contempló pensativamente los mensajes durante cierto tiempo y luego tomó el receptor del teléfono. Marcó Richelieu 12.56 y preguntó por el señor Conway.

Establecida la conexión dijo:

—¿*Monsieur Conway*?... *Bonjour*. He realizado algunas indagaciones para usted entre otros agentes artísticos, pero ninguno de ellos sabe nada de lo que a usted le interesa; lo siento mucho. Sin embargo, si se queda usted en París haré indagaciones directamente en algunos *cabarets* y clubs nocturnos...

Laborde se detuvo para escuchar, y luego continuó hablando, no sin antes reír ruidosamente.

—Nada de eso; no se preocupe. Ya le dije que esta vida era un tanto monótona. Lo hago con mucho gusto. En realidad me sirve de entretenimiento.

Cuando terminó de hablar volvió a llamar a Dorothée y le entregó dos mensajes. Uno iba dirigido a Ernst Fragonard, y decía:

«Conway estará en el Sainte-Anne dos días más antes de partir para Berna. Compruebe que toma el tren. Los gastos y honorarios del primer trabajo son 65 francos nuevos. Deducción por incompetencia».

El segundo estaba dirigido a Albert Larch, «Poste Restante», Leicester Square, P.O. London. Decía:

«George Conway, detective privado, Woodbridge, Suffolk... Puede que de alguna forma de Londres... Compruebe licencia policíaca».

Cuando terminó de dictar el segundo de estos mensajes dijo:

—Haga pasar primero a miss Tractor Queen... e interrúmpame dentro de cinco minutos con un mensaje telefónico.

Abandonaron el hotel Sainte-Anne una hora antes del mediodía. En Fontainebleau giraron a mano izquierda para tomar la carretera N6. Todo se desarrollaba normalmente, más y más camiones arrastrando sus correspondientes remolques mientras sus enormes radiadores pasaban rugiendo junto al coche que conducía George. La única cosa que cabía hacer en aquellos momentos era presionar a fondo sobre el acelerador, no fijarse en los atractivos anuncios en los que aparecían bellas muchachas practicando el esquí acuático, y si uno se aburría mucho, contar la historia personal al pasajero que viajaba al lado. La historia de George duró los treinta y tres kilómetros que había desde Fontainebleau a Dens, donde por fin penetraron en la carretera N6. Nicola contó también la suya, que se prolongó a lo largo de cincuenta y siete kilómetros... En Auxerre se detuvieron para tomar un trago y comer algo, y entonces Nicola tomó el volante. Mucho más tarde abandonaron la carretera N6 en Tournus y tomaron la N75 a Bourg-en-Bresse. Se alojaron en el hotel France, en la Place Bernard, plazoleta muy agradable y lo suficientemente cercana a la carretera para que George se pasara despierto casi toda la noche debido al trepidante ruido de los camiones cuyo tráfico era incesante. Permaneció tendido sobre el lecho, despierto, convencido de que había obrado prudentemente al hacer creer a Laborde que estaría en París, durante dos días antes de irse a Berna. Ernst Fragonard se había mostrado demasiado fácil para ser sincero. George despertó a la mañana siguiente con un poco de mal humor y con síntomas de indigestión, debida sin duda a las «quenelles de brochet» que cenara la noche anterior. Se sintió muy complacido cuando descubrió

que Nicola era la clase de muchacha que, cuando es necesario, sabe guardar silencio. Todo ocurrió normalmente, una vez más, después de detenerse en Lyon para tomar café, y a continuación el viaje se hizo más rápido, aunque agradable, ya que el coche, de Synat, un «Lancia» de color verde, se deslizaba sobre la carretera sin el menor ruido. Agradecieron mucho el llegar por fin a St. Tropez, donde alquilaron habitaciones en un pequeño hotel que no tenía restaurante, frente al puerto.

A las seis y media, después de bañarse y cambiarse de ropa, George se acercó hasta la «Agence des Maures», y allí se entrevistó con un agente de compra y venta de fincas, un individuo de cabellos blancos, con ojos azules, que parpadeaban constantemente, y de movimientos increíblemente lentos.

George le mostró la fotografía de Elsie Pinnock tomada en la fachada de la villa y en la que se veían algunos pinos y un trozo de mar a la izquierda, en uno de los ángulos de la foto. George explicó que había prometido a un amigo inglés hacer una visita a la villa, pero que, desgraciadamente, había extraviado el nombre y la dirección, y que, por lo tanto, no podía encontrarla. Quizá monsieur podría ayudarle.

El agente contempló la fotografía con gran detenimiento y asintió muy lentamente con un movimiento de cabeza.

Luego dijo:

—No figura en mis libros. Otro agente de la ciudad la tiene. Pero la conozco bien: ¿Quién no conocería esa villa? Fue levantada después de la guerra por un constructor de Beauvallon. Un verdadero artista de la construcción. Siempre da al patio ese aspecto tan español...

Luego devolvió la fotografía a George y sonrió.

—¿Dónde se encuentra esa villa? —preguntó este último.

—En los acantilados que hay más allá de Cap Camarat. Se llama Les Roches-Pins. ¿Piensa usted comprar algo por aquí, monsieur?

El hombre podía mostrarse lento en sus movimientos, pero insistió en su pregunta y le costó bastante tiempo a George convencerle de que no pensaba comprar nada antes de poder irse de allí con el nombre del agente encargado de Les Roches-Pins. Regresó al hotel para recoger a Nicola y luego se fueron a uno de los cafés del Quai J.-Jaurès para tomar un trago. Desde el café, Nicola telefoneó al otro agente, y volvió con la noticia de que, algunas veces, éste había administrado el alquiler de aquella villa, pero que no lo hacía desde cuatro años atrás, aunque tenía a su disposición otras villas tan buenas como aquélla. Si madame estaba interesada... La propietaria de una de ellas era Mlle. Guntheim, 203 rué Poliveau, París.

—Bien; esta noche no hay nada que hacer —dijo George—. Dejemos la decisión para mañana. Por el momento, descansemos.

Durante cierto tiempo permanecieron sentados ante los vasos de licor, mientras la suave brisa hacía que el agua del mar lamiese suavemente los costados de los yates amarrados en el muelle. Era el mes de junio y el lugar estaba llenándose de gente.

Pero aquello no sería nada en comparación con las enormes multitudes que llegarían a St. Tropez cuando comenzaran las vacaciones francesas.

A la mañana siguiente George alquiló una lancha automóvil. Tuvo ciertas dificultades en persuadir al encargado de las embarcaciones de que era capaz de manejar por sí solo aquel trasto, pero finalmente lo consiguió cuando dejó en depósito una importante cantidad de dinero. Salió del puerto, con Nicola cómodamente sentada en la proa, y manteniéndose tan próximo a la costa como le fue posible, rodeó primero Cap St. Pierre y luego Cap St. Tropez, poniendo proa al sur, hacia el faro de Cap Camarat. A estribor se veía la larga extensión arenosa de las playas de Pampelone. En el interior el sol hacía brillar los flancos del Massif des Maures. Era una mañana llena de calma, y el mar estaba tan suave como si fuera una balsa de aceite. Cuando pasaron el cabo Camarat con su blanco bloque de edificios pertenecientes al faro, Nicola tomó sus prismáticos y comenzó a examinar la costa. La línea de la costa se curvaba hacia dentro a partir del faro y luego se iba elevando en grandes acantilados cubiertos de verdor hasta alcanzar alturas que seguramente no serían menores de los doscientos o trescientos pies. George mantenía la embarcación a unas quinientas yardas de distancia de la costa, y no hubo dificultad alguna en localizar la villa de Les Roches-Pins. Se alzaba a unos doscientos pies sobre el nivel del mar. Había otra villa mucho más cerca del cabo. A través de los pinos se distinguía una carretera que bajaba hasta Les Roches-Pins y un coche blanco aparecía aparcado a la izquierda de la casa. Un pequeño sendero descendía en zig zag desde la villa al mar. Un pequeño chinchorro de color amarillo se hallaba varado sobre una roca, lisa, lejos del agua. No había señales de vida en la villa. George disminuyó la marcha de la embarcación y luego tomó los prismáticos de manos de Nicola.

—Quizá sea gente que se levanta tarde —comentó George.

Enfocó cuidadosamente la villa. No había equivocación posible. Se distinguía perfectamente la larga terraza y el patio con escalones y cierta profusión de diferentes clases de flores que crecían en un lado de la terraza. Vio también un coche blanco: un «Mercedes». George devolvió los prismáticos a Nicola, aumentó la velocidad de la lancha automóvil y avanzaron velozmente a lo largo de la costa, a la vez que el flanco de los acantilados les bloqueaba la vista de la villa.

Se acercaron casi hasta el próximo cabo de tierra y luego regresaron a velocidad de paseo, mientras George observaba de cerca el alto acantilado. Por el momento, si alguien vigilaba el mar desde la villa, George deseaba que les tomaran por una pareja en vacaciones realizando una inocente excursión. Examinó con detenimiento el terreno que ascendía en pendiente, grabando en su memoria todos los detalles del mismo, seguro de que no lo olvidaría, y de que aquel plano mental hasta podría serle útil en plena oscuridad.

Nicola preguntó:

—¿Qué hacemos?

Encendió dos cigarrillos y entregó uno a George.

—Regresar. No debemos llamar la atención ahora mismo. Más tarde le echaremos una ojeada desde la parte de tierra, y entonces decidiremos.

Dos horas más tarde se hallaban de nuevo en el «Lancia». Nicola conduciendo y George con la hoja 84 de la Guía Michelin sobre las rodillas. Una vez fuera de St. Tropez la carretera se extendía a lo largo del extenso llano que se hallaba tras las playas de Pampelone, una extensión de terreno donde se cultivaban olivos, maíz y tomates, y más cerca del mar se observaban espesos cañaverales. Pasaron de largo junto a dos carretas de bueyes que parecían sacadas de una escena de la Edad Media. Un enorme camión les envolvió en una nube de polvo. A unos dos kilómetros antes de llegar a Ramatuel giraron a mano izquierda para tomar un camino que conducía al faro. El terreno se elevaba un tanto y el coche se deslizó por entre pinos. La carretera comenzó a trazar cerradas curvas, como si odiase la ascensión y tratara de evitarla. A medio camino de la altura se oyó el sonido de un claxon y un coche blanco apareció avanzando a toda velocidad. Nicola giró rápidamente a su derecha y el coche pasó a su lado envuelto en una espesa nube de polvo. Era un «Mercedes». George, en una décima de segundo, vio a un hombre joven de cabellos rubios puesto al volante, y a su lado a otro hombre moreno, de rostro serio, que vestía camisa blanca. George se volvió rápidamente, pero ya era tarde para tomar la matrícula del vehículo, aunque sí distinguió perfectamente las letras CH.

—Suizo —dijo.

—Final del camino —replicó Nicola.

—Aparque donde pueda. Continuaremos andando —sugirió George sonriendo—. Debemos estar cerca.

Nicola apartó el coche del camino y lo introdujo por entre unos pinos, y cuando apagó el motor oyó el fuerte e insistente canto de las cigarras. A unas cien yardas colina arriba había una calzada de coches que se abría hacia la derecha. El portillo estaba cerrado y de él colgaba un cartel que anunciaba «Les Roches-Pins». En el camino había un poste indicador con otro cartel más, que advertía: «Propiedad particular. Prohibida la entrada». Y sobre el tronco de un pino se observaba una tablilla en la que se había escrito con pintura negra: «Vedado. Prohibido el camping».

—Quienquiera que viva aquí —dijo George— es persona que ama la intimidad y la soledad; de eso no cabe la menor duda.

—Que tenga suerte —dijo Nicola—. Por lo que sé de los franceses, acamparán, cazarán y pescarán donde les dé la gana. ¿Le parece a usted que entremos y hagamos la prueba de lograr una suscripción para la revista de la parroquia?

George, que estaba mirando a un enrejado que había en el camino, entre los postes de entrada a la finca para impedir que el ganado la atravesara, dijo:

—No. Inmediatamente se darían cuenta del objeto de nuestra visita. Mire...

Señaló a un fino cable que salía de tierra a la izquierda del enrejado, y que se extendía a lo largo de la calzada de coches sujeto a unos pequeños postes de un pie de altura.

—Si carga usted el peso de su cuerpo sobre ese enrejado, éste descenderá media pulgada y hará un contacto. Allá abajo sonará un timbre. Parece ser que quieren conocer a todo el que se aproxima a la casa. Y no es que yo considere esto poco corriente. Los propietarios de fincas son todos muy quisquillosos. No solamente aquí, sino en todas partes.

—Entonces, ¿qué hacemos?

—Bien; ya conocemos la situación de la finca. Sugiero que tomemos un trago en alguna parte y luego decidamos. No debemos ser sorprendidos husmeando por estos alrededores.

Regresaron al coche y luego descendieron por la colina para dirigirse a Ramatuel. Saborearon un whisky en un bar cuya entrada recibía la sombra de un enorme olmo, y allí llegaron a una decisión.

Las cartas de chantaje habían sido franqueadas recientemente desde St. Tropez. Su única conexión con St. Tropez era esta villa donde Elsie había estado tiempos atrás con su marido. Desde entonces pudo haber cambiado de inquilinos. Los Longo pudieron alquilarla por un corto período de tiempo, pero si Longo tenía intereses en ella, todavía seguiría viniendo por allí..., y si tenía algo que ver con Escorpión, o Escorpión era él mismo..., entonces las cartas muy bien habrían podido ser escritas a máquina en la villa. En tal caso, en el interior de la casa habría papel de escribir y sobres que fuesen iguales al material empleado en aquellas cartas, y por otra parte tendría que haber una máquina de escribir cuyos tipos serían exactos a los empleados en tal escritura. Antes de que pudiesen hacer algo acerca de Escorpión debían identificarle. El primer paso parecía ser entrar en la villa y ver lo que en ella se podía encontrar. Si pudiesen demostrar que las cartas habían sido escritas allí, entonces ya estaban en buen camino para llegar hasta Escorpión.

—¿Piensa usted entrar en la casa? —interrogó Nicola.

George asintió con un movimiento de cabeza.

—Había dos hombres en ese coche que nos pasó. Tengo que encontrar un lugar, desde el cual pueda vigilar la villa. Cuando el coche vuelva a salir con ellos... entraré en la casa.

—Pero todavía puede quedar gente en el interior del edificio.

—Desde luego. Primero me ocuparé de eso. Todo es cuestión de vigilar y estar seguro antes de hacer un solo movimiento. Y hasta puede que tarde unos cuantos días. Sería una estupidez entrar en la casa de noche. Probablemente el lugar está lleno de dispositivos de alarma.

—¿Y qué hago yo?

—Exactamente lo que yo le diga.

—Dominante, ¿eh?

George frunció el ceño, y luego dijo:

—Está bien. Aclaremos esto de una vez. Este es el sur de Francia, con mucho sol y quitasoles en las playas. Pero un hombre llamado Wheeler murió al ser arrojado

desde un tren en marcha. Hay por lo menos cuatro personas que están siendo víctimas de un chantaje. Escorpión es persona que no se anda por las ramas a la hora de actuar. Tampoco lo haremos nosotros. Además...

George se detuvo y sonrió antes de añadir:

—... Estoy empezando a aficionarme a usted..., aunque cierre con llave la puerta de su habitación..., y no me gustaría nada que esto la perjudicara en alguna forma.

CAPÍTULO V

Una hora después de almorzar, María, que estaba trabajando en su despacho, oyó acercarse al «Mercedes». Trabajó durante otros diez minutos, luego ordenó las cosas sobre la mesa del despacho y salió de éste cerrando la puerta con llave. Se acercó hasta la parte posterior de la casa y miró en la cocina. Lodel la había dejado, como siempre, limpia y con cada cosa en su lugar. María sonrió para sí. Con toda su dureza había algo femenino en Lodel. Aparte de alguna habitación de la casa, donde se sentía plenamente feliz era en la cocina... guisando. Una vez, hacía ya mucho tiempo, pensó, había estado a punto de enamorarse de él, pero repentinamente todo su entusiasmo se había venido abajo. Era culpa suya, de ella, porque carecía de capacidad para amar. También era probable que la culpa fuese de los demás, de todas aquellas personas que vivían su vida sin contar con ella.

Se acercó hasta la nevera y se sirvió un vaso de jugo de naranja. Luego subió a su habitación. La terraza estaba inundada por el sol y en aquellos momentos no había ninguna brisa que moviera los bordes del toldo.

Se quitó el vestido, aflojó el sostén y se cubrió con una bata de seda. Luego permaneció en pie ante la ventana durante un momento, sorbiendo lentamente el jugo de naranja y notando el calor de que estaba saturada la atmósfera. Luego se tendió sobre la cama, sintiéndose soñolienta e interiormente satisfecha.

Oyó a Gian entrar en la habitación, pero mantuvo los ojos cerrados. Gian se tendió a su lado, y durante un segundo sus labios entraron en contacto con los de ella muy suavemente. Gian colocó una mano sobre su estómago, y María sintió el frescor de aquella mano contrastando con el calor de su propia piel.

—¿Adónde ha ido Lodel? —preguntó Gian, deslizando la mano hacia arriba para acariciar uno de los senos de la mujer.

—Al banco..., a St. Tropez.

—¿Es cierto... que nos mudamos mañana?

—Sí.

Bardi se había ido un día antes, conducido al aeropuerto por Gian.

La mano de Gian acarició la línea de la barbilla de la mujer, y él murmuró:

—Si yo tuviera dinero..., ellos podrían seguir una dirección y nosotros otra.

—Si tuvieras dinero...

—Verdadero dinero...

Gian se echó a reír nuevamente, y apartó la mano del cuello de la mujer al mismo tiempo que añadía:

—¿Dónde puede uno conseguir verdadero dinero?

—Algunas personas lo logran.

—Bardi lo consigue.

Gian rió nuevamente y volvió a acariciar suavemente el cuello de María. Tras una breve pausa de silencio, añadió:

—Puede que se lo pregunte. ¿Te vendrías conmigo si lo tuviera?

María abrió los ojos y vio los de Gian muy cerca de los suyos. Asintió con un ligero movimiento de cabeza. Él la besó suavemente, y, cuando sus labios se separaron de los de ella, murmuró:

—De alguna manera lo arreglaré. Puede que no muy pronto. Pero de todas formas lo arreglaré. ¿Puedes esperar?

Ella asintió nuevamente con otro movimiento de cabeza, sonriendo, y murmuró:

—Por el dinero, por el momento de irnos..., pero por nada más, Gian...

Cerró los ojos y sintió cómo él se movía a su lado, y súbitamente, no hubo más pensamientos en ella que no fueran en relación con la proximidad del cuerpo de Gian y las ansias que éste sentía de tomarla en aquel momento.

George había hallado un lugar hacia el sur y a lo largo del acantilado de la villa. Se encontraba tendido al borde de un pequeño bosquecillo de pinos y bien oculto entre arbustos y grandes cactus espinosos. Estaba allí desde las diez de la mañana, y aún le quedaba paciencia para continuar esperando otro tanto. Aquella misma mañana habían salido en canoa automóvil de St. Tropez y, después, alejándose bastante de la villa, habían llegado casi hasta Cap Taillat, donde Nicola le dejara en tierra. Su plan era muy simple. Ella podría pasar el día como mejor gustara: tenía comida y bebidas, aparejo de pesca y un libro para leer..., pero cada tres horas y hasta el crepúsculo, regresaría al lugar donde le había desembarcado.

Durante la mañana no hubo mucho que ver. Un hombre joven de cabellos ligeramente rubios había estado lavando el «Mercedes» en aquel extremo de la villa. Hubo un momento en el que se le acercó un hombre alto y moreno, que usaba un delantal blanco sobre unos pantalones oscuros, y que en aquellos instantes cargaba con una bandeja. Bebieron juntos, y George les estuvo examinando cuidadosamente con sus prismáticos. Estaba seguro de que eran los dos mismos hombres que había visto con anterioridad en el «Mercedes». No observó ningún otro movimiento hasta poco después de la hora de almorzar, cuando el joven de los cabellos cobrizos llevó el coche hasta la parte delantera de la casa. El individuo moreno salió del edificio y, saltando al asiento del conductor, se alejó con el vehículo. El otro joven se pasó media hora regando las flores, tarea que debía realizarse, sin duda, a última hora de la tarde. Luego el joven penetró en la casa, también sin duda alguna para disfrutar de una siesta no muy bien ganada.

Eran casi las cuatro en punto, y George comenzaba a pensar que no tendría oportunidad de entrar en la villa durante aquél día, cuando el joven rubio salió a la

terrazza ataviado con traje de baño y sosteniendo en la mano una toalla. Bajó los escalones que estaban inundados por el sol, flexionó ambos brazos, y tomó el inclinado sendero que conducía al mar. George le estuvo contemplando hasta que el hombre se perdió de vista más abajo. Decidió que, si había algún momento bueno para actuar, era precisamente aquél.

Ascendió por la colina, entre los pinos, y luego se deslizó rápidamente por la pendiente hacia la casa, cuidando de no aplastar demasiadas ramas secas bajo sus pies. En un costado de la villa había una puerta pintada de verde, que atravesó sin dudarle un momento más.

La puerta daba paso a un pequeño pasillo y luego a una cocina muy limpia y arreglada. Más allá de la cocina había otro pasillo con dos puertas. Una de ellas comunicaba con un cuarto de aseo con ducha, y la otra estaba cerrada. George la tanteó durante unos momentos y la dejó. Al final del pasillo había un arco del que pendía una bonita cortina y que daba acceso a una gran estancia con el suelo decorado con baldosines blancos y negros. Al fondo se divisaba el patio. A la derecha había otra puerta que daba a otra habitación. George probó la manija, la abrió un par de pulgadas y escuchó. Al no oír nada se deslizó en su interior. Frente a él tenía una mesa de despacho tapizada de cuero color amarillo, un par de sillas tapizadas con el mismo material, y detrás de la mesa de despacho una caja de caudales.

George se acercó a la mesa y abrió los cajones. La mayoría de ellos estaban vacíos. En uno había una colección de cantos rodados de extraña forma y algunas conchas marinas, y en otro unas cuantas cajas vacías de munición del 22. No había ni un solo sobre ni papel de escribir. George extrajo del bolsillo las llaves de Ernst y probó a abrir la caja de caudales. Ante su sorpresa, una de ellas funcionó perfectamente bien en la antigua cerradura. No había nada en el interior de la caja, excepto el cadáver de una mariposa que había elegido para invernar un lugar equivocado.

George regresó a la que parecía ser estancia principal de la casa, rodeó un sofá, y probó a abrir una puerta que había tras el mueble. Era el dormitorio de un hombre. Lo inspeccionó rápidamente. Los trajes y camisas no eran de confección, pero era curioso que en ninguna de aquellas prendas hubiera ni una sola etiqueta de sastre o fabricante. Y, por supuesto, todas aquellas ropas podrían haber sido colocadas en una maleta grande en cosa de cinco minutos.

Al cabo de un rato volvió a atravesar el arco del que pendía la bonita cortina con las llaves en la mano, dispuesto a intentar abrir la puerta del pasillo. Estaba a punto de apartar la cortina a un lado, cuando una voz detrás de él ordenó:

—Quédese exactamente dónde está y vuélvase lentamente.

George así lo hizo.

Cerca de la puerta del dormitorio acababa de retirarse un tapiz que colgaba sobre la pared, revelando la existencia de un tramo de escaleras que ascendían a la parte superior de la casa. Una mujer se hallaba en pie sobre el escalón más bajo. Con una

mano sostenía el tapiz y en la otra una pequeña automática que apuntaba a George. La mujer estaba despeinada y en sus ojos aún había huellas de un reciente sueño. Envolvía su cuerpo una bata de seda, y sus pies desnudos mostraban las uñas esmaltadas en rojo.

George sonrió, pero tuvo buen cuidado de no moverse. Hablando en inglés, y con el mismo tono en que ella había hablado, dijo:

—Me quedé sin gasolina de camino al faro. Buscaba alguna. ¿Se da cuenta? Necesito un poco de gasolina...

Durante un momento pensó que la mujer no le había entendido. Sus ojos le estudiaban detenidamente. Poseía unas facciones sorprendentes, vigorosas y bien formadas.

La muchacha bajó un escalón y dijo en buen inglés:

—¿Necesita usted llaves cuando busca gasolina?

George miró a su mano izquierda. Esta sostenía el manajo de llaves de Ernst que proyectaba emplear en la puerta del pasillo.

—Son las llaves del coche y algunas otras. He de llevarlas en la mano porque tengo un agujero en el bolsillo.

La muchacha ignoró estas últimas palabras y dijo:

—Siéntese ahí...

Soltó el borde del tapiz que sostenía con la mano izquierda, e hizo una seña a George para que tomara asiento en el sofá, añadiendo:

—Espacio...

—Escuche —dijo George—, se está equivocando y...

Esta vez ella movió la mano derecha, alzando un poco más la pistola. George se acercó lentamente hasta el sofá y se volvió a medias para sentarse. Al hacerlo así, lanzó su mano derecha hacia delante y asió un cojín con la intención de arrojárselo luego a la muchacha y apoderarse de la pistola en un momento de sorpresa.

Pero la sorpresa se la llevó él. Casi antes de poner la mano sobre el cojín, la muchacha disparó. La bala se hundió en la tallada madera, un poco más arriba de la tapicería y a un pie de distancia de la cabeza de George, al mismo tiempo que saltaban por el aire unas cuantas astillas que silbaron peligrosamente cerca de su rostro. George tomó asiento rápidamente.

Por primera vez la muchacha sonrió, pero era una sonrisa que, por supuesto, no tenía nada de estimulante. Luego, la mujer murmuró:

—No vuelva a intentarlo de nuevo. La próxima vez le meteré una bala en las piernas.

—Su inglés es muy bueno y su forma de disparar también —replicó George.

Echó una ojeada al respaldo del sofá y pensó que la señorita Guntheim exigiría por aquel estropicio por lo menos cincuenta francos.

La muchacha no dijo nada. Sosteniendo la pistola firmemente, retrocedió hasta la pared donde se hallaba la puerta que conducía al pequeño despacho. Una vez la hubo

alcanzado, deslizó una mano a su espalda. A lo lejos chirrió un timbre, quebrando la tranquilidad de la tarde. Sin duda alguna quedarían interrumpidos los ejercicios de natación del joven de los cabellos rubios.

La mujer volvió a ocupar el centro de la estancia y le miró pensativamente. Luego dijo:

—Abra su camisa por el pecho.

—Escuche —protestó George—, ¿a qué viene todo eso? Yo solamente deseaba un poco de gasolina...

—Desabróchese la camisa... todo cuanto pueda.

Lentamente, George se desabrochó la camisa hasta abajo por la parte delantera. La muchacha avanzó unos tres pies de distancia y miró detenidamente hacia el moreno pecho. A lo largo de las costillas de la izquierda se extendía una larga cicatriz que jamás teñía el sol.

En aquel momento se oyó una voz que llamaba desde los escalones más bajos de la terraza:

—¡María!

Sin volver la cabeza, la muchacha replicó:

—*Son qui, Gian!*

Gian, el rubio, subió las escaleras de tres en tres y cruzó la terraza. Cuando vio a George avanzó aún más de prisa. El sudor se deslizaba por encima de sus anchos hombros como consecuencia de la rápida carrera. Cuando el timbre sonaba tres veces seguidas, como lo había hecho sonar María, era evidentemente una señal de emergencia.

Gian penetró rápidamente en la estancia y dijo algo a María apresuradamente y en italiano, palabras que George no tenía la menor esperanza de captar. María respondió en la misma forma, y el joven, lanzando una mirada de curiosidad a George, desapareció tras la cortina del pasillo. Estuvo ausente como medio minuto. Cuando regresó traía en la mano dos largos trozos de sogá.

María ordenó:

—Póngase en pie.

George hizo lo que se le ordenaba. Se estaba acostumbrando a obedecer. Pensó que, como los perros de Pavlov, se adaptaba con fantástica rapidez a las nuevas situaciones.

—Vuélvase...

George se volvió de cara al sofá. Oyó cómo Gian se acercaba por detrás, tomándole ambas manos para atárselas. Por un momento pensó en hacer algo aprovechándose de Gian como escudo, pero tal idea no duró más que un instante.

Gian ató sus muñecas y luego los tobillos. A continuación le hizo dar media vuelta y le empujó. George cayó sobre el sofá con cierta dificultad.

María dijo algo en italiano, arrojó su pistola a Gian y atravesó rápidamente la estancia, desapareciendo tras la cortina del pasillo para subir las escaleras.

George estudió detenidamente a Gian. Era un joven bien constituido: muchos hombros, pocas caderas, y tan tostado por el sol como un indígena de los Mares del Sur. Tenía unas facciones bastante agradables, y en sus ojos se reflejaba una expresión que no invitaba en absoluto a la charla amistosa.

George dijo:

—¿Habla usted inglés o francés?

Gian asintió con un movimiento de cabeza, tomó asiento en la esquina de una pequeña mesa sobre la que depositó la pistola, y cogió un cigarrillo del interior de una caja de jade.

—¿A qué viene todo esto? ¡Me parece que ya va pasando de broma!, ¿no? —exclamó George con tono que ni a él mismo convencía.

Gian se encogió de hombros y lanzó al aire una bocanada de humo. En el exterior, las cigarras entonaban su desagradable canto incansablemente, y un par de mariposas revolotearon sobre las petunias de la terraza. En la calzada de coches dos gorriones parloteaban vivamente, revolcándose en el polvo reseco por el sol. Sin desearlo, George recordó súbitamente lo que le había ocurrido a Wheeler en el tren. «Gian —pensó— debía ser por entonces poco más que un niño».

—¿Qué está haciendo María? —preguntó George—. ¿Telefoneando para recibir órdenes?

Gian se encogió de hombros nuevamente.

Esto molestó a George, quien dijo un tanto indignado:

—Está bien, no vale la pena hablar con un maldito sordo.

Gian sonrió. Luego abandonó su asiento en la mesa y se dejó caer sobre un mullido sillón, extendiendo ambas piernas, y sosteniendo la automática en la mano.

George volvió a hablar.

—Amiguito, no ocuparía usted esa postura tan cómoda si anduviese por aquí el patrón.

Gian pensó en estas palabras durante un momento. Luego, inesperadamente, dijo:

—¿Es usted de Londres?

—Puede.

Gian se puso en pie y se acercó hasta el sofá manteniendo una distancia prudencial, para observar a George cuidadosamente.

—Buena camisa, pantalones de calidad, reloj caro... ¿Es usted rico?

—Vamos tirando.

—Responda a mi pregunta.

—No, no soy rico.

—*Dommage!* —exclamó Gian, retirándose y cayendo de nuevo sobre el sillón.

—¿Por qué? —interrogó George.

Gian lanzó al aire la automática y la recogió habilidosamente con su mano derecha.

—Estoy esperando por alguien que sea rico —dijo.

—¿Por qué espera a alguien que sea rico?

Gian sonrió de nuevo y mostró el blanco de sus ojos al contestar:

—Para hacer algún dinero, por supuesto.

Parecía ofendido por la simpleza que mostraba George.

—¿Cuánto dinero?

Gian lo pensó un momento y dijo:

—Veinte mil francos...

—Eso es mucho dinero.

—Sí. Mucho —razonó Gian, asintiendo con un movimiento de cabeza, melancólicamente—. ¿Tiene usted ese dinero?

—¿Y si lo tuviera?

—Le dejaría libre.

—¿Solamente eso?

—¿Quiere usted algo más?

Gian se echó a reír desagradablemente, y añadió luego:

—No sabe usted bien lo que le viene encima.

—Puedo sospecharlo —dijo George—. Pero querría más cosas... si yo tuviera ese dinero.

—¿Qué cosas?

—Respuestas a algunas preguntas.

—No me gustan las preguntas.

—Inténtelo.

Gian pensó durante un rato detenidamente. Luego movió la cabeza lastimeramente y murmuró:

—No hay dinero..., no hay respuestas. *Dommage*.

Después de pronunciar estas últimas palabras, y casi durante un cuarto de hora, Gian no dijo nada. Fumó un par de cigarrillos e ignoró totalmente a George. Entonces, y en algún rincón de una habitación del piso superior, sonó un timbre y a continuación se oyó el ruido del motor de un coche que se acercaba a la casa.

Gian se puso en pie junto a la mesa.

Un coche se detuvo frente a la villa. Al cabo de unos segundos el hombre moreno que George había visto aquella mañana penetró en la habitación.

Hubo una rápida conversación en italiano entre él y Gian, y entonces el hombre moreno subió apresuradamente las escaleras. Gian se quedó solo una vez más con George. Pero era un Gian diferente. Permaneció en pie, dando la espalda a la terraza y no dijo nada, mirando pensativamente a George, y de vez en cuando rascándose la barbilla. Desde la parte alta de la casa llegó a oídos de George el sordo rumor de voces y el ruido de pies. Todo aquello sonaba como si alguien estuviera discutiendo. Y tenía la impresión de que el tema bajo de la discusión era él mismo.

Diez minutos más tarde bajó de nuevo el hombre moreno y penetró en la estancia. Le acompañaba María. Esta lucía un vestido blanco, y sus cabellos estaban bien

peinados. Fruncía el ceño y tenía todo el aspecto de una mujer que acaba de salir derrotada en una discusión. El hombre moreno hizo una seña a Gian y extendió una mano para coger la pistola. Gian le entregó ésta y salió de la estancia apartando la cortina del pasillo.

El hombre se acercó hasta el sofá y miró a George, al mismo tiempo que silbaba muy suavemente para sí. Pareció que la temperatura había descendido unos grados alrededor del sofá cuando el hombre miró detenidamente a George. Súbitamente, el puño derecho del hombre salió disparado hacia delante y golpeó violentamente el rostro de George. Un anillo que el hombre lucía en un dedo rasgó la piel de la mejilla de George, que inmediatamente comenzó a sangrar. George fue lanzado contra el respaldo del sofá por la fuerza del golpe.

—¡Lodel!...

La voz de María sonó agudamente en la estancia. Pero el llamado Lodel no pareció hacerle mucho caso. Retrocedió un paso y esperó a que George se recuperase. Luego preguntó:

—¿Quién es usted?

—Podría haber preguntado primero y haberse evitado este otro trabajo.

Era la primera vez en su vida que George era golpeado en aquella forma sin tener oportunidad de contestar adecuadamente.

—¿Quién es usted? —insistió Lodel.

George se movió para sentarse de nuevo en el sofá, apoyó ambas manos atadas sobre el borde del tapizado y alzó el cuerpo violentamente, con tremenda rapidez, encogiendo las piernas y luego disparándolas hacia atrás para que sus pies golpearan terriblemente el bajo vientre del hombre. Lodel cayó hacia atrás, chocó contra una mesa e inmediatamente se puso en pie, sosteniendo todavía la pistola en la mano antes de que George pudiese aprovechar cualquier momento de ventaja. Lodel permaneció en pie, inmóvil, respirando agitadamente, y si sentía algún dolor evidentemente lo soportaba con estoicismo, sin pronunciar ni una sola palabra. Detrás de Lodel, María rió suavemente.

George, apoyándose en ambos codos, volvió a ocupar su sitio en el sofá y dijo:

—Ahora ya estamos en paz. ¿Cuál fue la pregunta que me hizo?

Por un momento pensó que Lodel saltaría hacia delante para golpearle una vez más, pero el ligero movimiento que hizo el hombre se detuvo al mismo tiempo que interrogaba:

—¿Quién es usted?

—Conway. George.

—¿Qué está haciendo aquí?

—Mi coche se quedó sin gasolina y...

—¡Quiero la verdad! —exclamó el hombre hablando un buen inglés—. ¿Para qué ha venido aquí?

—No para que me recibieran amistosamente. Estoy buscando a una mujer. Una tal señora Elsie Longo..., apellido de soltera Pinnock. Estuvo en esta casa hace tiempo.

—¿Para qué la necesita?

—Su madre quiere saber dónde está. No sabe nada de ella desde hace años.

—No lo creo. ¿Para quién trabaja usted realmente?

—Para la madre de Elsie Longo.

—No —replicó el hombre, negando con un movimiento de cabeza—. Si fuera así habría llegado abiertamente a esta casa. ¿De qué se trata?

George movió la cabeza y murmuró:

—Es usted duro de convencer, amigo.

Lodel dijo:

—Diga de qué se trata y nada le ocurrirá. Muéstrese terco y...

La frase sin terminar quedó rubricada por un encogimiento de hombros.

George movió la cabeza hacia un lado. Esperaba el golpe, pero éste no se produjo.

Lodel dijo:

—Diga usted para quién trabaja, y nada le sucederá. Piénselo. Si no habla, mañana recogerán su cadáver en cualquiera de estas playas.

Lodel se aproximó a la parte posterior del sofá y asió con ambas manos el cuello de George. Fue ciñendo su presa, poco a poco, como un verdadero experto, y en el exacto momento arrojó a George de costado sobre el sofá. Cuando se alejó, George oyó su voz a través de una niebla roja: «Piénselo durante un rato».

Aún entre una espesa bruma que nublaban sus ideas, George percibió que alguien había entrado a continuación en la estancia. Diez minutos más tarde vio que Gian había reanudado su guardia. Los otros dos se habían ido.

Poco antes del crepúsculo regresó Lodel, uniéndose a Gian. Hubo entre ambos una discusión en italiano, y entonces Gian se acercó a George y le quitó la soga que ligaba sus tobillos.

Le obligaron a ponerse en pie y a avanzar hacia la terraza. Luego bajaron los escalones y, tras haber cruzado la calzada de coches, tomaron un pequeño sendero que descendía hacia el mar por la inclinada falda de la colina que más bien era acantilado. Por un momento, George consideró seguir una táctica de negarse a andar y tomar asiento en tierra, pero aquello significaba hacer oposiciones a recibir una caricia en la cabeza.

Descendiendo hasta el agua, deteniéndose sobre una roca lisa que formaba una especie de plataforma. Gian permaneció detrás de él mientras Lodel quitaba las amarras al chinchorro. Embarcó y bajó un motor fuera borda que había en popa. George fue conducido hasta la bancada central de la pequeña embarcación y Lodel dijo:

—Si desea usted contestar a alguna pregunta, podemos volver a la casa. Allí nos arreglaremos.

George movió la cabeza negativamente.

Gian saltó sobre la proa de la embarcación.

Lodel volvió a hablar:

—No trate de saltar por la borda. Solamente recibiría unas cuantas balas que le hundirían con más rapidez.

Puso en marcha el motor y el chinchorro se alejó de la pequeña caleta. En medio del creciente crepúsculo la embarcación navegó hacia el cabo de tierra donde se alzaba el faro, manteniéndose cercana a la costa. Ahora soplabla una fría brisa marina, notándose la desaparición del sol. En aquel momento se encendió el faro, lanzando a la distancia sus potentes haces de luz.

Aquella gente era notablemente limpia, pensó George. No deseaban que el umbral de su puerta se ensuciara con ningún cadáver. Probablemente pasarían de largo frente al cabo y le llevarían a las playas de Pampelone, playas que tenían una longitud de dos o tres millas formadas por numerosas dunas, y como fondo espesos cañaverales. En aquella época del año no habría ni un alma en las playas. Trató de librarse una vez más de las ligaduras que ceñían sus muñecas, pero nada pudo lograr. Gian debió observar sus movimientos, porque en aquel momento George sintió como el joven rubio le tocaba en el hombro suavemente, en señal de advertencia.

La brisa acababa de alterar el mar un tanto, y George distinguió las olas que se convertían en espuma al romper contra la parte baja del acantilado donde se alzaba el faro y que ahora rodeaba la embarcación.

No se había equivocado acerca de las playas de Pampelone. Se estaban acercando tanto a ellas, que ya se distinguía la línea larga y espumosa de las olas que rompían suavemente sobre la arena. Se alejaron un cuarto de milla o así para evitar los pocos chalets y *bungalows* que había cerca del faro, y más tarde la embarcación giró súbitamente hacia la playa, acelerando su velocidad hasta que embarrancó en la arena. Gian saltó al agua y, aprovechando la próxima ola, arrastró el chinchorro más hacia tierra.

Lodel hizo una seña a George para que desembarcara. El agua se arremolinó en sus tobillos al hacerlo así. Al cabo de unos segundos, el chinchorro se encontraba sobre la playa, y George avanzaba sobre la arena, en medio de los dos hombres. Ascendieron hasta la cresta de una duna, descendieron por el lado contrario y luego cruzaron una especie de arroyo. Más allá de este arroyo el viento hacía oscilar ruidosamente las cañas de bambú. Un pequeño sendero conducía hacia ellas. Después de recorrer unas cinco yardas apareció un claro de arena y arbustos que tendría la extensión de una cancha de tenis, flanqueado por todas partes por las altas cañas que chocaban entre sí ruidosamente como consecuencia del viento que soplabla del mar.

Lodel alzó una mano, y luego hizo dar vuelta a George. Durante un momento, este último vio en la oscuridad el joven rostro de Gian que le contemplaba, un rostro

iluminado a medias por la luz de las estrellas.

—¿Quién le emplea a usted?

Lodel habló sin poner el menor énfasis en sus palabras.

George replicó:

—Está usted perdiendo el tiempo.

Entonces comenzó el baile. Un puño correctamente dirigido a su rostro, con absoluta precisión, le hizo tambalearse hacia atrás hasta chocar con Gian, que le sostuvo.

—No tiene usted más que hablar cuando lo crea necesario —dijo Lodel, a la vez que descargaba el puño de nuevo sobre George.

Esta vez el golpe lo recibió un poco más arriba del corazón. Gian volvió a sostenerle en pie.

Lodel, con el rostro muy pálido, golpeó de nuevo, fuerte y con precisión, y la noche comenzó a hacerse más intensa alrededor de George. Hubo un momento en el que Gian ya no pudo sostenerle en pie por más tiempo, y entonces fue una bota lo que le golpeó. Poco después de esto la oscuridad fue completa para George. Creyó que se deslizaba con toda rapidez por un negro túnel, y que su cuerpo chocaba violenta y dolorosamente contra una y otra pared. Súbitamente, el túnel pareció acabarse y su cuerpo dio contra algo firme, y hubo un momento de claridad terriblemente dolorosa.

Vio como sobre él se inclinaban los dos hombres.

Una voz dijo:

—Acabemos con él. Estamos perdiendo el tiempo.

Se trataba de la voz de Gian, que sonaba en tono aburrido, como si el espectáculo no hubiera resultado todo lo divertido que él esperaba.

Contra el cielo tachonado de estrellas se recortó un brazo y una mano que sostenía algo negro y con desagradable, aspecto.

Entonces sonó el disparo. Un solo disparo. Luego sonaron dos más, uno tras otro, y a continuación otros dos. George permaneció tendido en tierra, contándolos estúpidamente en medio de una claridad que parecía volver a esfumarse poco a poco. Hubo otro disparo, y entonces abandonó la cuenta, dejándose deslizar hacia un costado desmayadamente.

Después de esto, aunque no tenía la menor idea del tiempo transcurrido, todo fue como una película borrosa y rápida que le molestaba profundamente porque carecía de la necesaria fuerza de concentración para ver en ella algún sentido.

Sintió como alguien le alzaba del suelo. Después notó el agua que lamía sus pies. Una mujer le maldecía en un extraño tono de angustia en su voz. Percibió un suave aroma a «Miss Dior», y más agua que empapaba su camisa, y el salitre que le producía doloroso escozor en las heridas del rostro. Luego oyó más maldiciones pronunciadas en tono suave, y después siguió un largo espacio de tiempo en el que solamente escuchó el leve ratar de un motor. Aquellos fueron los mejores minutos que había pasado hasta entonces, y se sintió muy desafortunado cuando el motor dejó

de funcionar. Y cuando esto ocurrió, estalló una disputa en algún lugar; la voz de un hombre sonaba claramente discutiendo acerca de su embarcación..., y entonces el tono de aquella voz cambió súbitamente, y fue casi paternal, llena de simpatía. George se dio cuenta en aquel instante de que estaba caminando entre dos personas que le sostenían trabajosamente.

Despertó a las tres de la madrugada. Supo que era tal hora porque, estando la luz encendida, consultó mecánicamente su reloj de pulsera. El cristal del reloj estaba rajado, pero aún funcionaba normalmente el segundero.

Se encontraba en la cama de su hotel, y la lámpara de la mesita de noche se hallaba encendida. Sentía que su cuerpo estaba tan rígido que temía moverse por si algo se quebraba dentro de él. Derecha, a los pies de la cama, se encontraba Nicola cubierta con una bata. Al ver que George abría los ojos se acercó a él rápidamente.

—George... ¡Oh George...! Dios mío, creí que nunca recuperarías el conocimiento —exclamó, tuteándole por primera vez.

Ante su sorpresa, la muchacha se inclinó, colocó ambas manos sobre las heridas mejillas y le besó en los labios.

George cerró los ojos, plenamente feliz, y dijo:

—Me gusta eso. ¿Qué sucedió?

—Por el momento no te preocupes —replicó Nicola, separando sus manos del herido rostro.

George abrió los ojos nuevamente y sonrió. El movimiento de los músculos faciales le hizo creer que poseía un rostro de plástico. Luego dijo:

—Quizá un trago de algo me serviría de alguna ayuda.

Nicola dijo:

—Ya has bebido bastante coñac.

—Entonces dame otro trago. Puede que recuerde éste mucho mejor.

La muchacha le trajo un vaso con un poco de licor y tomó asiento en el borde de la cama, pasando uno de sus brazos por los hombros de George para ayudarle a beber. El licor pareció animarle momentáneamente, aliviando un tanto la rigidez de la piel del rostro. Pero también tuvo la virtud de despertar en su cuerpo toda una serie de dolores y molestias.

George preguntó:

—¿Quién era el tipo que discutía tanto?

—El dueño de la lancha. Estaba furioso porque llegábamos tan tarde. Pero se calmó y me ayudó a traerte hasta aquí.

—¿Y los disparos? ¡Diablos!

George casi tomó asiento en el lecho y añadió:

—¿Fuiste tú...?

—Con la pistola de Nadia. Ahora descansa.

Y la mano de Nicola le empujó suavemente hacia atrás. George cerró los ojos una vez más.

—¿Tenías munición? —preguntó.

—Creí que podría ser útil alguna vez.

—¿Lograste algo con los disparos?

—Creo que acerté a uno de aquellos hombres. Oí un grito. Pero todo fue muy confuso. Ahora olvídale todo hasta mañana. ¿Crees que puedes padecer alguna fractura?

George movió la cabeza negativamente.

—Pronto estaré bien. Esto no es mucho peor que jugar un partido contra el Twickenham.

—Debes dormir un poco.

George se adormiló, pero un poco más tarde volvió a abrir los ojos. La muchacha estaba sentada en un sillón, junto a la mesita de noche, apoyando ambos pies sobre otra silla y cubiertas sus piernas con una manta.

Nicola murmuró:

—Se supone que duermes, George.

Él sonrió y preguntó:

—¿Cómo diablos te las arreglaste para pasar esa pistola por las aduanas?

—En mi bolso, por supuesto.

—¡Cielo santo...!

CAPÍTULO VI

Llovía intensamente; era la lluvia del mes de junio, pesada y sin viento y, en cierta forma, François Laborde disfrutaba con ella tanto como con el sol. La lluvia proporcionaba carácter diferente a las cosas familiares y, asimismo, hacía que aquella tan conocida calle se vistiera con ropaje nuevo. Los costados de los edificios, lamidos por la lluvia, que se alzaban frente a su despacho, le recordaban en cierta forma los altos acantilados de la costa norte en la península de Quiberon. Había nacido en Quiberon y esperaba algún día regresar allí. «Crêpes» con Armagnac. La idea hizo que sintiera un súbito apetito, aun cuando no había transcurrido mucho tiempo desde el desayuno. Sí, recordaba perfectamente aquellos altos acantilados sobre los que rompía el embravecido mar, y recordaba, asimismo, la lluvia, la eterna lluvia que proporcionaba a las rocas aspecto de mármol negro.

Entró en el despacho Dorothée y le dio los buenos días. Laborde tomó asiento tras su mesa de despacho y miró a la muchacha cuando ésta colocó ante él una hoja de papel. Si él hubiese tenido que decidir en aquel asunto, nunca hubiera elegido una secretaria como Dorothée. Desde luego, como secretaria era eficiente, perfecta. Pero una secretaria, también, debía ser agradable de contemplar. Desnuda, su figura quizá no estuviera mal del todo; en cambio, su rostro... a él le parecía algo más que feo. Laborde suponía que no miraba a Dorothée más de dos o tres veces al año; blusa blanca, aquellos terribles puños de cartulina, falda gris, zapatos de corte severo y ninguna emoción que se filtrase a través de aquellos gruesos cristales de sus gafas.

La muchacha dijo:

—Han surgido dificultades. Lodel telefoneó a mi piso ayer noche. Ahí lo tiene...

Y señaló con un movimiento de cabeza a la hoja de papel que había encima de la mesa.

El mensaje de Lodel decía:

«George Conway en St. Tropez. Capturado en Les Roches-Pins por la tarde. Busca a Elsie Longo. Se negó a descubrir el nombre de su patrón. Desgraciadamente, fueron interrumpidos los métodos de persuasión y liquidación. Hay una muchacha con él. ¿Por qué no se nos informó de esto? La Villa quedará cerrada esta noche».

Laborde guardó silencio durante un rato, pensativamente, y luego dijo:

—¿Dónde está Bardi?

—En Suiza.

—Sería mejor que usted le comunicara todo esto.

—Ya lo habrá hecho Lodel.

—Hágalo usted también. ¿Por qué esos locos habrán tratado de matarle?

—Al no estar allí Bardi, Lodel probablemente fue presa del pánico.

—No le va a gustar esto nada.

Laborde contempló el techo de la habitación durante un rato. Luego, frunciendo el ceño, continuó:

—¿Cómo diablos iba yo a saber que Conway se iría a St. Tropez?

—Usted no podía saberlo —replicó Dorothée—; la cuestión ahora es... ¿Armará Conway algún jaleo acerca de la villa?

—Sólo si está dispuesto a acudir a la policía. Y si lo hace, eso no le ayudará gran cosa —contestó Laborde, sonriendo torvamente—. Es un tipo que no perdió el tiempo, ¿verdad? Para ese Conway debió de ser una verdadera sorpresa cuando le capturaron en la villa. Me pregunto cómo se habrá tragado esa píldora.

Dorothée no dijo nada.

Aquella mañana, George se despertó a las ocho. Nicola ya no estaba en su habitación. George se dio cuenta de que su mente era mucho más clara y sintió un súbito impulso de abandonar la cama. Durante un momento estuvo en pie sobre la alfombra con la impresión de que tenía setenta años de edad. Se preguntó si tendría el suficiente valor para enderezar el cuerpo. Caminó pesadamente hacia el cuarto de baño y se duchó con agua fría. Fue una especie de tormento, pero el agua aflojó un tanto sus rígidos músculos. Luego regresó al dormitorio y se vistió. Se miró al espejo y contempló un rostro muy poco familiar lleno de heridas y hematomas. Un rostro como los que aceces aparecían en una mala fotografía de Prensa de un peso pesado que parecía preguntarse estúpidamente qué era lo que había ocurrido en el décimo round.

Cuando estaba poniéndose la americana apareció Nicola en la puerta.

Tristemente, George comentó:

—Bueno..., realmente hice de todo esto una verdadera catástrofe, ¿verdad? Fue como si mi toro entrase a todo gas en una cacharrería. Debía haber recibido una paliza mucho más dura por no haber sabido emplear mi cabeza.

—Pues no lo sé. Las cosas también pudieron salir de otra forma.

—La cuestión es... ¿qué haremos ahora?

—Ya hice yo algo. Telefoneé a la villa dos veces esta mañana... y no hubo respuesta. Creo que esa gente ha desaparecido de allí. Antes de que decidamos hacer algo, será preciso asegurarse de este detalle.

—¿Decidamos...? No te voy a permitir que te acerques a aquel lugar. ¡Diablos! No lo pensaron mucho para matarme. Lo cierto es que esta idea no es muy consoladora.

—Supongo que no vas a sacar de nuevo a colación la vieja teoría de que no debo acompañarte.

—Así es. Creo que debes regresar a Londres y esperarme allí. En cuanto a mí, quizá consulte con Synat lo que debo hacer. Quizá él me sugiera algo.

—¡Pero si no podrás hacer nada hasta que sepas si están o no en la villa! Quizá no se puso nadie al teléfono porque probablemente estarían bañándose. Aunque yo apostaría a que se han ido. Y en cuanto a mi regreso a Londres, me gustaría señalar el hecho de que habrías muerto de no haber estado yo allí. Aunque no paso por alto tu insinuación acerca del futuro...

Nicola se puso seria repentinamente y añadió:

—Ahora ya sabemos cómo es esa gente. Tendrás que abandonar esta táctica de meter la cabeza entre ambos hombros y cargar hacia delante, ciegamente, como si se tratara de un partido de rugby.

—Una vez y nada más. Pero no quiero que tú vayas hasta allí. Y cuando sepamos si se han ido o no... Bien; entonces discutiremos eso de regresar a Londres.

—No valdrá la pena. No habrá nada que me obligue a irme ahora de aquí. Pero esta mañana seré una buena muchacha y te esperaré en Ramatuel mientras echas una ojeada al lugar. Te llevaré en el coche...

Nicola le besó ligeramente en la mejilla y añadió:

—¡Pobre George! ¿Ves?...; mejor será que te bese anticipadamente por si te ocurre algún otro caso de emergencia, y tampoco estará de más que te lleves esto, por si acaso...

Y a continuación le entregó la «Walther 22».

Un cuarto de hora más tarde se dirigían en el coche hacia Ramatuel, donde George debía dejar a Nicola. Era una hermosa mañana; las nubes estaban muy altas y el sol se reflejaba en los edificios de las granjas blancas y rosas.

«Era una buena mañana —pensó George—, para sentirse absolutamente en forma y disfrutar por lo menos media hora a solas con Gian o Lodel».

Dejó a Nicola en un café de Ramatuel y luego partió solo. Aparcó el coche mucho más allá de la entrada principal de la villa, más cerca del faro, y retrocedió caminando. Aunque en su interior aún ardía la cólera, decidió que no debía correr más riesgos innecesarios.

El portillo de Les Roches-Pins estaba cerrado con llave. George trepó por la valla y dio una vuelta por los pinos para acercarse a la villa. Estuvo contemplando el lugar durante un rato, y no descubrió señal alguna de vida en la casa. Tampoco había coches aparcados en el exterior. Todas las ventanas y puertas estaban cerradas, cosa que era muy poco corriente en una cálida mañana en el caso de que hubiese alguien en la casa.

Cinco minutos más tarde rompió el cristal de una ventana posterior, levantó el pestillo y entró en una habitación.

El lugar estaba vacío. Todo se había desalojado completamente, y George tuvo la impresión de que aquella gente estaba acostumbrada a mudarse con súbita rapidez. Incluso los más pequeños desperdicios de la cocina habían sido introducidos en el

incinerador. No se veía un trozo de papel, un cenicero con colillas o una habitación desarreglada. Las camas estaban deshechas y las sábanas y mantas perfectamente dobladas y apiladas. La mesa de despacho del estudio estaba totalmente vacía. Incluso habían desaparecido los cantos rodados, las conchas y las cajas vacías de munición. La única señal que quedaba de su visita anterior era el respaldo del sofá astillado.

George regresó a su coche, y a continuación partió para Ramatuel, donde él y Nicola desayunaron ya muy tarde, al aire libre, bajo unos olmos. Después de tomar café George encendió un cigarrillo, describió la situación tal y como él la veía, mientras Nicola tomó notas para el informe —su primer informe— que habían prometido enviar a Synat para que éste lo hiciera llegar a los demás.

Superficialmente, la situación era como sigue:

1. Puesto que no deseaban complicar las cosas recurriendo a la policía —al menos no por el momento—, tenían que admitir que nada conseguirían con seguir en St. Tropez. Si Escorpión había estado allí, había huido, y lo mismo habían hecho los demás.

2. Había dos líneas de investigación a seguir, cuyo origen era la villa. Una era a través de la señorita Guntheim, la propietaria que vivía en París, quien tal vez podría decirles a quién había alquilado la villa; y la otra, sin duda, era a través de Laborde, el agente artístico.

3. Laborde estaba claramente relacionado con la gente de la villa, porque habían identificado a George y sabían que tenía una cicatriz bajo las costillas. Esto último significaba que alguien había examinado su falso pasaporte. Y esto, posiblemente, se relacionaba con Ernst o con Laborde.

—¿A dónde nos lleva todo esto? —preguntó Nicola.

—A París. Primero a la señorita Guntheim, y luego a Laborde y Ernst.

—Imagino que el señor Laborde siempre podrá encontrar alguna respuesta que no sea necesariamente la verdad. París... me da la impresión de que queda ahora a mil millas de distancia.

—Podemos tomarlo con calma y, además, para ti todo está en el camino de Londres.

—Ya puedes olvidar eso.

George la miró, decidido ya a no insistir más con aquel tema, y dijo:

—Su coche tenía matrícula suiza. ¿Habrán ido allí? ¿Crees realmente que heriste a uno de los hombres?

—Creo que sí. Por supuesto, todo fue un poco confuso. Francamente, yo tenía un poco de pánico. Jamás había disparado en mi vida una pistola arrastrada por la ira. Vi como se alejaba el chinchorro contigo a bordo. Al menos, con los prismáticos creí que eras tú. Y así le seguí el rastro. Le perdí de vista al dar la vuelta al cabo, pero imaginé lo que iba a ocurrir y logré llegar a tiempo atracando en un punto más cercano al faro.

—Gracias a Dios que lo hiciste. Algún día, si tú me das la ocasión, pensaré en una forma verdaderamente razonable de darte las gracias.

—Veo que te recuperas con gran rapidez.

—Es el café y el aire fresco. Está bien, de manera que a París. Pero creo que primero deberíamos enviar este informe a Synat. Si él así lo desea, podrá escribirnos al despacho de su agente en París.

Después de almorzar salieron con dirección a París, adonde llegaron ya tarde a última hora del día siguiente, sábado. Esta vez evitaron el hotel Sainte-Anne y se alojaron en un pequeño hotel situado cerca del Quai St. Bernard. La única cosa a su favor, pensó George tras consultar una guía de calles, era que la rue Poliveau, donde vivía la señorita Guntheim, se hallaba a corta distancia atravesando el Jardín des Plantes. Cuando se dirigían a París, George sacó a colación la cuestión de si Nicola debía quedarse o no con él. La muchacha se mostró totalmente inquebrantable en su decisión. Dijo que estaba personalmente más relacionada que él con aquel asunto, y tenazmente se negó a abandonar la empresa. George comprendió que no tenía forma de obligarla a hacerlo así, y al fin cedió, pero en esta ocasión ambos se pusieron de acuerdo para no correr riesgos innecesarios y hasta estúpidos. Escorpión y la gente que le rodeaba constituían un auténtico peligro, y no era probable que aquéllos tipos se mostrasen caballerosos a causa de Nicola.

A la mañana siguiente, George atravesó lentamente, casi paseando, los jardines donde se veían numerosos muchachos y muchachas también paseando bajo el sol. Los niños gritaban pidiendo que les compraran globos, y había ancianos y mujeres sentadas en bancos públicos que se preguntaban dónde y cuándo exactamente se les había ido la vida. Normalmente le habría sido difícil a George no perder allí su tiempo. Pero hoy no había espacio en su mente para la botánica. Andaba a la caza de una cosa muy diferente. La caza del hombre.

Rue Poliveau estaba girando hacia la derecha, un poco más abajo del hospital y de la estación de Orleáns. El número 203 se hallaba casi en la esquina de la calle, y se trataba de un alto edificio de apartamentos con una puerta al lado de una tahona de la cual salían mujeres con largas barras de pan. La puerta de la casa estaba abierta, y casi en el mismo portal se iniciaba el primer tramo de escaleras. No había portería, pero en la pared había un pequeño tablero con tarjetas de visita insertadas en cantoneras metálicas. La señorita Guntheim vivía en el cuarto piso.

George comenzó a subir las escaleras, confiando encontrarla en casa. Si hubiese sido capaz de encontrar su nombre en la guía telefónica la habría llamado para concertar una entrevista. En su ascenso por la escalera se apartó unos segundos para ceder el paso a una mujer que bajaba. Era una fémina de aspecto feliz, un tanto rolliza y ataviada con un ceñido vestido. Su cabeza estaba cubierta por abundantes rizos, sobre los que campeaba un poco de encaje y terciopelo que apenas podía llamarse sombrero. Guiñó el ojo a George, quizá porque la mañana era muy hermosa y el sombrero era nuevo, y pasó de largo dejando tras de sí un fuerte perfume. En el tercer

rellano de escaleras la puerta de un apartamento estaba parcialmente abierta, y a los oídos de George llegaron unos cuantos compases de la «Pastoral». En el cuarto piso había una puerta con una tarjeta en su correspondiente cantonera metálica que rezaba: «D. Guntheim». Debajo de la tarjeta se destacaba la pequeña figura de un angelote con grandes alas. Pasaron unos cuantos segundos antes de que George cayera en la cuenta de que haciendo presión sobre el estómago del angelito sonaba un timbre en el interior de la casa.

Tuvo que hacerlo dos veces antes de que oyera un movimiento detrás de la puerta. Esta se abrió unas cuantas pulgadas y apareció la cabeza de una mujer. La cabeza fue una verdadera sorpresa para George. Los cabellos, evidentemente, acababan de ser lavados, y una pequeña toalla de color rosa los rodeaba en forma de turbante. Unos cuantos rizos color castaño colgaban sobre las orejas de la mujer. El rostro era rosado, y los ojos pequeñísimos tras los gruesos cristales de las gafas. George la reconoció en seguida.

George introdujo un pie entre la puerta y el quicio de ésta cuando empezaba a cerrarse con fuerza, e hizo presión con el hombro izquierdo. Durante un momento, la mujer persistió y luego abandonó la empresa. Retrocedió y George atravesó el umbral, cerrando la puerta a sus espaldas, pero cuidando en todo momento dar frente a la mujer. Ya no estaba dispuesto a correr más riesgos con alguien relacionado con «Laborde y Compañía».

Dijo:

—Buenos días, señorita Guntheim. Es muy amable por su parte el invitarme a entrar.

Una rara mirada se formó detrás de los gruesos cristales de las gafas, pero George fue incapaz de calificarla. La mujer se volvió y caminó a lo largo de un estrecho vestíbulo.

George la siguió hasta una sala de estar grande, cuyas ventanas daban a la calle. Había muchos libros en las estanterías que cubrían una de las paredes, y una fila de figuras de bronce sobre la repisa de la chimenea que albergaba en su hogar una moderna estufa. Una de las figuras era «El Pensador», de Rodin. Había también en la sala un par de grandes sillones, un gran sofá y una estrecha mesa con estrecho tapete y un jarrón de flores. Dorothée permaneció inmóvil junto a la ventana mirándole.

George dijo:

—Solamente deseo un poco de información. No la entretendré mucho rato.

Por primera vez la muchacha habló y su voz sonó un tanto recatada.

—No tiene usted derecho a entrar aquí a la fuerza. Debía llamar a la policía.

—Adelante —replicó George, tomando asiento en el borde del sofá y sonriendo amistosamente.

La muchacha pareció pensarlo durante un momento. Y luego, ante la sorpresa de George, extrajo cigarrillos y cerillas del bolsillo de su bata y se puso a fumar. George tuvo la impresión de que debajo de la bata la muchacha solamente llevaba puesta una

falda y sostén. Calzaba zapatillas de color de rosa, cubiertas de fino plumón y adornadas con pompones negros sobre el empeine. Era una criatura en la que se daba una extraña mezcla: recato, miopía, puños de cartulina en el trabajo para no ensuciarse la blusa, limpia, eficiente y poco atractiva..., y luego zapatillas de plumón color rosa que hacían juego con su toalla-turbante, y una estancia que poseía todas las comodidades de un apartamento de soltero.

George encendió un cigarrillo y dijo:

—Así está mejor. Ahora comencemos con las preguntas. Entiendo que usted es la propietaria de una villa situada cerca de St. Tropez, llamada Les Roches-Pins. Es una bonita villa, aunque me sorprende un poco el que haya podido usted comprarla con el salario que el señor Laborde le tiene asignado.

—No es asunto de usted; pero Laborde no me paga ningún salario. Poseo un cincuenta por ciento de su negocio. Y, si acepta usted un buen consejo, le sugeriría que tomara un avión para Londres tan pronto como le sea posible.

—¿Dejar París en un día como éste? Sea razonable. No... hablemos de la villa. Me gustaría saber quiénes son los actuales inquilinos. En el caso de que usted no lo sepa, le diré que la abandonaron apresuradamente hace unos días. Pero aun así, todo quedó muy limpio y perfectamente arreglado..., excepto el respaldo de un sofá que hay en la sala principal. La madera está un poco astillada. Tendrá usted que cobrar esos desperfectos.

La muchacha se movió calmosamente, avanzando hacia la chimenea, y dejó caer el cigarrillo que fumaba en un cenicero de latón que tenía forma de pez.

—Ni me interesan esos desperfectos ni la villa y, por supuesto, no puedo decirle quiénes eran los inquilinos.

—Yo creo que sí.

—No, monsieur, no puedo.

George señaló con un movimiento de cabeza al pequeño escritorio que había junto a la chimenea, y repuso:

—Usted es una muchacha metódica. Yo podría examinar su escritorio, y quizá encontrar sus archivos o contabilidad..., con su permiso, por supuesto.

—No le serviría de nada —dijo Dorothée, completamente dueña de sí misma—. No sé dónde consiguió usted esa información sobre la villa, pero, ciertamente, es muy atrasada. Vendí esa villa hace años a un individuo de América del Sur. Se llama Carapiotti y vive en Brasilia. Y ahora..., ¿por qué no se va? Me está estropeando la mañana del domingo.

En el tono de Dorothée había una nota de impaciencia.

—No desorbitemos ni apuremos las cosas. Concedo que la villa no sea de usted. Supongo que nunca fue suya. Usted nunca fue más que una especie de biombo, lo está siendo ahora ese tal Carapiotti. Pero mientras usted figuró como propietaria, usted la alquiló. Particularmente a un hombre llamado Longo y a su esposa Elsie. Todo cuanto deseo es la dirección, que él le dio a ustedes cuando alquiló la casa.

—No conozco nadie que se llame Longo.

—¿Y tampoco ha oído usted hablar de Elsie Pinnock o de O’Neil?

La muchacha movió la cabeza negativamente. La seguridad que mostraba en sus declaraciones comenzó a encolerizar un tanto a George.

—Escuche, señorita Guntheim: hace unas cuantas noches..., durante el curso de mis investigaciones personales, estuve en esa villa y sufrí una experiencia bastante desagradable. No deseo abandonar este asunto y quiero llevarlo adelante como un caballero. Pero llegará un momento en que mandaré al mismísimo infierno toda clase de etiquetas.

—Y también ha llegado el momento, monsieur, en que deseo que me deje usted tranquila en mi casa.

—Entonces, en beneficio de los dos, sugiero establezcamos un compromiso.

—¿Cómo?

—Usted termina de arreglarse y, mientras se viste, yo echaré una ojeada por aquí, particularmente a ese pequeño escritorio, para ver lo que puedo hallar. Lo dejaré todo tal y como está, y luego me iré. ¿Le parece bien?

George se puso en pie y aplastó la colilla de su cigarrillo sobre un cenicero... que esta vez tenía forma de pato y que descansaba sobre la mesa. Ante este movimiento, la muchacha retrocedió desde la chimenea hacia la ventana. George se dio cuenta de que en aquel momento la muchacha sostenía en una mano la reproducción de «El Pensador» de Rodin.

Ella dijo:

—La mañana del domingo quedará estropeada, pero no crea que no haré lo que digo, o que tenga algo que perder con cualquier historia que usted pueda contar a la policía.

George frunció el ceño.

—No la entiendo. ¿A qué viene ahora todo esto?

Ella no respondió inmediatamente. Colocó la figura de bronce sobre el respaldo de un sillón, al alcance de su mano, y luego se quitó rápidamente la bata. George había pensado bien acerca de lo del sostén, pero no sobre la falda. La muchacha solamente llevaba puestas unas breves bragas, y lo cierto era que tenía un cuerpo muy bonito. Dorothée arrojó la bata sobre una silla y volvió a tomar en la mano la pequeña estatuilla.

—Le doy exactamente un minuto para que se vaya de aquí —dijo calmamente—. Si no lo hace, arrojaré esta figura por la ventana, gritaré, y seguiré chillando mientras me rasgo las ropas...

Dorothée se detuvo y se acercó hasta la ventana, cuya parte superior estaba abierta. Luego añadió:

—No le quedan más que treinta segundos si quiere evitar una acusación de intento de violación.

George pensó en esto durante un instante. No había duda de aquello, y era algo que no tenía respuesta. No habría un solo jurado francés que no se pusiera al lado de la muchacha y en contra del «monstruo inglés»... o «la bestia de la rue Poliveau». Y así, George cedió a las sugerencias de la muchacha con suma gracia. Dorothée estaba relacionada con la verdadera bestia, que en aquel caso era Escorpión, pero no cabía duda de que en aquel momento Dorothée no dudaría un solo momento en hacer lo que decía, y que, por supuesto, no era una muchacha estúpida.

Por fin dijo:

—Está bien. Póngase esa bata, que va a coger frío junto a la ventana.

Luego dio media vuelta y abandonó la habitación. Cuando llegó a la puerta del apartamento miró hacia atrás. La muchacha había ido hasta la puerta de la sala de estar y desde allí le observaba con la bata plegada sobre un brazo. Era una verdadera lástima, pensó George, que Dorothée tuviese aquel rostro y aquellas terribles gafas, porque su cuerpo era realmente bonito. Alzó una mano para despedirse de ella y bajó las escaleras hasta alcanzar la calle.

Dorothée corrió el cerrojo de la puerta y regresó a la sala de estar. Tomó asiento en el borde del sofá y buscó en el bolsillo de la bata el paquete de cigarrillos. Encendió uno, y luego miró a su mano derecha. Temblaba visiblemente, y para calmarse se pellizcó fuertemente una de sus rodillas.

Eran las once en punto cuando George regresó al hotel. Contó a Nicola lo que había sucedido y, siguiendo el plan que ambos habían convenido, tomaron el «Lancia» para acercarse hasta la avenue Marceau.

Por el camino, George dijo:

—Lanzar a la policía sobre Dorothée no creo diese buen resultado... a menos que yo vuelva allí y pueda cogerla antes de que le dé tiempo a chillar.

—Tú no vas a ir allí de nuevo —dijo Nicola—. Según tú, su cuerpo es muy bonito, y podría ser que ella no gritase. Y hasta es posible que te llegaran a gustar las chicas con gafas.

—Quizá tengas razón. De todas formas, tengo la impresión de que la guardia avanzada de Escorpión sabe lo justo para continuar operando eficientemente. Lo probaremos después del almuerzo. Ahora mismo quiero echar una ojeada a la cueva de Laborde.

—Desde luego estás pasando una maravillosa mañana de domingo, ¿no te parece? Primero intento de violación, y ahora allanamiento de morada. Casi casi me huelo que no tardarán mucho en expulsarte del Travellers Club.

Aparcaron el «Lancia» en la rue Boccador y a pie dieron la vuelta a la esquina de, la avenida. El edificio en el que Laborde tenía su despacho disponía de apartamentos, así como de diferentes oficinas. La puerta de la calle estaba abierta. George y Nicola subieron hasta la planta de oficinas. La puerta estaba cerrada.

George extrajo de un bolsillo el manojito de llaves de Ernst que la gente de la villa no había considerado importante llevarse. La vieja cerradura de aquella puerta no ofreció la menor resistencia.

Ambos entraron. La mesa de despacho de Dorothee estaba perfectamente arreglada y limpia. Los verdes puños de cartulina descansaban sobre una vacía cestilla de correspondencia; sobre la mesa había también un juego de escritorio y un lapicero con forma de cisne. Evidentemente, aquella chica era muy amiga de los animales, pensó George; y recordó a la muchacha de pie junto a la ventana, medio desnuda y con la reproducción de la estatua de Rodin en la mano. Ambos examinaron la mesa de despacho, que era un perfecto modelo de orden, una mesa que, sin duda, habría agradado al patrón más exigente.

En el cajón superior de la izquierda había un grueso libro de notas con índice alfabético.

—Mira esto —dijo Nicola hojeando las páginas.

Se trataba de una especie de registro de los clientes de Laborde que debió de proporcionar a Dorothee horas de pacífico placer trabajando con la goma de pegar y las tijeras. Cuidadosamente adheridas a las páginas había fotografías profesionales de los clientes de Laborde, y en el reverso de cada una de las páginas detalles sobre sus nombres, direcciones, especialidad artística, sueldos a cobrar, y un espacio para comentarios. Algunos de estos comentarios, evidentemente, no estaban redactados para que tales clientes los leyeran. La primera fotografía del libro era la de mía morena llamada Clea Albertine, y el comentario rezaba lo siguiente: «Cantante de cabaret. Nada buena para el teatro. Insegura. Bebe. Popular entre los hombres. Vale poco».

—¿Vale poco en qué? —interrogó irónicamente George.

Nicola exhaló un profundo suspiro y dijo:

—¿Te parece que atendamos a lo que estamos haciendo?

—Está bien...

George extrajo del bolsillo las fotografías de carnet de Elsie y de Ricardo Cadim y añadió:

—Examinemos todo esto, a ver qué podemos encontrar.

Poco a poco fueron inspeccionando el libro. No hallaron ningún rostro parecido al de Elsie, pero se tropezaron con Ricardo Cadim casi inmediatamente. Su fotografía parecía contemplarles desde la página del grueso volumen. Era una foto muy posterior a la de la señora Pinnock. Poseía un rostro largo, suave, y frente alta. Estaba casi calvo, sobre sus sienes se veían unos mechones de cabello negro exquisitamente peinados con la ayuda de la brillantina. La nariz era un poco ganchuda y la boca inteligente, expresiva. Era casi el rostro de un intelectual, que a la vez parecía respirar un pacífico humor.

En el dorso de la página se anotaban unos cuantos detalles sobre él.

Nombre: Ricardo Cadim.

Nombre artístico: Monsieur Magique.

Dirección: Agencia Laborde, París.

Actuación: Cabarets de alta categoría. Juegos de manos. Ilusionismo.

No trabaja en televisión, teatro o cine.

Sueldo: Mediante arreglo. Mínimo semanal de 800 francos.

Comentario: Habla inglés, español, alemán, francés, italiano. Sin compromisos en Inglaterra o fuera de Europa. En el sueldo se incluye su ayudante.

George cerró el libro y volvió a guardarlo en el cajón.

—Sin compromisos en Inglaterra —murmuró—; eso es interesante...

—La cuestión es —dijo Nicola—: ¿dónde estará ahora?

—Creo que eso puedo averiguarlo. Cuando pregunté a Laborde por Elsie me habló de un libro con cubiertas negras que descansaba sobre su mesa de despacho. Allí estarán los verdaderos detalles, compromisos y sueldos. Y ese bastardo de Laborde me dijo además que no sabía nada de él. ¿Sabes?... tengo la impresión de que estamos tropezando con las avanzadas de una considerable organización.

La puerta del despacho de Laborde estaba cerrada, pero las llaves de Ernst lo solucionaron; y, asimismo, las llaves de aquel hampón sirvieron para abrir el cajón inferior de la mesa de despacho en el que George encontró el libro de registros con cubiertas negras. Junto al libro había un brote de brezo blanco, una botella de whisky «Black and White» y un vaso de plástico.

—Bebedor secreto —comentó Nicola—. Probablemente se emborracha a solas y sueña con algún viaje a las Highlands.

—No, éste no es brezo de las Highlands. Es un trozo de «Erica arbórea», del Mediterráneo. Ahora veamos aquí lo que hay acerca de monsieur Magique.

Hojeó las páginas del libro-registro y pronto encontró la inscripción correspondiente a Cadim... Allí estaba su nombre encabezando una de las páginas, y a continuación seguía una lista de sueldos abonados que figuraban anotados en una columna de la derecha. Había estado trabajando sin interrupción durante bastante tiempo en todas partes, desde Estocolmo hasta Nápoles, y el dinero que ganaba sin duda había mantenido muy ocupado al empleado que se encargaba de calcular sus impuestos. Todos sus sueldos estaban muy por encima de su mínimo de ochocientos francos. Durante las dos últimas semanas había estado trabajando en Cannes; eso había durado hasta el día anterior. Su siguiente nota de registro le situaba en el hotel de L'Empire, Annecy, donde debía actuar el sábado de la siguiente semana y durante quince días de contrato. Después de esto figuraban contratos ya firmados en lugares tan distantes como Italia y España, hasta mediados del mes de setiembre.

George dejó el libro-registro en el cajón, decidió que aún era muy temprano para beber whisky, y dijo a Nicola:

—Creo que cuando hayamos terminado nuestra próxima labor podríamos pensar en hacer un viaje de fin de semana a Annecy. Todo cuanto tenemos que hacer ahora es dejar esto perfectamente arreglado para que Laborde no sospeche que ha tenido visita.

Luego echó una rápida ojeada al resto de los cajones que estaban abiertos. En ellos no había nada que les pudiera servir de ayuda.

Antes de abandonar el despacho buscó el nombre de Ernst Fragonard en la guía de Teléfonos, y vio que su dirección era la misma que George recordaba por su tarjeta de identidad.

Más tarde condujeron el «Lancia» a lo largo de la avenida, giraron por la plaza de l'Étoile y descendieron por la avenue Wagram hasta la place des Ternes. Ernst vivía, muy convenientemente, cerca de Laborde. La dirección en la rue des Ternes correspondía a una casa que disponía de un pequeño patio y asimismo un jardín de reducidas dimensiones, que un hombre cuidaba en aquellos momentos.

En respuesta a la pregunta de George, indicó:

—Primer piso...

Y su atención volvió a centrarse en una era de flores, y en una jaula, llena de pájaros a los que comenzó a alimentar.

—Bonitos pájaros —comentó Nicola.

El hombre la miró y dijo:

—Llevo viviendo en la ciudad casi toda mi vida, señorita, pero mi corazón está en el campo. Miro a mis pájaros y es como si ellos me llevaran hasta allá.

Subieron un tramo de escaleras hasta un descansillo donde había dos puertas. Una estaba marcada con el nombre de Trempaud, y la otra con el de Fragonard. George llamó sobre esta última, y tras una breve pausa de espera, una voz exclamó:

—*Entrez!*

George y Nicola así lo hicieron, e inmediatamente se encontraron en una gran sala de estar-dormitorio en la que también había dos puertas. La mayor parte de la estancia estaba ocupada por una gran cama de hierro cubierta por una colcha de lana roja. Sobre la cabecera del lecho se destacaba una Madonna en escayola blanca y azul. Ernst estaba sentado en una silla de junco al lado de la ventana, apoyando los pies sobre el bajo alféizar de ésta. Aparecía en mangas de camisa, con corbata verde, y las hojas de un periódico del domingo sobre el suelo, a su lado. El hombre les miró lleno de terrible sorpresa.

—No se levante —dijo George—. Esta es una visita de poca etiqueta.

Ernst asintió con un movimiento de cabeza; mecánicamente, apartó los pies de la ventana y luego hizo girar su silla para enfrentarse a sus visitantes.

—Les he visto atravesar el patio —murmuró.

Y luego, tras fijarse en el rostro de George, añadió preguntando:

—¿Se ha peleado usted con alguien, monsieur?

—Fue necesario.

—Espero que eso no ocurra aquí.

—Todo depende de usted.

Ernst sonrió.

—Entonces no habrá necesidad...

Se detuvo y miró a Nicola, ampliando su sonrisa. Luego añadió:

—Señorita, me metí en dificultades con el señor Laborde por no darme cuenta de que usted también estaba alojada en el hotel Saint-Anne con monsieur.

—Me dijo usted que no conocía a Laborde —declaró George.

—Naturalmente. En aquellos momentos tenía que proteger a mi patrón. Usted habría hecho lo mismo, creo yo.

—Y ahora, ¿qué es lo que le ha hecho cambiar de idea?

—Las circunstancias, monsieur. No hay razón alguna para seguir persistiendo en una mentira cuando se sabe que alguien está dispuesto a sacarle a uno la verdad del cuerpo. Así... que..., en nombre de mi propia integridad, acabo de convertirme en un hombre honesto.

—¿De manera que usted trabaja para Laborde?

—De vez en cuando, si desea información acerca de alguien. Lo hago como mejor puedo. Además, debo confesar que es un hombre que no paga muy bien.

George preguntó:

—Entonces eso significa que quiso saber algo acerca de nosotros, ¿no?

—Primero acerca de usted. Comprobé su pasaporte en el hotel y le di todos los detalles. Luego, cuando usted desapareció del hotel, Laborde se indignó. Hace unos días me pidió que investigara acerca de la señorita. Lo hice mediante el registro del hotel.

—¿Y eso es todo?

—Absolutamente, monsieur.

—¿Por qué había de interesarse tanto el señor Laborde por nosotros?

Ernst se encogió de hombros.

—No lo sé ni lo pregunté. Nunca hago preguntas. Trabajo para él y también para otras personas.

—¿Qué es Laborde además de agente artístico?

—Nada más, que yo sepa. Lleva en ese negocio muchos años.

—Y Dorothée Guntheim..., ¿qué sabe usted de ella?

—¿La secretaria? Nada, excepto que vive sola. Es francesa naturalizada. No tiene amantes. Nada. Pero...

—Está bien. Probemos unos cuantos nombres más, a ver si le suenan. ¿Elsie O'Neil o Pinnock?

—No.

—¿Un hombre llamado Longo?

—No, monsieur.

—Me parece que aquí no vamos a conseguir nada —comentó Nicola.

Como final, George probó con otra pregunta:

—¿Significa algo para usted el nombre de Bianeri?

—¿Bianeri? —interrogó a su vez Ernst, moviendo la cabeza tristemente.

—Está bien —dijo George decepcionado—; pero, si puede usted encontrar a alguien que responda a estas preguntas, yo estaría dispuesto a pagar mil francos por la información.

Durante un momento brilló una chispa de interés en los ojos de Ernst, y luego el hombre se puso repentinamente serio y movió la cabeza negativamente una vez más, murmurando:

—Lo siento mucho, monsieur.

Les acompañó hasta la puerta y salió al rellano de la escalera, y, cuando ya estaba a punto de volver a cerrar la puerta a sus espaldas, dijo rápidamente a George en voz baja:

—Escuche..., ¿mil francos por algunas respuestas?...

Se detuvo, y con la mano hizo una señal de advertencia, señalando a su espalda y añadiendo en voz muy baja:

—Esa muchacha..., la Guntheim..., está ahí..., vino a advertirme de que usted vendría.

George asintió con un movimiento de cabeza, y Ernst, con el mismo tono de voz apenas audible, añadió:

—Aquí. Esta noche, a las ocho.

Y luego, alzando la voz con tono agudo, concluyó:

—Lo siento mucho, monsieur. No puedo ayudarle más, monsieur. *Au revoir...*, señorita..., *monsieur...*

El hombre se deslizó al interior de la estancia y George oyó cómo corría el cerrojo de la puerta.

George hizo una seña a Nicola cuando ésta se hallaba a punto de decir algo. Bajaron juntos las escaleras. El hombre del jardín ya había desaparecido.

De regreso en su cuarto, Ernst se acercó a la ventana, hizo girar su silla, orientándola hacia el patio, y volvió a ocupar su posición anterior apoyando los pies sobre el alféizar de la ventana. Vio cómo George y Nicola cruzaban el patio y caminaban a lo largo de la calle en dirección a la place des Ternes.

Esperó unos momentos, y luego, sin volver la cabeza para nada, exclamó:

—Ya se han ido.

Junto a la cama se abrió una puerta y Dorothée Guntheim penetró en la habitación. Se cubría con una gorra marrón y un traje también marrón de severo corte. De su hombro izquierdo colgaba un gran bolso de piel.

Ernst colocó los pies sobre el suelo y encendió un cigarrillo, alzando luego la cabeza para mirar a la muchacha.

—Tiene una buena memoria —dijo—. Recordó mi dirección por mi tarjeta de identidad. Seguramente sólo un profesional podría hacer eso, ¿no?

—Puede ser —replicó Dorothée.

—¿Qué le hizo a usted pensar que vendría aquí?

—Él también me fue a ver a mí. Es hombre que no pasa nada por alto.

—¿Cómo lo hice?

—Muy bien. Se ha ganado usted su dinero.

La muchacha abrió el bolso y revolvió en su interior. Luego dejó caer dos billetes en la mano que, abierta, extendía Ernst. Este se los guardó en su bolsillo y luego volvió a girar la silla hacia la ventana, colocando nuevamente los pies sobre el alféizar, al mismo tiempo que lanzaba al aire una espesa bocanada de humo del cigarrillo que fumaba.

La muchacha permaneció inmóvil a su espalda, mirando pensativamente hacia el patio.

Su voz sonó un poco lejana al decir:

—Así que Dorothée Guntheim vive sola. No tiene amantes. Nada de nada...

—Usted me dijo que mis palabras sonaran naturales, verdaderas. Ese hombre podía haber armado jaleo. Quizá inspeccionar todo el apartamento...

—Lo hizo usted bien. Ya me fijé. Sí, muy bien.

—¿Dónde cree que se habrá enterado del nombre de Bianeri?

—Me gustaría saberlo.

Ernst expulsó otra fuerte bocanada de humo y comentó:

—Ese tipo tiene dinero. Mil francos por responder a unas cuantas preguntas...

Se detuvo y rió suavemente. Luego añadió con el mismo tono de voz:

—Mil francos nuevos... El viejo de ahí abajo sueña con el campo eternamente. Pero yo siempre he soñado con el dinero, lo cual tampoco ha pasado de ser eso un eterno sueño.

Dorothée cerró su bolso, que produjo un ruido metálico, y su voz, que entonces sonó aún más distante, pero con cierta nota de exaltación, dijo:

—Yo también tengo mis sueños..., sueños constantes, incluso ahora, en este momento, me parecen reales. Pero quizá sea mucho mejor seguir soñando.

Ernst movió la cabeza y replicó:

—Un sueño no es más que eso..., un sueño. No se puede vivir con él toda la vida.

Dorothée rió suavemente en voz baja y murmuró:

—Por mil francos nuevos vendería usted a su madre, ¿verdad, Ernst?

Ernst cloqueó con la garganta y replicó:

—Puede ser. Si hubiese mercado. ¿Y usted? Por unos cuantos favores de Bardi, Longo o Escorpión, llámeme como quiera... ¿qué es lo que haría usted? Yo amo al dinero. Usted ama a un hombre. ¿Llegaremos alguna vez a tener bastante de lo que deseamos?

—Eso es lo que yo me pregunto, Ernst.

Las palabras surgieron de los labios de la muchacha acompañadas por un profundo suspiro. Su mano derecha, que había estado revolviendo anteriormente en el interior del bolso, se alzó súbitamente en el aire. Una larga hoja de acero brilló al reflejar el sol del exterior, y luego la mano descendió con rapidez, vigorosamente, con toda exactitud. Ernst no volvió a moverse ni surgió de su garganta ningún sonido.

Tras unos momentos de espera, Dorothee retiró la mano. Durante un instante permaneció tras el cuerpo de Ernst, sin moverse, cerrando los ojos y temblando de arriba abajo. Luego se volvió lentamente, atravesó la estancia y abrió la segunda puerta. Desde el interior surgió el característico ruido del agua corriente. Luego, tras de cerrar el bolso, Dorothee volvió a entrar en la habitación.

Miró a Ernst, que había quedado con los pies apoyados en el alféizar de la ventana: Ernst, que ahora había llegado al final de su sueño codicioso; Ernst que había dicho: «¿Llegaremos alguna vez a tener bastante de lo que deseamos?»; Ernst, que ya había sido juzgado antes de pronunciar tales palabras. Dorothee se encogió de hombros, negándose a pensar más en él, y salió dejando la puerta sin cerrar con llave. Luego abandonó la casa por las escaleras posteriores para no tener que encontrarse con aquel viejo que soñaba con el campo eternamente.

A las ocho en punto de aquella noche, George encontró a Ernst todavía sentado en su silla. El aire fresco de la noche penetraba libremente en la habitación. El *rigor mortis* ya había tenido lugar, y la hemorragia era sorprendentemente pequeña allí donde la daga había producido una profunda herida en un lado del cuello. Ernst permanecía sentado como un hombre pequeñito y rígido, con los labios terriblemente blancos, un cigarrillo que había ardidido hasta convertirse en ceniza entre sus dedos, y el aire del ser humano que acababa de pagar muy caro su sueño de llegar a tener dinero algún día. O quizá por haber demostrado demasiado claramente que estaba cansado de esperar a que sus sueños se convirtiesen en una realidad.

George se puso sus guantes de conducir, y luego corrió el pesado cortinaje sobre la ventana. A continuación encendió la luz de la habitación. Al hacer lo cual también se encendió una luz pequeñita que iluminaba débilmente la Madonna que pendía sobre la cabecera del lecho. Examinó los bolsillos de Ernst, aun cuando no le agradaba mucho la tarea, pero se forzó a hacerlo pensando en la paliza que había recibido en las playas de Pampelone, pensando también en el profesor, en Nadia Temple y en los demás, y, sobre todo, pensando en aquel Longo que podría ser Escorpión... y en Dorothee Guntheim, que podía ser una criminal peligrosa, y asimismo, lógicamente, en la tremenda influencia que sin duda había tras aquella muchacha miope que la obligaba a actuar en semejante forma.

Había muy pocas cosas más en los bolsillos de Ernst que no hubiera ya visto en la habitación del hotel Sainte-Anne. Pero en el bolsillo posterior del pantalón había una pequeña pitillera de plata que Ernst no había sacado a relucir en el hotel, aunque bien

podría ser que en aquellos momentos no la llevara encima. En su interior había cinco cigarrillos sin marca. George los olió y se dio cuenta inmediatamente de que aquello era «hashish». Detrás de los cigarrillos había una manoseada y sucia tarjeta de visita. Escrito en ella, con tinta, se destacaba lo siguiente: «Bianeri», y bajo esta primera palabra el número 37. En la parte posterior de la tarjeta, Ernst u otra persona cualquiera había escrito a lápiz: «Café J. César. Quai de la Rapée. Miércoles».

George se quedó con la tarjeta y volvió a guardar el resto de las cosas en los bolsillos de Ernst. Fettoni también había poseído una tarjeta con el nombre de Bianeri. Esto, sin duda, podría conducir a algo práctico.

Luego examinó cuidadosamente el resto de la estancia, así como las otras dos habitaciones más pequeñas. No había mesa de despacho, ni escritorio, ni la menor señal de papeles personales. Ernst era hombre que en vida había poseído muy pocas cosas excepto sus ropas y sus sueños.

Abandonó la estancia limpiando cuidadosamente la manija de la puerta que había tocado al entrar; apagó la luz y pasó de puntillas junto al hombre que dormía en el hueco de la portería. Acto seguido se unió a Nicola, quien le esperaba en el «Lancia» aparcado más abajo, en la calle.

CAPÍTULO VII

Dorothee Guntheim yacía tendida sobre el hecho contemplando a Antonio Bardi. Este se hallaba a los pies de la cama ataviado con una bata, blanca bufanda de seda alrededor del cuello, y un vaso de whisky en la mano. Había hebras de plata en sus sienes. La fuerte luz de la lámpara del techo se reflejaba en sus cabellos que comenzaban a agrisarse. Los ojos azules sonrieron a la muchacha, y ella supo, que mientras viviera, jamás podría llegar a convencerse de que no se ocultaba nada detrás de aquella maravillosa sonrisa. Por aquel hombre, aun cuando había momentos en los que estaba lejos de ella, y entonces Dorothee hallaba fuerzas para odiarle, sabía que era capaz de hacer cualquier cosa. Ella era la muchacha que había asesinado a Ernst porque él había dicho que era necesario hacerlo.

Antonio Bardi la había usado, al igual que a su esposa, a María, a Cadim... y a tantos otros. Bardi, Longo, Escorpión..., los nombres cambiaban, pero él prevalecía, y cuando le sonreía como en aquel momento, ella carecía de toda voluntad que no fuese la de él. ¿Encontraría algún día fuerzas para oponerse a la voluntad de aquel hombre? Llegaría el día en que él ya no la usara para sus fines, y entonces ella podría elegir..., hacer como María, contentarse con el olvido o, como había hecho su esposa, destruirse a sí misma.

Dorothee respondió a su sonrisa con otra de sus ojos ocultos tras los gruesos cristales de las gafas, y Bardi alzó el vaso hacia ella; sin embargo, aun cuando la muchacha le deseaba con ardor, sabía que jamás significaría nada para él. Al cabo de unos momentos terminaría de beber, apagaría la luz e iría a ella... Siempre en la oscuridad; siempre la abrazaba en la oscuridad, y la ternura y la pasión que había en él la harían olvidar todo, excepto su deseo de complacerle...

Bardi dijo suavemente:

—Olvidarás pronto a Ernst. Sabes que será así, porque ya has olvidado a otros.

Ella asintió con ligero movimiento de cabeza y murmuró:

—Lo olvidaré. Sí.

Él se volvió, caminando lentamente hasta las corridas cortinas, al mismo tiempo que decía:

—Todo ha sido muy mal manejado. Lodel nunca debió dejarse arrastrar por el pánico. María debía haber aceptado la historia del hombre sobre eso de la falta de gasolina y dejarle seguir adelante. Oponiéndose a él hemos dado muestras de culpabilidad. Debieron dejarle correr para que se golpeará la cabeza contra unos muros sin puertas.

—¿Crees que viene en nombre de la señora Pinnock?

—No. Pero aunque así fuera, no deja de ser un individuo peligroso...

Bardi se detuvo, y, al dar media vuelta para mirar a la muchacha, la sonrisa todavía no había desaparecido de su rostro. Añadió, tras una breve pausa:

—¿Todavía conserva Laborde registros sobre Elsie?

—No.

—¿Y Cadim? ¿Está todavía en sus libros?

—Sí.

Por un momento la sonrisa desapareció de sus labios y el tono de su voz se hizo mucho más rígido al decir:

—Entonces, mañana di a ese imbécil que los destruya sin pérdida de tiempo. ¿Dónde está Cadim?

—Estaba en Cannes. Debuta en Annecy a últimos de esta semana. ¿Quieres que le haga saber que ese hombre quizá le busque?

—Sí. Y di a Cadim que iré a verle a Annecy. Y deseo que todo Bianeri reciba un aviso acerca de la presencia y movimientos de este individuo. Quiero saber adónde va y qué hace.

Bardi bebió el resto del licor que contenía su vaso y luego lo colocó sobre una pequeña mesa.

Sentándose en el borde del lecho, colocó mía mano sobre un muslo de Dorothée, y ella cerró los ojos. El contacto de aquella mano parecía enviar a través de todo su cuerpo una corriente de fuego.

—¿Recuerdas cuándo nos conocimos?

El cambio de tono en la voz de Bardi advirtió a la muchacha que la otra conversación había terminado.

—Lo recuerdo.

Todo había ocurrido en Hamburgo, donde ella trabajaba entonces como auxiliar de contabilidad en un hotel. Y en aquel hotel se alojaba Bardi con su esposa. Hubo un día en que le ordenaron subiese a la habitación de los Bardi para aclarar cierta partida de la factura, y ella subió obedientemente, como correspondía a una empleada modelo. La esposa de Bardi estaba fuera, de compras. Todo sucedió luego como en un sueño. Ella, a la que nunca habían mirado los hombres, tímida, de feo rostro, cuyo aspecto empeoraba por el uso de las gruesas gafas, súbitamente se sintió cogida por los brazos del hombre.

En la mañana del lunes, George y Nicola fueron desde París a Orleáns para pasar el día. Siguieron reservando sus habitaciones en el hotel de París. Antes de partir, George sostuvo una conversación telefónica con Barney y otra con Synat. Con la muerte de Ernst se habían suprimido todos los posibles puntos de ataque, excepto Dorothée Guntheim y Laborde. Era muy probable que no se lograra nada de ellos, y, en vista de las drásticas medidas tomadas en contra de Ernst, George no sentía el

menor entusiasmo por hacerles saber dónde se encontraba. En algún lugar, detrás de aquella gente, se hallaba Escorpión, y hasta el sábado, día en el que podrían ver a Ricardo Cadim en Annecy, les quedaba bastante tiempo libre. Pero el tiempo en las manos de George era mía especie de prurito que le producía tremenda incomodidad, especialmente en una situación como aquella. Y así, recordando que Barney había dicho que madame Aboler abandonara Suiza para retirarse a un castillo en Francia, George no perdió tiempo en pedirle su dirección a Barney. Cualquier información sobre el pasado podría ser de gran importancia en aquellos momentos. La señora Aboler vivía más allá de Orleáns, cerca de un pueblo llamado Beaugency, cerca del Loire.

George informó a Synat de todo cuanto había ocurrido hasta entonces..., y al recordar a Ernst, y para asegurarse contra el futuro si la ocasión se presentaba, preguntó cuánto podría gastar si había oportunidad de comprar información.

Synat había dicho: «Le respaldaré en cualquier cosa que usted crea es razonable».

Llegaron al castillo Albris poco después de las dos en punto. Se trataba de un auténtico castillo, con almenas y tejados de pizarra azulada, y rodeado por amplios prados bien regados y flanqueados por olmos y diferentes árboles que llegaban hasta el río. La calzada de coches estaba cerrada por una gran verja de hierro, a uno de cuyos lados había una especie de garita para un guarda o portero. George se apeó del coche y llamó sobre la puerta de esta última. Un hombre ya viejo le abrió. Estaba en mangas de camisa; llevaba puesto un delantal verde; se cubría con una gorra, y, evidentemente, necesitaba cuanto antes un buen afeitado.

George le dio su verdadero nombre y manifestó que le agradecería ver a la señora Aboler, si es que se hallaba en casa. Estaba a punto de añadir que dijera a la señora que él era amigo de Barney, cuando el viejo repuso interrumpiéndole:

—¿Monsieur Constantine?... Sí, madame le está esperando.

Penetró en aquella especie de cabaña, descolgó un teléfono y al mismo tiempo hizo presión sobre un botón. Las grandes verjas de hierro se abrieron poco a poco inmediatamente. Luego el viejo hizo una seña a George para que regresara al coche.

Cuando George hubo atravesado la calzada, dijo:

—Barney debió avisarle. Me pregunto qué cosas le habrá dicho.

Recibieron la respuesta minutos después, mediante la propia señora Aboler. Pasaron a través de un enorme vestíbulo, hasta llegar a un templete que estaba orientado hacia el río y los prados. El templete no habría desentonado en absoluto en Kew Gardens. Era aquél un mundo húmedo, verde y lleno de plantas, que en cualquier otro momento George se hubiese complacido en examinar durante horas y horas. En el centro del suelo había una especie de alberca cuya superficie estaba casi cubierta por lirios de agua y otras plantas acuáticas. En la profundidad del agua oscura se observaba movimiento de peces.

La señora Aboler se hallaba sentada en una mecedora fumando un cigarrillo largo y estrecho. Cuando el criado les anunció, ella, valiéndose del cigarrillo como si fuese

un puntero, les señaló un bajo banco de piedra que había junto a la alberca, muy cerca de su mecedora.

—Tomen asiento, por favor —dijo con perfecto acento inglés—. Berney me telefoneó y ya les esperaba. Confío en que el calor húmedo que hace aquí no les moleste. O mi cigarrillo...

La señora Aboler se detuvo y sonrió mirando a Nicola. Luego añadió:

—Mientras vivía mi esposo acostumbraba a fumar estos cigarrillos en secreto. Odiaba el verme con uno de ellos en la boca. Ahora que él ha muerto, fumo cuando me place. Pero no me cabe la menor duda de que en algún rincón de allá arriba está rabiando por mi actual actitud. Los hombres siempre son así: arman un alboroto por cualquier cosa y son egoístas; desean guardarse para sí todo el placer que producen los malos hábitos. Berney nada me ha dicho, pero a juzgar por la forma en que habló, imagino que está metido en alguna dificultad. Si puedo ayudarles en algo, me gustaría hacerlo. Debo advertirles, sin embargo, que soy una vieja parlanchina, pero que no me importa me interrumpan. En realidad ustedes se verán obligados a hacerlo más de una vez para que no me desvíe del asunto que tratemos. Ya ven ustedes, todo tiene explicación. Cuando vivía Abby siempre era él quien hablaba, quien lo decía todo. Y al igual que ha ocurrido con los cigarrillos, ahora me estoy desquitando con la charla.

Durante un rato, George y Nicola permitieron que aquel torrente de palabras les inundara. Madame Aboler les hablaba ahora desde su mecedora y desde detrás de una nube de humo azulado. Era una mujer de aspecto muy frágil, que podía tener ochenta, noventa o cien años; una criatura con el rostro cubierto por una capa de polvos, con los cabellos blancos peinados según la moda de sesenta años atrás; de su cuello colgaba una gran sarta de perlas que le llegaba hasta el regazo. Tenía grandes ojos grises, y su cara era larga, semejante a un óvalo arrugado. Berney había dicho que en otros tiempos la mujer había sido bella. Todo cuanto quedaba ahora de aquella belleza eran los grandes ojos grises que se mostraban tan vivos y expresivos como los de una muchacha joven.

George, un tanto divertido, interrumpió una observación de la señora Aboler sobre sus perlas cuando decía que las usaba allí porque a las perlas les gustaba el calor húmedo tanto como a ella, y dijo:

—Sí, es cierto que Berney está metido en ciertas dificultades y que estamos tratando de ayudarle.

La anciana asintió con un movimiento de cabeza y repuso:

—Díganme cómo puedo ayudarles...

Con una mano alzó la larga sarta de perlas, y luego la dejó caer de nuevo sobre el regazo, añadiendo:

—Abby me regalaba joyas, por supuesto. ¡Oh, sí!, muchas joyas. Pero nunca me regaló perlas. No le gustaban. Era un hombre raro. Tenía gustos un poco extraños. Estas perlas las compré yo misma, y sin duda que me engañaron; pero ahí tienen ustedes la ventaja de...

—Lo que realmente me gustaría saber —interrumpió de nuevo George cruelmente— es si en la época de la muerte de su marido... y particularmente cuando vivían ustedes en Suiza, tuvo usted algún sirviente de poca confianza, o alguien a quien se viera obligada a despedir por falta de honradez u otras causas.

—¿Por que pregunta eso?

Por un momento, la voz de la anciana pareció endurecerse. Luego, súbitamente, sonrió y añadió:

—No, no, mil perdones. Por supuesto, comprendo que también a veces soy un poco áspera, sobre todo cuando se trata de criticar las disposiciones caseras, pero... era Abby quien se encargaba siempre de contratar los sirvientes. Incluso lo hacía con mis doncellas. Sobre esto era un hombre muy particular. Un hombre de su posición tenía que serlo. ¿No les parece?

George sintió que un río de sudor se deslizaba por entre sus dos omóplatos y miró hacia el estanque, envidiando a los peces que nadaban en su fresca profundidad.

—Pero... ¿despidió usted o no a algún sirviente? Las dificultades de Berney proceden de ciertas confidencias que hubiesen sido increíbles en su esposo de usted. Podrían haber procedido de alguien a quien él empleaba y en quien tenía suma confianza. Y también..., aun cuando me doy cuenta de que hace mucho tiempo de esto, ¿recordaría usted, por casualidad, a algunas de las personas que fueron invitadas, de ustedes cuando Berney visitó a su esposo en su casa de Suiza?

Por un momento, la anciana guardó silencio. Luego sonrió y asintió con un movimiento de cabeza estimulante.

—Me gusta usted. Usted quiere algo. Adelante. Fume si desea hacerlo.

La anciana aplastó la colilla de su cigarrillo sobre una pequeña bandeja de plata sujeta a la mecedora; una mecedora que estaba articulada y oficiaba asimismo de silla de ruedas. Con hábil movimiento de ambas manos, hizo retroceder la silla, recogió un bastón con puño de plata que se apoyaba contra una de las columnas del templete, y, valiéndose de él, hizo sonar una campanilla que colgaba de la misma columna. Aún sostenía el bastón en el aire cuando apareció un criado en el templete. Era un hombre alto y moreno, vestido de negro y blanco, con pantalones *breeches* muy ceñidos. Solamente hubiese necesitado un sombrero de copa con hebilla para parecerse exactamente a un Padre Peregrino.

—Lambiel, traiga el libro de invitados del año 1949... y una bandeja con bebidas.

Lambiel partió sin pronunciar una sola palabra.

—Lambiel siempre consigue ponerme nerviosa —comentó la señora Aboler, haciendo rodar su sillón hasta el lugar que antes ocupaba—. Pero hay una cláusula en el testamento de Abby en la que se dice que no puedo despedir a ninguno de mis criados, excepto por mal comportamiento, hasta que tengan edad de recibir su pensión. Lambiel fue en otros tiempos el chófer de Abby, pero le retiraron su licencia por conducir embriagado. Sin embargo, el incidente tuvo lugar cuando estaba de vacaciones, de forma que no puedo honradamente decir que se portó mal mientras

estaba a mi servicio. Es un hombre que tampoco resulta agradable a los demás criados.

—¿Qué sirvientes fueron despedidos por mal comportamiento? —interrogó George.

—Sólo uno. Estaba a punto de decírselo. Era el ayuda de cámara de Abby. Un hombre de mediana edad. Italiano. Se casó con una cocinera francesa que estaba a nuestro servicio. A Abby le gustaba y confiaba en él, pero después de la muerte de Abby el hombre quedó destrozado moralmente. Se dedicó a beber y a robar descaradamente, e incluso sedujo a dos de las doncellas..., no a una, sino a dos..., y al parecer en la misma semana. Una de ellas tuvo más tarde un hijo. Yo despedí al seductor y concedí una pensión a su esposa, la querida Rosa. Andrea Palloti. Ese era el nombre de él. Y es el único sirviente que nos causó problemas y dificultades.

—¿Sabe usted dónde se encuentra ahora?

—No, pero su esposa vive no lejos de aquí, con su hijo. Podría usted hablar con ella. Puede que sepa dónde está su marido; aunque lo dudo, ya que después de aquel asunto con las doncellas renunció a él. Esas fueron sus palabras: renunció a él. Lo recuerdo porque entonces me pareció una frase muy bíblica y, aun así, perfectamente adecuada. ¡Mi querida Rosa! Todavía la aprecio mucho.

La anciana se detuvo y abrió una pequeña caja de plata que estaba unida al brazo derecho del sillón. Tomó otro cigarrillo del interior de la hermosa pitillera y lo encendió valiéndose de un encendedor oculto en el mango de plata de su bastón.

George emitió un sordo gemido y vio que Nicola le miraba con simpatía. En aquel momento regresó Lambiel con un gran volumen de cuero bajo el brazo y sosteniendo, una bandeja con bebidas que colocó en una pequeña, mesa al lado del estanque.

La señora Aboler preguntó a Nicola:

—¿Quiere usted servirse a sí misma, querida? Eso es todo, Lambiel.

Cuando Lambiel se retiró y Nicola comenzó a preparar las bebidas, George entregó a la señora Aboler el libro. La anciana lo apoyó sobre sus rodillas y comenzó a hojear sus páginas, mientras decía:

—Tengo una buena memoria. Abby siempre lo decía así. Y recuerdo a Berney muy bien. Se parecía un poco al joven Lloyd George, aunque era mucho más alto. Yo soy inglesa, ¿sabe?, y hablé con Lloyd George una o dos veces. Sí, soy inglesa aunque nunca volví a pisar Inglaterra. ¡Es tan fría! Y está tan cambiada. No puedo soportar ni el frío ni los cambios. ¡Ah... aquí está!

La anciana alzó el libro hacia sus ojos, estudiándolo sin la ayuda de las gafas.

George extrajo de un bolsillo las fotografías de Elsie y Cadim y se las entregó preguntando:

—¿Recuerda usted si alguna de estas dos personas fueron alguna vez sus invitados?

La señora Aboler descansó el libro nuevamente sobre las rodillas y contempló las fotos. Luego Se las devolvió a George diciendo:

—Sí, el hombre. Estuvo en una fiesta de casa. Un momento; permítame ver...

Y de nuevo consultó el libro, añadiendo tras una pausa de silencio:

—Se llama Ricardo Cadim, y tenía algo que ver con los espectáculos de un hotel que mi esposo iba a financiar. No creo que nunca llegaron a entenderse: Abby solía enfriarse repentinamente con respecto a un proyecto, y yo nunca llegué a saber por qué. Y recuerdo también a esa muchacha..., pero no fue una invitada cuando Berney nos visitó. Esa chica vino a casa el año anterior en compañía de su esposo. A él le recuerdo perfectamente.

—¿Por qué?

—Porque fue uno de los invitados que estuvo presente cuando Berney fue a casa. Pero traía otra mujer. Su querida...

La anciana alzó el libro nuevamente hacia sus ojos, y añadió al cabo de unos segundos:

—Efectivamente. Era una mujer morena, una criatura con aspecto de española que se llamaba María Vendez. Lo cierto es que no la atendí mucho. ¿Sabe usted? Estoy un poco chapada a la antigua en lo que se refiere al matrimonio y a la fidelidad, pero Abby solía decirme que si se negaba a realizar negocios con un hombre a causa de su moral, entonces nunca haría ninguno...

—Y el hombre que estaba con esa María..., el esposo de esta mujer...

Y George sostuvo en el aire la fotografía de Elsie, añadiendo:

—¿Quién era? ¿No se trataba de un individuo más bien alto, de cabellos rubios, llamado Longo?

Madame Aboler consultó, el libro nuevamente.

—Su descripción se ajusta a la realidad, pero no el nombre. Se llamaba Antonio Bardi.

—¿Bardi? —interrogó George, frunciendo el ceño—. ¿Está usted segura?

La anciana alzó la cabeza un tanto bruscamente y replicó:

—Desde luego que estoy segura, monsieur. Tengo una buena memoria, y, además, Bardi fue en aquellos tiempos un visitante frecuente. En realidad creo que Abby le había conocido durante la guerra, y aunque nunca dijo nada, sospecho que este hombre tenía algo que ver con el trabajo de los Servicios de Inteligencia. Abby, a causa de su importancia internacional, estaba algo complicado en esos asuntos. ¿Por qué? ¿Le preocupa el hecho de que ese hombre se llamase Bardi?

—No. Pero sucede que sé perfectamente que la muchacha rubia de esta fotografía se casó con un hombre llamado Antonio Longo, cuyos detalles personales coinciden exactamente con los de Bardi.

—Entonces probablemente sea la misma persona. No es nada difícil cambiar un nombre.

—¿Dice su libro de dónde venía ésta gente... o anota su dirección?

—No. Aquí solamente está la lista de los menús que se sirvieron. Abby insistía mucho sobre esto. Le aseguro que mi esposo era bastante pesado en detalles como éste.

—¿Puedo preguntarle quiénes eran las demás personas presentes?

Con una paciencia digna de elogio, la anciana consultó el libro una vez más.

—Dos de mis hermanas con sus hijos, ya mayores, por supuesto. También estaba el representante alemán de Abby con su esposa. Los Strosberg, pero ya han muerto los dos. Murieron en un accidente aéreo cerca de la ciudad de Méjico hace algunos años. ¿Sabe usted? Abby tenía un pánico terrible a los aviones. Sí, volaba a todas partes, pero a mí nunca me permitió hacerlo. A veces era un fastidio, porque los trenes me desagradan mucho.

La señora Aboler hizo una pausa y sonrió a Nicola al decirle:

—Sírvese más licor, querida; parece que tiene usted mucho calor.

George, oyendo el tintineo del hielo en el vaso de Nicola, preguntó:

—¿Podría preguntarle también cuáles eran las relaciones comerciales que unían a Bardi con su esposo?

—Desde luego. Como ya le dije antes, creo que se conocieron en la guerra. Pero creo que en aquellos días Bardi estaba interesado en un proyecto hotelero que Abby abandonó más tarde. De todas formas, Bardi no volvió a aparecer por casa, y Abby tampoco habló más de él.

—Por casualidad..., ¿oyó usted a su esposo mencionar alguna vez el nombre de Bianeri?

—¿Bianeri?

—Sí.

—No. Jamás he oído esa palabra antes de ahora.

Diez minutos más tarde George y Nicola habían abandonado ya el castillo. Los cristales de todas las ventanillas del «Lancia» estaban bajados, y George presionó a fondo sobre el acelerador. El aire penetró en el interior del coche en forma de fuerte corriente agradablemente fresca.

—Me pregunto —dijo Nicola— si esa señora no terminará derritiéndose ahí dentro...

La muchacha se desabrochó los dos botones superiores de la blusa y, separando la tela del cuerpo, respiró ansiosamente.

George sonrió y propuso:

—Podríamos encontrar algún lugar en el río donde poder nadar un poco.

—Tú sigue conduciendo —dijo Nicola—. Tenemos que hablar con la querida Rosa.

Y tras pronunciar estas palabras, se recostó cómodamente en el asiento, dejando que el aire fresco le golpease violentamente en el rostro. Cerró los ojos y añadió:

—De forma que ahora ya sabemos algo, ¿no? Elsie se casó con Longo. Longo cambia su nombre..., para hacer lo cual pudo tener mil razones. En el año 1949 vive

ya con María Vendez...

—Que, evidentemente, bien podría ser esa muchacha morena y de aspecto tan feliz que estaba en la villa.

—... Y en el año 1950, según la señora Pinnock, Elsie decide abandonar a Longo y llevarse consigo al niño recién nacido. ¿Qué sucede después de esto? ¿A dónde fue Elsie? ¿Y qué habrá sido del niño?

—Me gustaría saberlo. Abby parece haber sido un tipo agudo. Al parecer, no financió el proyecto que Cadim y Bardi le proponían. Pero, o bien trabajó con Bardi, o aceptó su ayuda durante la guerra. Bardi-Longo pudo haber montado una organización de espionaje en Suiza. Y probablemente se vendía al mejor postor. Eso explicaría la existencia de una cuenta corriente en Londres que aún existe y que es respetada por nuestros agentes de seguridad. Probablemente no saben nada acerca del chantaje, pero es probable que el hombre siga siéndoles útil en otras formas. Después de todo, si se realiza el chantaje en gran escala es preciso recoger información sobre gente y asuntos que, aun cuando no sean material útil para el chantaje, siguen siendo dinero en el mercado adecuado.

Nicola asintió con un movimiento de cabeza.

—Tengo la impresión, de que Ricardo Cadim es el hombre con el que deseas hablar.

—Efectivamente. Pero primero probaremos con Rosa.

La señora Aboler les había dado la dirección de Rosa Pallotti, así como una carta de presentación para ella. Rosa y su hijo poseían una pequeña granja, comprada para ambos por la señora Aboler cuando a Rosa le correspondió el retiro, situada cerca de un pueblo llamado Voves, cerca de la carretera Orleáns-Chartres. Con la carta, la señora Aboler también les había entregado una cesta para Rosa que contenía un par de botellas de champaña, un jamón y un cartón de cigarrillos «Chesterfield», cosas que, según manifestó la anciana, gustaban mucho a Rosa. La anciana había explicado además que Aboler nunca permitía que se sirviera cerdo en casa, y que consideraba al champaña como bebida muy pobre. Conduciendo velozmente, George pensó en aquella extraña anciana que evidentemente había amado mucho a su marido, pero que ahora estaba abusando de todas las cosas que él le había prohibido en vida: cigarrillos, champaña, cerdo, perlas y, sin duda alguna, viajes en avión.

La granja Palloti se hallaba a un par de millas de distancia de Voves, al final de un largo sendero de carro flanqueado por álamos. Hasta el mismo horizonte se extendía un paisaje formado por campos de remolacha y maizales.

Los edificios de la granja estaban formados por un granero largo, con tejado de pizarra y aspecto monacal, y una pequeña casa al fondo. Había un establo bajo la casa cuyas habitaciones se encontraban en la primera planta. Un tramo de escalones de madera ascendía hasta una pequeña galería en la que se alineaban bastantes tiestos

con flores. Unas cuantas gallinas picoteaban en el polvoriento patio. Contra la pared del granero se amontonaba una gran cantidad de estiércol que despedía un fuerte olor acre. Una perra negra y blanca se hallaba encadenada al pie de la escalera. El animal ni se enteró de la presencia de George y Nicola hasta que éstos subían ya la escalera. Entonces pareció sacudir su adormecimiento y lanzó un prolongado aullido que hizo salir a Rosa a la galería. La mujer permaneció en la puerta mientras George le entregaba la carta de la señora Aboler y la cesta con los regalos. Era una de las mujeres más enormes que George había visto en toda su vida, y poseía un rostro redondo y rojizo. Todo su aspecto personal parecía respirar felicidad. George se dijo a sí mismo que aquella mujer no podría pasar por la puerta si no se colocaba de lado. Rosa leyó la carta, asintiendo suavemente con leves movimientos de cabeza, y luego se inclinó un poco para echar una ojeada a la cesta y a su contenido. Por un momento, George creyó que el peso de aquellos enormes senos y cabeza iban a tumbar a la mujer hacia delante. Sin embargo; mantuvo un perfecto equilibrio y les invitó a entrar.

La estancia estaba oscura y fresca. Una mesa cubierta por un mantel ocupaba todo el centro. Una lámpara de aceite colgaba del techo y había una chimenea cuyo hogar estaba bloqueado por una pantalla de papel arrugado color rosa. Al fondo de la estancia se veía una puerta abierta que mostraba una cocina en el fondo y otro tramo de escalones de madera que probablemente conducirían a un par de dormitorios. Rosa, que hablaba un inglés considerablemente bueno, les ofreció vino, poniendo ante ellos botella y vasos antes de que pudiesen rehusar. Evidentemente, el champaña lo reservaba para alguna fiesta particular. El vino era muy rojo y tenía un aroma fuertemente metálico. George sonrió cuando vio a Nicola arrugar la nariz al probarlo.

Rosa dijo:

—Madame dice que ustedes quieren saber algo acerca de mi Andrea, ¿no es así?

—Así es —replicó George—. Era italiano, ¿verdad?

—De Milán. Pero le conocí en Suiza. Antes de que viniera a la casa había sido camarero en muchos sitios: Francia, Italia, Alemania... Le gustaba viajar. Había muchas cosas que le gustaban. Las muchachas jóvenes..., y en especial las doncellas...

La mujer se echó a reír sin grandes preocupaciones. Luego añadió:

—Se lo dije muchas veces... antes del matrimonio: un hombre es libre de acostarse en cualquier cama. Eso a nadie le importaba. Pero después de casarse..., entonces un hombre debe mostrarse discreto y no deshonorar a su esposa haciendo saber a todo el mundo que no es sólo su cama la que comparte. Andrea no era hombre discreto y por eso renuncié a él.

George asintió con un movimiento de cabeza, y preguntó:

—¿Dónde se encuentra ahora?

—No lo sé; no nos escribimos para nada. Pero debe estar en algún lugar donde pueda beber mucho, y donde haya alguna muchacha loca que le interese.

Desde el exterior llegó el ruido de un tractor que penetraba en el patio.

—Ese es mi hijo Pierre —explicó Rosa—. Siempre le llamo por el nombre francés. Es un buen granjero. Cuando oscurece regresa a casa para cenar y acostarse. Amanece y ya está nuevamente en pie para irse a trabajar al campo. La vida aquí es dura, pero somos felices.

A través de la puerta medio abierta George vio al tractor pasar de largo por el patio arrastrando un remolque cargado con estiércol. Un hombre fornido lo conducía.

George preguntó:

—¿Es su único hijo?

Rosa movió la cabeza negativamente.

—No. Tengo otro mucho más joven, pero no me pregunte dónde está. Es como su padre. Un lugar y una mujer no son cosas suficientes para él. Es como un pájaro. Regresa a casa, saluda, y luego vuelve a marchar. Así es él.

Rosa abandonó la mesa y se acercó hasta la estantería que se alzaba sobre la chimenea, de donde tomó una fotografía con marco cubierto de terciopelo. Volvió a la mesa y la colocó ante George.

—Tiene muy buen aspecto..., no como Pierre. Es igual que su padre —dijo.

George alzó la fotografía para observarla a la luz. Vio a un joven de unos veinte años de edad, desnudo hasta la cintura, con un pie apoyado sobre un derribado tronco de árbol y la mano derecha apoyada sobre el mango de un hacha. El rostro, vuelto ligeramente hacia uno de los anchos hombros, era familiar, inconfundible.

—Gian —dijo Rosa suspirando—. Él y su padre están cortados por el mismo patrón...

George entregó la fotografía a Nicola, al mismo tiempo que comentaba con tono de indiferencia:

—Gian se parece mucho a un joven que conocí una vez en el sur de Francia. Era un muchacho de cabellos más bien rojizos.

Rosa asintió con la cabeza.

—Así es el color de los cabellos de Gian —declaró—. Igual que los de su padre. En cambio Pierre se parece más a mí. Y dígame, monsieur, ¿por qué se interesa usted tanto por mi Andrea?

George guardó silencio durante un momento. ¿Por qué? La pregunta era lógica. ¿Por qué? Porque en aquel momento le interesaba todo cuanto estuviera relacionado con Escorpión, Longo, o Bardi..., fuera cual fuese aquel nombre. Andrea Palloti era el padre de Gian. Ambos muy poco estables. Ambos, garbanzos negros en cualquier familia. ¿Qué es lo que podría decir o explicar a aquella mujer gruesa, sencilla, que vivía felizmente allí en compañía de un hijo terriblemente trabajador que probablemente jamás le daría ni un solo disgusto?

Finalmente, dudando un poco, dijo:

—Bien..., es un poco difícil de explicar, madame. Estoy buscando algo..., cierta información, y no sé cómo...

—Madame Palloti —interrumpió Nicola—, dígame, ¿pertenebió su esposo alguna vez a algo conocido con el nombre de Bianeri?

—¿Bianeri? —interrogó Rosa sin dar la menor señal de sorpresa—, ¿les interesa a ustedes eso?

Nicola asintió con un movimiento de cabeza, añadiendo:

—Nos sería de mucha utilidad saber de qué se trata. Verá usted..., lo que pretendemos es ayudar a alguien que fue muy amigo del señor Aboler. No podemos hablarle con claridad, pero le aseguro que es un asunto muy importante.

—¿Monsieur Aboler? ¿Qué podría tener que ver el Bianeri con el señor Aboler, que Dios le tenga en la gloria?

—Probablemente nada —replicó George—. Pero, ¿qué sabe usted acerca del Bianeri?

Rosa movió la cabeza negativamente.

—Nada, monsieur. Solamente sé que existe tal cosa. Una vez, cuando Andrea estaba muy borracho, mencionó ese nombre.

—¿Qué dijo?

—¿Decir? No mucho. Fue hace años. Por el invierno estábamos en la casa de París, y una noche Andrea regresó tarde y borracho. Pensé que había estado con alguna mujer. Le acosté y me juró que no había estado con ninguna. Lo juró muchas veces; todo cuanto pude sacarle fue que había estado en un club, bebiendo. ¿Qué club?, le pregunté yo. Y entonces me contestó que en el Bianeri. Le pregunté qué era aquello. ¿Un club llamado Bianeri? Me contestó que era un club como otros muchos donde se bebía y se jugaba al billar. Aquello era todo: se bebía y se jugaba una vez a la semana, cada miércoles. Luego recuerdo que se durmió como un tronco y no pude saber más cosas, naturalmente.

—Hasta la mañana siguiente, ¿no? —dijo George.

Rosa sonrió.

—¡Ah! Por eso lo recuerdo todo muy bien. Cuando estuvo sereno y yo volví a preguntarle qué era el club Bianeri, me preguntó que de qué estaba hablando. Afirmó que no conocía semejante club, y que había estado bebiendo en una taberna.

—¿Y no sabe usted más que eso acerca del nombre Bianeri?

—No, monsieur. Nada más. ¿Quiere usted un poco más de vino, señorita?

Y Rosa extendió una enorme mano para coger la botella.

—No, gracias, madame —replicó Nicola, negando rápidamente con la cabeza.

George dijo:

—¿Ha mencionado Gian ante usted alguna vez la palabra Bianeri?

—¿Gian? Desde que tenía dieciséis años le habré visto unas tres o cuatro veces. Todo lo que sé de Gian es que vive muy bien porque es chófer de un hombre rico.

—¿Qué hombre?

Rosa movió tristemente la cabeza.

—Posiblemente no exista tal hombre rico, monsieur. Gian es tan embustero como su padre. Sueña con una vida de rico. Pero si se supiese la verdad... Seguramente estará conduciendo por ahí algún camión.

Nicola dijo:

—¿Está usted segura de que fue un miércoles cuando su marido se emborrachó en ese club? Hace ya tanto tiempo de eso, ¿cómo puede recordarlo tan bien?

Rosa volvió a sonreír, al mismo tiempo que llenaba su vaso de vino, y luego se pasaba una mano por su enorme barbilla.

—Porque, señorita, aquella noche fue la de suflé de queso. Siempre, cada miércoles, monsieur Aboler insistía en comer suflé de queso. La señora y yo siempre estábamos preocupándonos por esto. Y creo que así debía ser. No era cosa corriente que el suflé saliera mal. Pero aquella noche ocurrió así, pues cuando Andrea entró en casa aún recuerdo que dije yo: ¡Ah, qué vida!, el suflé de queso me sale mal, y encima llega mi marido borracho. Pero no hay nada más, señorita. Tengo un buen hijo, vivimos aquí en paz y, de vez en cuando madame nos envía cigarrillos y champaña.

Estaba oscureciendo rápidamente cuando abandonaron la granja. Al dejar el patio aún vieron el tractor deslizarse sobre los campos y una fornida figura que se inclinaba sobre el volante. «El honrado y sólido Fierre, —pensó George—, el sostén de su madre». ¿En qué medida la lealtad o la villanía unía a las personas? ¿Cuán intrínsecamente estaba tejida aquella tela de araña? Al principio parecía imposible hallar un camino que condujese al centro. Pero si uno insistía en probar una y otra vez, las cosas comenzaban a tomar forma lentamente: un camino conducía a otro, una persona revelaba una conexión con otra..., no existía acto o individuo completamente aislados. La honrada Rusa había criado a un hombre que había estado dispuesto a asesinarle entre los cañaverales de Pampelone, y madame Aboler había despreciado a un tal Antonio Bardi porque había llevado una querida a la casa donde su esposa había sido bien recibida en otra ocasión... ¿Habría sido, quizá, aquélla la razón de que Aboler rechazara el proyecto del hotel? Andrea Palloti, al lanzarse por el mal camino después de la muerte de Aboler, ¿podía haber sido quien, de alguna forma desconocida, hubiese puesto las manos sobre las cartas de Berney?

Lanzado el «Lancia» velozmente hacia Chartres, y ya con las luces de carretera encendidas, Nicola, en aquel momento que conducía, dijo:

—Sea lo que sea, tengo la impresión de que detrás de todo esto figura en primerísimo lugar ese nombre Bianeri, ese club o lo que sea. Fettoni, Andrea Palloti y Ernst... todos son miembros.

—Miembros... miembros... ¿de qué? ¿De un club?

—No lo sé. Pero hay una dirección en el reverso de la tarjeta de Ernst, y puede que sea ese lugar, en París.

—Bien; con eso quieres decir que poseo una tarjeta de miembro de ese club... ¿Por qué no le hacemos una visita?

—Eso opino yo. Podrías intentarlo este miércoles antes de ir a Annecy.

—¿Quieres que meta la cabeza en la boca del lobo para ver si tiene dientes?

—¿Hay acaso otra forma de averiguarlo? Lo haría yo misma, pero tengo la impresión de que en ese club no admitirán mujeres.

Haciendo sonar el claxon ruidosamente, Nicola adelantó a un enorme camión, avisando además con los faros, y luego se echó a reír alegremente.

—¿Qué es lo que tanto te alegra? —interrogó George.

—Estaba pensando eh Rosa y en el suflé de queso de aquella noche. Estoy segura de que la señora Aboler también abusa ahora de ese postre. Probablemente lo prepara para el almuerzo del domingo..., nada más que; por hacer rabiar a su pobre marido, esté donde esté.

—Es una verdadera lástima que haya muerto —dijo George, contemplando el piloto rojo de una bicicleta que se acercaba al coche, o viceversa, esperando el cambio de luces y el sonar del claxon, y tratando de no mirar al contador del salpicadero que marcaba en aquel momento noventa y cinco millas por hora—. Tengo la seguridad de que nos hubiese ayudado mucho. En realidad, si sigues conduciendo de esta forma, creo que tendremos muy pronto ocasión de cambiar unas cuantas palabras con él.

—Menús ruido, George. No puedo soportar a los hombres que conducen a gran velocidad y luego no dejan a sus mujeres hacer lo mismo.

—¡Oh...!

La exclamación que lanzó George fue debida al violento viraje que hizo el coche para evitar a la bicicleta, al sonoro aviso del claxon, al rápido cambio de luces, y a la supuesta relación que Nicola acababa de mencionar había entre ambos.

—Y puedes volver a pensar en lo que pensabas antes —añadió Nicola tras unos segundos de silencio—. Fue solamente una forma de expresión. Yo no soy tu mujer.

—Siempre caben esperanzas..., si conseguimos atravesar Chartres sin que se nos caiga encima la catedral.

—No te preocupes —dijo Nicola—. Enciéndeme un cigarrillo. Faltan unos sesenta kilómetros para llegar a París; deseo un baño, y luego cenar en un buen sitio.

Y la muchacha, tras pronunciar estas palabras, se volvió hacia él y le guiñó un ojo.

—¡Por amor de Dios! —exclamó George—, ¡no separes los ojos de la carretera!

CAPÍTULO VIII

El café Julio César, en el Quai de la Rapée se hallaba, en la orilla derecha del Sena, en los alrededores de Reuilly. Desde la calle había unos pocos escalones que ascendían hasta la entrada, que aparecía flanqueada por dos laureles de triste aspecto encajados en enormes jarrones. Había una larga y baja ventana con las cortinas a medio correr situada a la derecha de la puerta, sobre cuyo cristal campeaba en letras negras y doradas el nombre «Café J. César». A ambos lados de la puerta y en cantoneras doradas se mostraba una lista de consumiciones y el plato del día. El lugar tenía todo el aspecto de ser frecuentado por pacíficos trabajadores, nada de ringorrangos ni tonterías *chic*.

George y Nicola examinaron el local el lunes. Entraron en él para tomar un trago, y el martes George se pasó un par de horas, desde las seis hasta las ocho de la tarde, examinando la clase de gente que allí entraba: algunos navegantes del río, familias con niños, obreros, unas cuantas parejas..., todo un conjunto de personas oscuro y poco sobresaliente. George no consideraba aquel lugar como apropiado para que acudiera a él Andrea Palloti en busca de faldas o Ernst a comprar cigarrillos de *hashid*.

El miércoles, George se compró un par de pantalones de segunda mano en un tenducho, un impermeable de plástico, un par de zapatos negros de puntera muy afilada que le producían terrible dolor de pies, y un jersey negro de lana que se abotonó hasta el cuello. Vestido de aquella forma se parecía un tanto a los jóvenes que había visto entrar en el café. Nicola compró cierta cantidad de tinte para el pelo y se lo tiñó en tono más oscuro.

A las ocho menos cuarto del miércoles se hallaba sentado en el café nuevamente. Llevaba allí media hora y había bebido un pernod y una jarra de cerveza. Nicola se había quedado en el hotel, habiéndole prometido George que no perdería el control de sí mismo ni se metería en dificultades, y que le telefonaría en cuanto abandonara el café.

En el local había una barra con superficie de zinc, que se extendía desde la ventana y a lo largo del muro de la derecha, y sillas y mesas en el lado opuesto, dejando un espacio libre en el centro que conducía hasta una puerta con una cortina, que a su vez daba paso a un pequeño comedor. A la izquierda del comedor había un estrecho tramo de peldaños cubiertos por una alfombra roja. En la media hora que George llevaba allí sentado, había visto como una media docena de hombres habían entrado en el café y tomado un trago en la barra, al mismo tiempo que charlaban con

la muchacha morena y un tanto rolliza que servía, y luego cómo, habían avanzado hacia la escalera del fondo y desaparecido por ella.

Aunque eran individuos que presentaban cierta variedad —los había jóvenes y mayores, algunos bien vestidos, y otros no—, sin embargo existía en todos ellos cierta similitud en sus modales y comportamiento. George tuvo la impresión de haberles visto antes en alguna parte.

Ahora había un hombre en la barra que sin duda también se preparaba a desaparecer por aquella puerta del fondo, escaleras arriba. Era un individuo de hombros caídos, que podría tener unos sesenta años de edad. Se cubría con una gorra aterciopelada de color gris que dejaba escapar algún que otro mechón de cabellos también grises. Usaba pantalones negros y una vieja americana que evidentemente pertenecía a un traje que jamás había sido suyo, y cuyos bolsillos colgaban flojamente sobre sus muslos. En la mano sostenía un bastón de bambú con empuñadura de asta. El rostro era largo y en él brillaban unos ojillos muy negros. Tenía el hábito de alzar el labio inferior sobre el superior cada vez que tomaba un trago. Y esto lo hacía a menudo, ya que bebía con rapidez. En cinco minutos se bebió dos vasos de fuerte vermut. Mientras bebía descansaba un brazo sobre el mostrador, mirando a su alrededor por toda la sala. Ocasionalmente producía pequeños ruidos explosivos con sus labios, inflando las viejas mejillas como si estuviera charlando consigo mismo, y de vez en cuando estallaba en una exclamación de desprecio por la estupidez de alguna observación. Por otra parte bien se veía que el hombre antes de entrar en aquel lugar ya venía cargado de bebida.

Terminó su último vaso y luego se volvió para depositar algún dinero sobre el mostrador. Dijo algo a la muchacha que atendía la barra y que obligó a la joven a mirarle humorísticamente y a mover la cabeza negativamente. El hombre alzó el bastón, se echó a reír con una risa cascada y desagradable, y luego, extendiendo una mano, dio un cariñoso golpecito sobre la cabeza de la muchacha con ademán condescendiente. A continuación el hombre dio media vuelta y al cabo de unos segundos había desaparecido ya por las escaleras del fondo.

George se puso en pie y le siguió. Las escaleras formaban una doble curva y terminaban en un descansillo desde el que partía un estrecho pasillo hacia la izquierda. El viejo, respirando fatigosamente, se volvió y miró a George. Súbitamente se extendió por el rellano un desagradable olor a ajo y alcohol.

El viejo le miró en silencio durante un rato, y entonces dijo en francés:

—¿No le he visto antes de ahora?

—Es la primera vez que vengo —replicó George, hablando también en francés.

El viejo infló ambas mejillas y, tras producir un explosivo ruido con los labios, preguntó en inglés:

—¿Es usted inglés?

—Sí.

—¿De paso?

—Si, de paso. Es mi primera noche en París.

El viejo comentó:

—A su edad yo ya me habría buscado una muchacha, y no habría perdido aquí mi tiempo.

El inglés que hablaba el viejo era bueno, aunque se le notaba fuerte acento francés. Al cabo de unos segundos de silencio añadió:

—Vuelva a bajar y arréglese con Renée en la barra. A ella le gustan los hombres de su edad y le aseguro a usted que puede ser una chica que valga la pena.

—Prefiero subir aquí.

El viejo se encogió de hombros y replicó:

—A eso se le llama perder oportunidades. Ya lo lamentará más adelante. Míreme a mí. Todo cuanto logro de ellas ahora es una carcajada y palabras insolentes. Pero hubo un tiempo en el que una palabra mía, un simple guiño de ojos, una mirada..., les hacía soltarse las bragas. Se lo aseguro. Eran tiempos dorados para mí. Época de maravillosas muchachas...

El viejo se volvió y añadió por encima del hombro:

—Entonces... vamos...

Caminó lentamente por el pasillo hasta una puerta donde se hallaba una pequeña mesa con un hombre sentado tras ella. También era un hombre viejo, viejo y completamente calvo; usaba una amarillenta americana de hilo, una corbata negra de lazo, y una camisa no muy limpia. Daba la impresión de que hacía años estaba sentado tras aquella mesa y de que el polvo había comenzado a posarse sobre él, ya que no había brillo alguno en sus ojos, ni color en su rostro. Por otra parte se advertía una pelusilla agrisada sobre su calva cabeza. Ante él, sobre la mesa, había un libro abierto, una botella de ginebra, un vaso y una pequeña jarra de agua. El hombre sostenía en la boca una pipa de enorme cazoleta, dando la impresión de que su peso iba a arrancarle de un momento a otro toda la dentadura. El esfuerzo de aguantarla entre los dientes le obligaba a esbozar un gesto lobuno y adusto.

El viejo que acompañaba a George golpeó sobre la mesa con el puño de su bastón e interrogó:

—¿Cómo va la cosa, Marc?

El otro anciano alzó la cabeza y preguntó mecánicamente:

—*Votre nom, monsieur?*

El primero miró a Georges, y le guiñó el ojo. Luego, tambaleándose un poco, explicó:

—Marc es un ferviente partidario de las reglas. Así que es mucho mejor tomarlo a broma...

Se metió una mano en el bolsillo interior de la americana y extrajo una tarjeta que arrojó sobre la mesa, delante del llamado Marc.

George se dio cuenta inmediatamente de que se trataba de una tarjeta empresa Bianeri.

Marc arrastró hacia sí la pequeña cartulina y, con mucho trabajo, anotó su número en el libro de registro, al mismo tiempo que el otro viejo, guiñando de nuevo un ojo o George, anunciaba solemnemente:

—General De Gaulle. Palacio Real.

Marc alzó la cabeza frunciendo el ceño.

—*Sois sérieux, mon cher* —murmuró.

El acompañante de George hizo un nuevo guiño y a continuación dijo:

—Aristide Acard, portero nocturno, hotel Gildas. ¿Hotel acabo de declarar?... Seamos francos, es poco más que una casa de prostitutas. Yo, de portero en una casa de ésas..., yo, que una vez fui jefe de camareros en...

—*Pas de histoires* —cortó el llamado Marc secamente.

Junto al nombre de Aristide anotó el nombre de su hotel, la profesión, y luego le devolvió la tarjeta Bianeri. Miró a George y preguntó:

—*Monsieur?*

George extrajo de un bolsillo la tarjeta Bianeri de Ernst Fragonard. Ahora se alegraba de haber añadido el número 1 que anotó delante del 37 que figuraba en la tarjeta, pensando en que quizá algún día tendría que usarla.

Marc miró la tarjeta y luego anotó su número debajo del de Aristide. A continuación preguntó:

—*Votre nom, monsieur?*

George replicó:

—Ernst Smith, pinche de cocina, hotel Savoy, Londres.

Sólo Dios sabía en el lío en que se estaba metiendo, pero fuera lo que fuese tenía que dejarlo todo al azar. Pensó, que si Aristide trabajaba en un hotel, no había razón alguna para que él no lo hiciese también así.

Marc asintió con leve movimiento de cabeza y anotó los detalles.

Mientras lo hacía así, Aristide, que esperaba a George, comentó:

—¿El Savoy? Una vez también estuve en Londres. Durante diez años. Fue otra de mis épocas doradas. Allí también dejé pasar muchas oportunidades. No todas, pero sí algunas. ¡Ah, qué tiempos aquéllos! Las doradas noches de Hyde Park, las maravillosas mujeres...

Marc entregó a George su tarjeta y preguntó:

—*C'est qui à Londres?*

George le miró, desorientado. ¿Quién estaba en Londres? ¿Qué quería decir el hombre con aquella pregunta?

Viendo su expresión de desconcierto, Aristide interrogó a su vez:

—¿No entiende usted?

—No, no entiendo.

—¿Quién se lo dijo a usted en Londres? ¿Quién le entregó a usted esta dirección? Marc no le dejará pasar a menos que tenga un padrino.

Durante unos instantes George dudó y luego dijo a Marc:

—Luigi Fettoni.

El nombre produjo una verdadera explosión de alegría en Aristide. Rodeó el cuello de George con un brazo, expulsó sobre él un fuerte olor a ajo y alcohol y casi gritó:

—¡Luigi Fettoni..., mi viejo amigo! No, no es posible... ¡Mi querido y viejo Luigi!

Y comenzó a estrechar la mano de George con fuerza, tambaleándose peligrosamente.

Marc anotó el nombre de Fettoni y, a continuación volvió a preguntar a George:

—*Quel numéro pour Fettoni?*

—*Quel numéro?* —casi rugió Aristide—. *Je le sais bien! C'est le numéro six!*

Y acto seguido se volvió hacia George, añadiendo:

—¿Verdad que tengo razón? —interrogó excitadamente—. Tengo una memoria de elefante. ¡Ojalá Dios quisiera que tuviese el mismo vigor!

—Exactamente. Es el número seis —replicó George sonriendo.

Marc, impasible, anotó el número. Luego echó hacia atrás su silla y abrió un cajón de la mesa para sacar de él un grueso volumen de registro. Hojeó sus páginas, páginas que George comprobó estaban llenas de nombres y direcciones, y con huesudo dedo fue recorriendo una y otra dirección. Después de un rato, el dedo se detuvo, y Marc declaró solemnemente:

—*Six. Oui, c'est vrai.*

Cerró el libro, lo volvió a guardar en el cajón, y luego hizo una señal con la cabeza indicando la puerta de entrada. Sin hacerles más caso, Marc comenzó a llenar su vaso con ginebra y agua.

Aristide, enlazando por un brazo a George, avanzó hacia la puerta diciendo:

—¡Con qué seriedad se toma las cosas este Marc! Pero es necesario perdonarle. Yo mismo he comenzado a cansarme de todo. Sí estoy cansado porque las cosas ya no son lo que eran en aquellos días de la guerra. Ahora vengo aquí por costumbre. Pero ésta noche es diferente. En nombre de Luigi le doy la bienvenida como amigo. Beberá usted conmigo y después, si le parece, le arreglaré las cosas con Renée. Su marido es un buen amigo mío. Lo arreglaré todo para que pase la noche con ella..., una magnífica noche.

Aristide abrió la puerta de un empujón, y George le siguió al interior, al mismo tiempo que sospechaba que, aunque aquella noche llegara a ser magnífica, nada tendría que ver con Renée. ¿Qué diablos significaba todo aquello de Bianeri?

La estancia fue para él una completa sorpresa. Era muy grande y de bajo techo. Al fondo había una serie de ventanas cubiertas por cortinas bien corridas, y George sospechó que estaban orientadas al Sena y al muelle. Junto a las ventanas había una mesa de juego ante la que se hallaban sentados cuatro hombres. Unos cuantos individuos se sentaban en bancos a lo largo de la pared, contemplando en silencio como otros dos jugaban una partida de billar. Desde la misma puerta se extendía,

asimismo, un grupo de mesas de jugar a los naipes, en su mayor parte ocupadas. Más allá de las mesas había un pequeño bar adosado a la pared y un joven con chaquetilla blanca servía bebidas.

Aristide arrastró tras de sí a George, saludando a derecha e izquierda, hasta llegar a una pequeña habitación donde había una mesa cubierta por una piedra de mármol. Hizo una seña a George para que tomara asiento y luego se acercó apresuradamente al bar, de donde regresó con un par de vasos y una botella de vino blanco.

Cuando lo colocó todo sobre la mesa dijo en inglés:

—Siempre es costumbre beber vino blanco. Esa es la razón por la que la mayoría de nosotros nos paramos en el bar de abajo para tomar un par de tragos de otra cosa. Sólo a Marc se le permite beber ginebra ahí fuera..., pero tiene que ser fuera de aquí. Así fue durante la guerra, cuando el vino era todo lo que podíamos obtener fácilmente... Y así sigue siendo ahora.

El viejo extrajo del bolsillo un pequeño sacacorchos y abrió la botella con suma destreza.

George dijo:

—Hace mucho tiempo que no he estado en un Bianeri. Hay muchas cosas que no conozco.

—¿Por qué había de conocer usted la costumbre francesa, amigo mío? En todas partes la cosa cambia. En Italia..., siempre se bebe Chianti. En Inglaterra... ¡Ah...!, las cosas marchan allí mejor... whisky o ginebra. ¡La cantidad de veces que me emborraché con Fettoni! Y dígame, ¿se encuentra bien el viejo?

—No se queja de nada —replicó George.

Aristide asintió con un ligero movimiento de cabeza y comenzó a llenar los vasos. Bebieron juntos, y Aristide, alzando el labio inferior, chasqueó explosivamente la lengua y exclamó:

—Pero las cosas ya no son iguales que en los tiempos de guerra. Entonces pertenecíamos a la Resistencia..., entonces había una verdadera finalidad. Podría contarle a usted unas cuantas cosas que tuvieron lugar en esta misma sala. Aquí vi yo a un comandante alemán tumbado sobre esa mesa, desnudo, y gritando todo secreto por miedo a lo que pudiera ocurrirle en aquel momento. Nos conocían bien, desde luego. Pero no sabían dónde encontrarnos..., a los Bianeri.

El viejo alzó el vaso y bebió el contenido de un solo golpe. Luego volvió a llenarlo.

George dijo:

—Pero ahora... la guerra ya terminó.

Aristide asintió con un movimiento de cabeza, murmurando:

—Sí..., gracias a Dios. Aunque entonces era todo mejor. Al menos los camareros y la gente de hotel hacían una buena labor. Ahora ha habido que volver al viejo negocio.

—Al mismo sucio y viejo negocio, ¿eh? —interrogó George.

Encendió un cigarrillo y echó una ojeada alrededor de la sala. Desde el fondo de la amplia estancia llegaba el ruido seco de las bolas de billar y el suave murmullo de voces. De vez en cuando, en una mesa de juego, una voz anunciaba una jugada, pero tanto éste como los demás ruidos sólo eran infrecuentes momentos de énfasis en el pacífico ambiente de la sala. Y ahora, George comenzaba a comprender más. Sabía por qué los hombres tenían todos algo en común. Todos ellos eran camareros, o trabajaban en los servicios domésticos de los hoteles al igual que lo había hecho Andrea Palloti. Y la cosa que poseían en común era precisamente aquel silencio, o más bien aquella especie de personalidad anónima y avasallada, humillada. Eran hombres a los que uno veía pero nunca se fijaba en ellos. Le servían a uno en la mesa, llevaban los desayunos a las habitaciones, calmosos, eficientes, discretos, pasando por aquí y por allá sin hacer el menor comentario, y debía haber muchas cosas que veían y escuchaban y que evidentemente podían ser muy útiles a un hombre como Escorpión.

Aristide volvió a llenar su vaso.

—Sí, el viejo y sucio negocio. Pero la gente lo pide, ¿sabe usted? Usted es joven y aún no está amargado. Pero espere a que le echen de la cocina, espere a prestar servicio en las habitaciones. Entra usted en una habitación y algún loco con más dinero que sentido común está allí, en la cama, sentado al lado de una muchacha que no es su esposa, y que no le ve a usted realmente, porque usted no es más que un camarero, un criado, y él está pensando en lo que tiene al lado. Entonces es cuando, usted se amarga, la vida. Y, claro, en esos momentos siempre se recoge un poco de información, de cualquier clase de información, para vender. Yo lo hice..., en el pasado; lo hice, sí, y ahora es necesario comenzar de nuevo con el viejo y sucio negocio. Pero yo no tengo nada que ver con eso ahora. Vengo aquí por costumbre. De todas formas, una vez dentro..., ya no se puede salir, ¿verdad?

—Eso es cierto —replicó George, casi sin haber escuchado la deshilvanada conversación de Aristide.

—Sí que lo es... *i bianchi e neri*, eso es lo que somos... los Bianeri, los negros y blancos. ¿Conoce usted Italia?...

Y sin esperar por una respuesta, Aristide continuó:

—Debe usted ir a Italia..., a la dorada Italia. Una vez estuve dos años en Portofino y casi llegué a casarme con una de las doncellas. ¡Qué muchacha!..., una maravillosa criatura morena de piel cálida; una mujer que, desnuda, podía figurar en cualquier pedestal de la antigua Grecia. Indudablemente, en cuanto se refiere a senos, las italianas son supremas...

El viejo movió la cabeza, una cabeza al parecer llena de ricos recuerdos, y al fin el hombre terminó su vaso de vino.

Bianeri. Blanco y negro. Camareros. Una organización perfecta dentro del gran marco de hoteles y restaurantes de toda Europa. ¡Qué organización para un hombre como Escorpión! En tiempos de guerra la había usado con propósitos de espionaje, y

ahora la usaba para el chantaje a gran escala, para comprar y vender toda clase de información. La gente apenas si prestaba atención a los camareros. Eran como el cartero de G. K. Chesterton: se movían sin que nadie advirtiera su presencia. ¿Cuántas indiscreciones se cometían durante una semana en los hoteles? El promedio tenía que ser enorme. Había hombres que se alojaban allí con las esposas de otros hombres. Políticos, actores, industriales..., todos ellos descansando sobre un incógnito que nada ocultaba. Había lenguas que siempre se soltaban en el bar. Charlas y conversaciones sobre bolsa y finanzas. Conversaciones sobre carreras de caballos, sobre mujeres, sobre escándalos políticos. Y, aparte de los famosos, siempre estaba también la gente más sencilla, las personas ordinarias que a veces trataban de dar una pincelada de color a sus vidas. El ama de casa, sola en el vestíbulo de un hotel, aburrida, sintiéndose muy sola...; el joven o el viejo verde que, alejados de su casa momentáneamente, por casualidad se tropezaban aquella alma solitaria, por una vez, por aquel fatal «una vez» que luego algún camarero convertía en información que vender a los Bianeri.

Súbitamente, George preguntó:

—¿Quién inició todo esto? ¿Cuándo?

—¿Quién? —interrogó a su vez Aristide, mirándole como un búho—. ¿Quién es el que comienza las cosas? Nadie lo sabe. Ni nadie trata de averiguarlo. No sea curioso, *mon ami*. Sigue siendo lo mismo que era durante la guerra. Se conoce al hombre que está por encima de uno y al que está por debajo, y nada más.

Y tras pronunciar estas últimas palabras, el viejo dio un suave golpecito en el vaso de George, añadiendo:

—Beba. Iré a buscar otra botella.

Aristide se puso en pie y comenzó a avanzar hacia el bar tambaleándose ligeramente. Cuando el viejo se hallaba a medio camino de la barra se abrió la puerta principal de la amplia estancia y apareció Marc llevando bajo el brazo su libro-registro. Detrás de él había otras dos personas. Por un momento George no pudo ver bien a las dos personas que en aquel momento cruzaban la sala. Luego salieron de las sombras y quedaron iluminadas por las luces que brillaban detrás de la barra. George se deslizó en su asiento nuevamente y bajó la cabeza, cubriéndose la parte inferior del rostro con una mano. Con Marc se hallaban en aquel momento Dorothee Guntheim y François Laborde.

Dorothee llevaba puestos una gorra marrón y un abrigo liso del mismo color. Las luces de la pared trazaban círculos luminosos en sus gruesas gafas. Laborde se cubría con un sombrero verde que parecía demasiado pequeño para su cabeza, vestía un traje gris de corte ancho y lucía un pañuelo de seda blanca en el bolsillo superior de la americana. Fumaba un cigarro habano. Los tres se acercaron a la barra y el joven camarero comenzó a servirles bebidas. Daban la espalda a la sala y nadie pareció fijarse en ellos.

Aristide regresó con otra botella, la abrió diestramente, y sonrió feliz cuando George colocó la palma de la mano sobre su vaso.

—Puede que usted sea persona prudente —dijo Aristide—. Un joven debe ser cuidadoso. Demasiado vino le resta poder para la cama. Pero yo, ¿qué tengo que perder?

Y después de su pesimista interrogación, Aristide llenó su vaso hasta el borde y tomó asiento.

George dijo:

—Puede que tenga usted razón. ¿Para qué he de perder mi tiempo aquí? Quizá deba bajar y ver a Renée.

Aristide carraspeó y exclamó:

—¡Ah!..., todo el tiempo que he estado aquí sentado estuvo pensando en ella, ¿verdad? ¿Por qué no? Esa muchacha tiene muchas cosas en las que puede pensar un hombre. Pero no hay prisa. Dentro de un momento bajaré con usted.

Y el viejo extendió una mano para retener a George cuando éste comenzaba a levantarse, y añadió:

—Paciencia. Un vaso más y lo arreglaremos.

George volvió a ocupar su asiento y dejó que Aristide le llenara el vaso. Tenía que retirarse de aquella sala sin llamar la atención sobre sí mismo. Acababa de enterarse de muchas más cosas de lo que había esperado. Cada momento que ahora pasara allí estaba cargado con posibles dificultades.

Pero cuando pensaba en todo esto vio que las tres personas que estaban en la barra daban media vuelta y miraban hacia la sala. Marc abrió su libro de registro y lo entregó a Dorothée Guntheim.

Laborde, empleando una cucharilla, hizo sonar el vaso que descansaba sobre el mostrador y exclamó en alta voz:

—*Messieurs!*

Los jugadores de billar detuvieron su partida y permanecieron inmóviles apoyándose en sus respectivos tacos. Las conversaciones en las mesas de juego se silenciaron, y todo el mundo miró hacia el grupo del bar.

Lenta y deliberadamente, para que George no tuviese la menor dificultad en seguir su francés, Laborde dijo:

—Caballeros, siento mucho interrumpirles sin haberles avisado antes, pero hay dos asuntos de suma urgencia que es preciso conozcan todos ustedes. Así, pues, con su permiso, celebraremos una sesión muy corta. ¿De acuerdo?

Un murmullo general de aquiescencia se oyó en toda la sala. Al mismo tiempo George se inclinó ante Aristide, cogiéndole por un brazo firmemente.

—Escuche —murmuró—, si hay jaleo, haga una cosa para mí. Vaya a ver a una tal señorita Nancy Narden y dígaselo todo. Tenga...

Rasgó una tira de papel de su paquete de cigarrillos, y mientras Laborde continuaba hablando, George anotó el nombre supuesto de Nicola y la dirección del

hotel. Luego empujó el trozo de papel hacia el viejo.

Contemplando el asombro que se reflejaba en las facciones del viejo y viendo cómo su arrugada mano sostenía dubitativamente la tira de papel, George escuchó cómo Laborde decía:

—Lo primero se relaciona con uno de nuestros miembros, que desgraciadamente, ha sido víctima de...

Laborde se detuvo cuando la temblona voz de Marc le interrumpió diciendo algo que George no pudo captar. Por el rabillo del ojo vio cómo Marc se inclinaba hacia Dorothée Guntheim y con el dedo señalaba a una página de su libro-registro. Luego, sus ojos se posaron en Aristide, que aún sostenía entre sus dedos el trozo de papel como si éste estuviese ardiendo por uno de sus extremos y supiera que si no lo soltaba pronto llegaría a quemarse la mano.

—Haga eso por mí... para suprimir todas las cosas sucias... —murmuró de nuevo George.

Y entonces, en tono claro y agudo, sonó en la sala la voz de Dorothée Guntheim:

—Antes de que sigamos hablando es preciso señalar que tenemos en la sala un invitado de Londres. Por supuesto, bajo nuestras reglas no se le permite estar presente durante una sesión del comité. El caballero en cuestión, ¿sería tan amable que nos dejara durante unos minutos?

Aristide dijo:

—Eso va por usted. ¿No comprende? ¿Qué es esto?

Estúpidamente flameó en el aire el trocito de papel, al mismo tiempo que con los labios hacía un sonido extraño.

Volvió a oírse la voz de Dorothée Guntheim cuando leyó en el libro:

—Ciento treinta y siete, Ernst Smith, pinche de cocina, hotel Savoy, Londres... Por favor, ¿quiere el caballero abandonar la sala?

Y al decir esto miró hacia la sala inquisitivamente.

Lentamente, George se puso en pie, con una mano sobre la boca; hizo una inclinación de cabeza en dirección al bar, y luego se volvió, dirigiéndose hacia la puerta. Para llegar a ella tendría que avanzar todavía unos quince pasos por entre las mesas de jugar a los naipes. Los hombres que se hallaban sentados ante éstas sonrieron, asintieron con movimientos de cabeza, lamentando bonachonamente la interrupción. George, con la cabeza vuelta en todo momento hacia la puerta, se encogió de hombros delante de los hombres y les respondió con otra sonrisa de disculpa. Había dado ya seis pasos. La puerta quedaba ya muy cerca de él. Deseaba echar a correr, lanzarse de costado contra la puerta. Colocó una mano sobre la manija y la hizo girar. La puerta no se abrió.

Detrás de él, súbitamente, estalló una carcajada, y la voz de Laborde, en tono alegre, exclamó:

—¡Ah, nuestro cuidadoso Marc y sus reglas! Olvidaba que todas las reuniones del comité han de celebrarse a puerta cerrada... con llave. Un momento, monsieur.

George, en pie ante la puerta, se volvió ligeramente. Con un poco de suerte quizá fuese Marc quien viniera a abrir la puerta. No movió ni un solo músculo de su cuerpo, tenso, esperando, sin atreverse a dar media vuelta para ver quién venía. Sonaron pasos en la sala y algunos de los hombres comenzaron a hablar entre sí. George volvió a oír el tintineo de vasos en el momento en que el *barman* aseaba el mostrador.

En aquel momento un hombre se colocó a su lado. George sintió cómo se movía con una llave en la mano. El hombre, con gesto amistoso, colocó la otra mano libre sobre un hombro de George y se inclinó para insertar la llave en la cerradura. Estaba a punto de hacerla girar cuando alzó la cabeza y miró a George sonriente.

George se encontró con el rostro de Laborde a muy pocas pulgadas del suyo. Vio la expresión de terrible asombro que se extendía lentamente por sus facciones, cómo el hombre fruncía el ceño, y luego el gesto de repentino reconocimiento. Laborde comenzó a retirar la mano que sostenía la llave y George le asió firmemente por la muñeca. Laborde le aplicó un fuerte codazo en un costado y saltó hacia atrás al mismo tiempo que gritaba.

Su grito pareció despertar súbitamente a toda la sala. Hubo ruido de mesas que se retiraban. Laborde, con el rostro más pálido que el de un cadáver, daba rápidas órdenes en francés. Desesperadamente, George saltó hacia él esperando hacerse, con la llave. Entonces le acosaron tres de los hombres más cercanos a él, y se encontró con las espaldas apoyadas contra la puerta totalmente acorralado. De repente, todo ruido cesó, y George miró a los tres hombres, viendo allá, al fondo, a Aristide, que contemplaba desde su mesa, medio borracho y con gesto estúpido toda la escena. Dorothee Guntheim en el bar, sostenía en la mano un pequeño revólver; Marc miraba hacia la puerta, con su libro de registro alzado, casi tocando su barbilla y moviendo la cabeza con gesto de desaprobación. Entonces, Laborde dijo sonriendo calmamente:

—¿Ernst Smith, del hotel Savoy? Creo, señor Smith, que tiene usted que dar algunas explicaciones.

* * *

En la sala de estar de la *suite* de su hotel, Antonio Bardi estaba escribiendo una carta a su hijo. Hacía un año que el muchacho estaba estudiando en un colegio de Londres. Si Bardi sentía verdadero afecto hacia alguien era hacia el muchacho. Deseaba que llegara a tener todas las cosas que él nunca había tenido. Su padre había sido el propietario de un restaurante en Brighton y a edad bastante temprana se había visto obligado a trabajar en la cocina después de asistir a la escuela. Después de abandonar la escuela había sido camarero durante unos cuantos años. Y aquéllos fueron los años que en realidad le habían convertido en lo que era ahora, y aunque ya hacía tiempo había olvidado lo que era, estaba decidido a que su hijo nunca pudiese culparle por no haberle concedido alguna oportunidad. Otras gentes lo pagaban. El

dinero era sucio, pero el muchacho jamás lo sabría. Por otra parte, el dinero no llevaba marca alguna sobre su procedencia.

Escribió rápidamente una carta de buen padre, y a medida que lo hacía casi veía al chico y a todo cuanto le rodeaba... El muchacho nunca conocería las dificultades por las que él había pasado, la suciedad de la gente, el orgullo de la gente..., el olor y el calor de las cocinas, con todas las mesas llenas de clientes en un restaurante, y el malhumorado cocinero siempre dispuesto a soltarle a uno una bofetada..., y luego las largas esperas en los hoteles, cuando uno entraba en alguna habitación y cualquier apostador profesional o concejal de la ciudad se apartaba de encima del vientre de una muchacha y se quedaban mirándole a uno con gesto de absoluta indiferencia, considerando que aquellas criaturas vestidas de blanco y negro no tenían sentimientos... Tantas, tantas cosas había pasado él..., pero gracias a Dios su hijo nunca llegaría a conocerlas.

Sé detuvo, casi al final de la carta, pensando en cómo debía terminarla. Siempre le agradaba terminarla con algo que hiciera pensar al muchacho.

Y escribió: «Trata de entrenarte no solamente en juzgar a la gente con rapidez, sino también con seguridad, con exactitud. Esto es difícil, pero puede lograrse. Nunca juzgues a las personas por lo que digan. Lo importante siempre son los pequeños detalles. Mira a los muchachos que te rodean, tú ya los conoces bien en estos momentos. Conoces a los que son codiciosos, a los perezosos, a los listos, a los inteligentes, a los amables, a los fanfarrones..., y ahora piensa en lo que ellos te dirían que son si en estos momentos los conocieras por primera vez. Me parece que te llevarías una gran sorpresa ante sus declaraciones personales. Las uñas sucias, ropas poco aseadas, la forma en que andan, el tono de su voz, la forma en que se sientan ante el pupitre, cuando dicen “sí, señor” o “no, señor”. Todas estas cosas son las que...».

El teléfono sonó, interrumpiéndole. Bardi tomó el receptor, murmuró un lacónico «¿Sí...?», y entonces, asintiendo ligeramente con la cabeza, continuó escuchando atentamente. Una mujer hablaba desde el otro extremo de la línea. La dejó terminar y luego dijo:

—¿Qué era lo que tenía encima?

La voz de Dorothee Guntheim le respondió:

—Nada, excepto algún dinero. Y su tarjeta.

—¿De quién era esa tarjeta?

—La de Fregonard. El número estaba alterado. Dio como nombre de su padrino en Londres el de Fettoni.

—Fettoni ha muerto. Puede que así sea mejor. Estaba volviéndose demasiado viejo. Wheeler consiguió llegar hasta él...

Bardi se detuvo, tomó un cigarrillo y lo encendió. Luego continuó hablando:

—¿Qué opina Laborde?

—No quiere perder el tiempo con él. No es la clase de hombre que habla con facilidad..., a menos que nos tomemos mucho trabajo con él.

—No vale la pena. Di a Laborde que siga adelante. Ya sabe lo que tiene que hacer. Puede emplear la salida del café Julio César. Ya lo hizo muchas veces en la guerra.

—¿Y si encontramos a la muchacha?

—Primero encontrarla y luego decidiremos. ¿De acuerdo?

—Si así lo ordenas...

—Así es.

—¿Te informaré más tarde..., cuando todo haya sido hecho?

—No. Estaré toda la noche muy ocupado.

Bardi sonrió para sí al darse cuenta del tono de voz de la muchacha, y a continuación colgó el teléfono.

Se puso en pie, se sirvió un whisky con soda y luego tomó la carta de encima de la mesa para leer lo que llevaba escrito cuando Dorothee Guntheim le había interrumpido. Al cabo de unos segundos volvió a sentarse y continuó escribiendo.

Le habían atado las manos a la espalda y llevado hasta aquel sótano, mediante unas escaleras situadas en la parte posterior de la casa. Ahora se encontraba solo en compañía de Dorothee Guntheim, Laborde y Marc.

El lugar olía a vino y agua estancada. Había dos desnudas bombillas que lucían colgadas de la única viga que sostenía el techo. El techo era de piedra y las paredes estaban ocultas tras grandes toneles de vino. El suelo estaba formado por grandes lozas de pizarra, por entre cuyos intersticios se deslizaba el agua hacia un rincón.

George se hallaba sentado en una silla cuyo respaldo había desaparecido, y una mesa con superficie de mármol casi tocaba sus rodillas. Sobre la mesa había, un vaso y una botella de coñac, ahora medio vacía. Aristide hubiese apreciado aquel coñac, y él también... bajo diferentes circunstancias. Hacía treinta minutos que Laborde había tomado la botella de «Rémy Martin» de una de las estanterías, y al descorcharla había comentado:

—Solamente servimos lo mejor a nuestros clientes.

Y desde aquel momento el ritual de obligarle a beber no se había detenido ni un solo momento y su cabeza comenzaba a nadar entre nubes.

Ninguno de ellos perdió mucho tiempo en conversar. Actuaban como si supieran exactamente lo que tenían que hacer, como si ya lo hubieran hecho más de una vez, y mostraban ansia por terminar pronto su trabajo.

Marc se hallaba tras él, y Laborde se sentaba en la mesa, apoyando una mano en la botella y sin separar los ojos de George. Este clavaba los suyos en la mano de Laborde, esperando a que se moviese, que alzara la botella y que el vaso volviera a llenarse.

Marc se movió tras él, Dorothee Guntheim miró hacia la pared de enfrente con tremenda indiferencia, y entonces la mano de Laborde se movió para alzar de nuevo la botella.

—¿Otro vaso más, mi amigo? —interrogó—. Lo está usted haciendo muy bien. La mayoría de las personas se caen de esa silla cuando han consumido media botella.

Laborde se inclinó un poco y alcanzó el vaso que llenó rápidamente de coñac. Cuando la botella volvió a descansar sobre la mesa, George sintió cómo las manos de Marc le asían fuertemente por la nuca. Al principio había luchado contra aquella presa, pero Marc, sorprendentemente fuerte, le había inmovilizado en la silla para que Laborde le administrara su dosis. La mitad del coñac deslizándose garganta abajo, y la otra mitad por la barbilla. Después de la tercera dosis había tratado de cerrar la garganta. Pero la familiaridad que aquella gente estaba demostrando con semejante ritual le había hecho fracasar. Dorothee Guntheim había avanzado dos pasos, y empleando un par de fuertes dedos le había cerrado ambas ventanillas de la nariz. La violencia física que le hacía tragar el alcohol, hizo también que en aquel momento odiase terriblemente a la muchacha, pero ahora, ya en plena intoxicación, sentía haberla odiado hacía unos momentos: en el fondo de su conciencia sabía que Dorothee Guntheim era alguien hacia la cual había que sentir piedad y no odio. Se podía odiar a Laborde y al viejo Marc que se preocupaba tanto de las reglas, pero no a Dorothee. George pensó que la muchacha no sería una de las maravillosas mujeres de Aristide, pero había que confesar que tampoco era una muchacha de Portofino, aunque su figura era endiabladamente atractiva. ¿Dónde se hallaría Aristide en aquellos momentos? ¿Dónde? El viejo le había dicho algo en el último momento, cuando había abandonado la mesa de aquella pequeña habitación; algo que no recordaba por más esfuerzos que hacía. ¿De qué se trataba? Sus ojos miraron durante un momento a las dos bombillas y repentinamente se tambaleó. Durante un segundo tuvo que luchar por mantener el equilibrio.

La mano de Laborde se alzó nuevamente con el vaso. George trató de desviar el rostro, pero Marc le sostuvo con fuerza, y la mano libre de Laborde se hundió en su mandíbula forzándole a abrir la boca. El coñac cayó sobre su lengua y Marc le sostuvo la cabeza hacia atrás, hasta que George, para sentirse más aliviado, tragó el líquido. En el momento en que lo hizo así cesó toda presión sobre él. Marc se separó de él. Laborde volvió a tomar asiento en la mesa. A través de las lágrimas que nublaban sus ojos, George distinguió la figura de Dorothee que oscilaba de un lado a otro, y tuvo la impresión de que la muchacha estaba a punto de caer al suelo. Luego se dio cuenta de que era él quien vacilaba. Hizo un poderoso esfuerzo y mantuvo el equilibrio. Luego se echó a reír con hueca carcajada de contento ante el control que aún mantenía sobre sí mismo.

Hubo un momento en el que, sin poder evitarlo, y sin saber por qué, exclamó:

—¡Qué diablos!

Laborde sonrió, y asintió con un movimiento de cabeza aprobatorio. Luego preguntó:

—¿Qué le ocurre, mi amigo? Hombres mucho mejores que usted han hablado ahí mismo, en esa silla. Recuerdo a un duro capitán panzer, que había luchado en Rusia y en África. Era más duro que el acero. Y habló. Ya lo creo que habló. Dijo muchas cosas. En cierta forma, usted es una excepción. Porque no le pedimos que diga nada.

Laborde extrajo un cigarrillo habano del bolsillo superior de la americana, lo encendió y luego preguntó de nuevo:

—¿Otro trago, mi amigo?

El ritual comenzó una vez más. Y cuando hubo terminado, la cabeza de George cayó hacia delante, respirando profunda y ruidosamente. En medio de su terrible sopor continuaba pensando en Aristide. ¿Qué ocurriría con el tal Aristide? Era algo que él podía o no hacer. El viejo había querido que él hiciese algo. General De Gaulle. Palacio Real. *Sois sérieux...*, Renée..., las maravillosas muchachas... Entonces, su cabeza se alzó en un momento de claridad, como si para él se abriese una brecha azul entre espesas nubes, y gritó, mirando directamente a Laborde:

—¡Bastardo!

Laborde carraspeó y dijo con tono de reprobación:

—Hay una señorita delante, mi amigo.

Dorothee preguntó:

—¿Falta mucho?

—No mucho —replicó Laborde, llenando el vaso nuevamente.

La brecha azul abierta en el cielo volvió a cerrarse repentinamente. George volvió a sentir cómo se cerraban aquellos garfios sobre su cuello. Olió el coñac y sintió el duro borde del vaso que se apoyaba en sus labios. Súbitamente, su cabeza comenzó a latir como si alguien la estuviera usando como tambor. Oyó cómo el vaso vacío tocaba de nuevo la superficie de la mesa y luego sintió cómo sobre cada uno de sus hombros se apoyaba una mano. Le obligaron a ponerse en pie y luego le empujaron.

Consiguió milagrosamente guardar el equilibrio, con los ojos medio cerrados, y al abrirlos vio cómo el suelo ascendía rápidamente hacia él, hasta tener la impresión de que todos los toneles y estanterías de los muros se le venían encima.

Se tambaleó hacia atrás, y al perder el equilibrio chocó contra la pared. Quedó tendido en el suelo, y entonces Laborde se aproximó a él con otro vaso de coñac. George escuchó una voz que le decía desde mil millas de distancia:

—¿Otro trago más para suprimir el frío, mi amigo?

Laborde se inclinó y George le perdió de vista. El coñac se deslizó por su garganta, apenas sin sentirlo, y él permaneció allí tendido, contento y no deseando más que le dejaran descansar en aquellas húmedas losas de pizarra para el resto de su vida. Y, como un niño que estuviera soñando despierto, vio el movimiento de las tres personas en el sótano; un sótano cuyas paredes parecían contraerse y agrandarse, mientras que sobre sus ojos brillaban miles de bombillas encendidas.

Laborde se acercó hasta una de las estanterías y, con la ayuda de Marc, tiró de ella hacia sí. La estantería se convirtió en una puerta. El olor del agua estancada se hizo más fuerte que nunca. George les contemplaba con remota curiosidad. Se acercaron a él y le pusieron en pie. Pero cuando por un momento le soltaron, su cuerpo se arrugó, cayendo al suelo como un muñeco roto. Interiormente se sentía indignado consigo mismo por su debilidad. Un hombre debía poder beber una botella de coñac sin caerse al suelo. Aguantar la bebida. Y aquellas tres personas acaban de recogerle de nuevo del suelo.

Laborde dijo:

—¿Estás dispuesto?

George asintió con un movimiento de cabeza. Desde luego que estaba dispuesto. Debía de haber algo raro en aquel coñac. Sí, eso tenía que ser. Quizá había bebido coñac mezclado con alguna droga. No importaba. Si le ayudaban a ponerse en pie y le orientaban hacia casa, él haría el camino solo, sin ayuda de nadie.

Le condujeron hasta la abertura de la pared que había revelado la estantería giratoria. Desde sus pies descendía una inclinada rampa de unos tres pies de anchura, casi en ángulo recto. George trató de echarse hacia atrás, y hubiese caído de nuevo si los demás no le hubieran aguantado firmemente. La inclinada rampa estaba cubierta por una capa de verdoso cieno.

—No se preocupe —dijo Laborde—, se hundirá usted como una foca. Un paseo gratis por el Sena y todo habrá acabado muy pronto.

Algo chocó contra la espalda de George, y fue lanzado de cabeza en el negro agujero. Uno de sus hombros golpeó violentamente contra un muro de piedra. Su cuerpo resbaló sobre el lado y luego se deslizó rápidamente en la oscuridad. Marc le había soltado las manos antes de empujarle, y George las alzó instintivamente para protegerse el rostro del choque contra las piedras.

Se hundió en el agua, y desde aquel momento no se enteró de nada, excepto que se hallaba solo en medio de un curioso vacío que era como el rápido hojear de las páginas de un libro de colores... Un trozo de cielo azul en el que se recortaba nítidamente la silueta de un edificio, una anilla de hierro firmemente sujeta en las fauces de un león, la oscuridad que se hacía luz al estallar unos fantásticos fuegos artificiales en su cerebro, y el agua que le arrastraba, hasta que, lentamente, todo fue desapareciendo, excepto un largo sueño gris, un sueño en el que, más que nunca, deseaba hundirse para siempre.

CAPÍTULO IX

Salió de las profundidades de aquella negrura, brevemente, para sentir la presión de unas manos. Y, como en un sueño, vio un blanco rostro que se inclinaba sobre él y escuchó cómo alguien respiraba agitadamente. Se hundió nuevamente en su negro sueño, y después, la conciencia de sí mismo, borrosa y llena de extraños detalles, volvió a él de nuevo. Otro rostro le miró, y percibió un fuerte olor a ajo y vino. Luego oyó débilmente el chirriante sonar de unos remos en sus toletes. A su derecha, y a cierta altura, había una larga fila de ventanas iluminadas, y en la distancia sonó el claxon de un automóvil. Sintió que se hundía de nuevo en su sueño, pero esta vez la oscuridad estaba mezclada con imágenes que súbitamente aparecían y desaparecían. Hubo un momento en que sintió el movimiento de un coche y, a pesar de tener los ojos cerrados, el rápido encender y apagar de unas potentes luces. Alguien muy cerca de él dijo:

—La segunda calle a la derecha, señorita.

Más tarde se vio tendido en la hierba, y alguien le sostenía por los hombros. Entonces aquella persona se convirtió en Nicola, que aparecía con los cabellos húmedos y adheridos a su cara. Por encima de ella vio a un hombre que fumaba, y más allá las ramas de un árbol y las estrellas.

Después de transcurrir un largo rato le pusieron en pie entre ambos y le hicieron caminar. En algún lugar, un pájaro nocturno cantó su presencia, y Nicola le habló varias veces. Pero George sospechaba que su cabeza era de plomo y todo cuanto deseaba era dormir profundamente. Luego, lentamente, cuando se hallaba en pie entre aquellas dos personas, llegó el sueño y desapareció de repente la curiosidad que sentía.

Cuando volvió en sí, y aun cuando la cabeza le latía dolorosamente, se vio en una extraña cama vestido con pijama. Más allá de la cama había una ventana, y junto a ella estaba Nicola. La ventana, parcialmente abierta, dejaba llegar hasta el interior de la habitación los alegres gritos de unos niños. A la izquierda de la ventana, y junto a la pared, había una pequeña cocina de gas, y George vio cómo sobre la cual hervía una cafetera.

Lentamente tomó asiento en la cama.

—¿Dónde diablos estoy? —preguntó—. ¿Y qué ha sucedido?

Nicola se volvió y contestó al mismo tiempo que se acercaba a la cocina:

—En la habitación de Aristide...

La muchacha regresó junto a la cama llevando un jarro de café puro y caliente. George lo sorbió y luego sintió un gran escalofrío.

—¿Por qué? —interrogó nuevamente.

Nicola le quitó la vacía taza de entre las manos, sonrió ligeramente, le besó en una mejilla y dijo:

—Tómalo con calma... Estás pasando por la mayor resaca que hayas tenido en toda tu vida.

Hubo una pausa de silencio, y Nicola añadió:

—Aristide no permitió que te llevara al hotel. Dimos la vuelta por, algún parque cerca de Vicennes, y luego te trajimos aquí. Pagué la cuenta del hotel y esta mañana retiraré nuestro equipaje.

—¿Por qué? —interrogó George, escuchando su propia voz que le sonaba de un modo extraño.

—Porque Aristide dijo que no era nada conveniente que nos quedáramos allí. Uno de los camareros es un Bianeri. Estaba en la reunión y podía conocerte. Aristide se ha portado muy bien...

Nicola se sentó en el borde de la cama y tomó una de las manos de George, añadiendo:

—Pero tenemos que salir de aquí antes de que él regrese. Se ha ido a trabajar.

—¿Fue él quien me sacó del río?

Nicola movió la cabeza negativamente.

—¿Fuiste tú?

La muchacha asintió y replicó:

—Él sabía lo que iba a ocurrir, y vino a buscarme. Gracias a Dios que lo hizo a tiempo. Esperamos... hasta que saliste a flote... solamente una vez para inmediatamente después volverte a hundir.

—¿Y tú te lanzaste al agua?

—Sí...

George rodeó su cintura con un brazo y murmuró:

—Que Dios te bendiga, muchacha; estaba cargado de coñac.

Nicola le miró tiernamente y dijo:

—Aún hueles a él.

—¿Te importa?

—No.

George se inclinó hacia delante y la besó. El beso, que al principio sólo fue un tanto cálido y de puro agradecimiento, fue haciéndose más intenso y cambió de naturaleza. Al cabo de un rato ella se separó de él, y, respirando agitadamente, dijo:

—Tenemos que movernos. Puedes dormir en el coche, y cuando te sientas bien podrás contármelo todo, aun cuando Aristide ya me ha contado la mayor parte de lo ocurrido.

—¡Ese buen viejo Aristide...!

—Está atemorizado. Quiere que nos vayamos antes de que él regrese. Debemos hacerlo así. Y aconseja que en las grandes ciudades huyamos de los hoteles..., que

nos alojemos en lugares del campo.

—Debo de ir directamente a la policía para contar lo de Laborde y Guntheim. ¡Cielo santo!..., cómo me gustaría estar a solas unos momentos con Laborde.

—Con eso no se lograría nada..., no conseguiríamos nada ni para mi madre ni para ninguno de los demás. Lo negarían todo o desaparecerían. Ni siquiera sé si debemos seguir adelante con todo esto...

—¡Cómo...!

—Nicola se puso en pie y dijo:

—Lo siento..., pero veamos las cosas como son: no faltó mucho para que te ahogaras en el Sena.

Lentamente, George deslizó los pies hasta el suelo y se levantó de la cama para dirigirse hacia la ventana. Tenía la impresión de que sus articulaciones eran de madera y necesitaban lubricarse.

—Puede que sea mejor que tú regreses a Londres. Quizá deba obligarte a ello —dijo—. Pero yo seguiré adelante. Ahora es cuando las cosas empiezan a tomar forma de verdad. Además, se está desarrollando en mí una actitud muy poco cristiana. Ya no mostraré la otra mejilla. Quiero llegar al fondo de todo esto y colocar mis manos sobre unas cuantas personas, particularmente sobre Escorpión. Y ahora existe esa oportunidad. Aristide nada dirá de nosotros por su propia seguridad. Creen que he muerto ahogado. Está bien; que esperen unos días a que aparezca mi cuerpo. Mientras tanto, voy a sostener una conversación con Ricardo Cadim. Los demás no tienen la menor idea de que yo sepa algo sobre él. Ahora mismo se estarán felicitando alegremente por haberse desembarazado de mí.

Nicola volvió a llenar el jarro de café, y luego, encogiéndose de hombros repentinamente, dijo:

—Si piensas ir a Annecy, yo también iré.

Nicola alzó un poco el jarro del café y añadió:

—¿Quieres que te sirva en el café unas gotas de coñac?

George sonrió, la tomó por ambos hombros y replicó:

—Te mereces una paliza por esas palabras.

Y a continuación la arrastró hacia él.

—¡Cuidado con el café, no seas loco! —gritó ella.

George la retuvo entre sus brazos y la besó. Durante uno o dos segundos el café se derramó por el suelo. Después Nicola permaneció inmóvil, apretándose contra él, respondiendo apasionadamente a sus besos.

Eran poco más de las once de la mañana del jueves cuando abandonaron París. Fueron hasta Dijon y pasaron la noche en un pequeño *camping* en los alrededores de la ciudad. George durmió largo rato durante el viaje, pero ya estaba despierto cuando pasaron por Troyes, lugar que le recordó a Wheeler, pues en aquellas cercanías fue

donde el hombre había sido arrojado del tren. Recordó a Laborde y a Dorothee Guntheim y los ojos de esta última, que parecían nadar tras los gruesos cristales de sus gafas, y a Laborde sonriendo, regordete, seguro de sí mismo, obligándole a tragar más coñac y hablando de los días de la Resistencia. Dorothee había sido entonces demasiado joven para aquel negocio, pero no cabía duda alguna de que la muchacha reunía magníficas condiciones. Poseía un cerebro vivaz y se lanzaba a la acción sin andarse mucho por las ramas. ¿Qué relación podía tener ella con Escorpión-Longo-Bardi o como fuese aquel maldito nombre? ¿Cómo podría obligarla a ser tan leal? También figuraba en el cuadro María Vendez. Normalmente, las mujeres no pensaban mucho en el dinero —Laborde y los otros hombres sí lo harían—, pero tenía que haber algo que les uniera. Y, ciertamente, no se precisaba de los servicios de un adivino profesional para sospecharlo.

Pero George seguía preguntándose: ¿dónde encaja Elsie en el cuadro? ¿Qué le habría sucedido al querer abandonar a su esposo? Era muy probable que Ricardo Cadim pudiese contestar aquella pregunta.

Aquella noche, después de cenar, George expuso los hechos tal y como aparecían en aquel momento, y más tarde telefoneó a Synat para informarle. No había que pasar por alto el hecho de que si algo le ocurría a él, sería una ventaja que Synat conociese bien los detalles de todo cuanto estaba teniendo lugar.

Los principales puntos expuestos por George eran los siguientes:

1. Parecía seguro que Escorpión, Longo y Bardi eran una misma persona.
2. Excepto la villa Les Roches-Pins —que Bardi no volvería a usar nuevamente—, no tenían la menor idea de dónde podían vivir permanentemente aquellas personas.
3. Los Bianeri era una organización de servicio en los hoteles destinada a recoger información a efectos de chantaje. Durante la guerra había realizado operaciones de espionaje y resistencia. Todavía llevaba a cabo operaciones de espionaje..., lo que explicaba la existencia de la cuenta Valores Escorpión en Londres. Los funcionarios de Seguridad no permitían que nadie investigara tal cuenta.
4. Laborde y Guntheim dirigían la rama Bianeri de París. Los miembros Bianeri sólo conocían a los jefes íntimamente relacionados con ellos.
5. Las personas, excluyendo a Laborde y Guntheim, que se relacionaban con Bardi eran:
 - a) Ricardo Cadim, que había estado con él en la casa de Aboler.
 - b) Gian Palloti, hijo de Andrea Palloti, que había sido ayuda de cámara de Aboler.
 - c) María Vendez, quien, posiblemente, se había convertido en la querida de Bardi en la época en que Elsie decidió abandonar a su esposo.
 - d) El otro hombre que estaba en Les Roches-Pins: Lodel.

- e) Elsie, quien no se sabía si vivía o estaba muerta. Y ...
- f) El hijo de Elsie.

Synat, al saber todo esto y enterarse de lo que le había ocurrido a George, reaccionó en forma parecida a la de Nicola.

—Lo ha hecho usted muy bien, pero no tiene por qué exponer el pellejo. Desde ahora en adelante contrataré a un profesional al que pagaré para que corra con todos los riesgos —declaró.

—¿Y para que se divierta él solo? Escuche, quiero encontrar a Bardi.

—¿Y qué hay acerca de Nicola? Ella no debe permanecer por más tiempo con usted.

—Trate de decirle eso mismo a ella. Ya lo hice yo, y ni siquiera quiso escucharme.

—Bien, pero, ¡por amor de Dios!, tenga usted cuidado. No sé, quizá yo deba insistir...

—Olvídelo.

Y George le colgó el teléfono antes de que el hombre pudiese expresar segundos pensamientos.

Al día siguiente, viernes, un día antes de que Ricardo Cadim debutase en el hotel de L'Empire, partieron con dirección a Annecy. Recordando el consejo de Aristide acerca de no alojarse en hoteles, George envió a Nicola a visitar a un agente de fincas mientras él se entretenía en alimentar a los cisnes del lago durante una hora. Nicola tenía que visitar algunos chalets y *bungalows* para alquilar uno de ellos cerca del lago.

La mayor parte de las viviendas estaban ya alquiladas, y de las pocas que quedaban Nicola alquiló para quince días la que le pareció más conveniente. Y partieron hacia ella a última hora de aquella misma tarde.

Estaba situada a unas dos millas al oeste del lago, y había sido descrita por el agente como propiedad que disponía de un «jardín florido y bellas vistas del lago». Lo cierto era que se trataba de un desvencijado cajón con cuatro habitaciones, desde ninguna de las cuales se veía el lago debido a una muralla de árboles a través de la cual se extendía un sendero hasta el borde del agua, donde —y ésta era otra de las características de la descripción hecha por el agente— un pequeño bote de remos estaba varado sobre la gravilla para el uso de los inquilinos más cercanos. No había jardín, sino un conjunto de hierbajos silvestres que crecían a su gusto alcanzando la altura de las ventanas en algunos lugares. Detrás de la casa había un garaje, y un camino que conducía hasta la carretera del lago situada a unas doscientas yardas de distancia. Cuando abrieron la puerta fueron saludados por el aroma del hinojo, y por dondequiera que se movían sentían el crujido de la arenilla bajo los pies.

George dijo:

—Nos servirá como base. Podemos soportarlo.

—Así tendrá que ser —replicó Nicola—. Ven a ver la cocina...

La muchacha abrió la puerta, y ambos temblaron ligeramente ante la suciedad que aparecía acumulada en el hueco llamado cocina. Al retirarse, Nicola añadió:

—Me he reservado el mejor dormitorio. Espero que no te importe mucho.

Y abrió la puerta del dormitorio principal para que George lo inspeccionase.

La estancia disponía de una cama metálica, mantas y unas cuantas sábanas de color amarillento apiladas sobre el somier, una litografía de Dante y Beatriz, un horrible armario de color amarillo, una coqueta del mismo color, y una silla con un desgarrón en el asiento de rejillas. Alguien había dejado allí abandonada una colección de tarjetas postales en color, guardadas en una caja de bombones, y un ejemplar en rústica de la novela de Moravia «Woman of Rome». Pero aun así, aquel dormitorio parecía tener muy poco ambiente para tumbarse perezosamente en el lecho, comer bombones y leer literatura pornográfica.

George dijo:

—Esta es la mejor habitación, por lo tanto ya no quiero ver la mía. Compartiré ésta contigo.

Nicola movió la cabeza negativamente.

—Habrás notado que la puerta tiene una llave en la cerradura. Esa fue una de las razones por la que elegí este cuarto.

—Bien, un suave puntapié en la puerta puede solucionar ese problema.

—Lo que debes hacer es seguir pensando en Ricardo Cadim.

George asió a Nicola por ambos brazos y la besó. Después de un momento, ella dijo:

—Y tus manos quietas. ¿Por qué tienes esa manía de apurar las cosas en todo momento? Veamos ahora si esta lancha hace agua o no, y luego me podrás llevar al hotel de L'Empire para invitarme a tomar algo.

Pero la barca hacía agua, y con terrible rapidez. Se dieron cuenta cuando se alejaron de la orilla unas diez yardas, y tuvieron que regresar apresuradamente antes de que se llenara del todo. George la dejó varada de nuevo en tierra para que la madera se hinchara y se cerraran las grietas, y así abandonaron el viaje hasta el hotel hasta el día siguiente. Pasearon por la orilla del lago durante una milla, hasta llegar a un restaurante donde cenaron *ombre Chevalier du lac*, que Nicola decidió era trucha, discutiendo con George, quien a su vez aseguraba que no lo era. En su opinión, se trataba de *salmo salvelinus* u otra cosa parecida, pero quemada. Cuando la discusión acabó y regresaban caminando al *bungalow*, George dijo:

—Como me has dicho que siguiera pensando en Ricardo Cadim, así lo hice. Tenemos que llegar hasta él y hacerle hablar. No siempre es sencillo hacer hablar a un hombre, pero algo que vi en el restaurante me ha dado una idea. Tenemos un *bungalow* agradable y tranquilo. Y cuando sea el momento oportuno... No sé por qué no hemos de hacerlo mañana a la noche, cuando haya terminado su espectáculo. Pero,

sobre todo, tú vas a estar muy ocupada mañana por la mañana mientras yo echo una ojeada a ese hotel.

Y a continuación comenzó a comunicarle exactamente lo que quería hiciese ella.

A las nueve en punto de la mañana siguiente, Nicola partió sola en el «Lancia». George bajó hasta el lugar donde estaba varado el bote y trabajó un rato hasta que lo vació totalmente de agua. Lo volvió a botar al lago y se alegró de comprobar que hacía muy poca agua.

Embarcó en él y comenzó a remar poco a poco.

El hotel de L'Empire estaba fuera de la ciudad, situado en la orilla oriental del lago. Era un edificio largo y bajo, de aspecto colonial, con un jardín grande que se extendía hasta la playa privada del hotel. En los terrenos del jardín había media docena de chalets que suplementaban los alojamientos del edificio principal. Era un lugar tranquilo, y de aspecto lujoso. George llevó el bote junto a la orilla y se acercó hasta el edificio principal para tomar un trago en el bar. No se sentía muy inclinado ahora hacia la aventura de entrar en hoteles, pero era un riesgo que no había más remedio que correr. Llevaba puestas gafas de sol y un sombrero panamá ya muy usado que había encontrado encima del aparador del *bungalow*. El bar, en forma de media luna, tenía las paredes cubiertas por tela de nilón oscura, casi de color negro, mobiliario rojo y aplicaciones de plata. El precio que le pidieron por una ginebra le hizo parpadear. Le sirvió un joven alto, ataviado con chaquetilla roja y botonadura de plata, que lanzó una mirada de desaprobación al viejo sombrero panamá cuando George se lo quitó.

Cuando George abonó su consumición, dejó sobre el platillo una generosa propina, y el joven que atendía el mostrador correspondió inmediatamente, empujando hacia él una pequeña fuente de china llena de aceitunas.

En un gran caballete situado cerca de la puerta había un gran cartel que anunciaba el cabaret del hotel. En su mayor parte estaba ocupado por una fotografía de monsieur Magique. George, sosteniendo su vaso de ginebra en la mano, caminó perezosamente hacia él. La fotografía mostraba a un hombre alto, delgado, con un rostro de líneas suaves y alta frente que ya había visto en la oficina de Laborde. Los cabellos estaban peinados muy tirantes hacia un lado de su casi calva cabeza. George recordó el *dossier* de Laborde: el sueldo incluía los servicios de un ayudante. Luego recorrió con rápida mirada los nombres de los demás artistas. Quizá Clea Albertine estaría allí... «Insegura. Bebe. Popular entre los hombres»... Pero tuvo una decepción. Era una lástima. Estaba seguro de que la mujer estaría clasificada como una de aquellas maravillosas muchachas de Aristide.

Regresó al bar, terminó la bebida y pidió otra, repitiendo su generosa propina al *barman*, al mismo tiempo que preguntaba en francés:

—¿Monsieur Magique? ¿Es bueno?

El *barman* asintió con un movimiento de cabeza, comenzó a sacar brillo a un vaso, y replicó en inglés:

—Fabuloso, señor.

—¿Se podrá conseguir una mesa para esta noche?

—Ciertamente..., si la reserva usted ahora. Cuando salga, ve usted al, *manager* del restaurante.

—¿Se aloja aquí monsieur Magique?

—Sí, monsieur.

George extrajo del bolsillo su pitillera. El *barman* aceptó un cigarrillo y dio fuego a. George para que encendiera primero el suyo. Luego repuso:

—Se aloja en uno de los chalets del jardín. En el que está cerca de la playa. Pero su ayudante tiene habitación en el hotel. Una muchacha rubia.

Guiñó un ojo a George, y añadió tras una ligera pausa de silencio:

—Cada vez que monsieur Magique viene a actuar aquí trae una ayudante diferente. Me parece que el hombre sufre una cantidad considerable de bajas al serrar por la mitad a sus ayudantes.

El *barman* sonrió y mostró dos dientes de oro.

George, un tanto, descuidado con el dinero de Synat, pidió otra ginebra, y un whisky para el *barman*. Este dijo que también prefería ginebra, y se sirvió una generosa ración con campari, y esta consumición, más la tercera propina, alcanzó una suma aproximadamente igual a la que George llevaba en el bolsillo. Pero el alcohol mantuvo hablando al *barman* durante largo rato.

Monsieur Magique poseía un «Bentley». Era un hombre de éxito. Por supuesto, siempre existía aquella broma de la ayudante, pero el *barman* dijo que no creía que realmente el artista sostuviese relaciones con ellas.

—¿Lo comprende usted, monsieur? Si no fuese así, ¿para qué iba a alojarse ella en el hotel?

Por otra parte añadió que estaba seguro de que monsieur Magique era así.

George le dejó, y al salir reservó una mesa al fondo del comedor para dos personas, dando un nombre supuesto. Al regresar a la playa para embarcar de nuevo en el bote, se fijó en el chalet que había mencionado el *barman*. Era de una sola planta, y estaba rodeado por una pequeña valla de madera. Sus ventanas principales estaban orientadas al lago. Una calzada de coches pavimentada de cemento se extendía hasta un garaje situado a un costado del chalet. Por la entreabierta puerta de éste sobresalía el imponente morro de un «Bentley» como si fuese la cabeza de una morena dormitando entre dos comidas.

George se alejó de la orilla remando, contemplando el chalet y el movimiento de los niños y bañistas, así como la playa, que en aquellos momentos se hallaba cubierta por multitud de quitasoles que desde lejos parecían hongos multicolores. Un profesor de natación estaba enseñando a nadar a algunos jóvenes, obligándoles a hacer una serie de ejercicios que a George le parecieron terriblemente exagerados.

Cuando llegó al *bungalow* encontró a Nicola, que le estaba esperando. Había comprado una botella de vino, un poco de fiambre y pan francés para almorzar, y lo había colocado todo sobre una pequeña mesa situada al nivel del lago.

—¿Los conseguiste? —interrogó George.

—¿Que si los conseguí? Hay seis en la cocina, y sé dónde conseguir un par más esta tarde. ¡Qué mañana, Dios mío! ¿Y qué has hecho tú?

—¡Oh!, lo pasé muy bien tomando un par de ginebras con el *barman* del hotel. Sí, lo pasé muy agradablemente.

—Bien; eso no está mal, ¿verdad? Supongo que como has vivido tanto tiempo entre salvajes has creído que las mujeres son las que han de hacer todo el trabajo.

—Bueno..., de eso habría mucho que hablar. De todas formas, cuando consigas los dos esta tarde podrás descansar y te sacaré esta noche a cenar, pero con una condición.

—¿Cuál?

—Que lleves contigo a esa preciosidad de «Walther» 22.

Media hora después de que George hubiese abandonado el hotel de L'Empire, un «Mercedes» blanco se detuvo frente al hotel. Gian al volante, y Bardi ocupando el asiento posterior. Gian aparcó el coche y luego se apeó, muy elegante, con *breeches* verdes y con la gorra de visera un tanto ladeada. Abrió la portezuela del vehículo a Antonio Bardi, y éste, sin sombrero, usando traje blanco de seda y bastón de ébano, se apeó con calma.

—Un trago, Gian, en su habitación, y pronto aquí de vuelta, ¿eh?

Y tras pronunciar estas palabras se alejó, rodeando el hotel, hacia los jardines. Gian le contempló en silencio, avanzó los labios con gesto de disgusto, y luego también él se alejó, aunque en otra dirección.

Bardi dio la vuelta al hotel y caminó sobre un estrecho sendero de cemento que se extendía hasta el chalet de Cadim. Al lado del porche del chalet había unos cuantos parterres de diversas flores, y Bardi escogió una pequeña rosa que luego insertó en el ojal de su blanca americana. Empujó la abierta puerta del chalet y penetró en el interior.

Había un pequeño vestíbulo con tres puertas. Bardi abrió la que se hallaba en el extremo más alejado del vestíbulo y penetró en el salón principal cuyas ventanas estaban orientadas a la playa y al lago. Una muchacha de aproximadamente veintitrés años estaba sentada en un gran diván leyendo un ejemplar de *Harper's Bazaar*. Era bonita, excepto su chata nariz que revelaba unas amplias ventanillas; estaba muy maquillada, y tanto las uñas de las manos como las de los pies aparecían perfectamente pulidas. Peinaba sus cabellos en forma parecida al estilo clásico griego, recogidos en la parte superior de la cabeza. Su vestido de verano, de escote muy bajo, mostraba excesiva carne de sus brazos, hombros y piernas. La muchacha

saltó como si le hubiese picado una víbora al ver entrar a Bardi. Daba la impresión de una criada a la que hubiese pillado *in fraganti* su señora pasándolo bien en la sala de estar de la casa.

Bardi colocó cuidadosamente su bastón sobre un aparador en el que había botellas y vasos, y dijo:

—Tina. Me alegro de verte de nuevo. ¿Está el «maestro» en casa?

—Por supuesto, monsieur; está descansando.

—Entonces dile que estoy aquí... y luego, pequeña Tina...

Y Bardi hizo una pausa para asir suavemente por un brazo a la muchacha, añadiendo:

—Te darás un paseo por el jardín durante un rato, ¿eh?

Tina sonrió y asintió con un movimiento de cabeza, hasta que la sonrisa se convirtió en una feliz carcajada cuando Bardi la rodeó con un brazo por la cintura y la besó suavemente.

—Monsieur..., por favor.

Bardi, sonriendo, la soltó. Había cierta nota ronca en la voz de la muchacha que le gustaba: algo triste, como si fuese un lejano eco de los barrios bajos y de ser humano criado en viviendas miserables. Pensó que debía buscar la oportunidad de conocerla mejor, pero tendría que ser sin el conocimiento de Ricardo. Este era hombre que se enfadaba terriblemente en cuanto las complicaciones tocaban a sus ayudantes. Era como una especie de gallina para ellas.

Bardi aplicó una cariñosa palmadita en las nalgas de la muchacha y dijo:

—Ve a decírselo. Y puede que algún día tú y yo... encontremos algún rato libre para cenar juntos, ¿te parece?

—Puede, monsieur.

La muchacha arrugó la nariz, mirándole y tratando de hacer un gesto de coquetería. Bardi deseaba que no lo hubiese hecho. La nariz era lo menos agraciado de aquella chica.

Tina se retiró, y Bardi se sirvió un whisky en el aparador mientras esperaba a Ricardo.

Momentos después entró Ricardo en la estancia con el ceño fruncido. Vestía unos pantalones de hilo azul pálido y una camisa amarilla de *sport* de cuyo bolsillo superior sobresalía la punta de un pañuelo negro; calzaba sandalias totalmente abiertas. Era el mismo hombre que aparecía en las fotografías, a no ser que personalmente parecía un poco más viejo, y, sus hombros, cuándo olvidaba enderezar el cuerpo, caían un poco hacia delante, como si en tal momento alguien le hubiese golpeado afectuosamente en las espaldas.

En tono agudo y casi petulante, dijo:

—Bardi, ya ha estado usted jugueteando con esa muchacha mía. ¡Oh, ya sé que desde hace tiempo piensa usted en ella! Pero se lo prohíbo; se lo prohíbo en absoluto.

Bardi movió la cabeza negativamente, al mismo tiempo que sonreía antes de contestar:

—No la he tocado para nada. Lo juro.

Ricardo avanzó ambos labios irónicamente y repuso:

—El rojo de sus labios estaba corrido. No puedo soportar una mujer con los labios desarreglados. Y tiene usted en la boca huellas de pintura de labios. Su aspecto es ridículo, Bardi. Y, de todas formas, ¿qué diablos hace usted aquí?

—Negocios —replicó Bardi lacónicamente, y cambiando el tono de voz en cuestión de segundos—: Siéntese y deje de hacer tanto ruido por esa pequeña ayudante suya. Si no quiere usted verla en la cama con alguien, debe usted acostarse cuanto antes con ella.

—Bardi, ya está bien. ¿Qué desea usted?

Ricardo tomó asiento en el sofá, y, mecánicamente apartó de su lado dos o tres cojines. Bardi encendió un cigarrillo habano y Ricardo frunció el entrecejo ante el aroma del tabaco.

Bardi replicó:

—Usted sabe que estoy teniendo dificultades con un cliente mío. Lo sabe, ¿no es así?

—Por supuesto. Laborde ha estado en contacto conmigo. Parece ser que se trata de un joven y una muchacha.

—Así es. Visitaron a Laborde para hacer indagaciones acerca de usted y de Elsie.

—¿Y quién es el cliente? Si averigua usted eso, amigo Bardi, inmediatamente podrá usted detener la cosa.

—No sé quién es. Y no creo que ahora sea necesario saberlo. Espero que ese joven ya haya sido tratado convenientemente. Fue capturado en el café Julio César esta semana, y al igual que muchos otros antes que él, ha terminado sus días en el Sena.

Ricardo alzó una mano e hizo un gesto como si quisiera alejar de sí algún pensamiento desagradable. Luego añadió:

—No me cuente detalles. Siempre los he odiado. ¡Pobre muchacho!

—Sí, un joven muy obstinado... Y no era ningún loco. Consiguió introducirse en una reunión de los Bianeri. Eso fue cosa bastante grave.

—Bueno..., no creo que lo sea en estos momentos, ¿no?

—Bien...

Bardi se acercó, caminando lentamente, hasta la ventana. La luz del sol se reflejaba fuertemente sobre el agua del lago. Tres muchachos jóvenes hacían bandear violentamente una de las embarcaciones a remo del hotel, logrando que poco a poco la embarcación se llenara de agua. Por fin la canoa se hundió bajo ellos y el aire se llenó de carcajadas de los muchachos.

—¿Qué le preocupa, Bardi?

—Realmente nada. Pero usted ya sabe que soy hombre precavido. Tengo que serlo. Todos tenemos que serlo. Ya hemos ajustado las cuentas con ese joven, pero estoy un poco extrañado por la actitud de la muchacha que le acompañaba. Ha desaparecido sin dejar rastro.

—¿Y qué espera usted que haga? ¡Pobre chica! Probablemente estaría medio muerta de pánico.

Bardi se echó a reír, y luego dijo:

—Usted se equivoca con esta gente, Ricardo. No tiene nada de pobre esa muchacha. Es una mujer muy competente, y es de las que conservan la sangre fría en todo momento. Fue la que rescató al joven en la playa de Pampelone, y no dudó un solo momento en disparar sobre Gian. Y, a propósito, Gian se está volviendo un poco inquieto, y creo que está llegando el momento de hacer algo con él. Vamos a tener dificultades por culpa de María.

—Eso, ciertamente, es muy molesto. ¿Y qué hay de esa otra muchacha?

—Exactamente esto. Normalmente, yo habría esperado a que ella se quedara en el hotel esperando a que el joven regresara. Ahora sabemos de qué hotel se trataba. La muchacha partió muy temprano por la mañana después de que hubiéramos dispuesto del joven. Y, que sepa Laborde, la chica no acudió a la policía a informar sobre la desaparición del muchacho. ¿Qué opina usted de eso?

—Unas cuantas cosas. Si él fuese un detective privado y ella su ayudante..., entonces ella podría haber comunicado con su agencia para recibir instrucciones. No podía acudir a la policía sin contar con el permiso de su cliente. Mientras tanto, ella cambió prudentemente de hotel. O quizá...

Ricardo Cadim se detuvo para mirar pensativamente a Bardi.

—¿O quizá qué...?

Bardi dio una gran chupada a su cigarro habano, cuyo azulado humo ascendió hasta el techo formando un gran anillo, para poco después acabar siendo arrastrado por el tiro de aire de la ventana.

—¡Oh, mi querido Bardi!..., algo salió mal en la técnica empleada en el café Julio César. Probablemente ese joven salió al. Sena, y, de una u otra forma, no se ahogó. Por lo tanto, ese muchacho aún representa un peligro potencial.

—Podría ser. De forma que es preciso no pasar nada por alto. Quiero que mantenga usted los ojos bien abiertos. Ya tiene usted una descripción de esa pareja: Nancy Marden y George Conway. Ingleses. Y, que sepamos, él no posee licencia inglesa policíaca como detective. Creo que ambos nombres son falsos.

Ricardo rió suavemente.

—Tiene usted un poco de manía con los nombres, Bardi. Es natural, al disponer de tantos para usted mismo... Está bien, vigilaré.

—Debe hacerlo. Podría ser usted el único eslabón directo con Elsie.

—¡Ah, Elsie..., sí!

Ricardo tomó del bolsillo de su camisa el pañuelo negro y se tocó suavemente con él la superficie de los labios. Luego añadió:

—Fue la única mujer que se le escapó a usted. Mi querido Bardi, las cosas a veces salen así. Todo lo que puedo decirle es esto. Los dos la amábamos en forma diferente. Y usted todavía la quiere, aunque le cueste trabajo admitirlo.

—¿Y usted?

—No pienso mucho en ella. Si no lo hiciera así llegaría a odiarle a usted. Todo lo que usted hizo era preciso hacerlo..., pero esa tragedia fue suya y no mía. Creo que no ha habido ninguna otra mujer que haya significado tanto para usted. Y la destruyó, porque de lo contrario ella le habría destruido a su vez. ¿Tengo razón?

—Puede ser. ¡Qué loca era!...; una loca que tenía demasiadas virtudes, y por eso era realmente espléndida.

Bardi se volvió y tomó el bastón de encima del aparador. Lo sostuvo entre ambas manos, apoyando durante un momento en sus labios, pensativamente, la empuñadura de plata, y luego se encogió de hombros al decir:

—Perdí algo, sí. Pero me queda mucho todavía, y sigo viviendo en la misma forma que elegí hace años. Solamente con usted, Ricardo, y por unos instantes, me permito ser un tanto sentimental. ¿Cenará usted conmigo después de la función de esta noche?

Ricardo se puso en pie, inclinando un tanto los hombros.

—No, mi querido Bardi, sabe usted que no lo haré. Después de la función quedo completamente agotado y no deseo más que volver aquí para escuchar un poco de música antes de acostarme. Pero, puesto que me doy cuenta del estado en que se encuentran sus nervios, puede usted invitar a Tina. Pero..., Bardi...

Y el tono de voz de Ricardo Cadim se hizo repentinamente duro al añadir tras una ligera pausa:

—... Solamente a cenar. No quiero que esa muchacha se haga ilusiones, y tampoco quiero cambiar nuevamente de ayudante. Usted no sabe bien lo molesto que resulta tener que estar enseñando continuamente a estas estúpidas. ¿Prometido?

Bardi asintió con un movimiento de cabeza y sonrió.

—Usted es un fanfarrón —murmuró.

—Algunas veces tengo que serlo con usted. Mañana almorzaremos juntos y hablaremos de negocios. Tengo unas cuantas cosas que comunicarle y que he recogido en las últimas semanas. Me refiero a esos informes, desagradables y sórdidos... Sí, sórdidos.

—¿Provechosos?

Ricardo extendió repentinamente sus manos y, en la derecha, como por milagro, apareció súbitamente un ramo de rosas. Se echó a reír ante la asombrosa complacencia de Bardi, y dijo:

—¡Cómo le gustan a usted estos trucos! Llévase estas flores, amigo Bardi... y use cualquiera de ellas en lugar de esa rosa que hace juego con sus ojos de una manera

auténticamente vulgar.

CAPÍTULO X

Durante la noche había dos funciones de cabaret en el hotel. George y Nicola atravesaron el lago remando a tiempo para cenar y presenciar la última función. Ya estaba todo muy oscuro cuando llegaron. George atracó la embarcación al lado de las otras del hotel, que estaban perfectamente alineadas en el pequeño embarcadero.

Se filtraba un poco de luz por entre las cortinas corridas del chalet de Cadim. Entraron en el hotel utilizando el paso del jardín. El comedor era grande y de forma circular, con el techo de cristal y en forma de cúpula, del que partía una iluminación de cambiantes colores. Cada mesa disponía de una pequeña lámpara con pantalla. El lugar daba la impresión de una inmensa cueva de altos techos llena de oscuras sombras que se movían de un lado a otro, y entre las cuales brillaba la plata de cubiertos y las blancas pecheras. Era un ambiente íntimo, en el que la gente hablaba en voz baja, y cuya atmósfera estaba cargada de humo de tabaco. Al parecer aquello era el sueño dorado de cualquier turista. *Hotel de L'Empire... Ses bars. Son cabaret. Sa cuisine. Sa plage. Son cadre féérique. Son golf miniature.*

Habían reservado una mesa, hábilmente escogida por George, situada bien al fondo de la amplia estancia, alejada del escenario, y parcialmente colocada en un pequeño hueco del muro, junto a una ventana. Eligieron el menú de dos cartas, cada una de ellas tan grande como la superficie de la mesa que ocupaban. Se consultaron mutuamente, y a continuación, como estaban muy lejos de sentir apetito, pidieron salmón ahumado y pollo frío con ensalada, petición que no produjo gran satisfacción en el camarero que había recibido ordenes de deshacerse cuanto antes del *brochette de rognons grillés à la provençale*.

Todavía estaban cenando cuando comenzó el espectáculo. Era realmente bueno: una *troupe* de cinco bailarinas que acabaron su actuación con una final *tableau vivan*; un cómico políglota que contaba chistes políticos y otros un tanto subidos de tono, pero con gracia; una negra delgada y vibrante, con una voz que hacía temblar la cúpula del salón; y luego el número principal, *monsieur Magique*, en compañía de una pequeña rubia, bien servida de senos, que no hacía más que dar vueltas alrededor del maestro, adoptando posturas exageradas, sin que por un solo momento abandonara su estereotipada sonrisa.

Ricardo Cadim, alto, vestido de frac, y con sus escasos cabellos peinados perfectamente sobre su calva cabeza, extendió ambas manos, para que le salieran inmediatamente de entre los dedos unos cuantos cigarrillos. Luego los arrojó al aire para convertirlos en el acto en una interminable serie de pañuelos de seda. A continuación arrojó también por encima de su cabeza el bastón que es complemento

del traje de etiqueta, el cual desapareció para reaparecer al cabo de un instante, cuando lo extrajo hábilmente del escote de su ayudante rubia; luego comenzó a verter vino de una garrafa en un vaso, sin que la garrafa se vaciara nunca, y sin que el vaso tampoco se llenara..., y después, con elegante movimiento de ambas manos, garrafa y vaso fueron arrojados asimismo al aire para convertirse automáticamente en dos blancas palomas que volaron alrededor de todo el salón, para acabar posándose obedientemente sobre los hombros de la rubia ayudante. Como número final, Ricardo Cadim colocó a la muchacha en un cajón alto, con forma de ataúd, con ambas manos ligadas por encima de la cabeza y los tobillos sujetos por fuertes ligaduras. Sé permitió a un espectador que subiera al escenario para comprobar las ligaduras que inmovilizaban a la muchacha, y ésta recompensó con un beso al cliente que se molestó en subir al escenario. Se cerró la tapa de la caja, y a continuación hizo girar todo el conjunto vertiginosamente. Monsieur Magique levantó una trampilla que había en la parte superior del cajón, introdujo la mano en el interior y extrajo, en forma que todo el mundo vio, el abrigo de noche que la muchacha había usado hasta entonces. Luego abrió la caja y mostró a la ayudante, que todavía se hallaba vestida con el mismo abrigo. La maniobra se repitió una y otra vez, y por la trampilla monsieur Magique no dejaba de extraer prendas de vestir: medias, combinaciones, bragas..., y cada vez que se abría la puerta, allí estaba la muchacha siempre totalmente vestida, con manos y tobillos perfectamente ligados. Luego, con la última prenda de ropa también salió un gran conjunto de brazaletes que antes había lucido la chica. Finalmente, y al compás de fuertes acordes de la orquesta, se abrió la tapa de la caja y quedó expuesta la muchacha, manos y tobillos libres, y totalmente desnuda, excepto la presencia de tres bellos girasoles con negro centro colocados en los tres lugares donde la moral exigía debían estar.

Cuando el espectáculo hubo terminado, George pensó: «Este es el hombre que ayudó a Nadia Temple en Hampstead y luego tomó fotografías del esposo muerto; éste era el amigo de Elsie; éste era el hombre que se hallaba metido hasta el cuello en un gran chantaje, y éste era el hombre, que podía saber dónde estaba Elsie, dónde se encontraba Bardi... Sí, aquel hombre de manos mágicas». Apartó una mano de encima de la mesa y tocó por encima el pequeño bulto de la «Walther» 22 hacía en el bolsillo de su americana de smoking. Sus dedos se crisparon sobre el arma al recordar la playa de Pampelone y a Laborde con la botella de «Rémy Martin» en la mano, y se dijo a sí mismo que monsieur Magique tendría que inventar algún nuevo truco si trataba de escapar de lo que le estaba destinado.

El espectáculo terminó, George llamó al camarero para pagar la factura, y, en compañía de Nicola, abandonó el salón para salir al jardín. Caminaron por el sendero que se extendía hasta la playa y luego tomaron asiento sobre una de las bandas de su bote, contemplando en silencio las oscuras ventanas del chalet de monsieur Magique.

Nicola dijo:

—¿Por qué un hombre con semejante talento ha de verse mezclado en una cosa tan odiosa como el chantaje?

George se encogió de hombros y replicó:

—Sólo Dios lo sabe...

—¿Crees que el plan saldrá bien?

—Confío en la señora Pinnock.

Pocos momentos después se encendió una luz tras las cortinas del chalet.

George dijo:

—Ya llegó la hora. Tú también vienes. La muchacha puede estar allí y podrás encargarte de ella con facilidad.

—¿No quieres tú hacer eso? —interrogó Nicola irónicamente.

—Siempre hay un momento adecuado para todas las cosas. Vamos.

Se acercaron hasta el chalet, rodeando el garaje, y luego caminaron sobre la hierba, dirigiéndose en línea recta hacia el porche. Una débil luz se hallaba encendida en este último y unas cuantas alevillas revoloteaban alrededor de la lámpara. La puerta no estaba cerrada con llave, y George la empujó suavemente para deslizarse en el interior seguido de Nicola. Al final del vestíbulo se hallaba una puerta entreabierta, por la cual se filtraba un poco de luz. George extrajo la pistola del bolsillo y avanzó.

La voz de un hombre, en el interior de la habitación estaba diciendo en aquel momento:

—Ahora, querida, ya sabes cómo prepararlo. Un vaso grande, tres dedos de «Noilly Prat», cuatro cubos de hielo, un chorrito de angostura y luego terminas de llenarlo con soda. Cuando hayas acabado puedes irte a esa cena... ¡Oh, querida, qué fatigado me encuentro! Te portaste muy bien, Tina. Has sido muy buena, sí, señor, muy buena. Como siempre. Pero procura reducir un poco esa sonrisa..., nada más que un poco. ¿Cómo estuve yo?

Se oyó el ruido del sifón y luego la voz de una muchacha que respondía en voz baja:

—¡Oh, maestro..., *magnifique!*

—Muy buena..., sí; te portaste muy bien...

Las palabras, de monsieur Magique sonaban ahora como el arrullo de una paloma.

George empujó la puerta y penetró en la estancia empuñando la pistola.

Ricardo Cadim se hallaba reclinado en el sofá. Se había cambiado ya de ropa y ahora vestía una americana de smoking. Tina se hallaba en pie junto al aparador con un gran vaso en la mano. Ante la presencia de George y Nicola tras él, dejó caer el vaso al suelo y la bebida salpicó todo el borde de su vestido de noche.

George dijo:

—Cuando monsieur Magique regrese ya le preparará usted otro vaso. Levántese, monsieur.

Muy lentamente, Ricardo Cadim se puso en pie, entornando los ojos momentáneamente; luego esbozó una ligera sonrisa.

—¡Oh, querida! —exclamó—. Creo que lo entiendo.

—Muy bien —replicó George—. Eso nos evitará presentaciones y perder el tiempo lamentablemente. ¿Va usted a acompañarme pacíficamente, o tendré que mostrarme un tanto rudo?

—No ocurrirá eso, al menos así lo espero. Odio las violencias.

Nicola dijo firmemente:

—Tina, dé media vuelta.

Tina dudó y Ricardo Cadim dijo:

—Haz lo que; te ordena la señorita, Tina. No vas a recibir ningún daño. ¿Es así?

Y Cadim miró inquisitivamente a George.

—Así es —replicó este último.

Nicola dio un paso hacia delante cuando Tina, muy confusa, le volvió la espalda. Nicola sostenía en la mano dos trozos de soga que había traído de la embarcación.

—Las manos atrás —ordenó a Tina.

Esta, obedientemente, colocó las manos tras su espalda, y Nicola comenzó a ligárselas.

—Tina es magnífica en eso de liberarse de cualquier ligadura —dijo Cadim irónicamente.

—Puede ser —dijo George—. Pero solamente necesitamos un poco de tiempo para remar en el lago. Voy a amordazarles. Comprenderá usted la necesidad de tal medida.

Ricardo Cadim se encogió de hombros y replicó:

—Está usted perdiendo el tiempo; pero veo que no podré convencerle de eso.

George tomó de encima del diván la bufanda de noche de Cadim, hizo dar a éste media vuelta, sin dejar de apuntarle con la pistola, y luego esperó a que Nicola terminara de atar los tobillos de Tina. Luego Nicola se acercó a Cadim y le amordazó perfectamente con la bufanda.

—La muchacha también —dijo George a Nicola, entregándole su propia bufanda.

Nicola hizo la misma operación con Tina, y luego le dio un suave empujón que le hizo caer sobre el sofá, desde el cual, y abriendo mucho los ojos, miró a las tres personas que quedaban en pie, haciéndolo con expresión de terrible desorientación, sin acabar de comprender lo que estaba ocurriendo.

George tomó a Cadim por un brazo y dijo:

—Camine...

Salieron al vestíbulo, que atravesaron lentamente, y luego al exterior, tomando la senda del jardín que conducía a la playa. La noche era magnífica, y el cielo estaba tachonado de estrellas; una ligera brisa rizaba su reflejo sobre las aguas del lago. George caminó asiendo a Cadim por un brazo, mientras que con la otra mano empuñaba la pistola dentro del bolsillo. Era ya tarde y no se veía a nadie por los

alrededores. A la derecha, hacia Annecy, el cielo se iluminaba brevemente por el paso de algún coche con los faros encendidos, y desde el hotel que ahora quedaba tras ellos, llegaba hasta sus oídos el ahogado sonido de la orquesta del salón.

Nicola dio un suave empujón a la barca, haciéndola avanzar más hacia el agua, y sosteniéndola para que Ricardo Cadim embarcara en ella. George entregó a Nicola la automática, y la muchacha ocupó un lugar en la proa, mientras que George tomaba los remos. Sin la menor prisa, los hundió en el agua y comenzó a bogar.

Cuando hubieron salido por la puerta principal del chalet, Antonio Bardi, que en aquel momento llegaba por el sendero del jardín para ir en busca de Tina, les vio por un instante, precisamente al pasar bajo la débil luz del porche. Más que otra cosa se había fijado inmediatamente en la chaqueta de smoking de Ricardo, e instintivamente se ocultó tras un grupo de adelfas. Desde allí vio cómo se dirigían a la playa. Si en aquel momento hubiese estado armado, el procedimiento a seguir habría sido bastante sencillo para él, pero no llevaba ninguna arma encima. Vio cómo la lancha desatraca y luego avanzaba hacia el Sur, dirigiéndose probablemente a la orilla occidental. Pero Bardi, armado o no, era hombre lo suficientemente prudente para no lanzarse a una acción imprudente.

Abandonó su refugio y atravesó el jardín, encaminando sus pasos hacia la puerta principal del hotel. El «Mercedes» blanco estaba aparcado bajo unos álamos que crecían a un lado del jardín. Gian se hallaba sentado ante el volante, fumando tranquilamente mientras escuchaba la radio en volumen moderado. Al ver a Bardi se apeó del vehículo.

Bardi dijo:

—Ven conmigo...

Bardi se volvió y retrocedió sobre sus pasos apresuradamente, siendo seguido por Gian. Atravesaron otra vez el jardín hasta llegar a la playa del hotel y al lugar donde se encontraban amarradas las embarcaciones de la casa. Bardi dijo:

—El hombre y la muchacha que estuvieron en St. Tropez acaban de llevarse a Ricardo. Toma una canoa y síguelos. Se han ido a la orilla occidental y aún no estarán muy lejos. Síguelos, pero sin que ellos te vean.

Gian asintió con un ligero movimiento de cabeza y comenzó a arrastrar una canoa hacia el agua. Ya hacía mucho tiempo que había dejado de asombrarse ante lo repentino de cualquier orden que pudiese recibir.

—Has de quedarte cerca de ellos todo el tiempo que te sea posible —añadió Bardi.

Sentado ya en el interior de la canoa, Gian preguntó:

—¿Y cuando sepa dónde están...?

—Regresas aquí y me lo comunicas. En el chalet.

—¿Y si hay dificultades o jaleo?

—No habrá nada de eso. No te verán.

Bardi dio media vuelta para alejarse de la playa, y Gian comenzó a remar.

Antonio Bardi recorrió una vez más el estrecho sendero del jardín y penetró en el vestíbulo del chalet. Había un teléfono sobre una pequeña mesita. Descolgó el receptor y pidió un número a la centralita. Segundos más tarde estaba hablando con Lodel, dándole asimismo instrucciones. Cuando hubo terminado colocó el auricular en su sitio y penetró en la sala de estar.

Tina estaba sentada sobre el sofá, y en aquellos momentos ya estaba a punto de liberarse de las ligaduras que sujetaban sus muñecas. Bardi le hizo una seña para que se detuviera. Se acercó apresuradamente al diván, tomó asiento a su lado y no tardó en liberarla de las ligaduras y de la bufanda que le amordazaba. Cuando Bardi terminó su labor de liberación, la muchacha dio un pequeño grito y él la rodeó con sus brazos, reteniéndola contra su pecho durante un momento.

Luego dijo:

—Había dos personas... ¿Eran un hombre y una mujer?

—Sí, monsieur; entraron aquí, y el hombre tenía una pistola en la mano...

—No te preocupes, muchacha. Nada va a sucederle al maestro. Ya he enviado a alguien tras él.

Bardi se puso en pie, se acercó hasta el aparador y sirvió un buen vaso de coñac con soda. Volvió al lado de la muchacha y le entregó el vaso, al mismo tiempo que su mirada recoma el cuerpo de la chica desde su rostro hasta los pies.

—Bebe esto —dijo—, y recuerda que lo que ha sucedido aquí esta noche no has de mencionarlo ante nadie. El maestro te dirá lo mismo cuando regrese.

Tina bebió el coñac tosiendo un poco, y Bardi golpeó suavemente sobre su espalda, dejando luego que su mano descansara sobre los desnudos hombros.

Cuando la muchacha terminó de beber, le dio una mano para ayudarla a ponerse en pie, retrocedió unos pasos y la contempló de arriba abajo.

—Eres muy bella —murmuró, mirando solamente a su cuerpo—, pero tu vestido se ha manchado. Ve al cuarto del maestro y límpialo con una esponja. Luego nos iremos a cenar.

La sostuvo por una mano y la acompañó hasta la puerta del vestíbulo. Allí, besándole suavemente las yemas de los dedos la dejó ir sola, viendo cómo Tina atravesaba el vestíbulo para dirigirse al dormitorio de Ricardo Cadim. Bardi permaneció inmóvil durante unos momentos, pensando primero en Ricardo, y luego en las dos personas que se lo habían llevado. No habría nada que hiciese hablar a Ricardo. Si había algo en el mundo que poseyera aquel hombre era precisamente una voluntad de acero. En cierta ocasión, durante la guerra, los alemanes le habían retenido durante unos días y no habían podido hacerle hablar. Dentro de aquel cuerpo alto y un tanto desgarrado, en el interior de aquella estructura un tanto afeminada, había un alma de acero bien templado.

Bardi suspiró hondo y se dirigió a la puerta del dormitorio de Ricardo Cadim, dándose perfecta cuenta de la emoción que experimentaba en su interior, porque aquéllos eran los momentos que lo sacaban fuera de sí y le proporcionaban ansias de vivir. Tina se había quitado el vestido, lo tenía extendido sobre la cama y estaba limpiando el borde del mismo con un paño húmedo...

Se hallaban en el pequeño comedor del *bungalow*. Ricardo Cadim, sentado ante la mesa redonda del comedor, con ambos codos apoyados sobre la brillante superficie de nogal y con la mirada fija en un jarrón que contenía flores artificiales, con los labios avanzados como si la presencia de aquellas flores de plástico constituyera para él una terrible afrenta. Afortunadamente para su sentido estético, y debido a la posición que ocupaba ante la mesa, no podía ver el cuadro que colgaba sobre la chimenea: una vista del lago y Annecy, sin duda pintada por algún mal aficionado.

George se hallaba en pie más allá de la mesa, junto a la ventana, mirando a Cadim. Nicola estaba detrás del hombre, junto a la pequeña puerta de servicio que daba a la cocina.

George dijo:

—La situación es muy sencilla. Una tal señora Pinnock me ha pedido que busque a su hija Elsie. Quiero, pues, que usted me responda a unas cuantas preguntas. En lo que a mí respecta, en cuanto haya contestado podrá regresar tranquilamente a su hotel.

Los ojos de Cadim fueron desde las flores al rostro de George y adujo:

—¿Por qué no pudo hacerme esas mismas preguntas en el hotel y en forma realmente civilizada? Mire...

Y Cadim alzó su brazo derecho, añadiendo:

—... estoy cubierto de porquería de esa barca...

—No lo hice porque no creo que usted hubiese respondido libremente allí a tales preguntas —replicó George.

—¿Y cree usted que voy a responder aquí, después de esta estúpida comedia, que no tiene el menor sentido?

—Sí.

—Entonces me temo que le voy a decepcionar. No conozco a nadie que se llame Elsie Pinnock.

—¿Está usted seguro?

—Absolutamente.

George movió la cabeza dubitativamente y añadió:

—No le va a convenir mentir...

Y tras pronunciar estas últimas palabras, hizo una seña a Nicola, y cuando Cadim se volvió para mirar a la muchacha, George continuó:

—Procure mantener los ojos bien abiertos y piense bien en lo que le estoy diciendo. Veamos: usted y Elsie, creo que su nombre artístico era O’Neil en aquellos días..., a menudo trabajaron juntos. En Inglaterra y en el extranjero. ¿Es así?

—No. No conozco a nadie que se llame así.

Detrás de Cadim, Nicola que se había deslizado en la cocina, regresó, y tranquilamente dejó en el suelo, un poco alejado de la mesa, un gran gato negro.

—¿Y tampoco llegó a conocer usted a su madre..., Grace Pinnock?

—No.

George sonrió.

—Es curioso. Ella dice que habló con usted dos o tres veces. No recuerda muchas Cosas acerca de usted..., excepto un detalle particular. Mire usted hacia atrás.

Ricardo Cadim se volvió lentamente; vio a Nicola, y luego al gato. El animal avanzó hacia la chimenea y comenzó a frotar su cabeza contra uno de los barrotes del guardafuegos. Cuando el gato pasó cerca de Cadim, éste se puso rígido y se echó hacia atrás.

—No le comprendo —murmuró, contrayendo las aletas de la nariz.

—¡Oh, sí que me entiende! La madre de Elsie recordaba perfectamente que usted no soportaba a los gatos. Que le producían a usted un asma terrible. Este es un gato negro, un magnífico gato negro que da mala suerte de acuerdo con la superstición popular. No hemos sido capaces de conseguirlos todos negros. Pero ahí, en la cocina, hay siete más de todos los tamaños y colores. Y van a entrar aquí uno por uno, hasta que su memoria mejore, amigo Cadim. Ahora, volvamos a Elsie. Ustedes trabajaron juntos a veces... y no me cabe la menor duda de que era una buena ayudante: al menos con más carácter y mejor aspecto que la que tiene ahora. Pero entonces Elsie contrajo matrimonio con un hombre llamado Tony Longo. ¿Le recuerda usted?

Cadim se puso en pie, retiró su silla, y comenzó a respirar en forma mecánica, casi estudiada.

—No sé de lo que está usted hablando —dijo.

—Ya lo sabrá —replicó George, haciendo otra seña a Nicola.

Otro gran gato penetró en la sala de estar. Esta vez se trataba de un animal de los llamados romanos, muy moteado. Lanzó un maullido de protesta y luego correteó por la sala hasta saltar sobre el respaldo de un sillón, junto a la ventana. Una vez situado cómodamente inició una cuidadosa operación de limpieza. Cadim volvió el rostro hacia otra parte para no ver al gato y, súbitamente, sus manos se crisparon sobre el borde de la mesa, mostrando los nudillos blancos por el esfuerzo que estaba haciendo.

—Tony Longo —insistió George—. Ese era su nombre. Pero tenía otros. Escorpión, Antonio Bardi... Se casaron; pero Elsie dejó luego a su marido. Usted conoce todo esto, por supuesto. ¿Verdad que ella le dejó? ¿Sabe usted por qué?

Ricardo Cadim movió la cabeza negativamente, y luego, aguantando la respiración como si estuviera firmemente decidido a no respirar más, dijo casi en voz baja:

—Por favor, abandone ya esta comedia absurda...

—No hay aquí nada de absurdo. Elsie dejó a su marido y se llevó a su hijo con ella. ¿Dónde está Elsie ahora? ¿Y qué nombre usaba su marido cuando ella le dejó?

—No sé nada —dijo Cadim.

George hizo una seña por tercera vez a Nicola.

Esta trajo otro gato a la sala de estar, un enorme animal blanco de orejas arañadas a causa de las peleas, y manchas grises en su piel que deslucían el color blanco. El animal también se acercó a la chimenea, lanzó un violento zarpazo contra el gato negro, y luego se tumbó boca arriba, frotándose la cabeza contra la alfombra y maullando suavemente.

Ricardo Cadim exhaló un profundo suspiro cuando ya no pudo aguantar más la respiración. El color había desaparecido de su rostro.

—Usted sabe todo cuanto se relaciona con Elsie —insistió George tercamente.

No le agradaba nada lo que estaba haciendo, pero no le quedaba otro remedio. Y para seguir adelante le servía de gran ayuda el recuerdo de Laborde en el café Julio César llenando una y otra vez su vaso con coñac.

—Quiero saber dónde está Elsie. Quiero saber dónde puedo encontrar a Bardi. Usted puede contestarme a estas dos cosas. Usted conoció a Elsie cuando ella solía visitar la casa de Aboler en Suiza. Y usted conoció a Bardi cuando él también acostumbraba a ir allí en compañía de su querida, una tal María Vendez. Ahora..., vamos, no sea estúpido.

Cadim se llevó una mano a la garganta y se aflojó el lazo y luego hizo lo mismo con el cuello de la camisa. A continuación su cabeza cayó hacia delante repentinamente, y emitió un prolongado lamento cuando trató de llenar de aire sus pulmones. Mediante un esfuerzo realmente desesperado comenzó a ponerse en pie.

George se acercó a él y le obligó a tomar asiento en la silla.

—Siéntese ahí... y hable.

La cabeza de Cadim cayó hacia atrás y su boca se abrió un poco al murmurar ahogadamente:

—¡Maldito sea usted...!

George dijo:

—Comience usted a cantar y le llevaré a otra habitación.

Y al pronunciar estas palabras hizo otra seña a Nicola. Esta dudó un momento, pero George insistió.

Otro gato entró en la estancia. Se trataba de un animal de cuerpo largo y delgado, con aspecto de estar medio muerto de hambre. Se movió nerviosamente bajo la mesa, y por fin se echó sobre el suelo.

—Elsie —dijo George—. Elsie y su hijo, ¿dónde están? ¿Dónde puedo encontrar a Bardi o Longo? Si ahora mismo no puede usted hablar dé un puñetazo sobre la mesa y le llevaré a otra habitación.

Los hombros de Cadim subían y bajaban como si fueran parte de una gran bomba que intentara suministrar a sus pulmones un aire que no existía. Dejó caer la cabeza sobre el pecho y unos ruidos extraños surgieron de su garganta al tratar de respirar.

—Se morirá —dijo Nicola—. George..., no debes hacerlo...

—No morirá. Ya he visto antes de ahora a gente con asma.

Extendió una mano y agitó a Cadim por un hombro, añadiendo firmemente:

—¡Diga que hablará!

Lentamente, Cadim alzó la cabeza e hizo un poderoso esfuerzo para abrir los ojos. Cuando lo consiguió, con un súbito movimiento del cuello, escupió hacia George.

—Si ésa es la forma en que desea actuar.

El rostro de George había palidecido de ira. Se inclinó para recoger el gato negro del suelo y luego lo colocó sobre la mesa, delante de Cadim. El gato se debatió durante un momento; el jarrón de las flores artificiales cayó, y por fin el animal permaneció inmóvil, casi encogido bajo la enorme mano de George. El gato miraba fijamente a Cadim.

Durante un instante, Cadim también miró al animal, y luego, con gran esfuerzo, trató de volver la cabeza hacia otro lado, abriendo mucho la boca, al mismo tiempo que el aire resonaba en su garganta por efecto del esfuerzo que se veía obligado a hacer para respirar.

—Elsie Pinnock..., ¿dónde está?

George sostuvo la cabeza del hombre. El cuerpo de Cadim comenzó a oscilar y George tuvo que inclinarse un tanto para sostenerle.

—Elsie Pinnock. ¿Dónde está? —continuó insistiendo George—. ¿No me oye? ¿Dónde está esa mujer? Todo lo que tiene usted que hacer es decir que sí con la cabeza y le sacaré de aquí.

Cadim tenía la cabeza echada hacia atrás, y cerraba los ojos al mismo tiempo que su garganta seguía produciendo ruidos extraños. Hubo un momento en que George creyó que el hombre iba a perder el conocimiento antes de que pudiera sacarle algo. Entonces Cadim abrió nuevamente los ojos y con la cabeza hizo un leve gesto de afirmación.

—Échame una mano —dijo George a Nicola.

La muchacha se acercó a él, y entre los dos pusieron en pie a Ricardo Cadim, arrastrándole hasta el pequeño vestíbulo. Le dejaron sentado en una silla de lona, y George se volvió para cerrar la puerta del comedor.

—Abre la puerta principal —dijo George a continuación—. Se repondrá rápidamente con el aire de la noche.

Nicola caminó hasta la puerta y la abrió de par en par. George fue hasta la cocina y regresó con un vaso de agua. Luego esperó un momento delante de Cadim.

Lentamente, el hombre comenzó a volver en sí, como si acabaran de ponerle una inyección milagrosa. Cesaron los ruidos de su garganta, y asimismo se detuvo el movimiento de los hombros. Se echó hacia atrás durante un momento, como si

repentinamente cayese profundamente dormido, con la cabeza echada hacia atrás, los ojos cerrados y los músculos del cuello en tensión. George se inclinó hacia delante, le sostuvo por la barbilla y le hizo beber un poco de agua fría. Cadim se agitó, el agua resbaló por su mentón, y luego alzó una mano para separar lentamente el vaso de agua que George sostenía apoyado en sus labios.

Al cabo de un cuarto de hora el hombre se inclinaba hacia delante, apoyando los codos en las rodillas. Su respiración comenzaba a ser perfectamente normal. A través de la puerta abierta se escuchó el canto de un ruiseñor entre los árboles del lago y el aire penetró a ráfagas frescas y perfumadas.

George y Nicola esperaron. Poco a poco, la cabeza de Cadim fue alzándose. Sin pronunciar una sola palabra, tomó un pañuelo del bolsillo superior de su chaqueta y se jugó la barbilla y los labios.

George dijo:

—Los gatos todavía están ahí. Si trata usted de evadir cualquier pregunta, volveré a meterle ahí dentro. ¿Está eso entendido? No me dejaré intimidar una vez más.

—Eso imagino yo también —murmuró Cadim en voz baja, sin que en su tono hubiese la menor nota de resistencia.

—Entonces —replicó George— volvamos a Elsie. ¿La conoció usted?

—Sí —replicó Cadim en tono amargo—. La conocí. Trabajamos juntos muchas veces hasta que se casó.

—¿Con Longo?

—Sí.

—Quien ahora es Bardi, ¿verdad?

—Sí.

—Y luego ella le abandonó... ¿Por qué?

—A causa de sus infidelidades.

—¿Fue ésa la única razón?

—Sí.

—No lo creo yo así. Recuerde que me costará solamente unos segundos de tiempo volver a meterle en esa habitación. Así que, para refrescarle la memoria, debe saber que estoy enterado de todo cuanto se refiere a los Bianeri.

La cabeza de Cadim osciló un poco, y el hombre miró a George. Luego se humedeció los labios con la punta de la lengua.

—Es usted un joven extraordinario, ¿verdad? —dijo—. Pero creo que se está metiendo en dificultades muy gordas.

—Ciñámonos a Elsie. ¿Por qué abandonó a Bardi?

—A causa de sus otras mujeres; pero principalmente porque ella averiguó la forma en que él hacía el dinero, y...

Repentinamente, eh el hombre pareció estallar un segundo de cruda sinceridad, al añadir tras una ligera pausa:

—... Porque ella era una mujer demasiado honorable y decente para tolerarle. Le concedió la oportunidad de reformarse, rogándole que restituyera el dinero a sus dueños, o de lo contrario la perdería a ella.

—Comprendo. ¿Y Bardi no fue capaz de elegir adecuadamente?

—No. Para él era imposible cambiar.

—Entonces, ¿qué fue de Elsie y del niño?

Cadim guardó silencio durante un momento, y luego, frotándose las largas manos, murmuró sin mirar a George ni a Nicola:

—Él no estaba preparado para perder al chico. No crea usted que es un hombre que carece por completo de sentimientos. El niño lo es todo para él. Y, además, amaba a Elsie. Todavía la ama. Pero él deseaba al niño. Y por eso se lo arrebató. Esto ocurrió hace muchos años. El muchacho tiene ahora catorce.

—¿Y Elsie consintió que su marido se llevara al chico?

—No tenía otra opción. Él ya no podía confiar en Elsie, por miedo a que algún día le denunciara. Y así... se deshizo de ella.

—¿Cómo?

Las manos de Cadim ascendieron hasta su cuello, y, con gran cuidado y precisión, comenzaron a rehacer el nudo del lazo. Lo hizo con rápidos movimientos de sus ágiles y diestros dedos, que súbitamente recordaron a George que aquel hombre era Monsieur Magique. Una vez bien anudado el lazo, Cadim sacudió suavemente con ambas manos las solapas de su chaqueta de smoking. Aunque estaba íntimamente relacionado con los Bianeri, con Bardi y con las operaciones de chantaje, George hallaba difícil catalogarle. Era curioso, pero aunque nada más fuese por el tono de su voz al hablar de Elsie..., había cierta cualidad en aquel individuo que merecía respeto.

—¿Cómo? —repitió George.

Cadim dijo:

—Usted desea algo más que buscar a Elsie en nombre de la señora Pinnock, ¿verdad? Lo que más le interesa, quizá, es la otra parte del problema..., los Bianeri y el chantaje, ¿no es así?

—Soy yo el que hace aquí las preguntas —replicó George secamente—. ¿Qué le sucedió a Elsie? No me diga que su marido la mató.

—No sea loco —contestó Cadim, esbozando una sonrisa—. Bardi la amaba. Pero tenía que estar seguro de que ella, al alejarse de él, nunca hablaría más de la cuenta. Y por ello la envió a una clínica para enfermos mentales... ¡Pobre Elsie!

—¿Quiere usted decir que Bardi la encerró en alguna parte, en algún lugar donde nunca careciese de nada?

—Eso es exactamente lo que quiero decir.

—¿Y usted permitió se hiciera eso? Usted sentía algo hacia ella, ¿verdad?

—Desde luego —replicó Cadim casi orgullosamente—. Yo me opuse. Pero como Elsie no quería hacer ninguna promesa, fue lo único que en tal caso se podía hacer. Sé

lo que está usted pensando, monsieur. ¿Cómo pude consentirlo? Pero esa misma pregunta me la hice yo muchas veces. ¿Cómo pude consentirlo? Pero lo hice, y la respuesta es muy simple y muy fea. Yo también tenía que protegerme, al igual que Bardi. Mi amor hacia ella, que era muy diferente al de su esposo, no era lo suficientemente fuerte como para arriesgarme a exponer mi seguridad personal. En este momento le estoy odiando a usted por recordarme todo esto.

—Entonces tendrá usted que seguir odiándome un poco más. Quiero saber dónde puedo encontrar a Elsie, y dónde puedo encontrar a Bardi.

—Eso no se lo puedo decir.

George movió la cabeza y replicó:

—No sea estúpido. ¿Quiere volver a esa habitación?

—No puedo decírselo. ¿Es que no tiene bastante, por amor de Dios?

Y al pronunciar estas últimas palabras, Cadim alzó la voz en tono agudo con una nota de pánico.

—Quiero saber más cosas..., y usted me las va a decir.

—Por favor..., monsieur. Me está usted pidiendo que me destruya a mí mismo.

—Me importa tres cominos lo que puede sucederle a usted —dijo George brutalmente—. Elsie está encerrada en alguna parte; mejor dicho, lleva encerrada desde hace más de diez años. Y la gente está siendo víctima de un chantaje a gran escala, y sus vidas están constantemente amargadas por culpa de usted y de Bardi. ¿Qué quiere que haga? ¿Llorar por usted y por Bardi? Le repito que no me interesa en absoluto lo que pueda ocurrirle a usted, porque nada de cuanto pueda sucederle sería suficiente... Ahora, o habla usted rápido o le meto ahí dentro con todos esos gatos. Y esta vez no tendré la menor prisa en sacarle de ahí.

—George, por favor —dijo Nicola, apoyando una mano sobre un brazo de George.

Este la apartó hacia un lado y dijo:

—No te compadezcas de él. Es tan malo como los demás. Y, por encima de todo, quiero que hable.

George dio un paso hacia delante, asió a Cadim por ambos brazos y casi gritó:

—¡Le doy cinco segundos para que elija!

En aquel momento, una voz desde la puerta ordenó:

—Aparte las manos de Ricardo Cadim y vuélvase muy despacio.

Los ojos de Cadim se cerraron, y el hombre exhaló un profundo suspiro de alivio. Lentamente, George le soltó y dio media vuelta.

—Está bien —dijo la voz—. Mantenga sus manos bien a la vista. Ricardo, encárgate de él.

Tras él, George oyó cómo Cadim se movía, y luego notó cómo un par de manos le palpaban sus costados. Una de ellas se introdujo en el bolsillo y se hizo cargo de la «Walther».

—Perfecto.

Esta vez acababa de hablar un hombre que se hallaba en pie en el vestíbulo y al que George nunca había visto antes. Era alto, como de unos cincuenta y tantos años bien llevados, vestido con smoking. Las líneas de sus facciones eran de traza fuerte; estaba muy tostado por el sol, poseía ojos azules y rientes, y peinaba los cabellos cubriéndole parte de las orejas. Permanecía en pie, con enorme calma, las manos introducidas en los bolsillos de su americana blanca. Tras él, y a cada lado, había dos hombres a los que George reconoció en seguida. Uno era Gian, vestido con el uniforme de chófer, y el otro era Lodel.

George dejó caer ambas manos sobre sus costados y calculó la situación: detrás de él estaba Cadim con una pistola; Nicola se hallaba de espaldas a la pared del vestíbulo, y Gian y el otro hombre también empuñaban sendas pistolas. «No había forma, por el momento, de salir bien del trance», pensó.

—Supongo que usted será Bardi, ¿no es así? —sugirió con gran calma.

El hombre sonrió y asintió con un movimiento de cabeza, al mismo tiempo que decía:

—No existe inconveniente en que usted lo sepa. Sí. Y ahora haga el favor de acercarse a esa pared, junto a la señorita; vuélvase y pongan la manos tras la espalda.

Con formidable calma, George avanzó hasta el lugar donde se encontraba Nicola, y, cuando ambos se volvieron de cara a la pared, George apoyó brevemente una mano sobre un brazo de la muchacha para darle confianza.

CAPÍTULO XI

La estancia era circular, de unos diez pies de altura y con una luz que brillaba en el techo tras un fuerte enrejado de hierro. Las paredes y la parte interior de la puerta estaban tapizadas con gruesa lona que cubría un espeso relleno. Aproximadamente a la altura del hombro había en la puerta un pequeño panel deslizante que se hacía funcionar desde el exterior. Frente a la puerta, y a una distancia aproximada de doce pies, la pared se había construido de tal modo que formaba una especie de plataforma en la que había un jergón encajado en el cemento para que sirviera de cama. A un lado del lecho había unos estantes de cemento, y sobre ellos unas cuantas revistas ilustradas. No había nada más en la estancia, excepto una fina alfombrilla bien sujeta al suelo y que se extendía desde la misma puerta hasta la cama.

A las seis en punto se deslizó el panel de la puerta, ésta se abrió y Lodel entró en compañía de otro hombre. Durante un momento, ambos permanecieron de pie en el umbral; Lodel con una pesada cachiporra en la mano. El otro hombre estaba vestido con una larga bata, blanca en la que se destacaban las iniciales E. S. sobre el bolsillo del pecho. Más tarde George iba a saber que estas iniciales pertenecían a «Etablissement Samonix».

El hombre dijo en inglés:

—Los servicios están al fondo del corredor, monsieur.

Lodel se quedó a un lado de la puerta en el interior, y el hombre salió de la estancia detrás de George. Este descendió seis escalones hasta un pasillo pintado de blanco que carecía de ventanas —advirtiéndole que al final del pasillo había otro tramo de escaleras—, hasta que llegó a un lavabo. Entraron; la puerta fue cerrada con llave, y Lodel apoyó su espalda sobre ella sin pronunciar una sola palabra. El hombre preparó toallas, jabón y una maquinilla eléctrica.

George inició su aseo de la mañana sin que entre los otros dos hombres se cruzara ni una sola palabra. Los retretes le recordaron los del colegio. Carecían de tablas para sentarse.

Al cabo de un rato fue nuevamente conducido a su habitación y le encerraron con llave. El desayuno llegó a las ocho de la mañana. El hombre de la bata blanca lo llevó en una bandeja, que luego colocó sobre una de las estanterías de cemento. Lodel, como siempre, se quedó a un lado de la puerta, sin que en su rostro se exteriorizase la menor emoción, y adoptando la actitud del hombre que había hecho aquello durante toda su vida y ya estaba aburrido de semejante ritual. No se habló ni una sola palabra. Él y Nicola habían sido llevados allí desde el *bungalow* del hotel en una ambulancia

privada que había aparcado a poca distancia del camino que iba desde la carretera al *bungalow*.

Con las manos bien atadas, habían sido encerrados en el interior del vehículo en compañía de Lodel. El «Mercedes» blanco, con Bardi y Ricardo Cadim, había partido antes que ellos. Ni Bardi ni Cadim les habían dicho nada. George suponía que tanto el «Lancia» como el resto de sus pertenencias seguirían en el *bungalow* por el que habían pagado una quincena adelantada. La única cosa que sabían era que Gian se había deshecho inmediatamente de todos los gatos. Nicola había preguntado por ello al bajar de la ambulancia, y Gian le dijo que por el momento los había dejado en libertad. Al decir esto, en los ojos de Gian había brillado una chispa de diversión.

George no pudo en ningún momento ver nada de aquel establecimiento ya que la ambulancia había penetrado en un garaje situado bajo el edificio. Nicola quedó en aquellos momentos bajo la custodia de Gian y de otro hombre de bata blanca, y a él le habían trasladado inmediatamente a aquella especie de celda.

El desayuno era bueno: dos huevos fritos, panecillos y café. Antes de que el hombre de la bata y Lodel regresaran para llevarse la bandeja, George tomó de encima el pequeño cuchillo romo de la mantequilla y lo ocultó entre las páginas de una revista que dejó en el suelo, junto a la cama.

Cuando llegó el hombre de la bata echó una ojeada alrededor de la celda, y en seguida dijo:

—Se ha quedado usted con el cuchillo de la mantequilla, monsieur. Por favor...

Y esperó sosteniendo la bandeja con ambas manos.

George replicó:

—No había cuchillo de mantequilla. Usé el otro.

El hombre dijo algo en francés a Lodel.

Lodel saltó con sorprendente rapidez y golpeó con la cachiporra sobre uno de los hombros de George:

—El cuchillo —dijo Lodel.

George se tambaleó por efecto del tremendo golpe. Luego, encogiéndose de hombros, dio un puntapié a la revista que estaba en el suelo, empujándola hacia los dos hombres, y el cuchillo salió rodando.

—Por favor, no vuelva a hacer tonterías —dijo el hombre de la bata con un tono de voz más de tristeza que de indignación.

A las diez en punto la puerta volvió a abrirse, y Lodel y Bardi entraron. Lodel permaneció en el interior de la celda con la espalda apoyada en la puerta. Esta vez llevaba una pistola que sostenía firmemente en la mano.

Bardi vestía traje azul oscuro y corbata del mismo color. El blanco de su camisa era casi cegador, y el hombre parecía disfrutar de tremenda confianza en sí mismo. Toda su persona despedía un suave aroma a colonia de baño.

Se mantuvo a unas cuantas yardas de distancia de George, y le hizo una seña para que tomara asiento en el lecho. George así lo hizo, y a continuación encendió un

cigarrillo. Le habían dejado encima todas sus pertenencias, excepto su pequeña navaja y las llaves de Ernst.

George dijo:

—Desde hace tiempo llevo esperando este momento. Siento que no estemos solos. Pero no pierdo la esperanza de que ese día llegará.

Bardi sonrió y asintió con un movimiento de cabeza.

—Lo comprendo —dijo—. Evidentemente, usted es un hombre que no abandona las esperanzas con facilidad. Esa es la razón de que esté aquí, y no en una de las habitaciones corrientes como la señorita Marden..., si ése es su verdadero nombre.

—Usted tiene mucha experiencia con los nombres. ¿Cómo se encuentra esta mañana mi amigo Cadim?

—Completamente recuperado. Está en Annecy y terminará allí su actuación de la semana antes de tomarse unas vacaciones. Es curioso, pero ya le ha olvidado a usted.

—Tengo la impresión de que Ricardo Cadim es mucho más hombre que usted. Y dígame: ¿esta charla también forma parte del tratamiento de cada mañana?

—No. No me volverá a ver más después de esta mañana. Solamente quería hablar con usted y aclarar algunos puntos. Usted por supuesto, no tendrá ni la menor idea de dónde se encuentra, ¿verdad?

—Estamos a una hora de distancia de Annecy. Digamos unas cuarenta millas como máximo, y recuerdo que la ambulancia subió algunos repechos.

Bardi asintió y extrajo de un bolsillo una pitillera. Seleccionó y preparó un gran cigarro habano, y, tras haberlo encendido, dijo:

—Este es el «Etablissement Samonix», sanatorio y aguas termales, establecimiento privado con el cual, oficialmente, no estoy relacionado en absoluto. Sin embargo..., como siempre me gusta cuidar a la gente que trabaja para mí..., también es lugar de convalecencia para los Bianeri. Aun cuando usted lograra irse de aquí, cosa que no podrá hacer, cualquier investigación tropezaría con un muro de las más convincentes mentiras. Sin embargo, ésta no es la cuestión. Mi principal preocupación por el momento es saber para quién trabaja usted. Y, por favor, no me diga que es para la señora Pinnock.

—No intento decirle nada.

—Eso también lo imagino. Pero si se niega a cambiar de idea, debo decirle que dentro de unos pocos días la señorita Marden me lo habrá dicho todo.

George le miró, anhelando más que nada en el mundo ponerle las manos encima. No valía la pena decir nada al hombre acerca de Nicola ni de rogar por ella.

Bardi añadió:

—¿Está usted preocupado?

—Ella es muy capaz de cuidarse a sí misma.

—Puede ser; pero no después de unos cuantos días de tratamiento... nada desagradable, por supuesto. Pero después de esos días de tratamiento con las más adecuadas drogas ya no sabrá lo que está diciendo. En realidad se sentirá muy feliz de

decir la verdad. Usted podría ahorrarnos todas estas molestias, y a ella también, desde luego.

—¡Puede usted irse al infierno!

—Muy bien. Una vez ella hable y yo sepa quién es su cliente, entonces, y no le quepa la menor duda de ello, yo podré liquidar esta fuente de información. Pero hasta que hable la señorita le tendré a usted aquí como mi última alternativa para llegar a la verdad. Algunas personas, se lo aseguro sinceramente, se han derrumbado totalmente bajo el intensivo tratamiento de drogas que será necesario aplicar.

George se puso en pie de un salto y Bardi retrocedió dos pasos. Lodel se acercó a él con la pistola preparada.

George volvió a tomar asiento en la cama. Por supuesto, el hombre podría estar mintiendo al hablar de drogas. Todo aquello podría ser simplemente un truco para hacerle hablar a él.

Al cabo de unos segundos dijo:

—Tráigame aquí a la señorita. Si delante de mí me pide que hable, así lo haré.

Bardi movió la cabeza negativamente.

—Por desgracia, y por el momento, ella se está portando tan tercamente como usted. Sería perder el tiempo. Pero más tarde ya pensaremos en eso.

—¿Y qué nos ocurrirá a los dos cuando ella hable?

Bardi extendió sus grandes manos; y sus ojos azules, que hasta aquel momento habían exteriorizado un simulado calor, se mostraron repentinamente fríos como el hielo. Replicó sin la menor entonación en su voz:

—Nada que pueda usted considerar con placer.

George movió la cabeza dubitativamente y dijo:

—Tengo la impresión, Bardi, de que hasta ahora le han ido las cosas demasiado bien. Pero hubo algún momento en su vida en que cometió una equivocación. Algo que manejó usted mal. Algún cabo que dejó suelto, sin apenas darse cuenta o darle importancia. Puede que fuera Elsie. Esa es la primera grieta en su tinglado. Creo que desde entonces no ha hecho usted más que tapar grietas aquí y allá. Pero están venciénzole a usted, Bardi, ¿no es cierto? Todo su tinglado se está resquebrajando y usted lo sabe igual que yo. Y ahora nos tiene en sus manos, y asimismo tiene a mi cliente que ya sabe muchas cosas. La gente no abandona una empresa fácilmente cuando ve esperanzas de liberarse de una vez... y usted, en su interior, ya no está tan seguro de sí mismo como hace años, porque comprende que cada vez le resulta más difícil tapar grietas aquí y allá. Hasta creo que muchas noches tiene que despertar y desear haber regresado hace tiempo al restaurante Morelli y comenzar una nueva vida, volver a empezar otra vez siguiendo un camino diferente. Pero nadie puede retroceder en el tiempo. Y yo me alegro mucho de que usted no lo pueda hacer. Y, ahora, ¡váyase de aquí!

Durante un momento, George vio cómo el hombre se mordía el labio inferior; vio la rígida tensión de los músculos de su rostro y la forma en que enderezaba su cuerpo.

Luego, súbitamente, Bardi dio media vuelta para dirigirse hacia la puerta. Lodel la abrió y salió tras él.

Cuando se fueron, George permaneció durante largo rato mirando desesperadamente hacia el suelo. ¡Aquellos asquerosos bastardos! Nunca debió complicar a Nicola en todo aquello. Después de lo ocurrido en el café Julio César debió insistir para que la muchacha regresara a Inglaterra. Ahora, ¿qué diablos iba a suceder? Bardi había dicho que unos días de tratamiento serían suficientes. Probablemente disponía de algún sucio doctor que trabajaba para él: anulación de la voluntad mediante drogas, y luego la administración de otras drogas que producían un alto grado de euforia..., y Nicola seguramente se sentiría muy feliz respondiendo a todas sus preguntas.

George se puso en pie y comenzó a pasear por la estancia. Tenía que salir de allí; tenía que abandonar aquella celda acolchada. Y tenía que hacerlo en el espacio de un par de días si estaba decidido a disponer de la oportunidad de liquidar a Bardi para siempre. Pero..., ¿cómo? No había nada en aquella habitación que le pudiera ayudar; nada, sino unas paredes firmemente tapizadas con lona, unas cuantas revistas ilustradas, una alfombrilla sujeta al pavimento y los objetos que tenía en el bolsillo.

Examinó cuidadosamente sus bolsillos. Poseía su reloj de pulsera «Longines», un paquete de cigarrillos, un encendedor, su cartera con unos cuantos billetes —había dejado todas las monedas sueltas como propina en el comedor del hotel de L'Empire—, un pañuelo y su falso pasaporte.

Volvió a ponerse en pie y, una vez más, comenzó a pasear por la habitación, aplicando de vez en cuando puntapiés a las paredes para desahogarse un poco, tratando de no pensar en Nicola, pero sabiendo que no podía olvidarla ni un solo momento.

Tomó asiento sobre el duro lecho y contempló la puerta. Podría intentar algo cuando el hombre de la bata blanca y Lodel le hicieran la próxima visita pero sabía que aquello casi sería lo mismo que suicidarse. Si quería hacer algo práctico y sacar de allí a Nicola, tenía que escapar de aquella trampa y comenzar bien alguna maniobra antes de que se notara su desaparición. Annecy... a cuarenta millas de distancia. Probablemente, puesto que era un balneario de aguas termales, se hallarían a cierta altura en las montañas, un lugar bastante remoto, puesto que Bardi lo había elegido como lugar de convalecencia de los Bianeri. Lodel y aquella especie de ayudante o enfermero penetrarían en la habitación, y él no tendría la oportunidad de colocarse a un lado del umbral para pasar desapercibido aunque sólo fuesen un par de segundos. Aquellos dos tipos siempre se aseguraban, antes de entrar, de que él se hallaba junto a la cama. El hombre de la bata entraría con la bandeja en la mano, y Lodel permanecería a unos cuantos pasos de distancia de la puerta, con la pistola o la cachiporra preparadas. George volvió a clavar los ojos en la puerta, en el lugar donde se quedaría Lodel..., y entonces, muy lentamente, se puso en pie y avanzó hacia la puerta.

Caminó sobre la alfombrilla de color verde que estaba firmemente sujeta al pulido pavimento de madera, y cierta emoción comenzó a despertarse en él. ¿Por qué no? El hombre con quien primero tendría que tratar sería Lodel. Este pertenecía al tipo de individuos duros, ásperos. Si lograba deshacerse de él, después no le sería difícil manejar al ayudante.

Se inclinó y examinó la alfombrilla. Estaba fijada al suelo a lo largo de sus bordes mediante tachuelas de cabeza dorada, cuyas puntas se hundían en la madera. En cada extremo de la alfombrilla había dos tiras de metal de dos pies de longitud y una pulgada de anchura, manteniendo alisada la alfombra mediante cuatro tornillos... que no tendrían más de una media pulgada de longitud, pensó George. Sí, Lodel entraría y se quedaría en aquel lugar, sin que sus ojos pasaran nada por alto al mismo tiempo que el ayudante le servía...

George examinó cuidadosamente las tiras de metal. Podía soltar la alfombrilla rompiendo las cabezas de las tachuelas. Pero esto se notaría en seguida. Lo que necesitaba era un destornillador para poder extraer los tornillos que mantenían en su lugar aquellas tiras de metal, y luego levantar las tachuelas con facilidad. Todas ellas tendrían que estar en su lugar, como siempre, pero en realidad flojas en sus agujeros. Una vez consiguiera sacarlas, agrandaría los orificios originales, las volvería a colocar en su lugar y nadie lo notaría.

¿Pero cómo?

Le costó más de media hora hallar la respuesta, y ésta significaba tener que sacrificar su reloj. No podía separar la tapa posterior sin una herramienta adecuada, y así, sin dejar de vigilar la enrejada mirilla de la puerta, golpeó el reloj contra un pequeño trozo de una de las bisagras de hierro de la puerta que sobresalía, un poco por el tapizado de lona. Al cabo de diez minutos, el reloj había dejado de ser tal cosa, pero al fin tenía en la mano la tapa posterior que constituía un buen destornillador, como asimismo podría servir para levantar las tachuelas. Golpeando una y otra vez el reloj, finalmente consiguió hacerse con parte del eje de la cuerda. Este podría servir de herramienta para agrandar los agujeros de los tornillos y tachuelas.

Después de esto todo sería cuestión de paciencia y atenta vigilancia. Durante el primer día consiguió soltar todas las tachuelas de un lado, agrandar sus agujeros y volver a colocarlas en su sitio. Luego se enteró un tanto de la rutina que imperaba en el lugar. Primero venía el aseo de la mañana, luego la visita del desayuno, y más tarde, a media mañana, una inspección que se realizaba a través de la mirilla enrejada de la puerta. A continuación seguía la visita para el almuerzo, otra inspección de mirilla a media tarde, la cena, y, una hora después, el último aseo en los servicios, donde el ayudante le entregaba un pijama de tela bastante basta.

Cuando, todavía vestido, se sentó en la cama, George calculó que podría realizar el trabajo a última hora del día siguiente. Esto significaba que podría intentar la huida en la mañana del tercer día. Tendría que realizarla durante la visita del desayuno. ¿A qué distancia de allí se hallaría Nicola por entonces? Tendría que ser por la mañana,

porque así daría tiempo a la muchacha a recuperarse del tratamiento de drogas a que sin duda la someterían el día anterior. Todo lo que George deseaba era que ella pudiera moverse y entenderle. Dos días... Si trabajaba durante la noche podría hacerlo para la mañana siguiente con un poco de suerte. Pero el ayudante le había advertido que la luz se apagaba a las nueve, y era imposible trabajar en la oscuridad. Cuando llegara el momento, la alfombra tenía que aparecer en el suelo con todo el aspecto de estar firmemente sujeta al mismo.

La habitación de Nicola estaba orientada a tres terrazas con balaustrada y suelo de gravilla, unidas por un amplio tramo de escaleras. Más allá de la terraza situada un poco abajo había una estrecha extensión de hierba, y luego un cinturón de altos pinos. Más allá de los pinos había un profundo valle, y en el distante horizonte se alzaba una cadena de montañas. Los árboles crecían en las laderas más bajas, y sobre ellas se destacaban unos farallones grisáceos. En uno de los picos más altos Nicola vio que había aún restos de nieve.

A través de las barras de la ventana podía distinguir, a la izquierda, los rojos techos y la torre de una iglesia de algún pueblo pequeño.

La habitación estaba casi desnuda. Era la clásica estancia de una clínica amueblada con una cama, un par de sillas, un armario y un pequeño cuarto de baño esmaltado en blanco. Todas las ventanas estaban dotadas de fuertes rejas de hierro y la puerta carecía de manija interior. No tenía más que una cerradura sin llave. En la parte interior de la puerta había adosada una cartulina en la que se leía: «Etablissement Samonix», y a continuación las horas de las comidas, la prohibición de utilizar aparatos de radio, y el anuncio de las horas de la misa en la capilla del sanatorio los domingos.

En la primera mañana le llevaron el desayuno mediante una mujer que bien podría haber sido muda, ya que a todas las preguntas que le hizo Nicola contestó con simples movimientos de cabeza. Nicola tuvo la impresión de que alguien esperaba en el pasillo mientras la mujer estaba dentro.

Durante una hora, después del desayuno, Nicola estuvo ante la ventana. Unos cuantos hombres y mujeres vestidos con ropa corriente salieron a las terrazas. Algunos de ellos tomaron asiento bajo el sol; otros leían, y los más paseaban pacíficamente. La escena era plácida y agradable, pero Nicola notó en las terrazas que siempre había dos o tres empleados de la casa ataviados con bata blanca.

Aproximadamente una hora después del desayuno comenzó a sentirse fatigada y la invadió una gran necesidad de dormir, mientras, al mismo tiempo, su mente parecía nublarse incomprensiblemente y empezó a tener la sensación de que las paredes de la habitación parecían alejarse de ella a enorme distancia.

Se tendió sobre el lecho, sintiéndose curiosamente alegre, aun cuando se sentía incapaz de desembarazarse de aquel profundo sueño que la iba invadiendo. Tuvo la

impresión de que, mientras dormía, otras personas entraron en la habitación. Una vez, al despertar, vio a una mujer con bata blanca, sentada junto al lecho. La mujer le sonrió, y Nicola le respondió con otra sonrisa feliz, al mismo tiempo que se oía a sí misma decir:

—Fue el café, ¿verdad?; algo que había en él, ¿no?

La mujer colocó una mano sobre la frente de Nicola, y ésta volvió a sumirse en un profundo sueño.

Despertó de nuevo a última hora de la tarde. No había nadie en la habitación. Comprobó que estaba tendida en la cama y vestida con un pijama que no era suyo. Desde el lecho contempló en silencio los oscuros nubarrones que parecían cabalgar sobre los distantes picos de las montañas. Se sentía contenta y sin preocupaciones, aun cuando recordaba que George se hallaba también en aquel mismo edificio. Habría alguien que cuidaría de él. De eso estaba bien segura...

La mujer ayudante, tan muda como siempre, entró en la habitación al cabo de un rato y le sirvió un poco de consomé y pan tostado. Nicola estaba hambrienta, y aquel alimento le pareció muy escaso. Pero cuando dijo a la mujer que deseaba comer más, sólo recibió una respuesta en forma negativa mediante un movimiento de cabeza.

Cuando la mujer se fue, Nicola permaneció en la cama, todavía hambrienta, y el sueño no tardó mucho en volver a apoderarse de ella. Durante el sueño tuvo de nuevo la sensación de que había alguien más en la habitación..., que una voz de hombre hablaba suavemente y que algo metálico sonaba sobre una bandeja de metal o porcelana. Sintió que unas manos se posaban sobre su brazo y, medio dormida, habló en tono irritado, cuando percibió que enrollaban una de las mangas de su pijama.

Momentos después la habitación apareció ante sus ojos con nítida claridad. La mujer ayudante se hallaba al pie de la cama sosteniendo en las manos una bandeja esmaltada en blanco. Las luces estaban encendidas y en el exterior todo era oscuridad. Un hombre con pantalones rayados y americana negra, el cual usaba gafas de pinza colocadas en un extremo de la nariz, se inclinaba sonriente sobre ella. Tenía los hombros llenos de caspa.

Con suave tono de voz dijo:

—No tiene usted que preocuparse de nada, señorita. La estamos cuidando bien. Descanse todo cuanto le sea posible. ¿Le agrada estar aquí?

Nicola asintió con un movimiento de cabeza, y tuvo la impresión de que, aun antes de mover la cabeza, los ojos se le habían cerrado para sumirse nuevamente en un profundo sueño.

Cuando despertó aún estaba la luz encendida, pero a través de la enrejada ventana percibió la luz gris perla del amanecer que parecía nacer sobre los mismos picos de las montañas. Le dolía la cabeza y su mente era como una pantalla cinematográfica sobre la que se proyectara una imagen totalmente desenfocada. No se movió del lecho, cerrando los ojos y luchando contra el adormecimiento. Lentamente, el sueño comenzó a desaparecer, y tuvo la curiosa convicción de que era muy importante para

ella luchar contra aquella feliz confusión, luchar contra aquel dolor de cabeza... Había algo, algo muy importante que parecía haber olvidado.

Una voz, muy cerca de ella, ordenó suavemente:

—Beba esto...

Nicola abrió los ojos. El esfuerzo le produjo un agudo dolor de cabeza, pero tanto sus ojos como su mente comenzaban a controlarse debidamente.

De pie, al lado de su cama había una mujer con un vaso en la mano. No era la ayudante de costumbre.

Dejó el vaso en la mano de Nicola y deslizó un brazo por sus hombros para ayudarla a incorporarse un poco y así permitir que pudiera beber con más comodidad.

Nicola bebió; pensó que aquello podía ser whisky o coñac. No estaba segura, pero la bebida penetró en su cuerpo produciéndole agudo dolor. Luego el dolor desapareció y, nuevamente, vio todo cuanto le rodeaba con más claridad.

La mujer se retiró de la cama, llevándose él vaso. Vestía una bata azul ceñida a la cintura mediante un cordón dorado, y en la parte del escote quedaba al descubierto un trozo de encaje del camisón de noche. Era una mujer alta, con abundantes cabellos rubios, que, aun cuando los llevaba despeinados, aparecían atractivamente recogidos sobre la parte superior de la cabeza. Nicola pensó que frisaría en los cincuenta y tantos años, pero su rostro, aunque un tanto ajado cerca de la boca, sin duda era el rostro de una mujer hermosa. En cierta forma, aquellas facciones eran familiares a Nicola, pero por el momento no fue capaz de identificarlas. Los ojos de la mujer eran oscuros y grandes, y parpadeaba muy a menudo, nerviosamente, como si incluso la pobre luz que había en la habitación le molestara. Sonrió a Nicola, y ésta decidió que la mujer le gustaba. Hacía diez, veinte años que aquella mujer podría haber sido una reina, una espléndida criatura rubia... Incluso ahora poseía un aire casi regio, si no fuese por aquel constante parpadeo que la afeaba un tanto.

La mujer dijo:

—No debía hacer esto, por supuesto. Así que usted no ha de mencionarlo, ¿de acuerdo?

—¿Por qué está usted aquí? ¿Quién es usted?

La mujer sonrió, y, acercándose a Nicola, tomó asiento en el borde de la cama. Ignorando la pregunta que Nicola le acababa de hacer, dijo:

—Consigo el coñac por mediación de uno de los ayudantes. Son muy amables, ¿sabe usted?, y siempre hacen algunas cosas por mí...

Se detuvo y se echó a reír suavemente, al mismo tiempo que añadía:

—Pero no saben nada acerca de las llaves. Ese es mi secreto. Llevo aquí más de diez años, y desde un principio comencé a robarlas. Hace años hubo un poco de jaleo, pero yo disponía de un buen escondite. Creyeron que las habían perdido. ¿Y de todas formas, qué importa? No quiero salir de aquí. No tengo esa llave. Pero tengo las otras. Y me gusta visitar a la gente...

Nicola, ahora con la mente muy clara, se dio cuenta de que la mujer sólo quería hablar, y que la conversación se ceñía a algo muy remoto, a casi un sueño en el que vivía.

Repentinamente, mientras contemplaba una vez más aquellas bellas facciones que adornaban los cabellos rubios hábilmente recogidos sobre la cabeza, Nicola se dio cuenta de quién se trataba. Y preguntó:

—Usted es Elsie, ¿verdad? Elsie Pinnock...

La mujer asintió con un movimiento de cabeza.

—Sí. Elsie. Aunque no Pinnock. Pero usted no le contará a nadie esto de las llaves, ¿verdad? Verá usted: siempre tengo mucho cuidado con la gente que visito. No lo hago más que con las personas que me gustan, con las que llegan por primera vez a la casa. Hoy la vi a usted mirando por la ventana. Y en seguida me gustó. ¡Oh, sí..., me gustó! Usted es alta, igual que yo... Bien; no tan alta quizá, y sus cabellos son iguales a los míos...

La mujer se detuvo una vez más y rió de buena gana antes de añadir:

—Si yo fuese más joven podríamos pasar por hermanas. Excepto el hecho de que usted tiene unos ojos azules muy bonitos. Los míos son tan negros... Le aseguro que en otros tiempos fui muy bella...

—Todavía lo es —replicó Nicola gentilmente, extendiendo una mano para tomar otra de Elsie.

Aquella era la mujer que había compartido un piso con su propia madre. Elsie O'Neil. Luego preguntó:

—¿Por qué está usted aquí?

Elsie se encogió de hombros y contestó:

—Porque estoy enferma. Oh, sí, estoy muy enferma, ¿sabe usted? A veces se me olvida todo, y no soy capaz de cuidar de mí misma. Solamente hay algunas veces que me siento bien por las noches, y entonces me gusta hablar con la gente...

—¿Y es usted feliz aquí?

—¡Oh, sí, muy feliz!

Durante un momento Nicola dudó. Todavía le latían las sienas dolorosamente, y tenía la impresión de que aquella claridad metal de que disfrutaba sólo era pasajera. Aquella mujer la conmovía, e instintivamente intentó no decirle nada que pudiera herirla.

—Me alegro de que sea usted feliz. Pero, ¿no echa de menos a su marido?

Elsie rió en tono bajo y replicó:

—¡Oh, no! Aunque es muy amable. A veces viene a verme. Es el dueño de este establecimiento. Pero no le echo de menos. Verá usted..., fui yo quien le dejó poco antes de empezar a padecer estas molestias, esta estupidez mental que a veces se apodera de mí. Cuando me encuentre mejor puede que vuelva con él, porque ahora él es diferente.

—¿Qué ocurrió entre ustedes?

—¡Oh..., tantas cosas!... Ya las olvidé casi todas. Mi hijo también viene algunas veces. Por poco tiempo; cuando tiene vacaciones en el colegio. Es un muchacho simpático, pero es tímido, y me doy cuenta de que aquí se encuentra muy violento, de manera que procuro que las visitas sean muy cortas. A los niños no les gusta la gente mayor que no razona mucho...

—¿Dónde vivió usted antes de venir aquí?

—¡Oh, en todas partes! Viajábamos mucho. Pero al final teníamos una casa en Suiza, cerca de uno de los lagos. ¿Le gusta a usted la jardinería? A mí me encanta. Tengo aquí un pequeño jardín; aunque esto está tan alto y hace tanto frío en el invierno, que algunas de las cosas que planto nunca llegan a crecer...

Elsie volvió a detenerse y se llevó una mano a la frente. Los ojos se le inmovilizaron mirando a lo lejos, como si repentinamente sufriera algún extraño dolor.

—¿Se encuentra usted bien? —preguntó Nicola.

Elsie replicó:

—¡Oh, sí...!, pero me canso mucho en estas visitas. ¿Sabe usted? También me siento un poco atemorizada. He de tener tanto cuidado...

Elsie se puso en pie y se acercó muy lentamente hasta los pies de la cama. Luego, frunciendo el ceño, se volvió y miró a Nicola.

—¿Por qué me llamó usted Pinnock? —preguntó.

—Creí que ése era su nombre... cuando era una muchacha.

—¡Oh..., me extraña mucho!... No... no..., mi nombre es Bardi. Cambiamos de nombre durante la guerra. Antes de eso... ¡Oh!, era diferente...

Volvió a reír, esta vez fuerte, y luego se llevó una mano a la boca, añadiendo:

—¡Oh, querida..., no debo hacer ruido alguno! Sí... Bardi, eso es. Cambiamos el nombre en Suiza. Allí es donde vivíamos. En la misma orilla del lago se podían cultivar todas las clases de flores. Pero aquí no. Creo que debe ser la tierra. Yo no quería dejar Villa Margritli, ¿sabe? Hacía solamente un mes que estábamos allí, y yo habría hecho muchas cosas eh el jardín.

—¿Dónde estaba esa villa... Margritli?

—Sí. Se llamaba Margritli. Es un bello nombre.

—¿Y estaba junto al lago?

—Sí. Ahora debo irme. Querida..., espero que lo habré hecho bien. Me refiero a esa puerta.

—¿Pero qué lago?

—¡Oh, querida! Ya no lo recuerdo. Hay tantos lagos en Suiza..., y hace ya tanto tiempo de eso...

Elsie se detuvo ante la puerta y comenzó a deslizar una llave en la cerradura, al mismo tiempo que añadía:

—Ahora vuelva a dormir. Ya vendré otra vez. No mañana, porque es día de mi gran inyección, y después duermo muy pesadamente...

Elsie abrió la puerta, salió y volvió a cerrarla antes de que Nicola tuviese tiempo para decirle algo más.

Después de que Elsie se hubo ido, Nicola se recostó sobre las almohadas, dándose cuenta de que el dolor de cabeza iba desapareciendo y que el sueño volvía a cerrarle los párpados. Pero antes de que el sueño llegase, comprendió que estaba preocupada: no había sido por entero ella misma mientras Elsie había estado allí, existía algo que debía haber hecho o preguntado. Seguro que había algo que olvidaba. Seguro que debió pedirle que la dejara salir de allí también... Y el lago y la Villa Margritli..., ¿por qué eran cosas tan importantes?

George trabajó sobre las tiras de metal que sujetaban la alfombra durante todo el día siguiente, y por la noche ya las había quitado y vuelto a colocar en su lugar tras haber agrandado los orificios de los tornillos. Para cualquiera que conociese bien aquella celda, la alfombra se mantenía exactamente igual a como estaba antes, es decir, firmemente sujeta al pavimento. Aquel día examinó cuidadosamente a Lodel cada vez que le llevaron la comida. Siempre entraba en la celda y se quedaba a cierta distancia de la puerta, en el extremo de la alfombra. En este día el hombre había dejado en algún rincón su cachiporra y la había cambiado por una pistola. George se fijó con amarga ironía en que la pistola que ahora sostenía Lodel en la mano era la «Walther» 22 que Ricardo Cadim le había quitado a él. «¿Por qué?», se preguntó. Quizá Lodel era un coleccionista siempre dispuesto a hacer un cambio.

Durmió incómodamente durante la noche que siguió. A las seis de la mañana se repitió como de costumbre el ritual de aseo, y luego vinieron las dos horas de espera por el desayuno, período de tiempo que le parecía a George se estaba alargando una eternidad. Mentalmente, George ensayó la escena. Si Lodel no permanecía en pie sobre la alfombra, entonces habría que abandonar la empresa hasta la hora del almuerzo. Y sería preciso retrasar su ejecución una y otra vez hasta que Lodel pisara la alfombra.

Mucho antes de que los dos hombres llegaran a la celda, George ya había ocupado su posición. Tomó una de las revistas que había en la celda y permaneció en pie un tanto alejado del extremo de la alfombra. La estantería de cemento se hallaba a su izquierda, casi tocando un extremo de la cama. «Primero Lodel —pensó—; luego el ayudante».

Finalmente la trampilla de inspección de la puerta se corrió, y, cuando sonó el ruido dentro de la celda, George alzó la cabeza con estudiada indiferencia, revista en mano, y con los pies un poco alejados de la tira de metal que sujetaba la alfombra en el extremo que le correspondía a él.

El ayudante entró con la bandeja, y Lodel le siguió; en la mano llevaba la pistola, sosteniéndola descuidadamente. Lodel avanzó unos pasos, al tiempo que sus ojos recorrían rápidamente la celda, y luego se detuvo. «¡Vamos, bastardo! —pensó

George—, da otro paso más». El ayudante se movió diagonalmente sobre el pavimento y hacia la estantería de cemento. Colocó allí la bandeja, pero Lodel aún no había pisado el extremo de la alfombra. Durante un angustioso momento, George creyó que Lodel jamás iba a pisarla, y entonces, cuando el ayudante se dirigía hacia la puerta, Lodel dio un paso más hacia delante para dejarle pasar.

En aquel momento, George dejó caer al suelo la revista que tenía en la mano. Ante el ruido que hizo la revista al caer al suelo, el ayudante se detuvo y miró hacia atrás.

Lodel dijo algo impacientemente, haciendo una señal con la cabeza e indicando la puerta. Durante un momento sus ojos se apartaron de George cuando éste se inclinó para recoger la revista.

Puso sus manos sobre ella. Y luego, con rapidísimo movimiento, las extendió y asió firmemente el listón de metal que sujetaba la alfombra al suelo. Cedió con suma facilidad, quedando en sus manos, y a continuación George tiró hacia sí con todas sus fuerzas.

El efecto fue mucho más satisfactorio de lo que él esperaba. La alfombra se deslizó hacia él sobre la pulida madera del pavimento. Los pies de Lodel no hallaron dónde posarse sobre aquella alfombra que milagrosamente parecía huir de donde antes se hallaba firmemente sujeta, y el hombre cayó de espaldas violentamente contra la enguatada pared, al mismo tiempo que soltaba la pistola, que en aquel momento caía a los pies del ayudante.

George dio un salto, ignorando a Lodel, sabiendo que lo primero que tenía que hacer era apoderarse del arma, y dejó caer el puño sobre el rostro del hombre. Este salió disparado hacia atrás, y, cuando caía, George le aplicó seguidamente un directo de izquierda a la mandíbula. El ayudante se derrumbó y George se apoderó rápidamente de la pistola, dando media vuelta para enfrentarse con Lodel, que iba hacia él, medio atontado por el golpe recibido contra el suelo. Avanzaba de rodillas, desesperadamente. Su cabeza se hallaba a la altura de las rodillas de George.

Este último dejó caer sobre la cabeza de Lodel la culata de la pistola. El hombre gruñó, vaciló sobre las rodillas, y luego trató de ponerse en pie nuevamente. George se inclinó y volvió a aplicarle un terrible golpe con la culata del arma sobre una de las sienes, y esta vez Lodel cayó de bruces como un muñeco roto. George se volvió hacia donde estaba el ayudante. El hombre yacía tendido boca arriba, junto a la pared del fondo de la celda.

Rápidamente, George desabrochó la bata blanca del ayudante, dio media vuelta a su cuerpo y se la quitó para ponérsela él. Le estaba un poco ceñida en la parte de los sobacos, y quizá le quedaba un poco corta. Se acercó hasta la puerta que había quedado entreabierta y salió al pasillo. La llave estaba en la cerradura. La hizo girar y luego se la guardó en un bolsillo. A continuación corrió la trampilla de inspección. Aquellos dos hombres podían recuperar el conocimiento cuando les viniese en gana. Por mucho que gritaran en aquella celda acolchada les iba a ser muy difícil ser oídos.

Y en el pasillo, comprobó que la pistola estaba bien cargada, y luego la dejó caer en el bolsillo derecho de la bata.

Avanzó por el pasillo; pasó por delante de los servicios, y luego dirigió sus pasos hacia el tramo de escaleras que se veía al fondo. Caminaba sin prisa, manteniendo la cabeza ligeramente bajá. Poco antes de llegar a los escalones vio a su derecha una puerta medio abierta. Se detuvo y asomó cuidadosamente la cabeza para ver un corto tramo de escalones de cemento que descendían hasta un garaje subterráneo. Aparcadas en el garaje había dos ambulancias, un «Citroën», y más allá el «Mercedes» blanco ya tan familiar. En el extremo más alejado del garaje se descubría una rampa iluminada por el sol que ascendía a nivel de tierra.

George dio media vuelta y se acercó hasta los escalones que había al final del pasillo. Tenía que encontrar a Nicola. Más tarde el garaje les proporcionaría una buena salida de emergencia. Pero antes tenía que encontrar a la muchacha.

Al final de los escalones había otro pasillo. A diez pies de distancia se alzaba una media puerta de cristal, y cuando llegó a ella vio un amplio vestíbulo iluminado por el sol, pintado de blanco, y una larga mesa sobre la que había jarrones con flores y unas cuantas revistas ilustradas. Más allá de la mesa descubrió un mostrador de recepción vacío.

George penetró con calma en el vestíbulo. A su derecha había un par de altas puertas formadas por paneles de cristal de colores, que parecían las puertas de la entrada principal. Una mujer se hallaba de rodillas cerca de la puerta puliendo el suelo de madera.

George se acercó hasta el mostrador de recepción, rascándose el lado derecho de la cara para cubrirlo de las miradas de la mujer. Esta se volvió a medias, le miró y luego continuó con su labor.

Una vez se encontró detrás del mostrador, halló lo que buscaba: un gran cuadro del que colgaban llaves sobre las cuales figuraban diferentes números. ¿Pero qué llave le llevaría hasta Nicola? Había allí aproximadamente unas treinta. ¿Cómo averiguar o saber la que correspondía a la habitación de la muchacha? Bardi dirigía aquel lugar como un auténtico sanatorio de reposo. Por lo tanto, cada nuevo ingreso tenía que ser registrado en algún libro de entradas. Volvió la espalda a la parte frontal del mostrador. Había una estantería en la que sólo aparecía un par de libros, un tintero, y un teléfono blanco. Luego inspeccionó la parte inferior del mostrador y vio un gran cajón. Lo abrió, y allí encontró un libro de registro encuadernado en negro y de tamaño grande. Inmediatamente lo abrió. En la puerta de entrada la mujer comenzó a canturrear en voz baja al mismo tiempo que trabajaba. En el extremo opuesto del vestíbulo se abrió una puerta repentinamente y apareció una mujer con bata blanca con una bandeja en las manos. Caminó hacia George, quien se inclinó más sobre el libro de registro. Luego se volvió y comenzó a subir unas anchas escaleras que daban acceso a la planta superior, arrancando desde un punto situado a

unas cuantas yardas de distancia del mostrador de recepción. Al empezar a subir, la mujer comentó, dirigiéndose a George:

—*Quel beau temps ça fait, ¿eh, Marc?*

George gruñó algo ininteligible y alzó una mano. La mujer continuó su marcha escaleras arriba. George hojeó rápidamente las páginas del libro y encontró la anotación de las últimas entradas. Bajo la fecha del lunes había dos ingresos. Y notó que Bardi, anticipándose a una futura necesidad de cubrir las apariencias, había anotado el verdadero sexo de los pacientes, pero cambiando los nombres. Había una anotación que correspondía a la de un hombre, y al lado del nombre la indicación: «Cuarto de observación», y otra para una mujer con la nota: «Habitación 6». No había más entradas en aquel día ni en los siguientes.

George decidió probar suerte con la habitación 6. Y acto seguido tomó la llave que correspondía.

El cuarto de observación se hallaba en la planta baja, pero pensó que, probablemente, en la planta donde ahora él se encontraba se hallarían las cocinas, comedor y otras estancias de carácter público. Los dormitorios con toda seguridad se hallarían en el primer piso.

Abandonó el mostrador de recepción y comenzó a subir las escaleras. Al final de éstas había un amplio rellano con dos pasillos que partían del mismo. Luego se veía otro tramo de escaleras que conducían a otra planta. Afortunadamente, en el amplio rellano había un cuadro con flechas que indicaban los números de las habitaciones de cada pasillo: del 1 al 4 en el de la izquierda, y del 5 al 8 en el de la derecha.

Segundos más tarde George se hallaba ante la puerta de la habitación número 6. Introdujo la llave en la cerradura y abrió la puerta. Se deslizó en el interior rápidamente, llevándose la llave consigo y acto seguido volvió a cerrarla por dentro. Nicola se hallaba tendida en la cama, mirando hacia delante, con ojos soñolientos e inexpresivos.

La siguiente media hora fue una agonía de impaciencia para George. No tenía idea de cuánto tiempo dispondría antes de que se notara la falta de Lodel y el ayudante, aun cuando en realidad carecía de importancia que el tiempo pasara con más o menos lentitud, ya que nada podía hacer con Nicola teniendo en cuenta el estado en que ésta se encontraba. La besó y los ojos de la muchacha brillaron de felicidad al verle, pero era evidente que Nicola no sentía en absoluto el peligro que estaban corriendo en aquellos instantes. Ella le trató como a una visita que acabara de llegar para aliviarle un tanto el aburrimiento de tener que permanecer en la cama.

George le habló, tratando de hacerse comprender; la sacudió asiéndola por los hombros; la sentó en la cama y la hizo beber agua, pero la única reacción de la muchacha consistió en exteriorizar más asombro que nunca, reír estúpidamente, y, siempre que la soltaba, volver a dejarse caer en el lecho, carente de toda voluntad. Al final, George perdió el control de sus nervios ante su ansiedad por ella. La sacó de la cama y la hizo dar paseos por la habitación, rodeándole la cintura con un brazo,

hablándole constantemente en tono bajo, y preguntándose cuánto iba a durar aquella situación.

Al cabo de un rato, Nicola pareció recuperar un poco el sentido, y entonces se indignó, exigiendo que inmediatamente George la volviera a meter en la cama. George la asió por un brazo cuando Nicola trató de salir corriendo hacia el lecho, y la metió a la fuerza en el cuarto de baño. Sin la menor ceremonia, abrió el grifo de la bañera y obligó a Nicola a inclinarse y a que colocara la cabeza debajo del chorro, y la sostuvo así durante un rato, dejando que el agua fría cayera abundantemente sobre su cabeza. Luego le permitió que enderezase el cuerpo. Cuando la muchacha permaneció en pie ante él estúpidamente, George le dio masaje en ambas mejillas y continuó hablándole afectuosamente, y, poco a poco, se dio cuenta de que la muchacha hacía un poderoso esfuerzo por comprenderle. La llevó de nuevo al dormitorio y la sentó sobre el borde de la cama. Cuando se apartó de ella vio con alivio que, aun cuando su cuerpo vacilaba un poco, al menos se mantenía derecha. La dejó por un momento y se acercó al armario. Allí estaban todas sus ropas.

Volvió a la cama, y ella saludó su llegada lanzándose hacia atrás sobre el lecho y riendo a carcajadas, al mismo tiempo que exclamaba:

—¡Oh, George..., George!

Con enorme dificultad comenzó a vestirla. En aquel momento le importaba tres cominos la moral o el recato. La desnudó, y ella le ayudó algo cuando George comenzó a insertar prenda tras prenda en brazos y piernas. Se dijo a sí mismo, angustiado, que si salía de aquel apuro tendría que casarse con ella. No es que no deseara hacerlo. Era lo que más deseaba en el mundo. Pero ningún hombre podía hacer aquello con una muchacha sin proponerle más tarde el matrimonio. Y, ¡Cristo...!, él había desnudado a unos pocos borrachos en su vida y les había metido en la cama, pero ésta era la primera, vez, y esperaba que fuese la última, que vestía a un borracho.

Por fin, Nicola comenzó a hacer más cosas por sí sola, desmañada y lentamente. Cuando estuvo vestida, George la ayudó a ponerse en pie y la rodeó con sus brazos. La sostuvo muy ceñida contra sí, besando sus húmedos cabellos rubios. Hubo algo en aquel abrazo, posiblemente la influencia de la fuerza del varón que la rodeaba, que finalmente la hizo volver en sí casi definitivamente.

Cuando él la soltó, Nicola preguntó muy lentamente:

—¿Qué quieres, George?

Él la sostuvo por los hombros, hablándole muy cerca del oído:

—Tienes que venir conmigo. ¿Puedes estar de pie? ¿Puedes andar?

—Desde luego que sí.

—Veamos.

George volvió a soltarla. Nicola comenzó a andar lentamente a través de la habitación. Lo hacía bastante mal, pero George decidió que era preciso correr el riesgo. El tiempo se agotaba.

—Muy bien..., lo probaremos —dijo—, y aplastaré la tripas de quien se interponga en nuestro camino.

Nicola regresó hasta el lecho y se sentó en el mismo borde.

—¿Ahora? —interrogó.

—Ahora.

Nicola alzó ambas piernas y dijo:

—Mis zapatos.

George le miró los pies. Había olvidado los zapatos, efectivamente.

—¡El tonto de George! —exclamó la muchacha riendo en voz baja.

Luego, cuando él comenzó a ponérselos, Nicola posó una mano sobre su cabeza y le despeinó suavemente, al mismo tiempo que murmuraba:

—El tonto de George... Nicola ama mucho al tonto de George. Sí..., le quiere mucho.

George gruñó algo impacientemente. ¡Vaya un momento para una escena de amor!

Luego se acercó a la puerta, la abrió y miró fuera. No había nadie en el pasillo. Nicola se acercó por detrás de él, le tiró de una oreja y le besó en un lado del cuello.

George hizo un gesto de desesperación, la tomó por un brazo y la condujo hasta el pasillo. Luego levantó una mano, indicando a la muchacha que no hablara, y acto seguido la hizo avanzar por el largo pasillo. Al final de las escaleras, George vio que la mujer del vestíbulo estaba ahora puliendo el pasamanos de la escalera, sentada en los escalones y dándoles la espalda.

George bajó con Nicola, ambos pasaron por delante de la mujer sin novedad.

Luego, esta última habló desde lo alto:

—*Vous voulez que je vous assiste, monsieur Marc?*

Con lo más profundo de su garganta, George replicó:

—*Merci.*

Y a la vez negó con un movimiento de cabeza.

Durante todo el rato que tardaron en bajar, George tuvo la impresión de que la mujer había dejado de trabajar y les contemplaba curiosamente.

Cruzaron el vestíbulo y luego las puertas de cristal. Una vez cruzadas éstas, la impaciencia que sentía George era como un río de fuego. Se volvió, y rápidamente tomó en brazos a Nicola. Avanzó a toda prisa hacia la puerta del garaje, y Nicola, rodeándole con ambos brazos por el cuello, al mismo tiempo que ocultaba el rostro en su hombro, dijo repentinamente:

—Está bien, querido George... Estoy empezando a estar contigo.

CAPÍTULO XII

Gian estaba puliendo uno de los guardabarros posteriores del blanco «Mercedes», cuando George se acercó a él por la espalda y hundió la «Walther» en sus costillas.

Gian se volvió lentamente, con la gamuza en la mano, y con la gorra de chófer echada hacia atrás, mirando a George. Luego, al desaparecer de su rostro la expresión de sorpresa, alzó lentamente una mano y se frotó la barbilla, sonriendo.

George dijo:

—Si me origina dificultades, no tendrá tiempo de arrepentirse, amigo. Abra la puerta trasera del coche.

Gian se apartó cuidadosamente de él y abrió la portezuela.

Por encima del hombro, George dijo:

—Nicola.

La muchacha salió lentamente por detrás de una ambulancia y subió al «Mercedes». Gian cerró a continuación la portezuela, y dijo:

—Está usted creándose dificultades.

—Dé la vuelta hasta la portezuela contraria..., la de conducir..., y manténgase bien a la vista —replicó George.

Gian rodeó el coche, mientras George le apuntaba con la pistola. Cuando Gian estuvo al otro lado del coche, George subió al asiento delantero, situándose al lado del volante, e hizo una seña a Gian para que también subiese al vehículo. Este último obedeció y George dijo:

—Y ahora saque el coche de este lugar. Un movimiento equivocado y le daré gusto al dedo.

Y tras pronunciar estas palabras, hundió un poco más el cañón del arma en el costado de Gian.

Este dijo:

—No se preocupe. No acostumbro a hacer el tonto con pistolas y gente como usted. ¿Por qué no se lleva el coche y me deja aquí?

—¿Para que dentro de cinco minutos estalle aquí un verdadero infierno?

Gian arrancó el motor y el «Mercedes» subió la rampa suavemente, saliendo al aire libre. Ante ellos se extendía ahora una calzada de coches pavimentada con gravilla, que un poco más adelante descendía entre pinos.

George preguntó:

—¿Hay a la salida alguna especie de control?

—No. Solamente el portero. Pero la puerta está abierta todo el día. ¿Cómo se deshizo usted de Lodel?

—Eso ahora no tiene importancia. ¿Dónde estamos?

—En Samonix.

—¿A qué distancia de Annecy?

—Cerca de una hora. Esto está muy cerca de la frontera suiza.

Después de tomar una curva apareció la entrada principal formada por dos altos pilares de piedra y una pequeña casa situada en uno de los lados. Más allá se extendía la carretera principal que descendía por la colina.

George dijo:

—Mi coche y el resto de nuestras cosas... ¿quedó en Annecy?

—Sí.

—Entonces llévenos allí.

Gian asintió con un movimiento de cabeza, miró hacia el espejo retrovisor y sonrió al comentar:

—La señorita se ha dormido.

Sin volverse, George replicó:

—Bien. Ahora continúe conduciendo sin parar.

Gian volvió a asentir con otro movimiento de cabeza, fijó los ojos en la carretera y guardó silencio durante largo rato.

Bajaron la colina, atravesaron la pequeña plaza del pueblo de Samonix y a continuación comenzaron a subir el lado opuesto del valle. Cuando llegaron a la parte alta de un pequeño paso, Gian dijo:

—Le admiro a usted, monsieur.

—No deje de hacerlo.

—No; lo digo en serio. Evidentemente, es usted un hombre tenaz, que jamás se rinde. Les Roches-Pins, Pampelone, París, y ahora aquí. ¿Por qué?

—Porque hay algo que deseo.

—¡Ah!, sí, eso puedo entenderlo..., algo que desea.

Gian guardó silencio nuevamente, y adoptó una actitud reflexiva, sin que la sonrisa abandonara sus labios.

Un poco más tarde llegaron a Albertville y tomaron la carretera del Norte hacia Annecy. Un poste indicador señalaba: Annecy, 45 kilómetros.

Al dejar atrás la ciudad, George dijo:

—Vi a su madre el otro día.

Gian asintió indiferentemente con un movimiento de cabeza, y murmuró:

—¿Sí?... ¿Cómo se encuentra?

—Bien. No cree que usted sea el chófer de un hombre rico. Más bien supone que conduce un camión.

Gian carraspeó y repuso:

—Es una buena mujer. Pero limitada. Igual que mi hermano Pierre. Gente limitada, que son felices siendo buenas y pobres.

—¿No persigue usted eso?

—No.

—¿Entonces qué es lo que quiere?

Gian guardó silencio durante unos segundos, y luego dijo:

—¿Sabe usted? Ahora mismo podría elegir cualquiera de estos lugares por los que estamos pasando y sacar el coche de la carretera. Yo podría matarme, pero, si fuese un lugar conveniente, también ocurriría lo mismo con usted y la señorita.

George hundió un poco más la pistola entre las costillas de Gian, y murmuró:

—Pruebe a hacerlo. Ya sabe que estoy corriendo todos los riesgos.

Gian se echó a reír.

—Puede ser. Sí..., creo que corre usted demasiados riesgos. Por eso, monsieur, mi actitud, desde el primer momento en que le vi en el garaje, ha sido de cooperación y no de oposición.

—Acláreme eso.

—Con mucho gusto, monsieur.

Y al pronunciar estas palabras las fuertes manos de Gian se crisparon sobre el volante, añadiendo tras una ligera pausa:

—Estoy cansado de depender de los demás. No es cosa buena para un hombre de mi temperamento estar aguantando constantemente que le digan que hay que hacer esto y lo otro... y algunas de las cosas que me mandan hacer..., incluso para un hombre cómo yo, no son nada agradables. Esta señorita que le acompaña, por ejemplo, casi me mató.

—Le pagan para correr riesgos.

—No mucho.

—De forma que es eso, ¿eh?, dinero...

—Sí.

—Por ese dinero tendrá usted algo que vender, ¿no?

—De acuerdo. ¿Qué le gustaría que le vendiese?

Contemplando al hombre, George decidió no apurar las cosas.

—La esposa de Bardi está en esa clínica, ¿es así?

Gian asintió con la cabeza.

—Pero no estará ahí por mucho tiempo, ¿verdad?

—Exactamente —replicó Gian.

—Bardi se la llevará a algún lugar... Quizá a su domicilio fijo, donde guarda todos sus papeles, un lugar donde yo podría ponerle las manos encima, ¿verdad?

—Exacto, monsieur.

—Yo daría dinero por saber dónde está ese lugar.

Gian guardó silencio, y luego miró de reojo a George, diciendo:

—El precio sería alto.

—¿Cuánto?

—Usted seguramente tendría que arreglar las cosas con la gente para quien trabaja. No sería dinero de usted, ¿verdad?

—Sí, tendría que arreglar las cosas.

—¿Cuánto tiempo tardaría?

—No más de un par de días. Depende de las condiciones que usted imponga.

En aquellos momentos descendían hacia Annecy siguiendo la carretera N508. Al cabo de unos momentos se divisaría el lago. Gian pasó hábilmente a un enorme camión pisando a fondo el acelerador, y luego, cuando el coche enfiló de nuevo la recta, dijo:

—Quiero el dinero en dólares americanos. Y lo quiero en Suiza.

George replicó:

—¿Y para qué molestarme? Ahora mismo podría llevarle directamente a la policía. Una vez me escuchen, le harían hablar rápidamente.

Gian movió la cabeza negativamente.

—Eso supondría perder tiempo. Yo podría aguantarme unos cuantos días, y para entonces Bardi estaría ya muy lejos, y él me pagaría después por mi lealtad.

En el asiento posterior Nicola despertó súbitamente y exclamó con tono petulante:

—Tengo sed.

—Espera un poco —repuso George—. Duerme un poco más.

—En dólares americanos —repitió Gian—. ¿Cuánto vale para usted el deshacerse para siempre de Bardi?

—¿Cinco mil? —sugirió George.

—No. Lo que vendo vale mucho más que eso. Y luego está mi seguridad personal. Diez mil es el precio.

—Creo que puede arreglarse. ¿Cómo se lo puedo hacer saber a usted?

—Envíe un telegrama a mi padre, Andrea Palloti. Trabaja en el Schweizerhof, en la estación de Berna. Diga solamente «Todo bien», y añada un número de teléfono para que yo pueda llamarle. Ya le indicaré un lugar para que acuda. Pero si viene sin el dinero no habrá nada que hacer.

George asintió.

—Está bien —convino—. Pero vigile sus pasos. ¿Puede confiar en su padre? Él es un Bianeri.

Gian sonrió y replicó:

—También yo lo soy. Mi padre creerá que se trata de algo relacionado con alguna mujer. Ya he aprovechado antes el mismo sistema. Firme su telegrama con el nombre de Clara. ¿De acuerdo?

George, sin separar la pistola del costado de Gian, contestó:

—Sí; de acuerdo.

Tras ellos se oyó a Nicola que volvía a moverse, y quien, con tono mucho más petulante que la vez anterior, dijo:

—Me estoy muriendo de sed, George, querido George.

Ante ellos apareció el lago.

Gian, ahora mucho más aliviado ante el volante, comenzó a silbar en tono muy bajo..., brillándole los ojos ante la perspectiva de los nuevos horizontes que se le abrían.

En el *bungalow*, Nicola se hartó de beber agua, mientras George vigilaba aún a Gian. La muchacha hizo las maletas y luego las llevó hasta el «Lancia».

George tomó asiento tras el volante, todavía cubriendo a Gian con la pistola, y preguntó:

—¿Sigue el trato en pie?

Gian asintió con la cabeza y replicó:

—He dado mi palabra. Traiga el dinero y obtendrá lo que quiere.

Luego se inclinó sobre el «Mercedes» y extrajo de un bolsillo la llave del encendido, sosteniéndola un momento en el aire, al mismo tiempo que añadía:

—Les diré que cuando usted me dejó aquí se llevó consigo la llave del encendido. De manera que me vi obligado a caminar largo rato hasta llegar al teléfono más próximo. Cuando ellos lleguen aquí con otra llave, usted ya estará bien lejos. ¿Conforme?

Y tras pronunciar estas palabras, Gian se recostó contra un guardabarros del coche y comenzó a encender un cigarrillo.

Cinco minutos más tarde, George, todavía vestido con una arrugada americana de smoking, y Nicola ataviada con su vestido de noche, atravesaban el pueblo de Annecy. Cinco millas más allá de Annecy, en la carretera de Ginebra, introdujeron el coche por un camino lateral, hallaron un bosque con un arroyo, y se pasaron media hora cambiándose de ropas y charlando.

Nicola, todavía un tanto soñolienta, pero normal, contó a George todo lo referente a Elsie, y a su vez, George esbozó el trato que acababa de hacer con Gian.

Nicola dijo:

—Está claro que Bardi la ha tenido encerrada ahí durante todos esos años. Lo siento terriblemente por ella, aun cuando parecía mostrarse extremadamente feliz.

—Tengo la impresión de que en estos momentos ya no se encuentra allí. Bardi no puede permitirse el lujo de arriesgarse en esa forma. No sabes cuánto deseo estar unos momentos a solas con él. Apuesto a que ya ha telefoneado a Ricardo Cadim diciéndole que desaparezca de la circulación por algún tiempo.

De nuevo en la carretera, poco después se detuvieron para tomar café. George puso una conferencia telefónica a Synat, y tuvo suerte en pillarle en el despacho. Reservadamente le comunicó las noticias que consideró oportunas, y luego le explico la proposición de Gian:

Synat dijo:

—Está usted portándose muy bien. Diez mil es bastante dinero, pero tendremos que probarlo. ¿Piensa usted ir a Ginebra?

—Sí.

—Está bien. Podrá usted retirar ese dinero en mi banco de allí sólo con mostrar su pasaporte. Pero no entregue ni un solo centavo hasta estar seguro de que va a conseguir algo concreto.

—De acuerdo. Me aseguraré antes.

—Y escuche, Constantine..., en el momento en que sepa usted dónde ponerle las manos encima a Bardi, hágamelo saber. Quiero tomar parte en tal escena. No crea usted que todo va a salir perfecto, puesto que existe la cuestión de su nacionalidad y todo lo relacionado con las leyes de extradición. Este asunto de los Bianeri significa que Bardi puede tirar de algunos hilos, ¿comprendido?

—Sí. La cosa es no darle tiempo a culebrear.

En Ginebra encontraron un par de habitaciones en un pequeño hotel situado en el Quai-du-Mont-Blanc, y luego George telefoneó a un amigo suyo de la Embajada británica en Berna, donde actuaba como segundo secretario.

La voz que le contestó dijo:

—Lo siento, pero llega usted un poco tarde. Fue trasladado a Estocolmo el año pasado. ¿Quién habla?

—George Constantine.

—¡Oh, sí!..., he oído hablar de usted. Exploraciones y demás, ¿no es cierto? ¿Puedo hacer algo por usted? ¿Tiene dificultades en los hoteles? ¿El pasaporte perdido? ¿Dificultades con damas? ¿Un préstamo temporal? Esta es la clase de problemas que nos plantean normalmente sus paisanos. Y, por supuesto, espero que no le ofendan mis palabras.

«¿Por qué he de tropezarme siempre con las personas más locuaces del mundo entero?», pensó George. Luego respondió:

—Sí que puede hacer algo por mí. Me interesa seguir el rastro del propietario de un coche suizo. ¿Se puede hacer?

—Bien..., eso no entra estrictamente en nuestras obligaciones, pero veamos... ¿Qué ha ocurrido? ¿Una aventura romántica? Bien..., eso no es cosa mía; deme la matrícula y veremos...

George mencionó la matrícula del «Mercedes»; dio el número de teléfono del hotel y dijo que si alguna vez iba a Berna le invitaría a tomar un trago.

Luego envió un telegrama a Andrea Palloti, al Schweizerhof, de Berna. A la mañana siguiente, Nicola y él se acercaron al banco y retiraron los diez mil dólares que les entregó un cajero que lucía gran mostacho, quien ni siquiera echó a George una ojeada cuando contó los fajos de billetes para que, a continuación, George los guardara en la cartera de mano que a tal efecto llevaba consigo. Cuando George cerró la cartera, el cajero alzó la cabeza y guiñó un ojo a Nicola.

Una vez en el exterior, George exclamó:

—¡Mal rayo le parta!... por haberte mirado de esa forma.

—Pues la verdad es que el hombre me gustaba... ¿O quizá sería el mostacho?

En el hotel, aquella noche, y cuando Nicola y él estaban saboreando un mal mezclado martini, le llamaron al teléfono.

Se trataba de su nuevo amigo de la Embajada británica.

—Lo siento, amigo —dijo el hombre—. Gran decepción... o puede que esa chica estuviera conduciendo el coche de su padre. Y, por supuesto, pensando un poco más las cosas, también podría tratarse del coche de su novio o del esposo. El nombre es Hans Lodel. La única dirección es la de un banco de Zurich. ¿No ha servido de nada? ... Lo siento mucho...; otra vez saldrán las cosas mejor.

George regresó al lado de Nicola y le contó lo que había:

—Nuestro amigo es muy cuidadoso, ¿no te parece? —dijo Nicola—. Una villa en St. Tropez que pertenecía a Dorothée Guntheim, y ahora a un brasileño..., si eso es cierto. Y un bonito «Mercedes» de turismo registrado en Suiza a nombre de Lodel. Le gusta que la gente avance en círculos cuando hace investigaciones. ¿Y qué hay acerca de esa villa Margritli a orillas del lago?

George se encogió de hombros.

—Suiza está cubierta de lagos y villas llamadas Margritli. Costaría semanas examinarlas todas. No, Gian es nuestra mejor baza.

—Mientras Bardi no sospeche de él.

—¿Por qué había de sospechar? Gian no es ningún imbécil.

La Villa Margritli se alzaba sobre un estrecho istmo de tierra rodeado por las aguas del lago hasta el punto de que desde la carretera sólo se extendía hasta la casa una estrecha calzada para coches rodeada de agua por todas partes menos por una. El edificio era una conglomeración, pasada de moda, formada por remates triangulares, pequeñas torres con techos de pizarra, y ventanas con persianas color crema y marrón que se abrían sobre los muros. Araucarias y pinos flanqueaban la calzada de coches. Una amplia terraza de piedra situada frente a la casa estaba provista de un tramo de escalones que descendían hasta las mismas aguas del lago. La terraza estaba cuajada, cerca de su balaustrada, de toda clase de flores, las cuales crecían en agradable confusión.

Al otro lado del lago Thun, el pico Neisen estaba coronado por una nube de verano que se destacaba notablemente bajo la luz del atardecer. Detrás de la villa, la desembocadura del Justisthal aparecía adornada por numerosos viñedos, y luego se perdía entre pinos hasta llegar a los flancos del Neiderhorn y el Rothorn.

Bardi se alejó de la ventana del dormitorio desde la cual había estado contemplando el lago.

Una mujer dormía en la cama que había tras él. Se hallaba tendida de costado, y sus cabellos rubios se destacaban sobre el nítido blanco de la almohada. Bardi permaneció inmóvil, mirando a la mujer durante un momento. Su rostro se ablandó durante unos segundos. «Ricardo había tenido razón», pensó. Aquélla era la única

mujer que él había amado, y también la única mujer de la cual jamás podría esperar amor. Ahora que el *etablissement* se había hecho lugar imposible para ella, Bardi tenía que encontrar otro lugar. Ella no podía permanecer allí durante mucho tiempo. En una época ya lejana aquella mujer había amado aquel mismo lugar y luego lo había odiado violentamente por culpa de él.

Extendió una mano y tocó los sueltos cabellos a la vez que escuchaba la pesada respiración de la mujer. Luego, súbitamente, retiró la mano y sus facciones se endurecieron al pensar en el inglés que le había obligado a realizar aquel cambio.

Se volvió y salió de la habitación para descender por la amplia escalinata hasta el vestíbulo, en el que había grandes ventanales en su más alejado extremo, todos ellos orientados en dirección al lago. Luego atravesó una pequeña puerta situada a su derecha.

Era una estancia larga y de alto techo. Los muros estaban cubiertos por paneles de madera de pino de color claro, en los que se habían tallado racimos de uvas, otras clases de fruta, pájaros y animales. El techo estaba ribeteado por grandes vigas de pino, formando algo parecido a la figura de una barcaza ligera, y entre cuyas cuadernas la escayola aparecía pintada con profusión de figuras alegóricas. En el extremo más alejado del salón había una pequeña galería a la que se ascendía mediante cuatro escalones. Estos últimos contaban con un pasamanos bajo adornado con talladas hojas doradas. En una especie de hornacina situada en el fondo de la galería, tres velas ardían ante la imagen de una Virgen que sostenía en brazos al Niño Jesús.

Las baldosas del pavimento eran lisas y de color marfileño, y aquí y allá había extendidas algunas alfombras. Frente a la chimenea había una alfombra de Shiraz de mayor longitud que las demás, en la que aparecía un complicado dibujo en rojo y verde, y al pie de las escaleras que ascendían a la galería había una enorme alfombra Senneh, la cual mostraba en su centro un gran medallón de flores. Sus bordes eran de un color azul muy intenso. Sobre la chimenea, en la que ardían unos cuantos troncos de pino, había un espejo Chipendale oval enmarcado por una talla de rústicas ramas y follaje. La plata y la porcelana brillaban en algunas vitrinas adosadas a las paredes. De la viga central del techo colgaba una hermosa araña de cristal de cuatro grandes brazos. Del muro del fondo de la galería colgaba un tapiz Lurçat moderno que representaba una pelea de gallos. Junto a la puerta de entrada parecía hacer guardia una antigua armadura maximiliana. La única ventana que había en el salón se hallaba frente a la chimenea y estaba orientada al lago. Bajo la araña había una larga mesa, y sobre ésta un gran jarrón con rosas de color marfileño.

En pie, junto a la mesa, se hallaba Lodel...

Bardi se acercó hasta la ventana y contempló en silencio cómo un par de cisnes avanzaban suavemente sobre el agua. Encendió un cigarro habano y se volvió hacia Lodel para decir:

—¿No hay noticias de los dos ingleses?

—No.

—Las habrá... Un coche «Lancia» de color verde..., y deben estar en alguna parte. Antes o después lo sabremos. Y cuando lo sepamos obraremos en consecuencia. ¿Es eso todo?

—No. Está Gian...

—Querrás decir Gian y María.

—Eso... y esto también. Mire...

Lodel sacó la mano del bolsillo y arrojó sobre la mesa algo que se deslizó sobre la pulida superficie de madera sonando metálicamente.

Bardi se acercó y recogió el pequeño objeto. Era una llave de encendido sujeta a una pequeña anilla metálica.

—¿Dónde conseguiste esto? —preguntó.

—En esta misma sala, y esta mañana, cuando se bañaba en el lago. Estaba en sus pantalones *breeches*.

Bardi añadió:

—Esta es la otra llave..., la que Gian dijo se había llevado el inglés.

—Sí. Mintió.

—¡Si será imbécil! Y encima... se guarda la llave.

—Puede haber hecho algún trato con el inglés. Gian quiere dinero y... a María. ¿Me encargo de él?

Bardi movió la cabeza negativamente.

—No. Todavía no.

Los ojos de Bardi se tomaron fríos como el hielo, y su mirada se hizo remota bajo la influencia de su pensamiento. La flaqueza de Gian era aquel anhelo incontrolable de lograr a toda costa la felicidad, o al menos lo que él consideraba como tal. Carecía de inteligencia para dominar sus deseos. No sucedía muy a menudo que él, Bardi, se equivocase con la gente que elegía para su servicio, aunque instintivamente había desconfiado de Gian desde un principio. Pero le había aceptado por complacer a su padre, al viejo Andrea Palloti. Uno no debía hacer cosas simplemente por complacer a la gente. Siempre surgían complicaciones y disgustos. Sin embargo, en los viejos tiempos Andrea le había sido muy útil cuando trabajaba como ayuda de cámara de Aboler..., un hombre inteligente, o, mejor dicho listo..., que solamente tenía dinero. Incluso Andrea había sido capaz de engañarle, quebrando aquel muro de bella seguridad que ocultaba dinero y asuntos de los que Aboler se sentía tan orgulloso.

Bardi dijo:

—¿Todavía mantiene Gian contacto con su padre?

—Sí.

—¿Está todavía en Berna?

—En el Schweizerhof.

—Le telefonaré. Y tú, Lodel..., de acuerdo con respecto a Gian. Pero será a mi manera. Mientras tanto, vigílate. Manténle sujeto en este lugar, de forma que, si tiene

que telefonar, que lo haga desde aquí. ¿Sabes lo que has de hacer con el teléfono?

Lodel asintió con un movimiento de cabeza.

—Quiero un informe de todas las llamadas que haga o reciba. ¿Sabe él lo de la interferencia telefónica?

—No, Pero sí María.

—Él no le dirá nada hasta que haya arreglado lo que piensa arreglar..., si es que hay algo turbio en su comportamiento. Sí, ya veo...

Bardi se detuvo y arrojó hacia el techo una espesa columna de azulado humo. Luego añadió:

—Nuestro Gian quiere dinero, mucho dinero... Tenemos bastante suerte de que sea tan insensato.

CAPÍTULO XIII

La llamada telefónica de Gian llegó justamente después del desayuno. Fue breve pero explícito, como un hombre de negocios que no pierde el tiempo en generalidades. En el lado norte del Thunersee, no lejos de Interlaken, había un lugar llamado Beatenbucht. Sobre éste había un telesquí que partía de la estación de Beatenberg y subía hacia el Neiderhorn. El vehículo, durante su ascenso se detenía en tres o cuatro puntos del recorrido. George debía tomarlo a las cinco en punto de aquella tarde y apearse en la segunda parada. Debía esperar allí hasta que Gian llegara, y luego le seguiría hasta un pequeño pinar que había al este de la estación. Debía ir solo y con el dinero.

Antes de que Gian colgara el teléfono, George aclaró:

—Estaré solo y tendré el dinero. Pero también estaré bien armado.

Gian replicó:

—Eso no cambiará las cosas.

Nicola y George salieron de Ginebra en el coche, rodeando el lago hasta Vevey, y luego se dirigieron hacia el Noroeste por Juan Pass, para bajar más tarde a Spiez, en el lado sur del lago. Desde allí no quedó más que un corto viaje hasta Interlaken, donde encontraron habitaciones en un deslucido hotel eduardiano lleno de ancianas y solteras. Desde Interlaken fue necesario pisar a fondo el acelerador sobre una carretera de segunda clase para llegar a la estación de Beatenberg, a las cinco menos diez. George dejó a Nicola en un oculto lugar y en el «Lancia», y él adquirió un billete para el telesquí.

Había unos cuantos turistas de verano bajando en el telesquí y en cambio no subían muchos. En aquella época del año el telesquí era usado por gente que le agradaba caminar y que se apeaba en varios puntos de la montaña para luego hacer largas excursiones a pie por las colinas de los alrededores.

Un poco más arriba de la primera estación de parada, George se volvió sobre la silla y vio al Thunersee que se extendía bajo él, así como los altos picos que se alzaban al Sur.

George pensó que las dificultades que ahora se le presentaban en aquel maldito asunto, con la perspectiva de cerrar el cerco sobre Bardi, se basaban en que era totalmente necesario aguzar el ingenio más que de costumbre. Pero habría que resistir. Bardi era hombre resbaladizo. Sería preciso cerrar la red muy cuidadosamente antes de que fuese posible emprender cualquier clase de acción. Aquel hombre poseía villas registradas a nombre de otras personas, y hacía, lo propio con su coche. Pero en alguna parte debía disponer de una base permanente, algún

lugar donde guardara todos sus papeles. Bardi tenía que ser conocido en algún sitio en forma tal que le resultara difícil eludir la identificación. Y era precisamente esta información la que él pensaba obtener de Gian antes, de entregarle el dinero cuyo paquete guardaba en el bolsillo. La pistola «Walther» viajaba en un bolsillo del pantalón, abultando como si fuera un par de bocadillos.

La primera etapa del telesquí cubría un terreno que formaba un pequeño valle, enormes rocas grisáceas que sobresalían de entre la hierba y unos cuantos pinos esparcidos aquí y allá. Por encima de los gruesos cables transbordadores llegaba a sus oídos el tintineo de las esquilas de las vacas, sonido que siempre le producía la impresión de que estaba viviendo en el interior de una caja de música que tocaba perennemente la misma melodía.

En la primera estación había una pequeña cabaña. Tres o cuatro personas subieron a las sillas descendentes cuando él se aproximaba a la estación. Delante de él había tres juegos de sillas vacíos, y, cuando la silla que había delante de él penetró en la estación, vio cómo subía a ella una joven corpulenta: gruesas botas, falda marrón, jersey oscuro y gafas de sol..., y George sonrió cuando la vio luchar para colocar cómodamente la mochila sobre sus hombros. Era una mochila enorme, que evidenciaba que algunas turistas se tomaban su papel muy en serio.

Un estrecho sendero ascendía en zigzag por debajo de la segunda estación, sendero que estaba flanqueado por espesos bosques. De vez en cuando, y a causa de lo accidentado del terreno, la silla bajaba casi a nivel de las copas de los árboles y luego parecía ascender rápidamente. Dos muchachas que descendían a pie por el sendero alzaron la mano saludándole, y él respondió en la misma forma. La muchacha que viajaba en la silla de delante había sacado una cámara y se entretenía en tomar fotos.

Por fin estaba próximo a la segunda parada, y George impelió hacia delante la barra protectora. La muchacha de la silla delantera también se apeó, e inmediatamente se lanzó, con los hombros inclinados, pendiente arriba, como si estuviese tomando parte en un concurso de velocidad alpinista.

George se apeó y, permaneciendo cerca del telesquí, apoyándose contra la valla de madera para encender un cigarrillo. No había nadie en aquel lugar esperando para subir, pero en cambio bajaba bastante gente...

Se volvió y contempló la ascendente línea de sillas. Eran las cinco y diez. Mucho más abajo de donde él se encontraba se divisaban las orillas del lago cuajadas de bosques, y vio asimismo la suave estela que dejaban tras de sí los vapores. Lejos, y hacía la derecha, un enorme borde rocoso señalaba el descenso del lomo del Neiderhorn al Justisthal y el pueblo de Meringen. Recordaba que cuando era casi un niño había pasado unas vacaciones en aquellos lugares en compañía del profesor y de su esposa. Pensó que era extraño hubiese transcurrido tanto tiempo antes de darse cuenta del estado mental del profesor, o, mejor dicho, de la angustia que atenazaba su

mente. Sólo Escorpión la ocupaba por completo. En los últimos tiempos más allá de Escorpión no había nada.

Vio venir a Gian cuando éste se hallaba a siete sillas de distancia. Entre él y Gian solamente una de las sillas estaba ocupada. Era la que hacía el número tres por delante de Gian. Un joven la ocupaba. Vestía un pequeño sombrero de montaña, pantalones de cuero y tirantes de color azul sobre una camisa roja. Leía un libro y pasó por la estación sin alzar siquiera la cabeza.

George retrocedió unos pasos y esperó a Gian. La silla llegó con su lento movimiento procesional, con dignidad, sin prisa. Gian no llevaba nada en la cabeza, mostrando al sol sus cobrizos cabellos, el color tostado de su rostro y garganta que se destacaba notablemente sobre una camisa blanca, cruzado cómodamente de piernas y recostado en su silla.

George le contempló. Cuando la silla llegó a unas pocas yardas de la plataforma esperó que Gian se apeara, pero el hombre no hizo nada para apartar a un lado la barra de seguridad. Llegó cómodamente sentado y mirando hacia delante. Pero sin hacer el menor movimiento para apearse.

George dio un paso hacia delante, alzando una mano, pero la silla continuó su viaje, pasando a su lado sin que el hombre se moviese para nada. En los pocos segundos que tardó Gian en pasar de largo, George comprendió inmediatamente por qué el hombre no se había movido. Gian tenía la cabeza un poco ladeada, y en la sien izquierda un orificio del cual manaba el hilo de sangre que se deslizaba por el cuello y que había manchado la blanca camisa. La silla salió de la estación, pasó de largo junto a un pilar situado a unas cincuenta yardas de distancia, y entonces George vio cómo se deslizaba el cuerpo de Gian con los hombros inclinados hacia delante. Durante un momento se sostuvo en tal posición, y luego el cuerpo volvió a deslizarse bajo la barra de la silla, para acabar cayendo al vacío. Delante de él, el joven que usaba pantalones de cuero y leía, ni siquiera se dio cuenta de lo que acababa de suceder tras él.

George saltó de la plataforma y comenzó a ascender casi corriendo por la empinada pendiente. Cincuenta yardas más adelante se extendía un pinar que había ocultado la caída de Gian. Se metió por entre los pinos y encontró a Gian tendido sobre la hierba, casi en el extremo más alejado del pinar, junto a un sendero de cabras.

Se arrodilló y dio la vuelta al cuerpo de Gian. Las facciones tostadas por el sol del hombre quedaron mirando hacia el cielo durante un momento, y luego la cabeza se deslizó lentamente hacia un lado. George vio entonces que, además del orificio de la sien, tenía otro un poco más abajo de la oreja izquierda, aunque por este último no había salido ni una gota de sangre: dos orificios limpiamente hechos en el cráneo del hombre. No era preciso esforzarse mucho para comprender qué clase de arma había sido empleada. Él mismo había empleado aquella munición en un rifle del 22, y tampoco precisaba que nadie le dijese que taladrar así el cráneo de un hombre que se

movía en una silla de un telesquí era algo más que buena suerte o que saber tirar bien. Eran disparos hechos por un tirador de primera clase.

Desde algún lugar, cuando Gian ascendía en el telesquí, habían sido hechos aquellos dos disparos rápidos y certeros; y Gian había pagado muy caro su anhelo de alcanzar la felicidad, mientras que aquel otro joven que ascendía delante de él continuaba leyendo su revista.

George se puso en pie y retrocedió hasta el pinar que quedaba a sus espaldas. El movimiento fue instintivo. Era la clase de movimiento que ya había realizado en otros lugares. Súbitamente tuvo la cruda sensación de que estaba desnudo. Notaba cierta sensación de vulnerable desamparo entre sus dos omóplatos, y George tampoco pudo evitar pensar que su cráneo era tan frágil, si llegaba el caso, como una cáscara de huevo. Nada podía hacer por Gian, pero sí podía hacer, y mucho, para sí mismo. Alguien llegó a saber que Gian tenía que tomar el telesquí, y ese alguien no ignoraba que él, George Constantine, le estaba esperando. ¿Por qué le habrían permitido llegar incólume hasta la segunda estación del recorrido, mientras que habían liquidado en los primeros momentos a Gian? Tampoco era muy difícil averiguar la razón. Si le hubiesen liquidado a él primero, algunos pasajeros del telesquí, o incluso podría ser que algunos de los empleados de la estación final, a la que George habría llegado antes de que Gian tomara su silla abajo, se diesen cuenta de lo ocurrido, y entonces se detendría el telesquí. Y aquella señal podría haber causado pánico a Gian. No, alguien le deseaba arriba, y ese alguien se había sentido muy feliz liquidándole en pleno viaje. Ya no les importaba si el telesquí se detenía o no. Y ahora también le tenían a él allí arriba, casi a cinco mil pies de altura y disponiendo sólo de un estrecho sendero de cabras por el que descender, a menos que se arriesgara a tomar una silla del telesquí en viaje de retorno. Cosa que no haría jamás... y muchísimo menos cuando podía haber alguien tras un pino dispuesto a disparar con tremenda seguridad.

George atravesó el pinar que quedaba a su izquierda, y cuando llegó al borde del mismo se detuvo. Delante de él había un precipicio de paredes desiguales y muy rocosas. A la derecha, y a bastante altura, había un gran risco de pared totalmente lisa. A la izquierda, y colina abajo, una gran extensión de hierba, y más allá se observaban las copas de más pinos. Entre él y aquella extensión de hierba había, unas trescientas yardas, con cierta cantidad de rocas que podrían servir de refugio. Si pudiese llegar hasta aquellos pinos, entonces podría continuar el camino hacia abajo, manteniéndose siempre a la derecha, y finalmente alcanzar el fondo del Justisthal y el lago. Sacó la pistola del bolsillo. En aquel momento no tenía fe en nadie, excepto en sí mismo. Nadie iba a ayudarle en tales instantes.

Eligió una formación de rocas que se alzaba a unas cien yardas de distancia, y corrió hacia ellas inclinándose todo cuanto pudo. Se encontraba a unas veinte yardas de distancia de las primeras rocas, cuando le llegó la primera prueba de que estaba siendo cazado. Sonó un disparo a su izquierda, y algo atravesó con siniestro silbido uno de los bolsillos de su chaqueta que llevaba desabrochada. George recorrió las

últimas cinco yardas casi dando un salto en el aire. Al caer a tierra creyó que no podría seguir respirando por mucho tiempo. Otro disparo arrancó una nube de pequeñas piedras en la roca que quedaba a su espalda.

Ya no le quedaban dudas respecto al lugar de dónde venían los disparos. Alguien le estaba esperando bajo el borde de aquella extensión de hierba, entre él y los pinos. Tomó asiento sobre la tierra y examinó el terreno a su alrededor. Había un pequeño sendero para el ganado que se extendía desde las rocas y a lo largo de una hondonada poco profunda, a continuación de la cual venía una extensión de hierba de unas cincuenta yardas que le dejarían al descubierto antes de que pudiese alcanzar el refugio de una nueva formación rocosa. George comenzó a arrastrarse sobre el terreno, a lo largo del sendero, y procurando ocultarse todo lo posible. La pistola «Walther» resultaba un arma totalmente inútil a menos que pudiera acercarse a su objetivo, y no parecía posible que eso se lo permitiera alguien que tenía en la mano un rifle del 22. Al avanzar arrastrándose lentamente trató de recordar las características del rifle del 22 que él había usado en los últimos tiempos. Era un rifle de repetición, y la recámara admitía veinticinco cartuchos cortos, o bien veinte largos. Habría que pensar en que el tirador que ahora le acechaba podía disponer de veinticinco disparos. Ya había gastado dos en Gian y otros dos en él. Por lo tanto, aún restaban veintiuno. George escupió un poco de polvo que se le había metido en la boca y sintió cómo el sudor se deslizaba por su frente. Llegó hasta el extremo de su refugio y se detuvo, inspeccionando el sendero que ahora había ante él.

Instintivamente, contuvo la respiración. Miró por encima del hombro, y allá, a lo lejos, por encima de las copas de los pinos, vio cómo se movía el telesquí y la silueta de un ocasional pasajero que se recortaba contra el cielo. El público, como siempre, era una gran ayuda. La gente podía oír los disparos, y solamente tenía que mirar hacia abajo para ver el cadáver de Gian tendido boca arriba sobre el estrecho sendero de la montaña, o mirar hacia donde él se encontraba en aquellos momentos, y sin duda se preguntarían muchas personas por qué aquel hombre se arrastraba sobre la tierra como un torpe gusano... Pero la gente nada veía, y probablemente sólo habría sentido una breve curiosidad hacia el ruido de los disparos.

George se puso de rodillas y comenzó a correr, atravesando el próximo espacio de hierba para alcanzar otra formación de rocas. Apenas había salido a campo abierto cuando sonó el primer disparo. George creyó que en aquel mismo momento le habían aplicado en la parte posterior de su cuello un atizador calentado al rojo vivo. El choque le hizo tambalearse y caer de costado, pero, aun cuando cayó, continuó rodando sobre el terreno, sabiendo que sólo dos segundos de inmovilidad serían suficientes para que su cuerpo fuese un blanco perfecto. Otro disparo arrancó la hierba a unas pulgadas de su cabeza. Luego se puso en pie, corriendo en zigzag y rezando, manteniendo la cabeza baja, y la pistola que sostenía en la mano izquierda a la altura del rostro. Otro disparo silbó más cerca de él en el preciso momento en que se arrojaba tras el refugio de las rocas.

Permaneció inmóvil unos segundos, tratando de respirar libremente, y en algún rincón de su cerebro tuvo lugar un cálculo. Tres disparos más. Sólo quedaban dieciocho. No tenía la menor ilusión en cuanto se refería a las oportunidades que podían quedarle. El hombre que disparaba había ido a por él desde el mismo momento en que hubo abandonado su refugio. Lo normal hubiese sido que le hubieran disparado cuando él se hallaba a medio camino del nuevo refugio, pero lo cierto es que lo habían hecho cuando solamente había dado dos pasos.

Se sentó sobre la tierra y encontró una especie de nicho abierto en la roca. Desde allí miró hacia la llanura. No se observaba el menor movimiento, excepto muy lejos y a su izquierda, donde una anciana, vestida de negro y tocada con una especie de gorra con encaje blanco, se dedicaba plácidamente a hacer punto de media mientras unas cuantas vacas pastaban con su acostumbrada parsimonia. George maldijo a la anciana para sentirse más aliviado. O bien la mujer era sorda, o estaba llevando demasiado lejos la neutralidad suiza.

Desde aquella formación de rocas, George podía elegir dos caminos a seguir. Una pequeña hondonada se extendía, con gran inclinación, hacia el distante borde rocoso que se alzaba sobre su cabeza. La hondonada le proporcionaría suficiente refugio hasta llegar arriba. Pero él no deseaba subir. Ansiaba alcanzar las estribaciones más bajas. Hacia abajo había una zona de hierba sobre la cual el paso del ganado había señalado una depresión en el terreno. La bancada se extendía hacia el borde del Neiderhorn que se orientaba al Justisthal. La dificultad estaba en que solamente se extendía durante unas cincuenta yardas, y luego desaparecía para formar un claro de unas cien yardas de terreno descubierto antes de que se pudiera llegar a un terreno formado por ásperas rocas. George permaneció sentado durante un rato intentando decidirse. Hacia arriba el camino era seguro, pero no conducía a ninguna parte. Hacia abajo significaba tener que atravesar cien yardas a cuerpo descubierto... pero si lo conseguía se habría salvado. Cuando miró hacia el borde rocoso que se alzaba sobre su cabeza, advirtió mi movimiento en las rocas más altas. Por un momento, el sudor que se deslizaba sobre sus ojos y la luz del sol le impidieron ver lo que aquello significaba. Entonces se movió mía figura. George la reconoció en seguida. Era la muchacha de las gafas de sol y la pesada mochila. Al mirarla más fijamente vio cómo sus manos se alzaban ante su rostro, y a continuación George distinguió el reflejo del sol sobre el metal, «¡Por amor de Dios! —pensó—. ¿Sería capaz aquella muchacha de estar allí tranquilamente sentada sacando fotografías para su álbum mientras a él le daban caza allí abajo como si fuese una rata? ¿Acaso no veía aquella chica lo que estaba sucediendo?». Todo cuanto tenía que hacer era acercarse mi momento hasta el telesquí y solicitar la ayuda de alguien. George la maldijo en voz alta y con peores palabras que las que había empleado para con la anciana.

El juramento pareció aliviarle un tanto. Extrajo un pañuelo del bolsillo y se enjugó la sangre que se deslizaba por su cuello. La sangre manaba, pero no en forma que pudiese sugerir fuese a morir desangrado en las próximas horas.

Al amparo de la enorme formación de rocas, comenzó a descender siguiendo el sendero del ganado. Una alondra cantó en algún rincón de la montaña. Sonaron en la distancia las esquilas de las vacas. Allá abajo, sobre el lago, una cometa daba vueltas y más vueltas, trazando perezosas espirales. Una maravillosa paz parecía extenderse sobre el mundo entero, y hubo mi momento en el que George se maldijo a sí mismo por haber sido tan condescendiente con Gian. Nunca debió ponerse de acuerdo con él para comprar información. Debió retener al hombre en la villa de Annecy y arrancarle del cuerpo todo cuanto supiese.

Cuando llegó al final de la formación rocosa, se agachó, mirando al espacio de terreno abierto que tenía ante sí. Era una hermosa pradera salpicada de tomillo y pequeños matorrales sobre los que zumbaban laboriosas abejas. George odiaba cada yarda de aquel trozo de terreno, pero sabía que tenía que hacer algo. Miró hacia atrás y hacia arriba. La muchacha excursionista se había movido más hacia el lomo Neiderhorn. Se hallaba ahora en pie, con las piernas muy separadas y haciendo aún uso de la cámara. Durante un momento la apartó de su rostro. Fue entonces cuando George distinguió el reflejo del sol sobre algo que había tras ella, algo que sobresalía por encima de su hombro derecho. Y el descubrimiento repentino fue para George algo así como si acabaran de darle una bofetada. ¡De manera que era aquello!

¡Qué imbécil había sido! Gafas oscuras para ocultar un cuerpo que él había visto muy bien en París. Allí arriba, en pie, y vigilando cada movimiento que él hacía, se hallaba Dorothée Guntheim, y no era una cámara lo que estaba usando, sino un aparato transmisor oculto en su mochila y cuya antena ahora se alzaba por encima de su hombro brillando bajo el sol. Cada movimiento que él hacía era inmediatamente comunicado a alguien. En el momento en que él abandonara su refugio sonaría la voz de la muchacha avisando: «¡Ahora!».

George permaneció agachado en su refugio, haciendo trabajar a su cerebro rápidamente y tratando de recordar sus años de adolescencia. ¿Cómo descendía el lomo del Neiderhorn hasta el valle del Justisthal? Hacía años que en compañía del profesor había caminado sobre aquel enorme borde rocoso. Su memoria le recordaba un descenso muy inclinado, pero aun así podría haber una oportunidad siguiendo aquel camino. Ciertamente, en la ruta que ahora seguía no tenía la menor posibilidad de salir bien del apuro con aquella muchacha vigilando todos sus movimientos desde lo alto.

George se volvió para retroceder por el sendero de ganado, y luego tomó la hondonada que ascendía hacia el cerro. En aquella hondonada podía caminar con toda seguridad y rápidamente. Así lo hizo, ascendiendo hasta donde se hallaba la muchacha. Ella le vio acercarse, y comenzó a alejarse de él hacia el mismo lomo del Neiderhorn. Cuando George había recorrido unas cien yardas, calculó que ahora se hallaría a unas trescientas yardas de distancia del borde de la llanura que quedaba más abajo. Entonces trepó por un lado de la hondonada y miró hacia atrás,

manteniéndose bien oculto tras los accidentes del terreno. Calculaba que trescientas yardas de distancia eran muchas yardas incluso para el tirador más experto.

Por lo tanto, no fue ninguna sorpresa para él ver cómo un hombre venía hacia él a campo través, ataviado con un impermeable y gorra, una mochila a la espalda y un rifle cruzado ahora por delante de su cuerpo. Era Bardi, que asimismo cargaba con su correspondiente radio portátil.

George se guardó la pistola en un bolsillo; se dejó deslizar por un lado de la hondonada, y a continuación corrió con toda la rapidez que le permitían sus piernas. Por encima de él Dorothée se alejó más hacia el cerro, y George casi se hallaba al pie de la empinada cuesta cuando sonó otro disparo directamente sobre él. Se lanzó al suelo apresuradamente y miró hacia atrás. A unas doscientas yardas de distancia, y al pie del cerro, acababa de aparecer otro hombre que George reconoció en seguida. Era Lodel, y George se dio cuenta entonces de que Lodel había estado siempre allí, en retaguardia, por si a él se le ocurría retroceder sobre sus pasos y ascender en busca del telesquí. «Allí arriba —pensó George amargamente—, aquella Dorothée Guntheim estaba haciendo una buena labor». Ambos hombres llevaban mochilas en la espalda, y ahora George veía cómo el sol también se reflejaba en la antena de la radio de Lodel.

Súbitamente, George se dio cuenta de que, con Lodel cerrándole el paso por detrás, y Bardi cortándole el descenso, sólo había una oportunidad de salir bien del apuro. Dorothée, delatando desde lo alto todos sus movimientos, hacía imposible poder jugar al gato y al ratón con aquellos hombres por entre las rocas, perderse entre éstas o poder alcanzar el cerro y así maniobrar en un nuevo campo donde pudiese flanquearles. No disponía más que de una sola ruta a seguir, y ésta era caminar de prisa a lo largo del fondo de aquel cerro, hacia el lomo del Neiderhorn, y mantener cierta distancia con los hombres mientras le fuese posible.

De repente se puso en pie y corrió desesperadamente, al mismo tiempo que aquella decisión tomaba forma en su mente. A lo largo de las primeras cien yardas le dispararon dos veces desde una distancia un tanto lejana, y luego no hubo más disparos. Miró hacia atrás una vez y vio a Bardi abajo, corriendo a través de la pradera, cubriendo su izquierda, y a Lodel detrás, avanzando más lentamente sobre las rocas sueltas y la grava que cubrían la base del cerro.

George corrió más que nunca, estudiando cuidadosamente el terreno, vigilando dónde ponía el pie, y sabiendo que cada yarda que ahora avanzara contaría más tarde. Cuando llegara al saliente del Neiderhorn no tendría oportunidad de elegir: tendría que descender con tremenda rapidez y confiar en hallar refugio antes de que ellos alcanzaran el cerro y le atraparan.

Ahora se hallaba ya en el cerro y tuvo una fugaz visión del gran valle que se extendía a sus pies extendiéndose hacia el lago. Luego se dejó caer de pie por una inclinada ladera cubierta de hierba hacia la primera formación rocosa, hundiendo bien los tacones sobre la hierba para frenar su descenso. A doscientos pies por encima de

él estaba Dorothée vigilando aún todos sus movimientos, pero George se dio cuenta de que ya había ganado algún terreno a los dos hombres.

Al final de su primer descenso lanzó una rápida ojeada a su alrededor, como un animal acorralado, para elegir la próxima ruta a seguir. Se dejó caer de costado y descendió con mucha más rapidez de lo que había calculado, mientras que con las manos y pies trataba de asirse a algo.

Se encontraba a unos doce pies del fondo, cuando oyó otros dos disparos hechos desde lo alto. Miró hacia arriba una vez más. Los dos hombres se hallaban ahora en el borde de las rocas. George supo entonces que solamente le quedaba en el mundo una sola oportunidad. Los rifles ya se alzaban nuevamente a ocho yardas de distancia. Tenía que hacerles creer que habían terminado su caza con éxito.

Al pie del farallón había una pronunciada pendiente de grava y piedras que descendía en alto grado de inclinación hacia la siguiente cara rocosa de la montaña.

Moviéndose hacia abajo, esperó los dos disparos. Y al fin sonaron. Uno de ellos le atravesó la americana por la parte posterior y el otro rasgó la carne de su sobaco. George cayó desde la cara rocosa, relajando cada músculo de su cuerpo, dejándose caer con tremenda confianza. Chocó contra las piedras sueltas que había diez pies más abajo, y su cuerpo siguió rodando sin hacer el menor esfuerzo por controlar sus movimientos, dando tumbos de aquí para allá como podría hacerlo el cuerpo sin vida de cualquier ser humano. Gravilla, piedras y polvo le acompañaron en el descenso. Vio cómo se acercaba rápidamente al borde de la próxima bajada lleno de grandes rocas que habían caído de lo alto para descansar allí quizá durante siglos. Solamente entonces comenzó a emplear sus pies y manos, movimientos que, por supuesto, desde lo alto nadie podría distinguir. Tenía que chocar contra una de aquellas grandes rocas si no quería caer en el vacío libremente. Cuando logró que su cuerpo golpease contra una de las rocas, durante unos segundos continuó rodando un poco más, rodeando la roca con los estudiados movimientos de un cuerpo inerte, para dejarse caer al otro lado, y luego rezar para que ninguno de los hombres bajase a comprobar su muerte.

Su cuerpo chocó efectivamente con una gran roca. Se golpeó de costado y, sin tener que forzar la postura, se dio cuenta en una décima de segundo de que los pies le colgaban en el vacío peligrosamente. Fue entonces cuando hundió las manos en la tierra con todas sus fuerzas, frenando todo movimiento y luchando por encontrar un sostén a medida que su cuerpo se inclinaba. Durante un momento creyó que estaba perdido. Comenzó a caer libremente y, de repente, su mano encontró roca firme. Con poderoso esfuerzo se balanceó hacia un lado, liberando el pecho de la cara rocosa, a la vez que el peso eje su cuerpo casi le fracturaba las muñecas. Se dejó colgar, y luego dio a todo su cuerpo un impulso hacia atrás, hasta que sus pies hallaron punto de apoyo. Y así permaneció, semicolgando en el vacío, jadeando por el esfuerzo, cegado por el polvo, y ciñéndose a las rocas como una poderosa araña. No tenía la menor idea de cuánto tiempo permaneció en aquella posición, pero la noción de las cosas volvió lentamente a él. Su ojos se aclararon, y vio que se encontraba a unos dos

pies por debajo del borde del escarpe, con brazos y piernas extendidos. Bajo él había una tremenda caída, y, a sus pies, también en el fondo, un grupo de verdes copas de pinos que parecían estarle esperando. Al mirar hacia abajo, una cascada de piedras cayó sobre él, y luego, pasando a unas cuantas pulgadas de su cuerpo, se precipitó la gran roca contra la que había chocado su cuerpo. Pensó fugazmente que aquella cascada de piedras era lo único que sostenía a la enorme piedra en equilibrio inestable. Se asió a las rocas con mucha más fuerza cuando las piedras y el polvo cayeron sobre él, y a continuación oyó el sordo ruido que produjo la gran roca al caer sobre los pinos. Entonces cerró los ojos, asiéndose desesperadamente a la roca, temblando de arriba abajo, al mismo tiempo que una inmensa rabia se apoderaba de él, enfriando su cuerpo y llenando su mente con una loca ira que por el momento nubló todo otro pensamiento.

Después todo ocurrió como en una película que ha sido cortada varias veces y unida otras tantas para confundir, al espectador. De vez en cuando, la película se rompía y no había nada más que negrura, a través de la cual le parecía arrastrarse, sin que se oyera el menor ruido a no ser el de su propia respiración. Era como una hormiga asida a la superficie de una pared de cemento. Era en aquellos momentos de todo: una criatura que trepaba, caminaba, resbalaba..., tratando de llegar a alguna parte sin saber adónde, y al final abandonó, o le pareció que abandonaba, la lucha, aun cuando aquella disparatada película continuaba proyectándose en la oscura pantalla. Finalmente, cerró los ojos, cansado de tanta insensatez.

Cuando los abrió de nuevo fue para ver un trozo de luna sobre las copas de los pinos que ahora estaban por encima de él, y escuchar el cantarino murmullo del agua que se deslizaba en alguna parte. El cielo aparecía tachonado con unas cuantas estrellas. Tenía la cabeza despejada, pero su cuerpo protestaba violentamente, como si fuesen docenas de pequeñas voces que quisieran arrastrarle hacia alguna parte.

Un brazo rodeó sus hombros, sintió el calor de una mano que se posaba sobre su camisa. Estaba sin americana; una manga de la camisa estaba rasgada totalmente y todo el hombro derecho estaba empapado de agua. George inclinó la cabeza y vio la negrura que sólo podía ser sangre y que se destacaba sobre el color blanco de la camisa. El brazo y la mano extraños se movieron, le sostuvieron firmemente y lograron que se sentara en tierra.

—Beba —dijo una voz de mujer.

El metal tocó sus labios, y George tragó obedientemente, sintiendo la punzada del coñac en la garganta. Tosió y se inclinó hacia delante, pero el coñac ya estaba dentro de él, cálido, vivo, como si se tratara de una criatura de sangre caliente.

Haciendo un poderoso esfuerzo, George enderezó el cuerpo y se volvió. Sobre un fondo de pinos y estrellas vio las facciones de Dorothee Guntheim.

—¿Qué hace usted aquí? —preguntó lentamente.

Ella le entregó el frasco de coñac, y esta vez George lo aplicó a sus labios y lo mantuvo allí durante tres o cuatro segundos, bebiendo con fruición mientras contemplaba fijamente a la muchacha. Estaba vestida como antes lo había estado en la montaña: falda de grueso tejido, una gorra y el cuello blanco de una blusa que ahora asomaba por encima del suéter. La luz de las estrellas se reflejaba en sus gafas.

—Regresé —dijo— porque los otros dijeron que estaba usted muerto... Pero yo sabía que tenían que equivocarse. Yo estaba segura de que tendría que haber un día y un hombre cuando todo terminase. Soñé mucho con ello, y siempre me pregunté qué haría cuando llegase ese momento. Este es el día y usted es el hombre.

La voz de la muchacha era forzada, cómo si estuviera cargada de electricidad estática que en cualquier momento fuese a quebrar su control.

George colocó el frasco sobre la hierba.

—Siempre hay alguien que se equivoca en alguna parte —murmuró—. ¿De qué diablos está usted hablando?

Dorothée extrajo de un bolsillo una pitillera y encendedor y encendió un cigarrillo para George, que éste tomó obedientemente. Luego la muchacha dijo:

—Se pondrá usted bien. Le vendaré bien ese brazo. La bala no hizo más que atravesar la carne. Calculando razonablemente, debía estar usted muerto. Pero las cosas han ido más allá de toda lógica..., tenía que suceder algún día para algún hombre.

—¿Soy yo ese hombre? —interrogó George mecánicamente.

—Sí. Cuando vino usted a mi habitación aquel domingo por la mañana tuve la sensación de que podría serlo. Ahora sé que lo es. Desde aquel momento comencé a cambiar..., debí odiarle a usted, porque yo le amaba a él. Pero también todo comenzó a cambiar.

George tuvo la sensación de que aún no había cedido la tensión en la muchacha, y de que ésta le era completamente indiferente, no sintiendo por ella amistad o enemistad; tenía la impresión de que ella estaba obligada a terminar alguna tarea iniciada hacía tiempo para liberarse a sí misma.

Suavemente, George dijo:

—¿Quién es ese hombre al que usted amaba... Bardi?

Dorothée asintió con un movimiento de cabeza y repitió:

—Bardi. El utiliza a la gente, a los hombres y a las mujeres. A todos gusta. A mí también me gustaba. ¡Oh, sí, al principio me gustaba! Eso fue en Alemania, cuando aún su esposa estaba con él. Me necesitaba. Me utilizó y quedé encadenada.

La muchacha hablaba lentamente, en un correcto inglés bien acentuado, pero sin abandonar todavía la tensión de su tono.

George dijo:

—¿Ahora quiere usted quedar libre?

—Sí. Porque el día y el hombre tenían que llegar. Bardi ha dejado de ser intocable. Ningún hombre puede serlo para siempre, y él ha disfrutado de esa

posición durante largo tiempo...

Dorothee Guntheim se echó a reír brevemente, y el eco de su risa se extendió por entre los pinos. Luego añadió:

—El placer..., su propio placer..., es algo que siempre busca arrancándolo a las demás personas, porque no tiene forma de creárselo por sí mismo. ¿Sabe usted el placer que usted le proporcionó? ¿El plan de la caza? ¿Permitir a Gian que lanzara el cebo? ¿Perseguirle a usted por estas montañas? Cuando disparó y usted cayó, su placer fue algo fantástico, algo que hizo resplandecer su rostro de alegría.

—Y ahora... ¿usted le odia?

—¡No lo sé!... ¡No lo sé!...

La tensión se acentuó en el tono de su voz, convirtiendo a ésta en algo más agudo al añadir tras una breve pausa de silencio.

—Envió a Lodel a la villa y nos quedamos solos en la montaña. Y él era como un gigante borracho de placer. Apenas había desaparecido Lodel, cuando comenzó a tomarme. Y yo le dejé. ¡Dios mío!, yo le dejé..., pero por última vez, pues supe entonces que nunca lo había hecho por agradecimiento, amor, o pensando en mi propio placer sino porque deseaba que aquel éxtasis suyo continuara y continuara...

La muchacha se detuvo bruscamente y se quitó las gafas con la mano izquierda, sosteniéndolas luego entre los dientes por una de las patillas, al mismo tiempo que se enjugaba los ojos con un pañuelo arrugado que acababa de extraer del bolsillo de la falda. Dorothee aparecía ridícula, patética, y destrozada moralmente, y George sintió que en su interior crecía una tremenda cólera contra Bardi, una cólera que crecía con espantosa violencia.

George se puso en pie haciendo un gran esfuerzo y la miró. Fríamente preguntó:

—¿Dónde puedo encontrarle?

La muchacha alzó la cabeza y le miró parpadeando. Luego, lentamente, se colocó las gafas y, ante la sorpresa de George, sonrió y dijo:

—Sí, usted es el hombre. Lo supe en mi habitación. Lo supe en París, en aquel sótano... estaba aquí...

Y Dorothee Guntheim colocó una mano sobre su corazón añadiendo:

—... como algo que jamás dejará de crecer.

—¿Dónde puedo encontrarle? —interrogó nuevamente George.

La muchacha se puso en pie y extendió hacia George la americana que antes le había quitado y colocado cuidadosamente sobre la hierba. El aire era fresco. En algún rincón de la montaña sonó el agudo chillido de un extraño animal; y, en la lejanía, el silbido de la locomotora de un tren fue como un lamento que presagiara algo.

—Baje por el sendero del valle hasta Meringen. La Villa Margritli. Es la primera casa que hay a orillas del lago según se va hacia Interlaken. Encontrará allí a su amiga. Se la llevaron cuando le esperaba a usted sentada en el coche antes de que llegase Gian. Laborde fue quien condujo el coche hasta la casa.

—¿Cuántos hay en ese lugar?

Dorothee dio un paso hacia delante, avanzando en dirección a los pinos, y replicó: —Cuatro. Lodel, María, Bardi... y su esposa. Laborde se ha ido ya. A mí también me han despedido por el momento. Pero regresé aquí. ¿Por qué le digo todo esto...? ¿Por qué...?

Dorothee Guntheim pasó a su lado, y él no se movió de su sitio. La muchacha siguió el sendero que se extendía junto al arroyo, alejándose de George y del lago.

George permaneció inmóvil. No había nada que pudiese hacer por ella. Hacía ya tiempo que la destrucción había comenzado, en el momento de conocer a Bardi... George la vio una vez más en pie, inmóvil, medio desnuda, allí en la habitación de su piso...; vio también a Ernst derrumbado en su silla... vio a Laborde sosteniendo en la mano la botella de «Rémy Martin»..., vio a Gian con los ojos muy abiertos mirando hacia el cielo con la sangre coagulada sobre la sien..., y entonces George se volvió y comenzó a atravesar el valle, dirigiéndose a Meringen, hacia la Villa Margritli..., hacia Escorpión...

CAPÍTULO XIV

Tardó una hora en recorrer el duro camino del Justisthal hasta llegar a Meringen y al lago que brillaba como una bandeja de plata bajo la luz de la luna ante él, y luego recorrer la carretera de Interlaken hasta alcanzar los grises pilares de la entrada. El nombre, Villa Margritli, aparecía sobre una placa de mármol con letras doradas. La calzada para coches que se extendía hasta la casa se hallaba flanqueada por parterres de flores recortados en forma de estrellas y medias lunas, mientras que los geranios y otras flores más parecían carecer de color en la noche. George continuó caminando, notando que la debilidad iba apoderándose de su cuerpo, aun cuando sus músculos habían perdido ya toda rigidez. Avanzaba impulsado por la cólera y el ferviente anhelo de llegar hasta Bardi; sabiendo ahora que nada iba a detenerle, que el primer hombre o mujer que se interpusiera en su camino sería salvajemente eliminado. Algo del fatalismo de Dorothee Guntheim había penetrado en él.

En una de las altas ventanas brillaba una luz, y otra en la izquierda del edificio, en la planta baja. Caminó hacia la izquierda, pasó por delante de la ventana iluminada y halló una puerta lateral donde la calzada de coches giraba hacia el amplio garaje. Se detuvo un momento ante la puerta de este último y vio el blanco «Mercedes» aparcado sobre la calzada de cemento bajo la luz de la luna. Más allá estaba el largo y bajo «Lancia».

Extrajo la «Walther» de un bolsillo, empujó la puerta y entró. Había un pasillo pintado de color crema, en el que a su vez había otra puerta medio abierta, a través de la cual llegó hasta él un rumor de voces.

George abrió la puerta del todo y entró. Era una cocina muy limpia, pulida, brillante. En las paredes relucían, colgados, unos cuantos cacharros de cobre. Había una cocina «Aga», una larga mesa con cubierta de fórmica de color rojo, sillas con patas y respaldos de hierro cromado, y olía intensamente a café.

María estaba sentada a la mesa, con el rostro descansando entre ambas manos, y en sus facciones se advertía una amarga tristeza.

Lodel, ataviado con chaquetilla blanca y pantalones negros, se hallaba en pie y de espaldas a la puerta, con una taza de café en la mano.

George dio dos pasos hacia él. El hombre se volvió. George vio el movimiento instintivo que estaba a punto de hacer Lodel con la taza; se dio cuenta en una décima de segundo de que el instinto de conservación haría que Lodel le arrojara el café al rostro o cosa parecida. Pero no le dio tiempo. Su mano se alzó y cayó con tremenda violencia sobre Lodel, golpeándole la cabeza con la culata de la pistola. El hombre se

derrumbó, y su cabeza chocó contra la base de la cocina. Un reguero de café comenzó a extenderse sobre los baldosines blancos y negros.

María permaneció inmóvil, sentada ante la mesa, y sus ojos se alzaron lentamente hacia George. Por un momento, ambos se miraron, y George tuvo la sensación, la misma que él experimentaba, de que en aquella mujer también había hecho presa la locura de aquella noche, y de que tal locura tenía que seguir su camino hacia delante, porque todo posible elemento de fantasía, oscuridad, mal y muerte, se había ido entretejiendo para formar aquellas horas que todos ellos estaban ahora viviendo.

Ignorando a la mujer, George tomó de un rincón una cuerda de nilón, de las que se usan para tender ropa a secar, rodeó con ella el cuerpo de Lodel y comenzó a atarle las manos a la espalda. El hombre respiraba pesadamente, mostraba una pequeña herida en la frente y unas cuantas gotas de sangre que no presagiaban un peligro momentáneo.

María dijo:

—¿Estaba usted en la montaña?

—Sí —replicó George incorporándose.

—Dijeron que usted había muerto...

La mujer se puso en pie lentamente y añadió:

—... Dígame, ¿es cierto que ha muerto Gian?

—Sí, yo le vi.

—Lo sabía, pero necesitaba oírlo decir a alguien más. Ahora mismo... ahí estaba Lodel diciéndome: «Gian ha muerto»...

Por un momento la tristeza que nublaban sus facciones dejó paso a una sonrisa amarga, y María añadió:

—Sabía que tenía que suceder. Se lo dije a Gian, pero él... él estaba tan lleno de fuerza..., tan lleno de confianza en sí mismo...

George preguntó, cubriéndola con la pistola:

—¿Dónde está la muchacha?

María negó con un movimiento de cabeza y replicó:

—Conmigo no precisa de eso... Quédese aquí y yo misma se la traeré.

Se volvió y se acercó hasta otra puerta que había en el fondo de la cocina. George la siguió, pero María no volvió la cabeza para nada. George permaneció inmóvil en el umbral de la puerta, viendo cómo María atravesaba el vestíbulo de servicio y se acercaba hasta otra puerta situada al pie de una estrecha escalera. María extrajo una llave de un bolsillo de su vestido y abrió la puerta, permaneciendo en el exterior. Luego hizo una señal con la mano.

George vio cómo salía Nicola, desorientada, con desconfianza. Entonces ella le vio a él. Echó a correr, y George la rodeó con un brazo. Cuando María llegó hasta ellos, George preguntó:

—¿Dónde está él?

—Suba la escalera hasta el vestíbulo principal. Hay una puerta de cuero rojo con clavos dorados, muy brillantes. Allí dentro está.

La mujer se detuvo y le miró duramente, incluso afeando el rostro en el que aparecían los labios al natural, sin pintura, abriendo los ojos con desesperación, y añadió:

—¿Quiere que le acompañe?

George movió la cabeza negativamente y replicó:

—No. Sólo le necesito a él.

María pasó de largo por delante de ellos, penetró en la cocina y cerró la puerta.

Sosteniendo a Nicola por los brazos, George caminó hacia la estrecha escalera. La muchacha comenzó a hablar, pero él movió la cabeza. Algo en la actitud de George obligó a Nicola a guardar silencio. El mágico influjo que formaba parte de aquella noche se apoderó asimismo de la muchacha, uniéndola más a él, silenciando sus preguntas, impulsándola a ser leal a todos sus movimientos.

Subieron juntos hasta el gran vestíbulo. Las cortinas estaban corridas sobre la ventana que daba al lago, y dos grandes candelabros iluminaban brillantemente el vestíbulo. En el extremo más alejado de éste se hallaba la puerta tapizada de cuero rojo, y a la derecha arrancaba la amplia escalera principal.

Cuando, durante unos momentos, George y Nicola se detuvieron para contemplar la escena, escucharon el ahogado ruido de unos pasos de alguien que bajaba por la escalera principal, un ruido suave y sordo, acompañado por otro más seco: el del crujido de la seda que se arrastraba sobre los pulidos escalones.

Tanto George como Nicola miraron hacia arriba, y en ellos quedó suspendido todo movimiento, pues en la primera curva de las escaleras una mujer quedó nimbada por la esplendente luz de un candelabro.

Era Elsie, pero una Elsie transformada, sostenida asimismo por la magia de aquella noche; despierta, liberada de las drogas mediante un largo sueño, escapando de la esclavitud para penetrar en un mundo de recuerdos que ya no la confundían. Sus rubios cabellos aparecían peinados sobre la parte superior de la cabeza. Por el escote de su pesada bata de seda sobresalía un trozo de encaje de su camisón de dormir, y a cada paso que daba, se distinguía el brillo de sus zapatillas plateadas. Bajaba las escaleras con maravilloso aire real, espléndida, y detrás del fantasma del ser humano que era ahora parecía caminar el recuerdo de lo que había sido en otros tiempos: una mujer alta, vibrante, de turgentes senos, con un cuerpo rico en promesas, y por un momento, Elsie fue todo esto. Pero, cuando alcanzó el final de las escaleras, George vio que su rostro estaba muerto, frío, ojeroso: la única expresión de vida que había en él era el brillo en sus ojos que, de vez en cuando, se avivaba fuertemente como si estuviera sufriendo un gran dolor.

Pasó a su lado sin verles y se acercó hasta la puerta tapizada de color rojo. La empujó y entró. La puerta se cerró por sí sola a sus espaldas, sin ruido.

George cruzó rápidamente el vestíbulo y apoyó una mano sobre la puerta. Esperó unos momentos; la abrió suavemente y se deslizó, en el interior, siendo imitado por Nicola.

La única luz de la gran estancia provenía de los candelabros de pared y de las velas que ardían ante la Virgen, en el fondo de la elevada galería. George y Nicola permanecieron inmóviles en la penumbra, junto a la armadura que parecía: guardar la entrada. Desde allí miraron absortos a su alrededor, contemplándolo todo pensativamente, con gran serenidad, como arrastrados aún por la magia de la noche.

Bardi, ataviado con ropa de casa, se hallaba en pie junto a la chimenea; había un vaso de whisky bajo el espejo Chippendale y ardía un cigarro en el cenicero que descansaba al lado del vaso. Estaba hojeando mecánicamente una serie de documentos. El movimiento de sus manos cesó poco a poco cuando se volvió y se fijó en Elsie, que iba hacia él. Más allá de ella Bardi no vio nada.

Las plateadas zapatillas brillaron sobre la alfombra Senneh. Unos cuantos pétalos se habían desprendido de las rosas de té y yacían mustios sobre el pulido pavimento. En el fondo de la galería se había alzado el tapiz Lurçat y había quedado al descubierto la puerta de una pequeña cámara acorazada, en cuyo interior el resplandor de una luz revelaba una serie de estanterías llenas de cajas metálicas y pilas de archivadores.

Bardi dijo:

—Elsie, mi amor. *Cara...*, no debías estar aquí...

Y al pronunciar estas palabras, Bardi dejó caer los documentos sobre una silla.

Elsie pasó de largo a su lado y se acercó hasta el pie de las escaleras de la galería. Allí se volvió, contempló la amplia estancia y miró a Bardi.

—¿Por qué me has traído de nuevo aquí? —interrogó.

El tono de su voz era frío, remoto, acusador, como si la mujer hablase en trance.

—*Cara...* —comenzó a decir Bardi.

—No me llames así...

El tono de voz de Elsie seguía siendo monótono, sin revelar la menor emoción en él; solamente la frialdad parecía formar parte de toda su persona en aquellos momentos.

Bardi frunció el ceño y dijo secamente:

—Deja de decir tonterías. Debes regresar a tu cuarto.

Comenzó a avanzar hacia ella, pero la mujer extendió un brazo, y la palma de la mano, desnuda, hizo que Bardi se detuviera.

—¿Por qué has vuelto a traerme aquí? Creí que todo era un sueño..., que nunca había sido realidad. Pero veo que todavía todo continúa igual. Tú aquí solo con tus papeles. Eso...

Y Elsie señaló con la mano hacia la cámara acorazada, añadiendo:

—Eso... lleno de basura y de horror. Nada ha cambiado. Creí que era un sueño; pero no, nada ha cambiado.

Por un momento, su voz se quebró; la mujer sollozó ahogadamente y volvió a mirar a Bardi.

—Elsie, estás enferma. Esta conversación es una estupidez. Permíteme acompañarte a tu habitación.

Ella movió la cabeza negativamente.

—Has vivido siempre entre la suciedad. Y me has ensuciado a mí con ella. ¿Cómo puede olvidarse o perdonarse todo eso? ¿Cómo puede limpiarse la suciedad? Solamente hay una forma.

—¡*Cara...*, deja ya de hablar así! —exclamó Bardi encolerizado, comenzando a avanzar rápidamente hacia Elsie.

Desde el fondo de la estancia, George dio un par de pasos hacia delante, apuntando con la pistola hacia Bardi.

—¡Apártese de ella, Bardi! —gritó.

Bardi dio media vuelta. Momentáneamente, abrió la boca, terriblemente asombrado. Luego, quizá porque también él estaba prendido en aquellos momentos mágicos de la noche, y aun cuando parecía luchar contra ellos, quiso usarlos como había usado a tantas personas y a tantas cosas. Volvió a dar media vuelta, llevándose una mano a la frente, y caminó de nuevo hacia Elsie, con el rostro súbitamente congestionado por la pasión, e ignorando a George.

Este último, con voz seca y autoritaria, gritó de nuevo:

—¡Un paso más y le agujereo la espalda!

Bardi se detuvo.

Ante ellos, Elsie, impasible ante la intrusión, ignorándolos como si no tuviese existencia real, sin ver quizá que había más personas en la estancia..., dijo con terrible tono de angustia:

—Debe limpiarse... ¡Oh, Dios mío!..., debe limpiarse. ¡Todo debe terminar!

Subió los escalones de la galería, y, más que caminar pareció flotar en el aire, alta y terrible, como una diosa aproximándose al altar. Tomó una de las velas que ardían ante la imagen de la Virgen y luego se acercó a la cámara acorazada, inclinándose un poco para penetrar en su interior. Colocó la vela en una estantería, tomó un montón de documentos y los arrojó al suelo de la galería. Luego fue cogiendo, una por una, todas las cajas metálicas y vertió su contenido en el pavimento de la cámara. Los papeles revolotearon en el aire como pájaros liberados. Cuando el suelo estuvo lleno de papeles, Elsie atravesó por encima de ellos, recogiendo el borde del camisón y la bata como si su contacto pudiese ensuciarla. Luego se inclinó y, tomando uno de los papeles, aplicó su borde al fuego de la vela, esperando un momento a que el papel ardiese bien antes de arrojarlo en medio de los demás.

Detrás de Bardi, vuelto de espaldas, al que George se había acercado, este último vio el movimiento de hombros que hacía el primero al sentir el impulso de arrojarse sobre Elsie, pero George le dijo calmamente:

—Muévase una pulgada, Bardi..., una sola pulgada y me dará ocasión para disparar.

Y Bardi no se movió de donde estaba. Tras él, George y Nicola contemplaban la escena, y ambos sabían que aquella hora, la justicia de aquella hora pertenecía a la mujer alta y espléndida que en otro tiempo había sido Elsie Pinnock... Elsie, que ahora se movía de un lado a otro como una reina, segura de sí misma, inclinándose aquí y allá con la vela en la mano, dejando tras de sí una huella de fuego, y aplicando la llama de la vela, no sólo a los papeles, sino a los cortinajes de la galería, esperando fríamente a que el fuego prendiese bien, a que las llamas se fueran apoderando poco a poco del material allí acumulado. Detrás de ella la luz de la cámara acorazada se hizo más intensa y el cuarto comenzó a llenarse con el crepitar de las llamas, y el aire comenzó a oler a madera de pino quemada cuando los tallados paneles que había tras las cortinas comenzaron a arder chisporroteando, y las llamas fueron poco a poco en aumento devorándolo todo.

Y cuando creyó terminada su labor, Elsie volvió a la galería, colocó la vela ante la Virgen, se inclinó ligeramente ante la imagen y se santiguó. Luego se acercó lentamente hasta los escalones de la galería y miró a Bardi. La frialdad había desaparecido de sus facciones y asintió muy lentamente con un movimiento de cabeza, como si acabara de cumplir una promesa hecha desde hacía largo tiempo. Y allí permaneció inmóvil, majestuosa, destacándose como un rojo pilar sobre las llamas que ahora se alzaban a sus espaldas.

—¡Tú..., perra! —gritó Bardi súbitamente.

Pero el sonido de su voz no fue el producido por un ser humano. Era un ruido más de la noche mágica, de aquella noche de justicia terrible. Bardi escupió hacia su esposa; se volvió y corrió desesperadamente hacia el ancho ventanal que daba al lago y al jardín, lanzando su cuerpo contra los cristales, que se hicieron mil pedazos.

George le siguió, dejando que Nicola se llevara a Elsie de aquella estancia condenada, de la casa que muy pronto quedaría convertida en un montón de cenizas, de cenizas limpias, sin recuerdo.

Le cogió en el patio del garaje, al lado de la casa.

El «Mercedes» blanco se movía, y María se hallaba ante el volante del coche. Bardi, a unas cuantas yardas del vehículo gritó y corrió hacia él, pero María lo ignoró y siguió conduciendo, hasta que al cabo de unos segundos el coche desapareció en la primera curva de la calzada que se extendía hasta la salida de la villa.

Bardi se detuvo; gritó nuevamente el nombre de María, y luego se volvió para echar a correr hacia el «Lancia». Acababa de apoyar una mano en la portezuela cuando George le cogió.

Le hizo dar media vuelta violentamente, y el hombre se tambaleó, cayendo casi a tierra, pero logró recuperar el equilibrio. Bardi esperó, jadeante, apoyando la espalda

contra la pared del garaje cubierta en su mayor parte por enredaderas. Durante un momento, ambos hombres permanecieron frente a frente guardando silencio, las grandes facciones de Bardi destacándose sobre la oscura pared como un borrón blanco. Entonces, por detrás de ellos y escapando de la casa, las llamas iluminaron la noche, y el patio se convirtió en un estanque de aguas negras y doradas.

Bardi avanzó hacia George y éste le esperó fríamente, a la vez que una violenta y extraña crueldad se apoderaba de él.

Bardi saltó hacia delante con las manos extendidas hacia George. Controlándose perfectamente, como si se hallara en el interior del cuadrilátero de boxeo, George esquivó la acometida y lanzó un directo a la barbilla de Bardi.

Este cayó hacia atrás sobre el pavimento. En el interior de George había en aquellos momentos una voz fría, helada, que iba recitando: «Por el profesor..., por Nadia Temple...».

El hombre se lanzó de nuevo hacia él, y George aplastó un puño contra el estómago de Bardi, quien se encogió, cayendo de nuevo a tierra al mismo tiempo que aquella voz misteriosa iba repitiendo en George: «Por todos los demás..., por todos los desconocidos...».

Bardi volvió nuevamente a la carga, y George le propinó una larga serie de golpes, machacando sobre el hombre como una máquina demolidora de edificios que derribase muros podridos desde hacía largo tiempo.

Finalmente, Bardi quedó tendido en tierra sin hacer el menor movimiento. Pero al cabo de unos segundos se volvió de costado y alzó los ojos hacia George, respirando pesadamente, con el rostro lleno de magulladuras y de sangre. Sus ojos, aun cuando miraban a George, parecían mirar a la lejanía. Solamente pudo hallar una palabra, una palabra para escribir su propio epitafio:

—¡Bastardo...! —gritó roncamente.

Luego, cuando George iba a dar media vuelta para contemplar las llamas que iluminaban aquella noche loca, vio como la mano de Bardi se hundía en uno de sus bolsillos y luego se la llevaba rápidamente a la boca. Se fijó en cómo se alzaba la cabeza del hombre en el momento de tragar y vio cómo sus ojos se clavaban en él con terrible fijeza. Después, el cuerpo de Bardi, que se apoyaba sobre un codo, comenzó a deslizarse lentamente hacia atrás y los brazos y piernas se agitaron en breve espasmo; la cabeza de Bardi cayó hacia atrás, sobre los cantos rodados del patio, con los ojos muy abiertos, fijándolos en el cielo que comenzaba a enrojecerse con la luz de la casa que ardía ya por los cuatro costados.

George se alejó del cuerpo de Bardi caminando hacia la puerta principal del edificio. Nicola bajaba las escaleras rápidamente, rodeando con un brazo la cintura de Elsie.

Nicola preguntó:

—¿Dónde está él?

—Ha muerto —replicó George—. Se ha envenenado. Debía de estar convencido de que, este momento había de llegar. Llévala al coche. Yo me cuidaré, tarde o temprano, de Lodel...

Y George siguió avanzando hacia un lado de la entrada principal de la casa.

EPÍLOGO

El ruido de la lluvia le despertó; intensa y fuerte del raes de setiembre, que sin duda traía detrás algún vendaval que no tardaría en comenzar a sacudir los paneles de las ventanas. Abandonó el sueño con dificultad, recordando a medias todas las cosas, y dio media vuelta en el lecho, contemplando en silencio los regueros de agua que se deslizaban por los cristales de la ventana.

Aquel era el momento en que él lo recordaba todo muy claramente, cuando todas las cosas acudían a su memoria a retazos, como vividos fragmentos de tiempo... Elsie, ahora a salvo en Inglaterra con su hijo, aquella diosa griega que en cierto momento de su vida se había sentido impulsada a cumplir con un deber que yacía dormido en el fondo de su alma desde hacía mucho tiempo..., y Escorpión tendido en tierra, reflejándose en su palidísimo rostro el resplandor de las llamas...

Abandonó el lecho y se acercó a la ventana, mirando hacia el mar que corría ante el viento para estrellarse contra las rocas, y las copas de las palmeras que se mecían, y a veces se inclinaban ante las ráfagas del viento, y los remolinos de arena que éste levantaba en la playa. Una gran ola se estrelló contra el muro de contención de la playa, y, por un momento, el agua, al alzarse en el aire, le impidió toda visión.

Una voz tras él preguntó:

—¿Qué estás haciendo ahí?

—Contemplando la tormenta. Si la cosa sigue así, el hotel tendrá que buscar un ancla por alguna parte.

—¿Qué hora es? —preguntó la voz femenina, aún con indicios de sueño.

—Las cinco en punto.

—¡Oh, no...!

George, sonrió sin volverse. Escuchó como ella se volvía en la cama, y luego la oyó decir nuevamente:

—¿Siempre acostumbras a levantarte a estas horas y a vagar como un fantasma?

—Ya te acostumbrarás a eso.

Nicola respondió soñolienta:

—Vuelve aquí en seguida. Y mira cómo están tus hombros. Los tienes completamente quemados por el sol. Tendrás que darte algo en ellos.

George se volvió y dijo:

—¿Crees que debo hacerlo? ¿No es ésa tu obligación? Me parece que ya estás abandonando tus obligaciones.

Ella le sonrió. Los cabellos; rubios de la mujer se extendían sobre la almohada, que Nicola ahuecó por su lado y, golpeándola suave e invitadoramente, replicó con

cariñoso tono:

—¿Acaso las he abandonado hasta ahora en algún momento?

George avanzó hacia Nicola, se deslizó a su lado y acercó sus labios a los de ella. En el momento en que la primera ráfaga de huracanado viento azotaba la ventana, George murmuró:

—Será una gran mañana para pasear bajo la lluvia y el viento.

Nicola miró hacia el techo, esbozando un cómico gesto de desesperación, y replicó preguntando:

—¿Por qué no me habría advertido alguien de esto...? No pudo pronunciar una sola palabra más, porque en aquel preciso instante George apretó fuertemente sus labios contra los de su esposa.

FIN



Frédéric H. Fajardie es el seudónimo de Ronald Moreau (París, 28 de agosto de 1947 - 2 de mayo de 2008). Escritor francés, hijo de librero, desde los 16 años el marxismo se convirtió en su referente vital. Participó activamente en Mayo del 68, enrolado en la *Gauche prolétarienne*.

Dedicado al polar (novela negra), según él mismo, por casualidad, publicó su primera obra, *Tueurs de flics* (Asesino de policías), en 1979, con la cual se le consideró entre los iniciadores de un nuevo género, el néo-polar, con textos violentos y subversivos. Su personaje central, el comisario Antonio Corrado Padovani, será protagonista de una serie de seis novelas. A partir de 1986 diversificó su producción y empieza a publicar una serie de obras de factura más clásica (más «blancas», según su definición) y, a partir de 2001, comienza una nueva etapa que le dará fama internacional, con una serie de novelas de ambientación histórica iniciada con *Les Foulards Rouges* (Los fulares rojos), que recibió tres galardones literarios en 2001. Además de reputado guionista del cine y la televisión franceses, Fajardie escribió además ensayos, crítica literaria, relatos breves, cuentos y varias novelas juveniles.

En 1998 fue nombrado Caballero de la Orden de las Artes y las Letras, en reconocimiento al conjunto de su labor creativa.

Notas

[1] Doctor en Ciencias y Miembro de la Real Sociedad. (*N. del T.*) <<



cartas de escorpión



**Una obra maestra
de acción,
violencia e intriga**

VICTOR CANN Lectulandia

